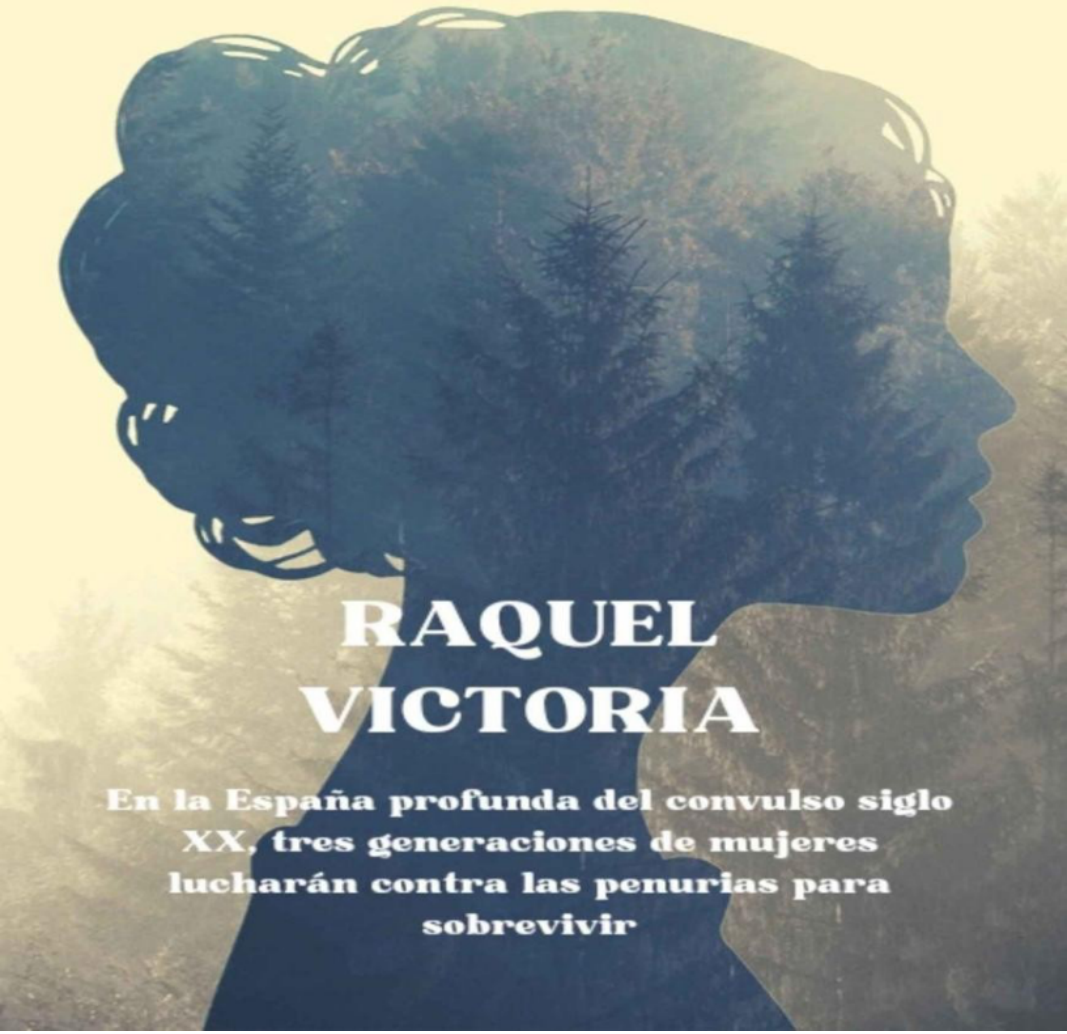
LAS RAÍCES DE LA ENCINA



RAQUEL VICTORIA

En la España profunda del convulso siglo XX, tres generaciones de mujeres lucharán contra las penurias para sobrevivir

LAS RAÍCES DE LA ENCINA

RAQUEL VICTORIA

Título de la obra literaria: LAS RAÍCES DE LA ENCINA

Autora de la obra literaria: RAQUEL VICTORIA

Diseño de la portada: RAQUEL VICTORIA

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Primera edición: mayo de 2013

Segunda edición: agosto de 2022

© 2013, Raquel Victoria Morea

© 2022, Raquel Victoria Morea

ASIN: B0BB8JNXZF

A mis padres, gracias por haberme educado en el diálogo y la comunicación.
A mi abuela, sin tu voz todo esto no hubiera sido posible.
Os quiero a los tres.
Doy gracias muy especialmente y de corazón:
A mi marido, sin ti el mundo no existiría para mí, gracias por tu apoyo y comprensión siempre y en particular en este último tiempo en el que nuestra plena paz y armonía ha hecho que mis palabras fluyan para escribir este libro.
Te amo para siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Las raíces de la encina son mis propias raíces, es el árbol de la vida de mis antepasados; es el recuerdo de todos ellos, en particular, de aquellas mujeres que sobrevivieron al hambre y a la miseria de tiempos difíciles, a las que el sufrimiento habitual de cada día jamás les venció en su eterna lucha, intentando buscar siempre la felicidad en los buenos sentimientos de los pequeños detalles que daban sentido a sus vidas.

Las raíces de la encina también es un regalo a mi abuela, una mujer tolerante y fuerte que ha tenido que soportar un sufrimiento sin igual y ha antepuesto su propia felicidad a la de los demás, con una bondad y generosidad de las que me siento enormemente orgullosa de ser su nieta y de que ella haya sido para mí, mi propia fuente de inspiración para ésta, mi primera obra literaria.

PRIMERA PARTE

LASTILLA (1917—1920)

1

Eugenia regresaba a casa por el sendero del bosque, junto a la orilla del río, aquella tarde de domingo estival. Apresuraba su paso, pues el ocaso del día estaba por llegar y su madre seguro que la esperaba inquieta en su hogar para reprenderla por su tardanza.

Mientras atravesaba el frondoso encinar y escuchaba el trinar de los pájaros, pensaba ensimismada en él. Hacía ya medio año que se encontraban en el bosque y ella se sentía por primera vez en toda su vida viva de verdad, no sabía bien qué le estaba ocurriendo, estaba todo el día en las nubes, no se concentraba en las tareas del hogar por lo que de vez en cuando se llevaba alguna regañina de su arisca madre, pero le daba igual porque ella, por fin, de veras, era una mujer feliz.

Eugenia tenía diecisiete años, de facciones blancas como la leche, de baja estatura, delgada, ojos oscuros al igual que su pelo largo, moreno y lacio que solía llevar recogido en un moño y su timidez que en ocasiones le hacía ruborizarse. Vivía en tiempos difíciles rodeados de hambre y miseria en un pequeño pueblo segoviano de muy pocos habitantes y de nombre Lastilla. Venía de una familia muy humilde, su padre era pastor al igual que su tío y juntos llevaban el rebaño cada mañana a pastar al monte mientras las mujeres de la familia se dedicaban a labores de la casa y a lavar en el río ropas de las gentes adineradas del lugar. Eran tierras de labranza en las que la mayoría de la gente eran pastores y campesinos que no podían optar a mucho más de lo que llevaban puesto, y sólo unos pocos privilegiados se beneficiaban de toda esa gente viviendo más como reyes que como señores.

Eugenia salió de su ensoñación al llegar a la vieja casa, empujó la tosca puerta de madera y entró en la habitación principal. Allí, a un lado estaba la cacerola de barro sobre un poco de leña y en el centro de la estancia había una pequeña mesa de madera raída con unas sillas que solían cojear dispuestas sobre el frío suelo, y así, junto con las paredes de adobe, constituían el hogar. En una de las sillas se encontraba sentada su madre, Concepción, haciendo un jersey de lana para su marido ya que era septiembre y se acercaba el crudo invierno con el rebaño en la montaña.

De repente, Concepción dejó sus agujas de coser para hablar con Eugenia.

—Me gustaría saber dónde te habías metido. Después de salir de misa esta mañana desapareciste para volver un momento a comer y

volviste a marcharte sin avisar, y ya es algo habitual los domingos. Supongo que tendrás alguna explicación para tus constantes idas y venidas.

—Madre, yo… yo…, es que me apetecía dar un paseo por el bosque que está tan bonito y florecido en esta época del año, y, además, hoy hace un día tan espléndido que…

—Calla, Eugenia, ya me puedo imaginar a qué vas tú al bosque un domingo tras otro estos últimos meses, y lo que es seguro es que si vas a contemplar las flores no lo haces tú sola, sino con una buena compañía, ¿acaso me equivoco?

Eugenia se sobresaltó ante las palabras que su madre le había dirigido, pues no sabía que le estuviera siguiendo el rastro, y Concepción prosiguió con su sermón.

—Sé que andas por ahí viéndote con Pablo allá donde vayas, y también sé que ya no es un inocente juego de niños a lo que os dedicáis.

—Pero, madre, yo…, yo puedo explicárselo, usted lo entenderá.

No sabía muy bien si su madre lo iba a entender, pues siempre había sido muy seca y tal vez un poco fría con ella, pero en ciertas ocasiones había visto cómo era capaz de ser bondadosa con otras personas y ahora esperaba que lo fuera con ella, y de todas formas a estas alturas nada de lo que le dijera cambiaría ya los pensamientos de Concepción, así que ya sólo podía esperar la respuesta de su madre.

—Claro que lo entiendo, Eugenia.

—¿De veras, madre?

—Sí, de veras. Cuando yo era joven también veía las cosas como tú ahora y no pensaba en las consecuencias que algunos actos podían acarrear. Sé que estás completamente enamorada de tu primo Pablo. Me parece un buen mozo para ti y supongo que con el tiempo será un buen marido.

—Pero, madre…

—Eugenia, es una falta de respeto no dejar terminar de hablar a tu pobre madre, así que me vas a escuchar. Pues bien, tu primo es un buen partido, es un mozo muy trabajador, pero no puedes encontrarte con él en las entrañas del bosque, alguien os podría ver allí solos junto al río y correr la voz por todo el pueblo, y la gente siempre piensa mal, Eugenia, y aquí, tú sabes lo chismosos que son.

—Lo sé, madre, pero le prometo que no hemos llegado a esos extremos, no tiene usted nada de lo que avergonzarse.

—Te conozco mucho mejor de lo que puedas imaginar y te creo, ya sé que no has hecho nada de lo que pudieras arrepentirte más adelante, pero debes comprender que una pareja joven vagando solos por esos senderos del encinar pues… no está bien visto.

—Sí, pero Pablo es mi primo hermano y llevamos correteando por

las praderas desde niños, nadie tiene por qué pensar nada malo.

—Pero, Eugenia, hija, ¡qué ingenua eres todavía! El hecho de que Pablo sea tu primo no tiene que ver con el hecho de que tú eres ya toda una mujer y ya sabes lo que buscan los hombres en una mujer. Ya no sois dos chiquillos que juegan a correr espantando los pajarillos o a tirar piedras al río, ahora sois una pareja de muchachos que están descubriendo el amor. Mira, hija, esto es lo que vais a hacer: tu prima María os acompañará cada vez que veas a Pablo y así no daréis de qué hablar, ya no iréis a hurtadillas a esconderos en lo más profundo del bosque. De todas maneras, esta noche le comentaré lo sucedido a tu padre; es un hombre justo y podremos acordar tu boda con Pablo en breve.

—Gracias, madre, os agradezco el gesto por vuestra parte.

Eugenia se fue a su habitación, que le separaba del resto de la estancia tan solo por una vieja cortina zurcida; en su interior albergaba una cama con un colchón de lana y un pequeño crucifijo encima, y en el lado derecho había una jarra de hojalata oxidada a juego con una palangana del mismo material que, junto con el maloliente orinal que tenía bajo la cama, componían el escaso mobiliario de la habitación donde Eugenia ya dormía.

Mientras tanto, Concepción pensaba cómo debería darle aquella noticia a Alfredo, su marido, cuando éste volviera del monte.

Al cabo de un rato, Concepción quedó sumida en un profundo sueño mientras todavía sujetaba con sus ásperas manos las agujas de coser, que cada día le otorgaban aquellos breves momentos de relajación sentada en la raída silla.

De repente, un vaivén del viento contra la puerta la sacó de su pequeño sopor. Pasada una media hora, aquella puerta se abrió de par en par y, bajo la oscuridad de la tarde, vio la silueta de Alfredo entrar en la casa.

—Buenas noches, Concha. Hoy me he retrasado con el rebaño, una oveja se nos ha descarriado y tuvimos que ir a buscarla, no esperaba que aún estuvieras despierta.

Le dijo Alfredo a Concepción.

—Tengo que hablar contigo, Alfredo.

Respondió amargamente Concepción.

—Me asustas, Concha. ¿Ha pasado algo?

Concepción dio un pequeño suspiro y prosiguió:

—Hace unos meses que Eugenia anda por ahí con tu sobrino Pablo.

—Bueno, claro, pues lo vienen haciendo desde siempre, nada nuevo vienes a contarme.

Una gran risotada dejó salir Alfredo de su desdentada boca. Concepción puso los ojos como en blanco y le contestó:

—Pero qué inocentes sois los hombres. ¡Por Dios! Están e-na-mo-ra-

dos a ver si ahora lo entiendes un poquito mejor. Para tu hija, Pablo ya no es como un primo, ahora lo ve como a su futuro marido, ¿a que ahora ya me vas entendiendo?

Alfredo le respondió:

—Ya, ya entiendo. Pues tú le sacarás esa idea de su alocada cabeza, esta cría no me traerá más que disgustos. Pablo sólo le lleva tres años y aunque me ayuda mucho en el monte y sabe llevar el rebaño, es un poco inmaduro; sin embargo, su hermano Santiago tiene mucha más ambición y, aunque sea un simple campesino, no sé, Concha, lo veo mucho más maduro, con los pies en la tierra, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo, Alfredo, solo que Santiago tiene quince años más que Eugenia, sería un anciano cuando tuvieran hijos, ¡por el amor de Dios, Alfredo, piensa lo que dices! Mira, Pablo es trabajador y parece hacerla feliz, y tú sabes que en esta miseria de vida que nos toca, sólo nos queda el amor, es algo que nunca nos podrán arrancar.

Alfredo se sorprendió ante aquello, Concha, como le gustaba llamarla a él, había sido una muchacha joven y vigorosa que casi siempre se reía cuando festejaban y estaba alegre, a veces hasta le contagiaba a él con sus risas. No había sido una mujer espectacularmente hermosa, pues aunque su piel era tan delicada como la seda, cuando la miraba de perfil su nariz sobresalía suficiente de su rostro para saber perfectamente que no era hermosura lo que había calado en él.

Ahora aquella alegría que ella le contagiaba en otro tiempo, se teñía de una triste amargura que compartían gracias a los duros embates que la vida les había propinado.

Ante aquella sorpresa que dejó perturbado por un instante a Alfredo, e incluso le hizo pensar que tal vez su esposa tuviera algo de razón, decidió por fin contestarle, así que le dijo:

—Bueno, Concha, a pesar de todo, quizá tengas algo de razón. Cuando yo ya no valga para el trabajo, Pablo me ha de relevar en el puesto y llevará a pastar las ovejas del señor Ordóñez. Quizás sea un buen marido para con Eugenia; hablaré con mi hermano mañana y pondremos la fecha de esa unión. Ahora vámonos a dormir que ya se ha hecho muy tarde.

2

El sol todavía no había salido en Lastilla cuando los habitantes del lugar ya se disponían a empezar sus distintas tareas y oficios. El panadero horneaba aquel pan que se olía desde el granero del molinero; estaba también el mercado, que se situaba todos los lunes en la plaza central del pueblo junto a la vieja encina que había soportado allí el paso de los años viendo el ir y venir de la gente que compraba todo tipo de cosas, tanto viandas como las cestas de mimbre para transportarlas, pucheros y cacerolas fundamentalmente hechos de barro por los alfareros de la zona; o si se dirigía la mirada por encima de aquella plaza, atravesando las encrucijadas calles y cuestas, ya fuera por un lado u otro, acababan siempre en los largos y anchos campos de trigo, que ahora que había acabado la cosecha de aquel agitado año 1917, empezaba ya la usual recogida de aquel amarillo y espigado trigo que habían sembrado casi un año antes y visto crecer verde y fuerte, y por fin la recolección, el momento más esperado por el pueblo, ya que la inmensa mayoría a ello se dedicaba.

Entre tanto, Eugenia se despertaba y lavaba con el agua cristalina que el día anterior había recogido con Concha de la fuente, y ahora, se acercaba con tiento a la agrietada palangana para no derramarla. Cuando fue a desayunar: un poco de pan duro para coger energía, su padre ya había salido al monte como era de esperar, apenas le veía y además le tenía demasiado respeto como para siquiera dirigirle la palabra, así que mucho mejor, sólo conversaría con su madre.

—Madre, perdone que le pregunte, ¿habló usted con padre anoche?

Su madre le dirigió una rígida mirada.

—Pues sí, le convencí y él accedió a acordar con tu tío una fecha.

Eugenia, que no salía de su asombro, le dijo:

—Eso quiere decir…

No alcanzaba a decir nada, se le trababa la lengua al hablar, así que Concha por primera vez en mucho tiempo, dirigió una mirada aprobadora a su hija, y a su vez una gran sonrisa salió de sus labios, y entonces le dijo:

—Sí, hija, eso quiere decir que pronto serás una mujer casada, y me alegro por ti.

Jamás su madre se alegraba por algo que ella hiciera y, como si de un impulso se tratara, abrazó fuertemente a Concha como nunca siquiera se le había ocurrido hacerlo y después le contestó:

—Gracias, madre, estoy muy contenta, no sabe usted lo feliz que me siento.

Para Concha ya habían sido demasiadas emociones en poco tiempo, así que se puso seria y le dijo:

—Bueno, Eugenia, pero ahora vamos a seguir con nuestros quehaceres diarios.

—Sí, por supuesto, ya mismo voy.

Tan solo media hora después, estaban las dos camino del río con un cesto de mimbre cada una bajo el brazo lleno de la ropa del médico y del cura de Lastilla que lavaban en el río cada día a cambio de la miseria que les pagaban por ello.

Allí, en el río, las mujeres lavaban su ropa y mientras las más alegres y dicharacheras cantaban, el resto hablaban de sus cosas, era uno de los pocos momentos en que ellas podían hacer vida social.

Eugenia lavaba y restregaba la sotana del señor sacerdote cuando alguien le tocó el hombro y se volvió sobresaltada.

—¡María! ¡Pero qué susto me has dado! Casi me voy derechita al agua por tu culpa.

—Bueno, bueno, no será para tanto, quejicas. He oído a un pajarito decir que tú y mi hermano… Ya sabes, Euge, pronto voy a comer cordero y a lo mejor hasta algún buen mozo me saca de esta eterna soltería, ¿no crees?

—Pero qué pesimista eres, si sólo tienes dieciocho años.

—Sí, y tú diecisiete y ya te veo entrando en la iglesia a las puertas del altar.

—No te burles, María, no sé quién va diciendo todo eso por ahí.

—¿Bromeas? Tu madre hoy nos ha salido con el pico un poco largo. ¡Está muy emocionada! Fíjate, nunca me hubiera imaginado a la tía Concha hablando así.

—Yo tampoco, créeme.

—Bueno, cuéntamelo todo, se lo has dicho, ¿o qué?

Como vio a María, su prima y también futura cuñada, tan intrigada, decidió contarle con detalle desde que llegara el día anterior a su casa. Al final, María respondió:

—Vaya, vaya, así que es verdad que podré catar corderito jugoso el día de vuestra boda.

Eugenia no pudo hacer otra cosa más que reírse.

—Bueno, María, ya veo que te interesa más comer un día cordero a que Pablo y yo nos casemos.

—No... En serio, me alegro muchísimo. ¡Enhorabuena, cuñada…!

María siempre había sido su fiel amiga aparte de su prima y la hermana de su amado Pablo, con ella lo compartía todo, no tenían secretos entre ellas por lo que María estaba al corriente de lo de Pablo desde el primer momento e incluso les animaba; ya tenía dieciocho años y nadie la pretendía, a lo mejor era de esas que se quedaban para vestir santos, pero ella se lo tomaba todo con humor, siempre

bromeaba de esto y aquello, y bajo la dura vida de trabajo que se les otorgaba, María siempre sabía sacar lo mejor de lo más costoso y a Eugenia le encantaba tenerla cerca porque siempre conseguía animarla.

María era para Eugenia una amiga de verdad, siempre podía contar con ella y ella estaba dispuesta en cualquier momento a ayudar a Eugenia. Desde que empezó a ver a Pablo a solas, se habían distanciado un poco, pero nunca habían perdido aquella fuerte confianza que sentían.

A Eugenia, ahora y a veces, le daba un poco de pena porque quizás María nunca llegara a casarse y aunque María hacía como si no le importara, Eugenia sabía que la procesión la llevaba por dentro. Su tío Eustaquio ya había hablado con algunos mozos del pueblo para que se comprometieran con su hija y a cambio les encontraría trabajo arando en el campo, ya que, aunque Eustaquio era pastor, cuatro de sus seis hijos varones trabajaban cosechando el trigo en el campo. Santiago, el hijo mayor, prefirió ser campesino antes que ir a pastorear con su padre y como era un muchacho fuerte y trabajador, al terrateniente para el que cosechaba sus tierras no le importó luego ir cogiendo a sus hermanos para las tareas del campo. A Pablo siempre le gustaron más los animales y como su padre ya estaba entrado en años, eligió llevar el rebaño a los pastos y así dentro de poco poder dar el descanso que se merecía a Eustaquio después de toda una vida dedicada a sus fieles corderos. Por todo ello, no le sería difícil a Eustaquio encontrar trabajo de campesino, a través de sus hijos, para aquel que no lo tuviera y accediera a casarse con su hija María, así que de vez en cuando, en la tasca del pueblo, hablaba con algún muchacho sin resultado alguno, ya que a los jóvenes del pueblo no les gustaba el temperamento de María, pues decían que era poco sumisa y hablaba demasiado, cualidades que no gustaban demasiado a los hombres, ya que una mujer debía llevar su casa, criar a sus hijos y obedecer a su marido, y la relación con los demás, lo mejor era ver, oír y callar. Claro estaba que María no era así, por eso a Eugenia le daba un poco de lástima, porque sabía que con esa forma de ser que tenía, quizás no encontrara al hombre adecuado, pero, bueno, a pesar de ello siempre le deseaba lo mejor.

3

Al despertar al alba en un fresco día otoñal de primeros de octubre, Alfredo se dirigía raudamente a buscar sus ovejas para llevarlas hacia el todavía verde pasto del monte, y a la vez pensaba en conversar con su hermano Eustaquio para formalizar el festejo de sus hijos. Había pasado ya una semana desde que hablara del asunto con Concha, pero es que esa semana a la vez habían llegado instrucciones para que Federico, el quinto hijo de Eustaquio, se incorporara al servicio militar teniendo que dejar así su labor en el campo. Alfredo entonces prefirió ser prudente y esperar a hablarle de su hijo Pablo hasta que Federico se hubiese incorporado ya a filas.

Seguía dubitativo y pensativo cuando vio en la lejanía acercarse a Eustaquio junto con Pablo. Se saludaron y siguieron con su tarea, hasta que al fin, llegada la hora del almuerzo, Alfredo alzó la voz y les dijo:

—Bueno, ahora que Federico ya ha cogido el tren tengo que deciros algo.

Eustaquio respondió:

—Cuenta, hermano, qué te preocupa.

Y Alfredo comenzó a hablarles.

—Bien, Pablo, seguro que te imaginas lo que voy a decir.

Pablo lo intuía, pues en toda la semana, aunque no había podido hablar con su dulce Eugenia, al cruzarse por las empedradas calles de Lastilla con ella por casualidad, la había notado rara y le miraba profundamente como queriéndole decir algo que no alcanzaba a saber, así que ahora ya comprendía aquellas penetrantes miradas que ella le había dirigido todos esos días, pero aun así, prefirió que hablara primero su tío y le contestó:

—No sé, tío, a qué se refiere.

—Sí lo sabes y tu padre lo ha de saber ahora.

Dirigiéndose a Eustaquio, le dijo:

—Hermano, Pablo y mi hija Eugenia llevan unos meses festejando y esperaba acordar la fecha de la boda contigo.

Eustaquio contestó:

—Espera, Alfredo. ¿Qué? ¿Cómo sabes tú todo eso?

Se volvió hacia Pablo.

—Pablo, ¿es verdad lo que dice tu tío? ¿Y cómo es que no he sabido nada? ¿Cómo no has sido capaz de explicármelo? ¿Y si se hubieran enterado antes que tu tío los hombres de este pueblo y yo sin saber nada? ¿Te das cuenta de la vergüenza que me hubieras hecho

pasar? Tú por ahí con tu prima y la gente hablando y yo sin saberlo. ¡Imagínate!

Les interrumpió Alfredo, que aún con todo tenía admiración y respeto por su sobrino pequeño y ya se había hecho a la idea de que fuera su yerno.

—Déjalo ya, Eustaquio, yo me enteré hace una semana, pero con lo de Federico no quería preocuparte con esto en exceso, así que esperé a que se marchara para comunicártelo.

Eustaquio era un hombre bueno, pero de carácter brusco, y no entraba en su cabeza que los suyos hicieran algo a sus espaldas, así que cuando Alfredo empezó a notar signos de ira en su rostro, le dirigió unas palabras a Pablo.

—Vete con el rebaño y luego te alcanzaremos nosotros, hoy vamos a hacer un almuerzo más largo de lo habitual.

—Sí, tío, luego les veo.

Pablo dio un silbido para llamar a la perra que llevaba el rebaño y cogió su palo dirigiéndose al monte con las cabezas de ganado ovino.

Al quedar solos los hermanos, Alfredo prosiguió:

—Me lo contó Concha hace una semana, ya sabes que las mujeres parece que tienen un sexto sentido para esos temas.

—Pero, Alfredo, yo pensaba que tu hija Eugenia se casaría con un hijo mío, pero no con Pablo, es el pequeño.

Su hermano respondió:

—Claro, si… Ya lo sé, tú y yo habíamos hablado de Santiago, pero en realidad, ¿qué más nos da? Los dos son muchachos trabajadores y saldrán adelante, todos lo hemos hecho. Ponemos en nuestra mesa día tras día un poco de pan y patatas con mucho sacrificio, pero lo ponemos, ¿no es así? Ellos también lo harán.

—Sé que lo harán, ojalá hubiéramos podido darles más que un techo lleno de goteras, mugrientos colchones donde dormir, escasa y mala comida, y un futuro poco prometedor con una vida llena de trabajo y sacrificios desde muy niños. ¡Qué miseria vivimos y damos a nuestros hijos, hermano!

Alfredo se conmovió al oír hablar así a su hermano, pero también entendía que era ya un hombre mayor y junto con él y toda la gente de su entorno habían trabajado siempre como mulos para obtener a cambio hambre y enfermedades, y a estas alturas comprendía que a Eustaquio ya le daba igual no ser lo suficientemente correcto al hablar.

Después de una breve pausa, Alfredo siguió con la conversación.

—¡Cálmate! Sé que los tiempos no son buenos para nosotros y es verdad que nunca lo han sido, pero aun así debe reconfortarnos pensar que a lo mejor para Pablo y Eugenia y tus otros hijos no sea tarde todavía y lleguen a vivir mejores tiempos, y aunque no sea así

no podemos quitarles la esperanza, esa que tú y yo teníamos al festejar con nuestras parientas.

—No lo debieron ocultar. ¿Y si los han visto solos? ¡Qué vergüenza!

Ante la voz de alarma de Eustaquio, su hermano decidió tranquilizarlo.

—Seguro que no los han visto solos, lo sabríamos, ¿no crees? Así que deja esa furia que te reconcome por dentro y pensemos en fijar ese matrimonio.

Eustaquio, atónito por el poder de convicción de su hermano, le contestó:

—¡Ay, hermano! Al final, no sé cómo lo haces que siempre tienes razón.

—Estaba pensando yo en el Corpus Christi, ya que tenemos fiesta de guardar.

—Me parece un día perfecto.

Alfredo y Eustaquio se alejaron hacia el monte para encontrarse con Pablo.

Alfredo subió callado, sumido en sus pensamientos, pues Eustaquio le había removido viejas vivencias al hablar de las miserias que tenían que soportar. La gente de clase baja y entornos rurales como eran ellos, malvivían en una sociedad en la que las clases altas, tenían de todo y con todo lujo de detalle y, además, movían los hilos de esas gentes pobres de tal manera que parecían marionetas. Aquellas personas que tenían tan poco como Alfredo pasaban muchas penurias, hambre y a menudo enfermedades graves a veces contagiosas por sus medios de vida habituales en los que había poca higiene y aquella malnutrición que Alfredo había visto con sus propios ojos cómo se llevaba a seres queridos.

Llegaron al monte y Alfredo decidió olvidar aquellos negativos pensamientos para seguir con su rutina diaria.

4

Dos días habían pasado desde que el tío y el padre de Pablo acordaran la fecha de su próximo enlace con su prima Eugenia, y él se sentía bien por ello. Pablo era un chico muy despierto, no demasiado alto, pero con un bonito pelo negro y aquellos ojos marrones como la miel que tanto le gustaban a su querida prima, era parco en palabras, pues en su rutinaria vida, tampoco tenía mucho de qué hablar y, aun con todo, cuando contaba algo sabía muy bien lo que se decía. No tenía demasiadas expectativas para el futuro porque, aunque a poco podía optar, ya se encargaba Eugenia de soñar y soñar lo que harían juntos, ella siempre tenía algún plan para ellos, para sus hijos… Así que Pablo se limitaba a escucharla y a decirle que sí a todo, y aunque sabía que opinaban de él que era todavía un poco inmaduro, él creía que a veces la inmadura era Eugenia comportándose siempre como una chiquilla alocada, pero claro está que no le importaba, pues con ella conseguía siempre reír sin remilgos, algo que no había hecho desde que tenía muy corta edad.

Aquel domingo por la tarde, Pablo se encaminaba hacia la fuente de caños a la entrada de Lastilla donde le esperarían su hermana María junto con su querida prima y ya futura esposa, y aguardó allí hasta su llegada.

Eugenia había preparado un poco de pan de hogaza, nada en realidad, eran sólo dos corruscos del día anterior, pero bien sabía que su prima y su novio tenían menos que ella para llevarse a la boca ya que eran muchos hermanos y ella era hija única y, aunque a la familia de Eugenia les iba muy justo para poner algo en la mesa, sabía de buena tinta que en casa de sus tíos alguna noche se habían ido a la cama sin probar bocado, así que Eugenia cuando podía les llevaba algo.

Se disponía a buscar la cesta de mimbre para llevar los corruscos de pan, cuando el rechinar de la puerta de madera en sus oídos le hizo darse la vuelta.

—¡María, eres tú! Mira, estaba cogiendo esta cesta con unos pedazos de pan. La verdad es que no tienen muy buena pinta.

—Pues para mí tienen una pinta estupenda. Además, sabes que te lo agradezco, ya conoces el dicho. ¿No?

Eugenia le contestó:

—Sí, claro, de bien nacido es ser agradecido.

—Bueno, bueno, así que veo que llevas puesto lo mismo que en misa para ir un rato por el bosque.

Eugenia no se cambió aquella tarde de ropa y en vez de ponerse su harapienta ropa que usaba habitualmente para las tareas, había decidido que Pablo la viera con su ropa de ir a misa, una falda larga que le llegaba hasta los tobillos, que llevaba además algún que otro zurcido, y una camisa de hilo muy desgastada ya por el paso del tiempo, que junto con unas alpargatas con algún que otro roto completaban el conjunto.

Eugenia, orgullosa, contestó a su amiga.

—Pues sí, me he dejado puesta la ropa de vestir porque hoy es un día especial.

—No sé, si tú lo dices… A mí me parece que en este pueblo no existe eso que tú llamas día especial.

—Mira, para mí lo es, por fin tenemos ya la fecha y yo sólo quería que tu hermano me viera hermosa.

—Sí, ya veo que también te has soltado un mechón del moño.

—¿Y qué?

Entre risas, María le dijo:

—Que como venga tía Concha y te vea, ya puedes salir corriendo.

—Entonces, vayámonos ya mismo.

Salieron de la vieja casa cerrando tras de sí la pesada puerta, bajaron por el callejón que daba a la plaza mayor del pueblo donde se encontraba la vieja encina, siempre fuerte y robusta, aquel árbol que daba un símbolo propio a Lastilla, y más tarde, recorrieron el resto del camino hasta llegar ya a la fuente donde Pablo les esperaba inquieto.

Pablo vio en la lejanía a Eugenia al lado de María y le pareció que estaba más hermosa que nunca aquel día, sus ojos resplandecían por el brillo del sol. Se acercó con cautela y le tendió el brazo para que ella apoyara en él su menuda y alargada mano, y después de mirarla tiernamente, María se acercó a ellos y siguieron para coger el sendero del río.

Una vez estuvieron en el bosque, Eugenia dejó la cesta sobre la hierba húmeda y les ofreció aquellos corruscos que con tanto amor les había reservado, y comenzaron a conversar a gusto los tres.

Eugenia fue la primera que rompió el hielo.

—¿Qué tal te ha ido la semana, Pablo?

Pablo se volvió para contestar a su novia.

—Ya sabes que no me gusta hablar demasiado, contarme mejor vosotras.

—Bueno, María y yo —dirigió una mirada a María—, pues hemos hecho lo de todos los días, Pablo. Lavamos una cantidad enorme de ropa en el río, aunque tampoco está tan mal, así cotilleamos con el resto de mujeres de las cosas del pueblo, y luego, en casa, pues preparamos vuestra comida, limpiamos, zurcimos y recosemos la ropa vieja y si algún día nos sobra tiempo hacemos punto con la lana y ya

no sé qué más…

Les interrumpió María.

—Tu prometida se olvida de que tenemos que ver todos los días la cara del doctor, el cura y el maestro mientras le damos la ropa sin rechistar a esos estirados.

Pablo se levantó y se acercó a su hermana.

—No te consiento que hables así, soy tu hermano mayor.

—No te preocupes, ya me callo.

Pablo volvió a hablar.

—No sé si os habéis enterado de lo del maestro.

Eugenia miró sorprendida a su novio.

—No sabemos nada. ¿Ha pasado algo?

—La esposa del señor maestro ha enfermado, o eso es lo que ha oído Santiago en la tasca.

María se unió a la conversación.

—¿Y es muy grave?

—Pues según los rumores, el doctor le ha dicho al maestro que no pasaría de esta noche.

—Sí que parece grave la cosa —contestó Eugenia—. En fin, a nosotros ni nos va ni nos viene.

Siguieron absortos los tres en sus conversaciones sobre la gente del pueblo, y entre unas risas y otras se pasó la última tarde de domingo en el bosque, viendo fluir las aguas del río, las altas y enormes encinas, el olor a hierba mojada, los pajarillos de hermosos tonos piando y bajando a picar las migas de su pan y aquellas bellas mariposas posándose de flor en flor, era todo algo magnífico para la vista humana y algo de lo podrían seguir disfrutando el próximo verano o incluso antes quizá, en primavera, pero ahora el invierno estaba al caer y Lastilla estaba enclavado en un terreno privilegiado, pues naturaleza no le faltaba, pero también tenía un clima muy adverso en el que gozaban de veranos calurosos, pero de inviernos sumamente fríos y heladores. A veces, no se escandalizaban cuando el crudo invierno llegaba y uno u otro en el pueblo caían gravemente enfermos, en su mayoría eran ancianos y niños, claro está, los más vulnerables porque tenían menos defensas, sólo a veces se recuperaban y cuando lo hacían solían quedar con alguna secuela irreversible, pero otras veces no lo podían soportar y sin más preámbulos dejaban de respirar, todo ello era muy duro para la gente de Lastilla, pero por desgracia, ya fuera por una mala alimentación o por tener que calentarse cuando hacía frío solamente con una pequeña fogata, había personas que no pasaban el invierno, pero ya estaban acostumbrados a aquellos horrores, era el día a día.

5

Aquella misma tarde, mientras Eugenia, María y Pablo caminaban de vuelta a casa, Concepción se encontraba en su hogar haciendo punto con la grata compañía de Josefa.

Josefa era la actual mujer de Eustaquio y cuñada de Concepción. Eustaquio se había casado con ella de segundas nupcias ya que su primera mujer había fallecido al dar a luz a su tercer hijo, pues tenía una salud débil y el doctor ya les había advertido en su segundo embarazo que ella no iba a poder soportar otro embarazo más, pero a contrariedad con lo que dijo el doctor, Eustaquio no hizo mucho caso, porque no se creía demasiado esas cosas de las que advertían los hombres de ciencia, así que cuando su mujer volvió a quedar en estado, se debilitó mucho y no lo pudo soportar. Eustaquio quedó viudo con tres niños pequeños, él tenía que seguir con el ganado para llevar el sustento a su familia y no le quedó más remedio que volver a casarse y así Josefa, su segunda mujer, se encargó de sus hijos y aparte tuvo con ella cuatro hijos más, Eusebio, Federico, Pablo y María.

Concepción miró a Josefa y le dijo:

—¿Por qué me miras hoy así? Te noto rara mirándome así.

Josefa se había ganado con creces el cariño de toda su familia, era una mujer poco agraciada, pero de un corazón enorme, y era eso lo que conquistaba la confianza de todos aquellos que la rodeaban, y por eso, Concepción pronto comprendió que sólo con ella podía hablar de ciertos temas.

—Concha, te miro así porque te conozco bien y sé que algo te pasa. ¿Qué te ronda por la cabeza?

Concha hacía tiempo que se lo quería contar y no sabía cómo, así que vio entonces el momento propicio.

—Tú sabes que Alfredo me lleva muchos años de ventaja.

—Concha, ve al grano, sin miramientos.

—Bien, el festejo de nuestros hijos me ha removido viejas heridas.

—Cuéntame, Concha. ¿De qué heridas se trata?

—Antes de Alfredo festejé con otro mozo del pueblo.

Josefa no podía saber de aquello porque era del pueblo colindante a Lastilla, como tampoco tenía por qué saber del pasado de ella.

Prosiguió Concha.

—Me enamoré como una niña de un joven apuesto, era realmente feliz hasta que…

—¿Qué pasó?

—Nos íbamos a casar, ¡estábamos prometidos!, él desde niño había

ayudado al médico. Ya sabes, llevando su maletín, haciendo recados, limpiándole la camilla… Poco a poco fue conociendo los entresijos de aquel oficio y cuando el doctor iba a hacer alguna visita, él le acompañaba y le daba el instrumental, las vendas… Cuando nos prometimos ya era su ayudante, no te imaginas lo orgullosa que estaba yo de él, viniendo de abajo había conseguido lo impredecible: llegar a ser su ayudante. Le quería muchísimo y me imaginaba un futuro mejor del que tengo, no habría necesitado lavar la ropa de la gente y no hubiera faltado un plato de buena comida en mi mesa, y tampoco tendría que soportar cada día cuando me levanto, saber que vivo en la miseria.

—Bueno, y si todo iba tan bien como dices, ¿qué es lo que os ocurrió? ¡Ah! No me digas que buscó alguna mujer de mejor familia dado lo alto que había llegado y…

Le interrumpió Concha.

—Déjame hablar. No, claro que no. Josefa, nos queríamos de verdad, mucho antes de que el doctor le hiciera a Mateo su ayudante, pues así se llamaba él. Un día, cuando había empezado ya la guerra de España por la isla de Cuba, vino y me dijo que dejaba su oficio de ayudante momentáneamente para alistarse en el ejército como enfermero, ya que había adquirido suficientes conocimientos con el doctor y sería allí de gran utilidad.

A Josefa al oír aquello le dio un pálpito muy fuerte el corazón y esas frases resonaron en sus oídos como si de una bomba se tratase, pero intentó mantener la compostura y Concepción siguió con su historia.

—Josefa, a mí se me cayó el mundo encima al oírle decir aquello y sólo pensé que de alguna broma se trataba. Pero no era broma, era muy real porque él no escuchó a nadie. Un mes después, salió del puerto de Cádiz en travesía por el Atlántico hasta llegar a Cuba. De vez en cuando iba a enterarme a gobernación si seguía vivo, y tras dos angustiosos años lo devolvieron, no por el término de la guerra porque se fue en los primeros reemplazos y ya sabes, Josefa, que la guerra duró tres largos años, lo trajeron por enfermedad, le habían contagiado una de esas enfermedades tropicales tan raras y en un mes se consumió, murió y ni siquiera nos dio tiempo a casarnos.

Tras las palabras de su cuñada, Josefa también le confesó algo.

—Lo siento, Concha, de veras. Tampoco tú sabes que tuve un hermano que luchó en Cuba. El murió en el campo de batalla y en realidad, ¿para qué? España perdió irremediablemente Cuba y así ya su última colonia en América. Y nosotras perdimos mucho más que eso, nuestros hombres.

Aquella tarde, Josefa y Concha no pudieron volver a tejer, tenían el rostro lleno de rabia y una inmensa ira dentro de su ser, a la vez que

intentaban disimular la una a la otra aquellas lágrimas que resbalaban por sus mejillas; se quedaron pensativas, esperando la vuelta a casa de sus hijos, una tarde más.

Aquella noche, Concha no pudo apenas conciliar el sueño, aquellos recuerdos que esa misma tarde había revivido junto a su cuñada, le habían afectado mucho. Había más casos como el suyo o el de Josefa en el pueblo, quien más y quien menos había perdido algún ser querido en esa maldita guerra y era por esa misma razón que nadie se dignaba siquiera a nombrarlo; la guerra de Cuba en Lastilla, era un tema del que se evitaba hablar, como si hablar de ello fuera hablar de algo prohibido y quizás fuera así, porque la gente no podía volver a soportar el sufrimiento y el dolor que producía abrir esas viejas heridas. Para Concepción era un inmenso dolor que aquella noche después de mucho tiempo consiguió volver a quitarle el sueño, ella había intentado olvidar con toda su alma a aquel hombre que tanto había amado cuando tan solo era una chiquilla inexperta en el amor.

Cuando tan solo contaba con diecinueve años y justo cuando cumplía un año de su pérdida, decidió dejar atrás aquella amargura que le iba consumiendo día tras día, así que reunió una foto suya que se hizo antes de alistarse y un pañuelo que le había regalado cuando se marchó, eran los únicos recuerdos que tenía de él, en realidad no tenían un gran valor material pero sí sentimental, y entonces decidió hacer una pequeña hoguera donde los arrojó, fue algo que hizo para desprenderse de todas las cosas que le recordaban a su amado, y al deshacerse de todo ello, poder por fin olvidarle y poder rehacer su vida y luchar para salir adelante. Poco a poco, volvió a recobrar la alegría que le había caracterizado siempre y unos meses después, festejaba alegremente con Alfredo.

Ahora, tumbada sobre aquella cama que crujía al menor movimiento, y mirando a Alfredo mientras dormía, maldijo en su interior a aquellos hombres que eran capaces de enfrentarse entre sí y crear aquel abismo espantoso, cruel y sanguinario a lo que denominaban guerra.

6

Aquella fría mañana invernal, Eugenia observaba el cielo encapotado en el que apenas se vislumbraba el luminoso sol, mirándolo a través de la pequeña ventana de madera con contrafuerte adosado a ella, que le permitía ver aquel cielo nuboso. En casi ya la mitad del helador mes de diciembre, el fortísimo invierno que había comenzado ya casi dos meses atrás, había dejado paso a las lluvias y a las nieves y con ello también quedaron atrás sus salidas al bosque junto a su querido Pablo.

Ahora ya solo se veían en presencia de sus padres o de sus tíos y primos, pero a ella ya no le importaba porque todo el mundo sabía que el próximo mes de junio, el día de Corpus Christi, Pablo por fin sería su esposo.

Como cada mañana, Eugenia se lavó en la palangana con el aroma del jabón que, junto a Concepción, ellas mismas hacían para lavar la ropa y para su propia higiene, y acto seguido se vistió poniéndose su larga falda gris junto con su camisa de hilo blanca y el jersey azul de pura lana de oveja con cuello de cisne, y salió velozmente de la habitación para recogerse su mata de pelo moreno como el azabache en un bonito moño, mientras se miraba en el único espejo que existía en su hogar, que se situaba en el pasillo para hacer de él un uso común. Después de saludar a su madre y comer un poco de pan para el desayuno, se puso el delantal, un pañuelo cubriendo su pelo, el chal de gorda lana sobre sus hombros y cogió una tinaja de barro, después abrió la ruidosa puerta de la estancia y se dirigió con premura a la fuente, bajando por la plaza mayor que se situaba a la sombra de la gran encina. Cuando llegó a la fuente, comenzó a llenar la tinaja de agua y, absorta en sus pensamientos, una anciana mujer le rozó la espalda y Eugenia se volvió rápidamente ante tal sobresalto.

—¡Dios mío! ¡Qué susto me ha dado! ¿Quiere que le ayude a llenar su tinaja? Debe de ser una tarea un poco pesada para su edad.

La anciana sonrió y le contestó:

—No, Eugenia, no te preocupes, a esta anciana mujer aún le queda cuerda para mucho rato.

Las dos rieron al unísono, ya se conocían, es más, en un pueblo tan pequeño todos se conocían.

La anciana prosiguió hablando.

—Eugenia yo sólo quería felicitarte por lo de tu boda con tu primo, el hijo de Eustaquio.

—Muchas gracias, se lo agradezco. Bueno, yo ya he llenado la

tinaja, me voy a seguir con la faena. Que pase un buen día, señora.

—Gracias, hija, igualmente.

Eugenia se marchó murmurando, pues estaba harta de tanta felicitación, y así se lo contaba un rato después en el río a su prima María mientras lavaba la bata del señor doctor.

María se reía y le decía:

—Bueno, chica, no lo tomes a mal, la gente es muy cumplidora, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero es que me exaspera tanto cumplido. Bueno y tú, ¿qué? Me ha dicho mi madre que le dijo la tuya que quieres buscar una casa para servir…

—Sí, es mi intención. No puedo seguir bajo el mismo techo que mis padres eternamente.

Eugenia la miró de reojo y vio algo oculto en la mirada de su amiga.

—María, ¿qué ha pasado?

—He discutido con mi padre.

—¿Que has hecho… qué? No puedes faltarle el respeto, se lo debes, es tu padre.

María le miró con orgullo y prosiguió:

—El me lo faltó a mí. Mi hermanastro Santiago me ha contado lo que va diciendo de mí por la tasca.

Eugenia refunfuñó.

—Y… ¿Qué cosa tan grave dice de ti?

—Le propone a cualquier mozo que se le acerca que no tiene trabajo, que le puede buscar empleo en los campos de trigo, a través de mis hermanastros, a cambio de que se case conmigo.

Eugenia, atónita ante aquellas palabras, comprendió el fuerte enfado de María.

—Claro, María, y por eso crees que debes irte de tu casa a servir a algún señor.

—No lo creo, debo hacerlo, soy realista y sé que si hasta ahora nadie me ha pretendido no lo va a hacer, así que lo mejor es servir en alguna casa y dar una boca menos que alimentar a mi madre.

—Tú verás lo que haces, prima.

Eugenia se quedó lavando junto a María el resto de la mañana y después volvió a su casa a la hora de mediodía para ayudar a Concepción a preparar la comida.

7

A l día siguiente, Eugenia ayudaba a su madre a prepararse el cesto de prendas que Concepción llevaría después al pueblo que delimitaba con Lastilla. Habían anunciado los campesinos que podía caer la primera gran nevada del invierno, pues al parecer los anteriores copos de nieve de otros días habían sido débiles en comparación con lo que allí era habitual y aunque el paisaje de aquel bello pueblo segoviano era totalmente ya blanco, la grandiosa nevada aún estaba por llegar. A Eugenia le encantaba aquel paisaje de una blanca hermosura inigualable, y aunque ahora en esta época del año ya no podían adentrarse tanto por el sendero del río para lavar la ropa, puesto que había mucha nieve y resbalarían en el intento, desde la orilla cuando lavaba, admiraba el espléndido encinar cubierto de nieve hasta las copas de esos altos árboles e incluso había visto corretear en cierta ocasión algún pequeño zorro, que astuto y veloz, se escondía a través de los árboles. Le maravillaba aquella vista tan singular, a pesar del frío intenso que le hacía helar hasta los huesos, aunque por otro lado, también le reconfortaban los ratos que pasaba junto a su familia, alrededor de la pequeña hoguera que dejaban encendida después de cocinar la cena, para arremolinarse unidos y calentarse las manos antes de irse a dormir.

Aquel día, Concepción se apresuró a montar en la burra con la ayuda de su hija y atarle al animal el cesto con toda la ropa impecablemente limpia y planchada. Hacía ya un tiempo que el sacerdote daba misa los domingos y confesaba en días alternos en el pueblo de al lado y él mismo se cansó de ir con la ropa que Concepción le preparaba de aquí para allá, así que por ese motivo, encargó también a Concha aquella tarea y le prestó la burra que el sacerdote solía alquilar para sus propios fines, y así ella, todos los miércoles que el sacerdote confesaba en Lastilla y no necesitaba hacer uso de la burra, hacía el traslado.

Concha, ya subida en el inocente animal, cogió las riendas sin demora, pues quería volver antes de que empezara a nevar, y precipitadamente se despidió de Eugenia y arreó a la burra para comenzar el camino.

Unas horas más tarde, Eugenia tarareaba una armoniosa melodía y a la vez planchaba la ropa recién cogida del tendedor, situado en la parte trasera de la casa, junto a un pequeño corralillo.

Estaban cayendo los primeros copos de nieve cuando Eustaquio, Alfredo y Pablo encerraban a las ovejas en el corral. En este tiempo,

como el ocaso del día era ya tan temprano, las cobijaban antes y ya sólo las sacaban a pastar por las laderas de la montaña, porque arriba el pasto ya lo cubría la nieve. Después de dejar el ganado en techo seguro, bajaban los tres por la plaza charlando alegremente.

Alfredo les iba diciendo:

—Pronto la Navidad se nos echa encima, a lo mejor este año está generoso el señor Ordóñez y nos regala un buen queso de oveja, y si es así, tendremos una magnífica cena para la Nochebuena.

Los tres rieron por el comentario de Alfredo, cuando Pablo les dijo:

—¿Lo estáis oyendo? Repican las campanas de la iglesia estrepitosamente.

Y así, Eustaquio respondió:

—Hoy es miércoles, no lo entiendo. ¿Por qué iban a tocar las campanas de la iglesia en miércoles? ¿Es que habrá ocurrido algo malo?

Alfredo, que le retumbaba aquel sonido estruendoso en sus oídos, se quedó pensativo y les dijo:

—Creo que alguien ha debido de fallecer. Pablo, ¿no estabas tú enterado de que la mujer del maestro estaba muy enferma? Ha podido ser la señora del maestro… ¡Claro, podría ser!

Pablo miró a su tío y le dijo:

—Tío, me voy a acercar a la iglesia y supongo que el monaguillo me contará lo que ocurre.

—Bien, está bien, ves a ver qué averiguas.

Alfredo y Eustaquio se fueron a avisar al resto de la familia, pues si era la esposa del maestro de quien se trataba, habría que expresarle las condolencias a su marido, ya que las mujeres de la familia trabajaban para él y debían ser cumplidores con el maestro, y, a su vez, Pablo se adelantó para acercarse a la iglesia. Una vez allí, las campanas habían cesado el sonido y Pablo se arrodilló y santiguó al entrar en el lugar sagrado, y después con una rápida mirada, divisó junto al altar al jovencillo monaguillo.

—Perdona que te moleste, hijo, pero me gustaría saber qué ha ocurrido.

El monaguillo se le acercó, apenas le pasaba un poco más por encima de la cintura de Pablo, y le dijo:

—La esposa del señor maestro ha fallecido tan solo hace media hora.

—Gracias, chico, ya nos veremos.

Pablo descendió el entramado de calles y cuestas hasta llegar a casa de sus tíos y su amada Eugenia, la cual se encontró con la pesada plancha entre sus manos. Una vez allí todos reunidos, decidieron subir a casa del maestro para darle el pésame y como Concepción no había vuelto todavía, María, Eugenia y Pablo se quedaron esperándola para

darle la noticia. Pasaron un rato ellos tres bastante agradable y en un momento que María no paraba de mirar al horizonte esperando ver llegar a Concepción, Pablo se atrevió a darle a Eugenia un fugaz beso en su mejilla, Eugenia se ruborizó tanto que hasta le dejaron de temblar los dientes a causa del frío.

A lo lejos, hacia el final del camino, le pareció vislumbrar a María una burra y una silueta de mujer sobre ella, lo cual significaba que Concepción ya volvía a casa.

Tiró de las riendas para frenar a la burra y apoyándose en su sobrino y futuro yerno Pablo, bajó de la burra y comenzó a preguntarles qué pasaba, ya que no era normal tal recibimiento.

—¿Ha pasado algo Eugenia? ¿A alguien de la familia le ha pasado algo? ¿Han enfermado?

Ante el nerviosismo implorante de Concepción, Eugenia le contestó con la mayor rapidez que pudo.

—Sí, madre, algo ha ocurrido, pero no se preocupe, todos los miembros de esta familia están sanos y salvos.

—Gracias a Dios —dijo Concha mirando al cielo y juntando las manos como si rezara—. No me tengas en ascuas, Eugenia. ¿Qué pasa?

María se adelantó a su prima.

—Tía, resulta que la esposa del maestro ha fallecido, le esperábamos porque han ido todos a darle el pésame.

Concepción, que no puso demasiado desconcierto ante la noticia, pues ya hacía un tiempo que la esposa del maestro había enfermado, se limitó a decirles:

—Adelantaros vosotros que yo os alcanzaré cuando devuelva la burra al cobertizo.

Dieron las condolencias al maestro y después de cenar se fueron pronto a dormir, aquel había sido un día muy agotador.

A la mañana siguiente y con una intensa nevada, asistieron al entierro solamente Josefa, Concepción, María y Eugenia y por la razón de que la cocinera y el ama de llaves del maestro, también asistían, pues todas ellas en conjunto, eran sus empleadas, y a su esposa seguro que le agradaba allí donde estuviera que asistieran a su funeral. El maestro estaba destrozado, su esposa le había dejado solo y con dos niños pequeños de los que ella siempre se había ocupado, porque no había querido que ninguna niñera le restara a ella tiempo como madre y de lo que el maestro siempre se sintió muy orgulloso, pero ahora, no sabía qué iba a ser de ellos, pues él tendría que seguir enseñando para llevarles el sustento y tendría que emplear a una niñera y sólo Dios sabía si sabría ocupar ese lugar que su esposa les había dejado vacío a las pobres criaturas, pero en este momento, era sólo el sordo llanto que le desconsolaba en lo único que pensaba. Cuando terminó el funeral las dos cuñadas junto con las dos primas, volvieron a sus

tareas del día a día una vez más.

8

En vísperas de Nochebuena, los primeros rayos de sol iluminaban fervientemente la estepa segoviana haciendo resplandecientes brillos en la nieve como si de alguna piedra preciosa se tratara y Pablo, mientras conducía con su perra el rebaño, no podía hacer otra cosa sino admirar aquella belleza que sólo la naturaleza era capaz de deslumbrar. Pablo sabía muy bien lo dura que era la profesión que desempeñaba, puesto que los inviernos eran siempre largos, fríos y duros y aun así el ganado tenía que pastar en la ladera del monte al igual que lo había hecho con el buen tiempo y el verdor y frescor de la hierba, pero ahora había que escudriñar el terreno para encontrar pasto para los animales y el frío de la montaña entumecía todo el cuerpo de Pablo, a pesar de llevar siempre consigo una buena manta sobre sus hombros y, por supuesto, todo ello aparte de pesadas y largas caminatas desde el amanecer hasta poco antes de la puesta de sol. Aun con todo, Pablo se sentía a gusto en cierto modo, porque el haber nacido en una familia muy humilde no daba ningún derecho a grandes oficios y entre los que tenían el resto de sus hermanos, aquél era el que más le agradaba. Sus tres hermanastros mayores, Santiago, German y Francisco, trabajaban de campesinos junto con su hermano Federico, el cual lo había dejado a causa del servicio militar, y su hermano Eusebio también decidió encargarse de los animales como él, pero en este caso, prefirió cuidar de los burros a llevar ganado ovino.

Mirando aquel espléndido paisaje, recordaba a veces con añoranza cuando por esos mismos pastos que ahora cubrían su rebaño de ovejas, jugaba, corría y saltaba junto con todos sus hermanos, y ahora que se veían todos los días, sus oficios les dejaban poco tiempo siquiera para hablar. Pero Pablo se encontraba contento y animado y tal vez un poco melancólico, porque aunque aparentaba ser un hombre rudo, en el fondo era muy sensible, razón por la cual había llegado al corazón de Eugenia, y la fecha de la Navidad en la que la familia se reunía, le gustaba en especial.

Un ruido de una carreta hizo que Pablo saliera de su ensimismamiento y desde la pequeña altura en la que se encontraba en la ladera del monte, entornando sus ojos casi del tono de la miel y a la vez mirando hacia el horizonte, divisó una gran polvareda por el camino que llegaba hasta Lastilla y que habían desprovisto de nieve los propios vecinos para que los carros, caballos y burros pudieran acceder a él y fuera un sendero transitable.

Unos momentos después, Pablo ya podía distinguir con nitidez una

carreta provista de dos grandes ruedas de madera y tirada por un cansado burro. De sus riendas tiraba a su vez un hombre bastante robusto y supuestamente mayor, ya que su cabello era de un tono gris intenso. El hombre frenó su burro y miró de reojo a Pablo como insinuándole que se acercara a hablar.

Pablo se deslizó lentamente por la ladera y cuando llegó al alcance de la vista de aquel hombre, éste le preguntó:

—Perdone usted, pastor. ¿No sabrá dónde podría encontrar al señor Ordóñez?

Pablo le contestó:

—Sí, por supuesto. Mire, siga el sendero del camino y cuando vea las primeras casas del pueblo, suba dos calles más arriba y ahí es donde vive el señor Ordóñez. Yo y mi familia llevamos a pastar el ganado del señor, ¿sabe usted?

—¡Ah! Ya entiendo. Entonces usted debe ser hijo de Alfredo. ¿No es así?

Pablo sonrió al anciano hombre y le dijo:

—¡Oh, no! Yo soy sobrino de Alfredo e hijo de Eustaquio. Me llamo Pablo, para servirle.

Pablo le acercó su mano y el hombre le respondió con un buen apretón.

—Encantado, Pablo. Mi nombre es Blas y soy comerciante, compro la lana del señor Ordóñez cuando esquila sus ovejas para la primavera, luego se la voy vendiendo a los tejedores de mantas.

Pablo le interrumpió.

—Claro y por eso conoce usted a mi tío y a mi padre, y supongo que no habría tenido noticias de la nueva finca del señor Ordóñez.

—No he recibido ninguna noticia, no, y en la casa del campo me ha dicho una de sus sirvientas que se había afincado aquí en el pueblo.

—Sí, así es, la encontrará con las señas que le acabo de dar. Perdone que me entrometa, es por pura curiosidad pero ¿tan importante es ese negocio de la lana con el señor, que tiene usted que viajar en una fecha tan señalada y con la nevada que ha caído estos últimos días?

—Sí, hijo, sí. Mi yerno es el que se encarga en otoño del comercio acordando con unos y otros todos los precios, pero este otoño enfermó y ahora ya se recupera, pero todavía no está en condiciones de viajar y como los campesinos prevén más nevadas este invierno y sobre todo por esta zona, no podemos esperar a la llegada de la primavera, en cuyo caso, me apresuré a venir, quizá un poco inconscientemente, pero todo sea por los cuartos, ya me entiende.

Pablo, atónito ante el valor y coraje de aquel hombre que se había recorrido los caminos cubiertos de nieve con un burro y una carreta sólo porque el vendedor de lana no le subiera el precio la próxima

primavera o ante la ausencia de noticias suyas no se la vendiera a otro comerciante, le miró con cierta admiración, y sin saber que más conversar con el valiente anciano le dijo:

—No me ha dicho usted desde que pueblo ha venido.

El hombre soltó una pequeña carcajada y le contestó:

—¡Ay, hijo! Llevo en el camino desde ayer a las primeras luces del alba y casi sin parar tan solo para que el burro descanse y los dos comamos y bebamos un poco para reponer fuerzas. No vengo de un pueblo, soy un comerciante de Salamanca.

Pablo casi no podía creerlo, así que insistió fervorosamente al anciano para que almorzara con él, y los dos hombres se sentaron y charlaron largo rato animadamente mientras comían pan y bebían algún que otro trago de vino de la bota del comerciante.

Al cabo de un rato, Pablo prosiguió con su faena y el comerciante se dirigió a la finca del señor Ordóñez, no sin antes despedirse dándose los dos un afectuoso abrazo.

9

Eugenia se sentía inquieta y la vez llena de alegría, se encontraba preparando la cena junto a las mujeres de la familia y se sentía dichosa y feliz. Era la tarde de Nochebuena y toda la familia se reunía esa noche para cenar juntos como la gran familia que eran, humildes pero siempre unidos.

Para Eugenia era una Nochebuena todavía más especial, toda su vida la había pasado junto a sus padres, tíos y primos, pero sólo esta vez Pablo dejaba de ser su primo para ser su prometido, el hombre con el que deseaba pasar el resto de su vida; por eso aquella cena despertaba en ella todos sus sentidos y una gran sensibilidad, porque sabía que Pablo estaría sentado a su lado.

Eugenia se sobresaltó al oír a su tía Josefa.

—Eugenia, hija, ¿en qué estabas pensando? Retira ya el puchero de la leña que vas a quemar las patatas.

—Sí, tía, perdone, no me había dado cuenta.

Josefa se giró hacia Concha y le dijo:

—Esta niña desde que tiene esos pájaros en la cabeza no da una a derechas.

Concha asintió con la cabeza y le respondió:

—Ya sabes, hasta que no se casen parece que los dos están en las nubes.

Josefa respondió:

—Bueno, Concha, no te preocupes que cuando sepan cómo es la vida de casados, bajarán de las nubes.

—Eso espero.

Eugenia que oyó murmullar, les interrogó:

—¿Estabais cuchicheando algo?

Concha respondió:

—No, hija, no. Mira, ya viene María.

María entró en la estancia con varios candiles que traía de casa de Josefa, puesto que así tendrían más iluminación en la casa para la cena, antes ya habían traído los platos de hojalata y los viejos cubiertos de la otra casa y también una silla de madera por cada miembro de la familia.

Eugenia sacó el puchero del fuego y mientras Josefa y Concha iban poniendo la mesa, Eugenia y María se dedicaron a encender las mechas de los candiles rellenos de aceite y colocarlos en la habitación.

Aquel año fue una gran cena, porque aparte de patatas hervidas, pan untado con sebo y las manzanas habituales en aquella cena,

disponían de vino, queso y chorizo que el señor Ordóñez ese año les había regalado como un pequeño agradecimiento a sus labores. Comieron y bebieron a gusto y además rieron y se divirtieron mucho. Entre las anécdotas del trabajo de los campesinos, los pastores y el burrero Eusebio imitando los rebuznos de sus asnos lo pasaron divinamente, de vez en cuando brindaban con vino y en más de una ocasión lo hicieron por Pablo y Eugenia, que sonreían tímidamente, y en conjunto aquella Nochebuena sería una entre otras muchas que ninguno de los allí presentes olvidarían jamás.

10

Varias semanas habían transcurrido ya desde la Navidad y la gran nevada llegó a Lastilla y a todos sus alrededores. Los vecinos soportaron durante varios días la incesante nieve que no dejaba de cubrir sus calles empedradas; las fachadas de sus viviendas, que adquirían aquellos bellos tonos rojizos y amarillentos cuando los brillantes rayos de sol las iluminaban, eran ahora totalmente blancas, así como sus empinados tejados y sus extensos campos de trigo que pasaban del color verde al dorado a través de las estaciones del año, y ahora, definían también un manto de nieve que trazaba una perfecta línea del horizonte. La gente del pueblo sacaba sus palas para poder apartar la nieve de la entrada de sus casas, a la vez que también intentaban despejarla de las calles y caminos cercanos con el fin de que carretas, burros y caballos entre otros animales que usaban para el trabajo, pudieran transitar sin demasiada dificultad por los senderos.

Aquella mañana, después de ponerse la ropa de abrigo de la que disponían, además de coger unas mantas de lana, Concepción y Eugenia se dirigían al cobertizo de Eusebio. Una vez allí a Eugenia le invadía siempre una sensación repugnante, como queriendo salir de ese sitio al instante, porque el olor nauseabundo que recibía de aquel lugar a causa de la orina y excrementos de los burros, no podía soportarlo. Sin embargo, a su primo Eusebio no le importaba demasiado, le gustaba cuidar de aquellos animales y los atendía como si fueran suyos, claro que no lo eran, Eusebio trabajaba haciendo esa labor para uno de los ganaderos de la zona y así se ganaba el pan de cada día.

Concepción saludó con entusiasmo a su sobrino y éste les recibió con la misma afectuosidad.

—Buenos días, Eusebio. Anda, hijo, prepáranos las dos burras que queremos marchar temprano con este tiempo.

—Claro, tía Concha, ya las tengo listas, sabía que vendríais con prisa.

Eugenia entró en la conversación.

—Sí, primo. Mi madre quiere salir cuanto antes por si vuelve a nevar y hoy le acompaño porque es demasiada ropa la que tenemos que llevar a la otra iglesia.

—Bueno, no os voy a entretener entonces, salir con cuidado e ir tranquilas. ¡Hasta la vuelta!

Concha y Eugenia montaron en sus respectivas burras y salieron con celeridad mientras arreaban con sus riendas a los asnos. Eugenia

se volvió para despedirse de su primo, que se vislumbraba ya a lo lejos, agitando su brazo en el aire.

Cuando llegaron, dejaron los cestos de ropa en la sacristía de la iglesia parroquial del pueblo, y después de tomar unos sorbos de agua en una fuente, volvieron a montar para hacer el camino de vuelta a Lastilla. A mitad de camino, la burra de Concha resbaló en lo que parecía una placa de hielo, con tan mala suerte que la burra se balanceó bruscamente y Concha cayó de lado sobre el helado suelo pedregoso. Eugenia saltó de su burra y se acercó corriendo a Concha.

—Madre, madre… ¡Por Dios! ¿Se encuentra bien?

Concha, un poco mareada por el golpe, no atinaba a decir palabra.

—Madre, por favor, ¿me oye? Dios mío, madre, ¿me oye?

Eugenia comenzó a abofetear a un lado de la mejilla y al otro en el rostro pálido de Concha y por fin parece que volvió en sí.

—Tranquila, hija, estoy bien, sólo me encuentro un poco aturdida, pero ya está, ya me levanto.

Al intentar incorporarse, Concha sufrió un desvanecimiento y Eugenia tuvo la impresión de que se le caía el mundo encima.

—Madre, ¿está bien? Respóndame.

A Concha le volvió la consciencia, aunque prefirió esta vez permanecer sentada.

—Sí, ya se me pasa, sólo ha sido un pequeño mareo por la caída. Estaremos unos minutos sentadas y se me pasará.

—Tome, madre, he cogido un poco de agua en la fuente y metí un corrusco de pan en las alforjas de la burra. Coma, le sentará bien.

Concha hizo un gran esfuerzo y comió algo que tragó con un poco de agua. Al cabo de un rato se encontraba mucho mejor, tenía algún pequeño rasguño en una pierna, pero nada más, así que prosiguieron su camino para no impacientar a Alfredo, que seguro que ese día volvería del monte antes que ellas.

Al cabo de un buen rato, llegaron a su casa. Alfredo se encontraba sentado en una de las sillas de madera raída que componían la habitación. Aquel hombre ya casi calvo que las observaba con una mirada fija y penetrante y denotaba una fuerte ira junto con la incertidumbre que había soportado durante largo rato esperando sus noticias, las dejó perplejas.

—¿Qué ha pasado? —dijo Alfredo—. ¿Dónde estabais? He estado una hora esperando con Eusebio hasta que por fin decidí venir a casa y esperaros aquí.

Concha entraba en la vieja casa detrás de Eugenia, por lo que Alfredo no advirtió las pequeñas gotas de sangre que resbalaban por su pierna.

Eugenia respondió:

—Padre, es que madre se ha caído de la burra y se ha hecho un

pequeñísimo corte en la pierna.

Eugenia intentaba minimizar la cuestión, sabía que su padre había aceptado a regañadientes que sus dos mujeres anduvieran por ahí montadas en burra por aquellos caminos, y en realidad, Concha se había empeñado en hacer ese trabajo para el sacerdote y no llegó a obtener con rotundidad la aprobación de Alfredo.

Alfredo, totalmente enojado, vio entrar a Concha y mandó a Eugenia inmediatamente a la cama.

—Pero, padre, si tengo que curar a madre y además no hemos cenado.

—Mira qué bien, tu madre sabe curarse ella solita y tú por un día que no llenes el estómago no será el primero ni tampoco el último.

Era verdad que alguna vez se fueron a dormir con tan solo un vaso de agua, pero eso ocurría cuando no tenían qué comer, no porque su madre se hubiera caído de la burra. Eugenia no podía entenderlo y así se lo dijo a Alfredo.

—Pues mire qué bien, padre, me da igual lo que usted diga, curaré a mi madre y luego cenaremos, o acaso ¿he hecho yo algo malo?

Alfredo, que no podía estar más nervioso, sin saber muy bien lo que hacía soltó un estrepitoso bofetón en la mejilla de Eugenia, entonces, un pánico aterrador invadió a Eugenia y se fue a la cama.

Concha contestó a Alfredo.

—¡Mira lo que has hecho por una tontería, eres un bruto!

—Es una niña muy terca y no entraba en vereda, así que no he tenido más remedio.

—¿Así te justificas?

—Me ha faltado el respeto.

—Pero si sólo quería curarme. ¡Por el amor de Dios!

—¿Curarte? No te habría pasado nada si me hubieras hecho caso en su momento, cuando te prohibí irte con la burra de pueblo en pueblo. Para cuatro manzanas medio podridas que te da ese cura…

—Exagerado, las manzanas me las da buenas y tú bien que te las comes. Y dices, ¿prohibirme? Yo no hago nada deshonesto, traigo alimento a esta familia igual que tú.

Alfredo, que se salía de sus casillas, le contestó:

—Hoy sólo ha sido un rasguño, pero ¿qué será mañana? ¡Te podrías haber matado! Mañana mismo hablaré con el sacerdote para que dejes de hacer el trayecto, faltaría más.

—Pero…

—Ni peros ni nada, así será, buenas noches.

Aquel día ninguno cenó, Concha se quedó curándose la herida de la pierna con un poco de agua y jabón mientras sollozaba calladamente.

11

A el tortazo que recibió Eugenia de su padre, porque aunque ella misma le había dado algún que otro azote en alguna ocasión, esta vez no tenía culpa alguna. Conversó con su hija, que aceptó sus disculpas; Concha sabía también que pronto olvidaría el trato que su marido le había dado la noche anterior a Eugenia, dado que su hija sabía del carácter enojoso, brusco e irascible que en ciertas ocasiones sobresalía en su padre.

El día pasó con normalidad, y por la tarde, Concha se encontraba remendando calcetines de lana en compañía de Josefa, y en el transcurso del rato le contó lo ocurrido.

—Josefa, es que no entiendo por qué se comportó de esa manera, a veces parece un buen hombre, pero cuando nos trata así me parece el más odioso.

—Es normal que ahora pienses así, es muy reciente. El tiempo pasará y tú irás olvidando lo ocurrido.

—No lo sé, a veces me arrepiento de haberme casado con un hombre tan bruto. Sólo por sus ideas voy a dejar de realizar ese trabajo.

—Bueno, a veces las cosas no salen como uno quiere, no te des tanto mal.

Y tanto que las cosas no eran como Concha quería. Después de morir su primer novio al volver de la guerra de Cuba, parece que al conocer a su marido le volvió la ilusión del amor. En realidad no duró demasiado, cuando se casó con Alfredo estaba enamorada de él, contaba entonces con tan solo veinte años y Alfredo tenía treinta, realmente nunca pudo olvidar a Mateo, aunque Alfredo llegó a llenar su vacío al menos gran parte, porque su corazón siguió siendo siempre de Mateo, incluso ahora después de tantos años lo añoraba, tenía un tacto sensible del que seguro carecía Alfredo, pero aun así aprendió a quererle, se casaron y sólo nueve meses después de la noche de bodas nació Eugenia. Fueron años felices porque el amor de formar una familia les hacía olvidar la miseria. Cuando Eugenia ya daba sus primeros pasos, Concha se volvió a quedar embarazada, pero esta vez fue peor, se encontraba constantemente fatigada y su estado de salud no era muy bueno y así, en el quinto mes de embarazo, una noche se despertó y notó algo mojado entre sus piernas, encendió un candil y Alfredo se sobresaltó al ver aquel inmenso charco de sangre en las sábanas sobre su colchón. Alfredo se encaminó lo más deprisa que

pudo en busca del doctor, pero cuando llegó ya era demasiado tarde, Concha había perdido irremediablemente a su hijo.

Pero aquello no fue lo peor, el doctor denotó una gran infección al extraer después el feto y la bolsa placentaria, y le tuvo que extirpar acto seguido el útero. Les comunicó a los dos que Concha jamás podría volver a concebir y, para el asombro de ambos, siguió una gran desesperación.

Se volvieron personas tristes y amargadas a partir de entonces, Alfredo hacía sentir constantemente culpable a Concha por no haberle dado hijos varones que le ayudaran en el oficio y Concha a su vez se sentía culpable por no poder dar a Alfredo más hijos, ya fueran niños o niñas.

Ahora ya habían pasado media vida de culpas y reproches, pero cuando Alfredo enfurecía de aquel modo, a Concha le volvían todos aquellos recuerdos buenos y malos de toda una vida junto a él. Ahora ya sólo le importaba que la felicidad que en su matrimonio le había faltado la obtuviera su hija en el suyo.

12

Eugenia sujetaba fervientemente entre sus sonrosadas manos un pantalón de tela bastante recia del señor doctor, a la vez que lo sumergía una y otra vez en el río para aclararlo del jabón con el que minutos antes tan vigorosamente lo había frotado. Sus manos estaban bastante lastimadas, al igual que le había ocurrido por la misma época en años anteriores. Con una piel tan fina como la seda, hacía que sus delicados dedos quedaran casi insensibles al tacto del agua helada del río y los sabañones que solían asomarle ya no eran noticia alguna. Ahora, a finales del mes de enero de 1918, ella como el resto de la gente humilde del pueblo, tenían que seguir lavando en el helador río y buscaban alguna parte de él en el que el hielo no hubiera plantado sus placas y pudieran aprovecharlo para lavar su ropa con su pura agua cristalina.

Eugenia se encontraba allí casi petrificada y a la vez ensimismada, pensando en su amado Pablo; deseaba fervorosamente que el invierno llegara a su fin y así la primavera diera paso a la casi ya época estival y de una vez por todas su enlace fuera una realidad. Pero faltaban muchos meses aún de verse poco y siempre en presencia de alguien más, ahora recordaba con gran añoranza el verano anterior en el bosque de encinas cuando festejaban los dos alegremente y nadie más sabía que Pablo le había cortejado, bueno, en realidad María sí lo supo casi desde el principio, pero ella era una buena amiga y guardó muy bien el secreto de ambos, jamás se le hubiera ocurrido alzar la voz en nombre de ellos. Eugenia recordaba entonces las conversaciones, las sonrisas y las miradas penetrantes que Pablo le otorgaba aquellos maravillosos días, y todavía podía sentir un súbito escalofrío al rememorar ahora cuando Pablo posaba su mano con gran delicadeza sobre su mejilla o cuando ambas manos tocaban sus hombros; aquellos eternos abrazos le cortaban por un instante la respiración, por no decir lo que más melancolía y nostalgia le producía recordar en este momento, que eran sus apasionados besos uniendo fuertemente sus labios, Eugenia todavía sentía en estos instantes el estremecimiento de todo su ser al notar los carnosos labios de Pablo rozando los suyos. Pero ahora era sólo el recuerdo de aquel magnífico verano lo que llenaba el vacío de su corazón, porque desde que falleciera la esposa del maestro no había podido estar un instante a solas con Pablo, y fue desde ese mismo día que él le obsequió con un beso en su mejilla, que ya no había vuelto a notar el roce de sus labios contra su piel. Eugenia ya sólo podía esperar; esperar a que llegara el día en que contrajeran

matrimonio y entonces, la intimidad que juntos habían compartido durante la pasada época estival, volviera a renacer de las entrañas del gran amor que les unía.

A lo lejos, una voz conocida hizo salir a Eugenia de sus más íntimos pensamientos y la devolvió al mundo de los allí presentes. Dejó la ropa en la cesta trenzada de mimbre, se dio la vuelta y vio acercarse a María, que vestía su habitual falda larga que le arrastraba casi hasta los tobillos y su chal de color rojo que ella sujetaba fuerte para estar bien abrigada, que, además, junto con el pañuelo sobre su cabeza con el lazo bien apretado casi sin dejar ver su cabello rizado, le daban aquel día un aire de hermosura a pesar de lo tapada que iba.

—Buenos días, Euge —. María miró el cesto de mimbre y le dijo— ¿Qué? ¿Vas a tender toda esa ropa?

—Sí, María, me disponía a ello cuando llegaste.

—Bien, bien, te acompaño.

—No sé, te veo rara. ¿Te sucede algo? ¿Hoy no traes la ropa del maestro? ¿No vas a lavar?

A Eugenia le pareció raro, el señor maestro siempre les mandaba algún cesto de ropa a ella y a su madre.

—Eugenia, el caso es que a partir de ahora sólo mi madre se ocupará de su ropa. Yo voy a emplearme como niñera de su hija mayor.

—Entonces era verdad, vas a ir a servir a su casa.

—No exactamente. Sí que estaré interna en casa del maestro, pero lo que él necesita ahora es una persona que cuide de su niña todo el tiempo.

Eugenia miró expectante a María.

—Claro y vas a ser tú.

—Sí, Euge, el maestro no es un señor tan señorito como otros. ¿Tú me entiendes?

—Sí, claro, quizá no sea tan estricto si te refieres a eso.

—En realidad a eso me refería. Ya sabes que me gustan mucho los niños y creo que haré buenas migas con esa pequeña, para su hermano, el bebé de siete meses, ya se encarga de alimentarlo un ama de cría y de cuidarlo se ocupa el ama de llaves de la casa, así que espero que no me vaya mal.

—Claro que no, María, con lo decidida que tú eres, te va a ir fabulosamente, si no, ya me contarás.

Después de desearle muchísima suerte a María, Eugenia siguió con sus faenas pensando sin cesar en su mejor amiga.

Unos momentos más tarde, María se encontraba ante la fachada de la casa del maestro, ya había pasado por allí delante en más de una ocasión, aunque no tantas veces como Josefa, que iba prácticamente a diario a entregar al ama de llaves el cesto de ropa limpia y recién

planchada.

Durante un instante, María se quedó mirando aquella magnífica casa hecha de piedra maciza con una gran portada delimitada por un bonito arco del mismo material de la vivienda; en lo alto del edificio, podía admirar unos enormes ventanales que, seguro, intuyó que serían las habitaciones del maestro y los niños. A veces, cuando pasaba por allí, le llamaba la atención la orientación del edificio hacia el sur, quizás porque fuera lo único que tuviera en común con el resto de hogares de Lastilla, ya que así aprovechaban mejor la luz solar. Después de admirar por aquel breve instante la espléndida fachada, se decidió a coger la aldaba de la enorme puerta y le dio un par de toques suaves esperando en breve la respuesta.

Una mujer de mediana edad que vestía un uniforme negro y una cofia blanca sobre su recogido cabello, abrió la altísima puerta, miró a María de arriba a abajo y se quedó expectante esperando que ella hablara.

—Buenos días, doña Candelaria, perdone que no me haya presentado, soy María, la hija de Josefa, y empiezo a trabajar hoy en esta casa como niñera de la hija del señor maestro.

Doña Candelaria servía desde hacía ya mucho tiempo en casa del maestro, era el ama de llaves y el maestro y su esposa, cuando aún vivía, tenían depositada en ella toda su confianza. Doña Candelaria se quedó soltera o como allí solían llamar «para vestir santos» y llevaba casi media vida sirviendo en aquella casa.

Miró a María por encima del hombro y con una expresión que no agradaba en absoluto a ésta, a doña Candelaria no le gustaba que entraran en la casa a servir chicas jóvenes y guapas como María.

—Me parece usted un poco joven para otorgar rectitud a una niña tan traviesa como es la hija del señor.

—Perdone, doña Candelaria, pero tengo ya dieciocho años, a punto de cumplir los diecinueve, y además tengo una gran mano con los niños.

—Bien, bien, pase, supongo que ese cesto que lleva son sus pertenencias.

María echó un vistazo al cesto de poquísima ropa que había escogido para llevarse y le hizo un asentimiento con la cabeza al ama de llaves.

—Acérquese y entre, le enseñaré su habitación y el resto de la casa.

Mientras María iba viendo con gran estupefacción la insólita casa, doña Candelaria le sugirió las normas.

—María, lo primero de todo no se le ocurra llamar maestro al señor, como le suelen llamar en el pueblo, de paredes para dentro es don Esteban. Del niño pequeño, me ocupo yo y el ama de cría, así que sólo se tiene que preocupar de esa chiquilla endiablada. Don Esteban

es buena gente, pero desde que hace más o menos un mes que murió su esposa, protesta ahora por lo más mínimo, tenga cuidado con lo que dice. ¡Ah, sí! Los horarios: usted se levantará cuando el sol asome, al igual que yo y la cocinera, la niña aún descansa entonces, así que ya le mandaremos tareas hasta que la niña despierte y, claro está, su jornada termina cuando los niños y el señor se acuestan y tenemos todo recogido. La tarde libre la tendrá usted el jueves y sus quehaceres con Visitación, que así se llama su hija, se los mandará don Esteban, que así nos lo ha hecho saber. ¿Tiene alguna pregunta?

María, ya asustada por donde se estaba metiendo, le contestó negativamente y doña Candelaria la llevó a presentarla a don Esteban y a Visitación para que él, le fuera indicando sus tareas con la niña.

13

Los días transcurrían lentos pero con armonía en el pequeño pueblo segoviano de Lastilla. Cada cual seguía su rutina un día detrás de otro: los campesinos trabajaban duramente en aquellas fechas para despejar todo lo que podían la nieve de sus inmensos trigales, mientras que los pastores seguían conduciendo su rebaño a lo alto de la loma por los blancos caminos nevados y en el pueblo, los lunes al igual que el resto del año, los mercaderes ofrecían a la gente sus artesanos productos, así como sus sabrosos alimentos que junto con el molino harinero y el humeante pan que se horneaba en la panadería, hacían que el pueblo tuviera una vida en sus empedradas calles, intensamente activa.

Eugenia también seguía con sus tareas habituales al igual que María que, sorprendentemente para ella misma, había aceptado muy bien las obligaciones que le había encomendado don Esteban con su hija Visitación; María se había adaptado perfecta y rápidamente al apresurado ritmo de la gran casa y de las exigencias de la niña, e incluso muy a su pesar, María pensaba que incluso le empezaba a gustar toda esa tarea que el destino le había guardado. Aquella tarde invernal de primeros de febrero, Eugenia y María charlaban amigablemente mientras se encontraban sentadas bajo la gran encina de la plaza. Era jueves por la tarde y María libraba en casa del señor maestro, a veces veía a Eugenia si le mandaban algún recado que hacer en el pueblo, pero eran unos instantes y apenas podían conversar, así que las tardes del jueves daban un largo paseo y conversaban sin parar para acabar sentándose bajo el bonito árbol que adornaba la plaza.

Eugenia miraba a su prima curiosamente y no paraba de hacerle preguntas sobre su novedoso oficio.

—Entonces, María, ¿don Esteban es como dicen? Tan serio y riguroso, no sé, así tan estricto.

María sonrió a su amiga ante aquella afirmación.

—No, Euge, es verdad que parece un señor muy serio, pero en su casa es un hombre muy agradable, va diciendo lo que tienes que hacer, pero sin dar órdenes como otros, trata bien a las sirvientas y es un encanto cuando lo veo junto a sus hijos.

—Vaya, vaya, con el señor maestro, yo nunca lo hubiera imaginado así. ¿Me lo dices en serio? ¿No?

—Claro que hablo en serio, créeme.

Eugenia hizo un gesto de asentimiento y le preguntó a María.

—¿Y la niña? ¿Se porta bien? ¿O es de esas niñas mal educadas?

—La niña es un sol.

Eugenia interrumpió a su fiel amiga.

—Entonces, te va obedeciendo.

María miró fijamente a Eugenia y le dijo:

—Es una niña muy buena, tiene diez años pero es muy inteligente y… Te voy a contar algo que quiero, amiga mía, que me guardes el secreto. Lo harás, ¿verdad, Euge?

Eugenia, asombrada ante las palabras que acababa de escuchar, le hizo un gesto de asentimiento a María y se quedó inmóvil para escuchar atentamente lo que su prima y amiga tenía que decirle.

—Bueno, a ver cómo te lo cuento. Cuando la niña, Visitación, se dedica a hacer los deberes que su padre le manda, éste nos deja solas para que Visitación se concentre y los realice sin su ayuda. Ahí es cuando entro yo, la observé unos días y la niña se dio cuenta de que yo era analfabeta. Como es muy lista, ya te lo he dicho antes, me ha ofrecido enseñarme el alfabeto.

Eugenia, atónita, no sabía qué decir, ni siquiera sabía qué era el alfabeto. De toda su familia, nadie sabía leer ni escribir y ella misma no sabía lo que era aquella extraña palabra, pero junto a María no sentía ningún tipo de vergüenza y se lo preguntó:

—Perdona, María. No sé qué significa eso que has dicho que te va a enseñar la niña.

—¿Te refieres al alfabeto? Yo tampoco lo sabía, Euge. Son las letras, ¿sabes? Me lo dijo Visitación. ¡Las palabras, Euge! ¿Te imaginas? Aprender a escribir palabras, bueno, y saber leer. Me parece… ¡Magnífico! Sólo de pensarlo me estoy entusiasmando.

Eugenia miró a su exaltada prima con cara no muy aprobadora después de escuchar sus idílicas palabras.

—Ningún miembro de la familia de las Heras hemos sabido nunca leer ni escribir, sin embargo, somos una familia honrada y trabajadora como tantas otras en este pueblo que también son analfabetas. María, ¡por Dios! ¡Pon los pies en la tierra! Si el señor maestro se entera será tu fin, te despedirá y no te recomendará a ninguna otra casa… Y entonces sí que serás una deshonra para nuestro apellido y provocarás vergüenza en nuestra familia…

—Eugenia, a veces hablas como nuestras madres, así nunca avanzaremos. ¿Por qué tenemos que estar sometidas a las órdenes de los señoritos esos y no tener derecho a saber nada? ¿A escribir una simple carta a un ser querido? ¡A ser libres! Estoy harta de tanta pobreza, de haber nacido en ella y sólo por eso no poder pensar siquiera por mí misma. No te preocupes, tendré cuidado, pero, Euge, una cosa te digo, aprenderé a escribir, vaya si lo haré, yo tengo el mismo derecho que esa niña a la que cuido y lo haré.

Eugenia puso los ojos en blanco y una expresión de resignación hacia María, y le dijo:

—Como siempre, María, tú verás lo que haces, porque a veces eres más testaruda que una mula.

—Sí, Euge, sé muy bien lo que me propongo.

Unos minutos después, se despidieron entre besos y abrazos y se encaminaron cada una hacia sus respectivos hogares.

Al día siguiente, María se encontraba en la biblioteca de la casa de don Esteban junto a su hija, que le empezaba a enseñar el ansiado alfabeto que a María le entusiasmaba, y estaban las dos tan concentradas en aquel asunto, que no oyeron el repiqueteo de la puerta de la habitación a sus espaldas cuando comenzó a abrirse.

—Bueno, bueno, qué veo aquí. Mi hija ejerciendo mi propia profesión con mi niñera.

María, sobresaltada y con la cara más pálida que nunca, le contestó:

—Don Esteban, yo…, no es lo que usted cree… yo…

María no podía articular más palabras, no sabía qué decirle, porque aquello no lo había previsto. Comenzó a sentirse realmente mal, muy intranquila pese a su habitual serenidad, y sólo pudo esperar que el maestro diera la sentencia que ella esperaba, aquella que el día anterior su sumisa prima le advirtió.

—María, veo que te interesan las letras. Quiero decir aprender a usarlas, y ese interés siempre conmueve a un maestro como yo. Te aseguro que mucha gente a la que enseño no presta ese interés que tú tienes, las personas que lo tienen todo, a menudo no valoran ese tipo de cosas pero... Me gusta, siempre me gusta que alguien ponga empeño en aprender, y por lo menos tienes el coraje de hacerlo escondiéndote aquí con Visitación, aunque en realidad a ella también le queda mucho que aprender, así que si quieres y no te es inconveniente cambiar de maestro, yo mismo te enseñaré a leer y escribir. ¿Qué me dices?

María, estupefacta y sin poder creer lo que aquel hombre alto y apuesto le estaba ofreciendo, no cabía en sí misma de su alegría y sólo podía ya responderle afirmativamente.

—Don Esteban, entonces, supongo que… ¿No me va a despedir?

Don Esteban soltó una gran carcajada y respondió alegremente a María.

—Claro que no, María. Me encanta que la gente quiera aprender y lo tuyo, me refiero sin posibilidades, es un mérito. Te he observado con Visitación y en pocos días has conseguido que la niña vuelva a sonreír, no lo hacía desde que murió mi esposa. Le has contagiado esa alegría que llevas dentro y la transmites y además ya haces todas las tareas como si llevaras años con nosotros, creo que tienes talento y

estaré encantado de que seas mi alumna, por supuesto, si quieres.

—Sí, sí, don Esteban, quiero aprender y… muchas gracias y discúlpeme.

Don Esteban asintió y se marchó a su habitación, y mientras subía la gran escalinata que le dirigía a su alcoba, pensaba en María, en sus cabellos negros y aquella silueta delgada que le hacía estremecerse, nunca se había sentido así excepto con su difunta esposa, y ahora un escalofrío inundaba todo su cuerpo al pensar en aquella bella mujer, aunque a la vez él mismo se dijo que aquello no podría ser, o quizás sí, no hacía más que observarla cuando estaba con su hija sin que ella se diera cuenta y ni siquiera sabía por qué lo hacía, pero él era el maestro, un hombre serio y cabal, y aquellos pensamientos eran infundados; intentó dejar de pensar en María cuando apagó la luz de su alcoba e intentó conciliar el sueño.

14

Las intensas nevadas iban llegando a su fin a pesar de que aquel crudo invierno parecía como si jamás fuese a terminar, y aun con todo y sin dejar que la escarcha que cubría el pueblo durante la noche helara los rígidos huesos de la gente del pueblo, las primeras lluvias se iban abriendo paso poco a poco en aquel hermoso paisaje invernal para convertirlo en esos días grises de tan poca luz. Era viernes por la mañana y, en efecto, era un día gris de aquéllos; las primeras gotas de lluvia acompañaban junto con los primeros rayos de sol y María miraba aquellas gotas de agua apoyada en la repisa de la ventana de madera de auténtico roble de la que componían todas las ventanas, puertas y mobiliario de la casa de don Esteban. Acababa de vestirse con su uniforme negro y se colocaba la cofia blanca sobre el moño trenzado que acababa de hacerse en su gran mata de cabello oscuro, se miraba en el espejo, que para ella era algo peculiar y nuevo el poder disponer de un espejo en su propia habitación, dado que en su casa sólo había uno que usaban aparte de ella y su madre, su padre y todos sus hermanos para el afeitado diario, así que en aquel momento no le encajaba muy bien en sus pensamientos que para optar a tener una intimidad tan mínima tuviera que servir en la casa de un señor. Realmente ya no le importaba porque se encontraba aquel día muy animada, no paraba de pensar en lo que había ocurrido el día anterior, se preguntaba si sería don Esteban un maestro de vocación, de los de verdad, de los que sólo les importaba enseñar, y ella misma en su interior sabía que así era, empezaba a sentir especial simpatía por aquel hombre alto y corpulento que le enseñaría a leer y escribir.

La mañana transcurrió con normalidad en la casa del maestro, como de costumbre; después de comer, mientras los niños dormían su habitual siesta, don Esteban había citado a María en la biblioteca de la majestuosa casa para empezar con sus lecciones. Cuando don Esteban entró en la habitación, le gustó ver a María observar las enciclopedias y demás libros colocados por orden alfabético en los estantes de la enorme librería de color oscuro.

—María, buenas tardes —le dijo el maestro y María respondió:

—Buenas tardes, don Esteban, espero que no le importe que haya echado una ojeada a sus libros.

El maestro sonrió a su alumna y seguido le dijo:

—Claro que no, sino todo lo contrario, me satisface que tengas esa curiosidad. Ya lo veremos, pero imagino por ello que vas a ser mucho más aplicada que mis propios alumnos.

—Muchas gracias, don Esteban, y de verdad espero no defraudarle y que usted no pierda su valioso tiempo enseñándome a mí.

Don Esteban escuchaba sus palabras y notaba por ellas la impetuosidad de aquella mujer, el reto que ella misma se había puesto, penetrar en el mundo de la cultura; un reto al que no podían optar las mujeres de su clase social, pero ella era distinta incluso de las del propio entorno de don Esteban que sí tenían esos medios para aprender, y sólo eso le hacía a don Esteban querer saber más sobre cómo era aquella mujer. Luego, además, miraba su silueta, sus perfectas curvas, y volvía a tener aquel deseo de poseerla como había tenido la noche anterior, pero volvió a alejar aquel torbellino de pensamientos de su mente y se concentró en dar su primera clase a la alumna.

El maestro cogió uno de los libros, lo abrió y comenzó la clase.

—Bien, María, lo primero y más importante es aprender el alfabeto, que significa aprender todas las letras que usamos habitualmente. ¿Me entiendes?

—Sí, sí, por supuesto, explíqueme, que yo le voy a prestar la mayor atención posible.

Durante largo rato el maestro explicó a María todos los entresijos de la lengua española y cuando dio por concluida aquella clase, María le hizo un exhaustivo resumen de todo lo que había aprendido aquel día, que dejó al maestro atónito ante la brillantez de aquella muchacha.

—Excelente, María, sigue así y en poco tiempo aprenderás a manejar las palabras extraordinariamente.

María, ruborizada por tales cumplidos, le contestó cambiando un poco de tema.

—Don Esteban, me parece una biblioteca muy bonita —le dijo mirando a ambos lados y fijando su mirada en la librería—. Y tiene una cantidad impresionante de todo tipo de libros, nunca había visto tantos juntos.

—En efecto, hay muchos volúmenes, heredé muchos de mi suegro y… Bueno, a mi mujer también le interesaban; porque era diferente, le gustaban muchas más cosas que ir por ahí luciendo esos vestidos y sombreritos de moda de París y… Perdóname que te hable así, pero es lo que pienso.

María le contestó:

—¡Oh, no! Perdóneme usted, don Esteban, yo no quería recordarle…

—No te preocupes, no pasa nada.

En aquel mismo instante, entró en la habitación doña Candelaria, el ama de llaves, que les anunció a los dos que Josefa había venido a traer el cesto de la ropa limpia y que quería hablar personalmente con

don Esteban. María, asustada, miró al maestro y les dijo:

—¿Mi madre? ¿Habrá ocurrido algo?

Don Esteban tranquilizó a María, que la vio un poco inquieta, y ordenó a doña Candelaria que la hiciera pasar.

Josefa entró en la habitación y después de mirar fugazmente a su hija, se dirigió a don Esteban y le dijo:

—Perdone mi atrevimiento y que venga a importunarle de este modo y sin previo aviso.

María, agitada, preguntó a su madre.

—¿Madre, ha sucedido algo? ¿Por qué si no se presenta usted así?

Josefa intentó calmar a su hija y les dijo por fin a lo que había venido.

—Hemos recibido correo. Una carta de tu hermano Federico, María —. Cruzó su mirada con la del maestro y le dijo—: Don Esteban, en nuestra familia nadie sabe leer y mi hijo Federico tampoco sabe escribir, no sé cómo ha podido escribir esta carta. Federico se encuentra en Zaragoza desde hace unos meses, en octubre fue allí a realizar el servicio militar y como no sabe escribir no hemos tenido noticias suyas, hasta ahora, claro, y yo, por favor, le pediría a usted si fuera tan amable de leérnosla y a cambio haré lo que usted me pida, señor.

—No, Josefa, yo se la leeré con mucho gusto y usted no hace falta que haga nada a cambio.

—No sabe cuánto se lo agradezco, para una madre saber cómo se encuentran sus hijos es algo primordial.

Don Esteban les leyó aquella carta que Federico no había escrito, lo había hecho un nuevo recluta que sabía y ayudaba a muchos de sus compañeros trasladando al papel sus pericias para la añoranza de sus madres y esposas, y a Federico le vino aquel nuevo compañero como caído del cielo para poder después de cuatro meses tener una vía de comunicación con los suyos.

Aquella tarde Josefa se marchó entusiasmada por las buenas noticias de que su hijo estaba bien, y María dio un largo paseo con la niña a la vez que pensaba ensimismada en don Esteban, y empezó a sentir una ternura y sensibilidad especial en aquel hombre con tales virtudes, quizás su hermano Pablo sí poseyera esa sensibilidad que ofrecía a Eugenia y la trataba con total respeto y delicadeza, algo no muy habitual en los hombres del pueblo, que eran en su mayoría fríos y ariscos e incluso brutos con las mujeres, pero don Esteban tenía algo; algo especial que le estaba calando muy hondo a María y, además, le parecía muy atractivo y apuesto, sin embargo, ella sabía que era su sirvienta y más allá de eso y de sus clases nunca podría compartir nada más con él, porque sabía muy bien que él no podía fijarse en una sirvienta y aunque lo hiciera, nunca podría ocurrir nada

entre ellos.

Mientras María seguía sumida en sus pensamientos cogida de la mano de la niña; Pablo hablaba agitadamente con Eustaquio y Alfredo en casa de éste y en presencia de su amada Eugenia y su tía Concepción.

—Tenemos que ir allí, tío Alfredo, y ahora. —Pablo estaba alterado, ya iban dos meses sin la recaudación de fanegas de trigo con que el señor Ordóñez les pagaba y para Pablo ya era demasiado, que vivieran en la pura miseria y para colmo que el terrateniente que les pagaba no lo hiciera y el sustento mínimo que se llevaban a la boca ahora incluso empezara a faltarles, no les quedaba trigo que cambiar por alimento y Pablo estaba fuera de sí.

Eustaquio se dirigió a él.

—Pablo, cálmate. ¡Por el amor de Dios! Ya vendrá algún recadero y nos explicará lo que ocurre y mientras, tus hermanos con la hoz en el campo nos siguen dando ese sustento.

Alfredo miró a Eustaquio y le dijo a Pablo.

—Pablo, hijo, a tus hermanos les pagan sin falta, el hermano del señor Ordóñez que lleva a los campesinos, es muy formal y nunca les ha faltado en ningún pago.

Pablo, harto de insensateces, no escuchó a sus mayores y se dirigió al cobertizo de su hermano Eusebio para que éste le prestara un burro, y después se acercó a la casa del señor Ordóñez a pedirle lo que él creía tener derecho. Eugenia salió de la casa a buen paso para intentar convencer a Pablo de la insensatez que éste estaba a punto de cometer.

—Pablo, para, por favor, escúchame, si vas allí te echará, ya sabes cómo se las gasta el señor y… Piensa en nosotros, nos vamos a casar dentro de cuatro meses y tú sólo sabes llevar un rebaño. ¿Qué vamos a hacer si nos quedamos sin nada? Pablo, piensa en el futuro de nuestros hijos, cuando nos casemos pronto vendrán y… ¿Cómo les íbamos entonces a alimentar? Piénsalo, por Dios.

Pablo la miró con el ceño fruncido y le contestó:

—Precisamente lo que voy a defender es el futuro de los hijos que vayamos a tener. Euge, no te preocupes, todo saldrá bien.

Eugenia se quedó allí, inmóvil, viendo como su futuro marido se alejaba montado en aquel burro.

Pablo llegó un buen rato después a la casa de campo del señor Ordóñez y le dijo al mozo de las cuadras que quería hablar con el señor.

Al momento, una señora vestida de uniforme salió a la puerta principal en mitad de la fachada de la majestuosa mansión y le indicó que se acercara.

—Y usted es…

—Perdone que no me haya presentado, soy Pablo de las Heras, hijo de Eustaquio y sobrino de Alfredo. Desde hace mucho tiempo mi familia lleva las cabezas de ganado ovino del señor Ordóñez a pastar al monte.

La mujer le miró muy seria y le preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué le trae por aquí?

—Hace dos meses que el señor nos debe el salario y para nosotros es vital, porque si no, no comemos.

—Entiendo, entiendo, seguro que el señor se despistó, esta misma tarde un recadero les llevará lo que les corresponde y si no tiene ningún asunto más puede marcharse.

Pablo le dio las gracias y se marchó, pero aún no había salido del sendero de la casa que llevaba al viejo camino hacia el pueblo, que oyó tras de sí una voz que le llamaba.

Era el mozo de las cuadras con el que había hablado al llegar allí, éste le indicó que se acercara con su burro a la sombra de un árbol y le dijo:

—Mire, he oído a lo que usted ha venido y le voy a decir lo que está ocurriendo en esta casa.

—Está bien, no sé porque me ha indicado que nos escondamos aquí, bajo este árbol, pero hable ya de una vez por todas, no me tenga intrigado.

El mozo cruzó su mirada con la de Pablo y le dijo:

—El señor Ordóñez hace un mes que está enfermo al igual que tres de sus cinco hijos y también han caído enfermas dos sirvientas, es por eso que se olvidaron de darles el salario de trigo.

—Vaya, vaya, ¿y qué les pasa? ¿Es algo que se contagia o qué? Porque… Tanta gente enferma… ¡No es normal!

—Mire, yo no entiendo mucho, pero oí decir al médico a su mujer, que es la gripe y que se contagia y se pasa de unos a otros, así sin más, y que hay más gente contagiada fuera de este pueblo e incluso de más provincias, que va pululando por todo el país y que no saben cómo curarla, ni siquiera el matasanos ese.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—Dicen que la trajo un comerciante de Salamanca que vino en vísperas de Navidad y ya estaba el hombre infectado.

Después de aquello, el mozo y Pablo se despidieron con disimulo, y Pablo volvió pensando en aquella víspera de Navidad que él mismo había indicado el camino de la casa del señor Ordóñez a aquel comerciante salmantino que se llamaba Blas y parecía un hombre humilde e inofensivo incapaz de contagiar nada malo a nadie. Pablo sintió un escalofrío por todo su cuerpo al pensar si él mismo padecería en breve aquella fatídica enfermedad.

15

Eugenia caminaba sin cesar de un lado para otro impaciente y demasiado inquieta como para esperar dentro de su casa junto a sus tíos y sus padres. Hizo caso omiso de las reprimendas de Concha y salió a la calle a tomar un poco de aire fresco, puesto que se empezaba a sentir asfixiada junto a ellos en el interior de la pequeña estancia. Ya estaba anocheciendo y aunque por lo menos hacía ya una media hora que había llegado una carreta cargada de fanegas de trigo con las que el señor Ordóñez daba por saldadas sus deudas con su familia, Pablo seguía transitando por los caminos, claro que a Eugenia le tranquilizaba saber que la carreta iba tirada por vigorosos caballos y su querido Pablo montaba tan solo un burro lento y pausado, por lo que era normal que se retrasara un poco. Pero aun con todo se sentía angustiada por su ausencia, los caminos podían ser muy peligrosos cuando se desvaneciera totalmente la luz y Eugenia no paraba de mirar el cielo advirtiendo que aquello estaba a punto de suceder, y empezaba a pensar si le habría sucedido algo, en realidad, intentaba alejar esos temores de su mente, le quería demasiado como para pensar en ello, deseaba día tras día que el momento de su unión conyugal ocurriera por fin y anhelaba ser suya en cuerpo y alma; su madre y sus valores cristianos la habían educado con estricta rectitud para ser y comportarse como una mujer decente y por supuesto que lo era, pero también deseaba fervientemente que Pablo la tomara entre sus fuertes brazos, besara con dulzura sus rosados labios y lo sintiera profundamente en el interior de su cuerpo y de su corazón, ella no sabía demasiado sobre la consumación de un matrimonio, pero había escuchado a escondidas de su madre cuando lavaba en el río, lo que cuchicheaban otras mujeres jóvenes recién casadas y, al menos, una pequeña idea se había hecho de tal acto. Desde muy niña llevaba a Pablo en su corazón, cuando de pequeños jugaban a la orilla del río, Pablo solía hacerla rabiar, aunque ahora sabía que era porque la quería de verdad, además siempre la defendía ante los demás niños y ella se sentía mucho más unida a él que al resto de sus primos y hacía ahora poco más de un año empezó a sentir algo especial por él, diferente a lo que había sentido antes, se había enamorado del hombre en que Pablo se había convertido; desde aquel momento dejó de ser su primo en sus pensamientos para ser ahora el gran amor de su vida. Cuando Eugenia sintió sus besos por primera vez pensó que enloquecía de amor, pero también un enorme temor invadía todo su cuerpo, Pablo era su primo y no sabía si aquello estaba bien, pero su

amor por él no hacía más que crecer e hizo que aquellos temores desaparecieran por completo, y ahora le amaba y deseaba que sus labios se posaran sobre los suyos con una intensidad infinita. De repente, un ruido la hizo volverse, era Pablo.

—¡Pablo, Pablo! ¿Estás bien? Me tenías tan preocupada…

—¡Sooo! —Pablo bajó del burro y cogió sus riendas, y se acercó notablemente a Eugenia para darle un tierno beso en la mejilla que hizo sonrojarse a ésta—. Mi querida Euge, ¿han traído las fanegas de trigo?

Eugenia le miró sorprendida y le dijo:

—Sí, las han traído, y a ti, ¿no se te ocurre preguntar otra cosa que por las dichosas fanegas? Me has tenido muy preocupada, ¿sabes? Estaba anocheciendo y…

Pablo le puso un dedo en sus labios a modo de silencio y le dijo:

—Calla, mujer, todo ha salido bien, ¿no? No hay de qué preocuparse. Euge, quiero contarte algo. El señor Ordóñez está muy enfermo y es contagioso, también lo están alguno de sus hijos y de las sirvientas de la casa, me lo contó el mozo de las cuadras y me dijo que parece ser que un comerciante que vino para Navidad les infectó, y que hay más gente contagiada por diferentes partes de España.

Eugenia se sobresaltó, aunque no se asustó demasiado, y le contestó:

—Bueno, Pablo, sólo son los Ordóñez, no creo que eso vaya a más. Hay que recorrer largo camino para llegar a esa mansión en el campo, si están enfermos no creo que aparezcan por el pueblo y si te preocupa tu salario te lo harán llegar al igual que hoy.

—No lo entiendes, Euge. Eso se debe contagiar sin más y yo he estado en esa casa y he hablado con el mozo de la cuadra y con el ama de llaves. ¿Y si estaban infectados?

Eugenia puso los ojos en blanco y le dijo:

—Pero si no has estado con los enfermos, ¿qué más da?

—No da igual porque parece ser que no tienen que estar enfermos todavía para contagiarnos, pueden estar infectados pero aún con un aparente buen estado de salud. ¿Sabes? Y…

—Y qué, qué más sabes.

Pablo sujetó a Eugenia con sus manos por ambos hombros y le dijo:

—Escúchame bien, el mozo me dijo que el comerciante les había infectado, y ese hombre estaba totalmente sano, te lo puedo asegurar.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Lo sé porque el día que vino ese comerciante, justo el día anterior a Nochebuena, estaba con el rebaño en la ladera del monte y yo mismo le indiqué el camino hacia la casa del señor Ordóñez, e incluso charlamos amigablemente y le ofrecí un poco de pan y bebí de su bota de vino.

Eugenia se llevó las manos a la cabeza, pero sin perder la compostura, le dijo:

—Vale, tranquilo, Pablo, no nos vamos a alarmar con esto, ha pasado ya mes y medio desde Nochebuena y ya tendrías que estar enfermo o notar molestias o algo, y eso no ha ocurrido, ¿verdad?

—No, claro que no, me encuentro estupendamente.

Se oyó el rechinar de la puerta y Eugenia se apresuró a decirle:

—Pablo, yo nunca dejaré que te pase nada malo, estoy deseando ser tu esposa y así va a suceder, así que estate tranquilo, hazlo por mí.

En aquel momento, Concha asomó por detrás de la puerta y después el resto de los familiares, y la conversación de Pablo y Eugenia cesó de inmediato, además de guardarla en secreto sin contársela a los allí presentes.

16

Vivían días inciertos en el pequeño pueblo de Lastilla, sólo una semana después de la conversación entre Pablo y Eugenia, se encontraban ellos mismos ofreciéndole sus respetos al terrateniente que les daba el sustento, había fallecido aquella misma madrugada y se disponían a incinerar su cuerpo. Dos de los hijos del señor habían fallecido también aquella misma semana junto con una de sus sirvientas e incluso en el pueblo la gente había empezado a enfermar. La incineración del cuerpo del terrateniente no era lo que su esposa hubiera querido, hubiera preferido una lápida vistosa para su marido, hasta él mismo lo hubiera deseado así, pero el doctor se lo había prohibido terminantemente, tanto sus hijos como su sirvienta y también el cuerpo del señor Ordóñez debían ser incinerados, había que quemar los restos para evitar propagar otras enfermedades a través de los putrefactos cadáveres. Eugenia nunca había visto arder un cuerpo humano y le pareció algo monstruoso, aunque a decir verdad también lo era el enterramiento, miraba como se consumía aquel esquelético cuerpo bajo las llamas, el olor le repugnaba y sólo veía ceniza gris como un día triste y lluvioso a su alrededor. Cogió fuertemente la mano temblorosa de Pablo y también con la otra mano cogió la de María, y sintió un miedo terrible que invadía todo su cuerpo.

Cuando volvieron al pueblo, María habló con ellos.

—El maestro ha leído en el periódico que todo esto se está propagando endemoniadamente, no sólo aquí, sino en los pueblos de al lado, en todas las provincias de España y también por toda Europa, sólo que allí, con la guerra, no sale prácticamente en la prensa.

Eugenia le preguntó:

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

María le miró y le dijo:

—No sé, Euge, supongo que intentar mantenernos sanos.

Pablo soltó una risa con ironía y le dijo:

—Ya, hermanita. ¿Y cómo hacemos eso?

—No lo sé todavía, pero el maestro ha ido a hablar con el doctor, que parece que va a hacer una reunión en la plaza para tomar medidas esta misma tarde.

—Bueno, María —le dijo Eugenia—, pues allí estaremos.

Solamente Josefa, Concepción, María y Eugenia pudieron asistir a la reunión del médico, ya que los hombres tenían que seguir con su trabajo, que ahora tomaba las riendas de éste el hermano del señor

Ordóñez, así que fueron las mujeres de la familia las que escucharon atentamente las instrucciones del doctor.

—Buenas tardes, me he reunido con ustedes para hacerles saber la situación de los habitantes de Lastilla. Estamos ante una situación crítica y toda ayuda será poca. Bien, si notan cualquier síntoma de resfriado acudan inmediatamente a verme y si no, es preferible que cubran sus bocas con un pañuelo porque esta enfermedad se transmite por el aire. Ha enfermado ya mucha gente y creo que el aislamiento será lo más seguro, así que pido a las familias de los enfermos que los trasladen a la iglesia parroquial, hemos llevado allí unos cuantos colchones y yo mismo he instalado allí un pequeño botiquín. Cualquier mano que me ayude será agradecida, ahora me voy a la iglesia, tengo allí gran trabajo que realizar. Buenas tardes.

La gente quedó estupefacta ante aquellas palabras, no podían comprender por qué tenían que aislar a sus familiares enfermos en la iglesia, aunque también comenzaron a pensar que esa gripe como decían, si era tan grave, qué mejor sitio que la iglesia para que sus enfermos estuvieran lo más cerca de Dios posible.

La incertidumbre y el pánico comenzaba a anidar en los corazones de la gente, pero aun así, con toda la entereza que les fue posible tener, llevaron a sus enfermos, unos más graves y otros menos y alguno ya agonizando, prácticamente sin aliento, y también alguno ya moribundo a la iglesia, donde el médico había improvisado un pequeño hospital en el pueblo.

Un rato después, Eugenia se encontraba en casa junto a su madre y se atrevió a decirle:

—Madre, he tomado una decisión.

Concha exhaló un suspiro de temor y cogió una bocanada de aire para escuchar la desbaratada idea que se le habría ocurrido esta vez a su alocada hija, que en más de una ocasión le recordaba a ella misma cuando era joven.

—A ver, Eugenia. ¿De qué tontería se trata esta vez?

Eugenia había visto ya esos últimos días demasiado dolor en los rostros de las personas como para acobardarse ante las palabras de su rígida madre, y esta vez sí se saldría con la suya.

—No se alarme madre, lo que le voy a decir es algo que he pensado muy bien. Usted tiene ahora mucho más tiempo para los quehaceres de la casa y para lavar la ropa en el río desde que padre le prohibió montar en burra.

Eugenia no había olvidado aquel día que su padre la había abofeteado sin razón alguna, y aunque en el fondo tenía buen corazón, a veces le superaba esa fuerza bruta que aquel día usó con ella y aquellas órdenes que le dio a su esposa sin merecerlas, desde aquel momento, Eugenia se limitó a tratarle con la misma indiferencia que

él la trataba a ella. Pero ahora se proponía cumplir lo que había pensado.

Concepción le dijo:

—Eugenia, te conozco muy bien, no te andes por las ramas y ve al grano. ¿Qué es lo que quieres pedirme?

—Bien, madre, seguiré con mis tareas, pero como desde que usted no monta en burra tengo algo más de tiempo, lo voy a dedicar a ayudar al doctor con los enfermos, creo sinceramente que en la iglesia van a necesitar mucha ayuda.

—Dios mío, Eugenia. ¿Pero sabes lo que dices? Te vas a contagiar y enfermarás…

—No, madre, tomaré las precauciones necesarias, recuerde que es el médico quien sabe de esto, estaré bien, pero entiéndame por una vez, mi corazón me dice que debo ayudar a esa pobre gente, ¿y si fuéramos alguno de nosotros? ¿No iría usted a ayudar?

—Pero sería distinto.

—Madre, me gustaría irme con su bendición, pero con ella o sin ella me voy a la iglesia.

Concha sintió un miedo espantoso por su hija, pero aun así supo que esta vez debía dejarla marchar allí, por mucho que le pesara aquella decisión, así que le dijo:

—Hija mía, yo no querría que te expusieras a esa terrible enfermedad, pero si es tu decisión la voy a respetar, porque es algo muy noble y bondadoso lo que vas a hacer y estoy muy orgullosa de ti por ello y, por supuesto, te doy mi bendición.

Concha rodeó fuertemente con sus brazos a Eugenia y la besó repetidamente en las mejillas hasta que Eugenia se marchó. Concha se dio cuenta en ese momento de la madurez de su hija y, con lágrimas en los ojos, se puso sobre sus hombros el chal de lana, porque febrero era un mes frío en Lastilla, y se encaminó hacia la iglesia parroquial para unirse a su hija en la difícil tarea de enfermeras que iban a tener que realizar.

17

Un largo y duro mes había pasado ya desde que Eugenia viera a ver los restos mortales del señor Ordóñez, era la primera vez que presenciaba algo de semejante naturaleza y esperaba aquel día no tener que ver con sus propios ojos algo similar, pero en tan corto espacio de tiempo había visto cosas mucho peores que aquello, se acordaba sin cesar de los cadáveres apilados en viejas carretas de madera tiradas por burros y conducidas a lo alto de la loma del pueblo para incinerar sus restos al igual que habían hecho con los del señor Ordóñez.

Ahora, ya casi entrada la primavera, con el intenso olor a hierba mojada, el aroma de las coloridas flores, el canto melodioso de los pajarillos y el infinito cielo que había dejado atrás el triste gris para convertirse en un bonito azul que auguraba ya buen tiempo, todo ello en conjunto solía despertar en Eugenia hasta el más pequeño de sus sentidos y le transmitía una alegría que no era capaz de sentir igual en el frío invierno.

Pero este año era muy diferente a los anteriores, había sido el mes más duro de su vida, desde el momento en que su amado Pablo le contó que el señor Ordóñez había enfermado y que él mismo había estado en contacto con aquel comerciante salmantino tuvo el corazón en un puño.

Aquella tarde, cuando por primera vez decidió hacer caso omiso de las recomendaciones de su madre y se dirigió a prestar su ayuda al doctor, lo primero que le dijo fue lo que Pablo le había contado; ella iba allí a ayudar a los enfermos, pero quería estar segura de que Pablo no se había contagiado, y el doctor así se lo cercioró, con los días que habían pasado era prácticamente imposible, así que ya más tranquila le preguntó las tareas que debía de realizar allí.

Su sorpresa fue cuando poco rato después de empezar a asistir a los enfermos vio a su madre acercarse a pasos agigantados hacia donde ella se encontraba, y se asustó realmente pensando que no le dejaría quedarse, pero se quedó boquiabierta y totalmente asombrada cuando su madre le dijo que las dos unidas prestarían mayor ayuda a su pueblo, y Eugenia abrazó y besó fuertemente a su madre en una de sus mejillas, porque se sentía terriblemente agradecida de que estuviera a su lado en momentos tan difíciles como aquellos.

También Josefa se había ofrecido a ayudar lavando las sábanas y paños que a menudo quedaban ensangrentados, e incluso María en la medida que podía ausentarse de su trabajo de niñera iba a la iglesia a

echar una mano; el hecho era que ante tales adversidades el pueblo se había volcado y la mayoría de las mujeres se encomendaban alguna que otra labor para ayudar a los agonizantes enfermos: solían hervir agua en sus casas y llevarla con premura a la iglesia y normalmente también preparaban manzanillas y té en abundancia para aliviar el dolor de los enfermos. Los hombres también hacían su labor cuando terminaban sus tareas en el campo o con el ganado y solían llevar los cadáveres desde las puertas de la iglesia hasta la loma para luego quemarlos y evitar así la propagación de más enfermedades. Aun así, las calles de Lastilla habían adquirido esos días un olor pestilente que no se podía soportar y, además, la imagen de los cadáveres, que hacían una montaña en las puertas de la bonita iglesia, era algo totalmente desagradable y a lo que jamás se habían tenido que enfrentar. La gripe, como llamaban a aquella terrible enfermedad, había causado estragos en muchas partes del país e incluso de Europa, y Lastilla era un pueblo realmente castigado con aquella fatídica enfermedad.

El horror se podía vislumbrar en los rostros de su gente, que muchos de ellos lo habían vivido en sus propias familias, y aunque al principio la muchedumbre se había refugiado y hasta encerrado en sus hogares, hacía ya muchos días que se atrevían a salir a la calle y ayudar al doctor y a sus ayudantes, que hacían la labor de verdaderas enfermeras como era el caso de Eugenia.

Ahora, ella y Concepción, arrodilladas frente al altar y con un rosario entre sus manos, rezaban sin cesar una oración tras otra a la vez que suplicaban la curación de los enfermos y que aquel letal virus no llegara a extenderse más.

En ese mismo momento, cuando terminaron sus plegarias, Concepción miró fijamente a Eugenia y le dijo:

—Hija, es ya tarde y me voy a casa y espero que hoy vengas conmigo.

Eugenia frunció el ceño y le contestó:

—Madre, aquí me necesitan más que ustedes en casa y me quedaré a cuidar de los enfermos esta noche.

—¡Pero qué terca eres, hija! Tú también debes descansar y no lo haces. ¿Es que quieres enfermar como ellos?

Eugenia, que empezaba a enfadarse, le respondió:

—Madre, yo me encuentro perfectamente y me quedo.

—Pero, hija, escúchame, no sales de aquí en todo el día, ni siquiera te da el aire y duermes poquísimo, está muy bien lo que haces, pero te lo tomas demasiado en serio, ¡si ni siquiera tienes aquí a ningún familiar!

—Entonces, mejor, madre, mejor que nuestra familia esté sana, pero mire, seguro que si nos hubiera pasado a nosotros, nos gustaría

que la gente fuerte y joven pudiera cuidarnos. ¿No cree?

Concepción se dio cuenta de que su hija estaba en lo cierto y no podía reprocharle nada, así que le hizo un gesto de aprobación.

—Bien, Eugenia, supongo que tienes razón, pero aun así, mañana quiero que vuelvas a casa a descansar un poco.

—Se lo prometo, madre, en cuanto pase la noche acudiré a casa y dormiré un rato.

—Bueno, no te entretengo más, me voy a casa que seguro que tu padre me está esperando.

Después de despedirse, Eugenia continuó con su trabajo, no daba de sí para cambiar los paños de agua fría de los pacientes, también se tenía que encargar de los orinales cuando los pacientes tenían que hacer sus necesidades y de las palanganas que albergaban a menudo los vómitos a veces sanguinolentos de aquellas personas. El primer día ella misma sintió unas tremendas náuseas al presenciar aquellas escenas y pensó que no podría adaptarse al olor nauseabundo que había adquirido la iglesia, en cambio, ahora todo le parecía habitual, aunque seguía siendo tan desagradable y horroroso como lo hubiera calificado esa primera vez que vio en la parroquia toda una hilera de camas unidas entre sí con un largo pasillo que se correspondía con la nave central de la iglesia para dar paso a doctores, enfermeras y familiares.

Aquella noche, mientras un hombre agonizante murió en sus brazos, Pablo montaba con Eusebio a Eustaquio en un burro para llevarlo con premura donde se encontraba el médico, había empezado a toser roncamente y no paraba de hacerlo, así que todos se habían asustado demasiado y decidieron llevarlo a la iglesia, en una noche sombría como lo era aquélla.

18

A la antigua iglesia, hacía tan solo media hora que aquel hombre había fallecido apretando fuertemente una de sus manos, todavía sentía como sus dedos iban quedando relajados hasta notarlos totalmente inmóviles entrelazados entre los suyos. Lo recordaba ahora fugazmente cuando le saludaba por cortesía al encontrarse por la plaza o las calles del pueblo y ahora simplemente esa persona les había dejado sin más. Por ello decidió salir a coger una bocanada de aire fresco, necesitaba respirar, estaba cansada, agotada, a sus dieciocho años Eugenia había vivido ya momentos demasiado crueles para su edad, pero su fuerza de voluntad era sin duda aquello que la empujaba a salir adelante.

Allí se encontraba Eugenia, sentada en las escaleras a los pies de

Cerró sus ojos un instante y un vago sonido hizo que los volviera a abrir de inmediato y, bajo la tenue luz de la luna, pudo ver en lontananza acercarse a pasos agigantados dos burros; notó que el corazón se le aceleraba cuando ya más cerca vio que eran Pablo, Eusebio y su tío Eustaquio, al que sujetaba Pablo fuertemente.

Eugenia se levantó de un salto y fue corriendo hacia ellos.

—Pablo, ¿qué ha pasado…? ¡Dios mío! ¿Tío, se encuentra bien?

Pablo dirigió una mirada triste a Eugenia.

—Euge, vamos, ayúdame, cógele tú por el otro costado. Eusebio, entra y avisa al doctor. ¡Rápido!

A Eugenia se le hizo un nudo en la garganta y, disimulando su nerviosismo como pudo, le indicó a Eustaquio.

—Respire, tío, respire hondo. Así, ve qué bien lo hace, no se preocupe, seguro que ahora el doctor le da algo que le ayuda, ya lo verá.

Una vez dentro del improvisado hospital el médico auscultó y examinó a Eustaquio. Después dejó con él a Eusebio y se acercó a Pablo, Eugenia y Josefa, que ya se encontraba también allí, y les dijo:

—Les voy a ser sincero, Eustaquio lleva varios días con tos y fiebre alta, creo que se lo ha querido ocultar a ustedes por no preocuparles e incluso también a sí mismo por propio temor…

Josefa no pudo contenerse más, se empezaba a encontrar demasiado inquieta e interrumpió al médico.

—Pero, doctor, mi marido es un hombre fuerte, muy fuerte, y si ha aguantado esos días que usted dice… ¿se curará, verdad?

Josefa agarró al doctor zarandeándole sin darse cuenta de ello.

—¡Por favor, doctor, dígame que mi marido saldrá adelante,

dígamelo, necesito oírlo, por favor…!

—Josefa, cálmese, tranquilícese, mujer, y… ¡Suélteme! ¡Por el amor de Dios!

Josefa acto seguido le soltó de inmediato. Eugenia pasó sus brazos sobre los hombros de su tía y la tranquilizó, y ella misma le preguntó al doctor.

—Doctor, entiendo que la salud de mi tío está demasiado débil, pero ¿tiene curación? ¿Qué podemos hacer?

—Eugenia, os voy a hablar con franqueza. Ya has visto lo que es capaz de hacer esta enfermedad y sí es verdad que tu tío es una persona de una inmensa fortaleza.

Pablo decidió entonces preguntar:

—Bien, doctor, ¿eso quiere decir que mi padre tiene alguna opción de salvarse? ¿No?

—No, hijo, no, lo siento, pero no te puedo mentir. Quizá tenga una ínfima posibilidad dada su fortaleza, sin embargo, ya he visto muchos casos en que ni siquiera eso puede con la enfermedad y acaban sucumbiendo igual que los demás. Ojalá me equivoque, Pablo, pero mucho me temo que tu padre no pasará una o dos noches más, tiene una fiebre altísima y una neumonía bastante avanzada. Eugenia y yo haremos todo lo posible para aliviar su dolor, por lo demás lo mejor será que estéis junto a él, debe notar a su familia cerca, es el único consejo que puedo daros.

Eugenia salió rápidamente con Josefa a tomar el aire, porque parecía que realmente a Josefa le empezaba a faltar. Entretanto, el resto de la familia se reunió allí con ellos y Concepción y Eugenia fueron primorosamente a casa del señor maestro para poder dar la noticia a María.

Dieron dos toques con la aldaba sin oír contestación alguna y al tercer toque doña Candelaria, el ama de llaves, apareció tras la puerta entreabierta. Vestía tan solo con un camisón abotonado hasta el cuello y largo hasta los tobillos y sostenía en una de sus manos un pequeño candil que daba una suave luz en aquella madrugada oscura.

—¿Pero no saben ustedes la hora que es?

Concepción se armó de valor y le dijo:

—Perdone nuestro atrevimiento a estas horas de la noche, pero algo grave ha ocurrido.

Aquellas voces despertaron a don Esteban, la ventana de su alcoba daba de lleno a la entrada, así que, desconcertado, salió y bajó las escaleras con rapidez para ver qué estaba ocurriendo.

—¿Qué es lo que pasa aquí? Concepción, Eugenia, ¿qué hacen aquí en plena noche?

Concepción le dirigió la mirada y le contestó:

—Don Esteban, perdone la intromisión, pero es que ha sucedido

algo espantoso. Mi cuñado Eustaquio ha enfermado de ese virus y según el doctor no lo va a superar. Nos pareció que su hija María debía acompañarle en… Ya sabe… Sus últimos momentos si llega el caso.

Don Esteban se quedó paralizado, sin saber bien qué decir hasta que al final pudo hablar.

—Concepción, Eugenia, lo siento mucho, de veras, voy…, voy a avisar a María cuanto antes, pasen mientras tanto.

Don Esteban, confundido con la situación, no se dio cuenta de que debía avisarla doña Candelaria y no él, sobre todo teniendo en cuenta la hora que era. Llamó suavemente a la puerta y poco después salió María con el pelo suelto y arremolinado cayéndole por ambos hombros y un largo camisón de una tela tan fina que don Esteban intuía incluso su silueta, en ese momento sintió un fugaz escalofrío que recorrió todo su cuerpo, lo que él no supo es que a María le sucedió exactamente lo mismo cuando sintió que su penetrante mirada era como si la estuviera desnudando. Cuando don Esteban pudo por fin recomponerse ante la situación en que se encontraban, le explicó a María con detalles lo ocurrido, y un rato después María bajaba las escaleras ya vestida cuando se dio cuenta de que no sólo la esperaban Concha y Eugenia, sino que el maestro, don Esteban, también se encontraba con ellas decidido a acompañarlas.

19

Fue aquella una noche extremadamente difícil para la familia de las Heras, quizá la peor de sus vidas hasta entonces, el miedo había penetrado fuertemente en lo más hondo de sus corazones, incluso Don Esteban podía sentirlo aunque no pertenecía a la familia, se había decidido a acompañar a María en todo momento y allí, junto a ella, sentía su propio dolor por su padre que le recordó instantáneamente cuando tan solo unos meses antes él notaba lo mismo al ver los últimos hálitos de vida que tenía su esposa. Estaban todos alrededor del improvisado camastro de Eustaquio y ante tantos llantos y sollozos retumbándole en los oídos, Pablo no pudo más y salió apresuradamente a tomar un poco de aire fresco lejos de allí, de tanto dolor, no sólo por su padre sino por todos los enfermos ya moribundos que allí permanecían. Necesitó alejarse de allí un poco y bajó con celeridad la calle cuesta abajo para llegar a la plaza y refugiarse bajo las ramas de la encina para poder llorar allí desconsoladamente.

Eugenia, que se encontraba a su lado en la iglesia, salió detrás de él primorosamente, pero con sigilo, y lo siguió hasta encontrarlo bajo el viejo árbol, intentó no hacer ruido para que él no viera que estaba allí, mirándole, aturdida puesto que era la primera vez que veía a Pablo llorar, en realidad jamás había visto a un hombre llorar y no sabía bien qué podía hacer para consolarlo. Tropezó con una piedra por lo que Pablo se dio cuenta de que no estaba solo.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres?

Eugenia, temblorosa, salió de detrás de la encina para que Pablo pudiera reconocerla en la tenue luz de la noche.

—¿Eugenia? —Pablo se dio cuenta de que su futura esposa le había visto llorar y eso no era propio de un hombre, pero al fin y al cabo era algo humano—. ¿Me has seguido? ¿Cómo te has atrevido? Sólo quería estar un rato a solas.

—Mi compañía no te hará ningún daño, Pablo. Yo… Yo…

—Bueno, tú qué. ¿Qué me quieres decir?

A Eugenia no le gustaba aquel tono brusco con que le hablaba, él no solía comportarse así, como los demás, como su padre, él siempre era tierno con ella, aun así se decidió a decirle lo que sentía.

—Pablo, yo te quiero y sólo he venido a ayudarte. Sé lo mal que lo estás pasando, pero no debes pasar un trance así tú solo, dentro de poco seremos marido y mujer y lo compartiremos todo y también quiero compartir mi dolor contigo, es tu padre, sí, pero recuerda que también es mi tío y yo también lo estoy pasando mal y necesito más

que nunca que estemos unidos.

Por un segundo Eugenia pensó lo que le había dicho a Pablo, jamás le había hablado con tal sinceridad, era demasiado tímida, pero estaba claro que todo lo que ocurría a su alrededor le estaba haciendo cambiar muy rápidamente.

Pablo se quedó estupefacto, nunca había oído a Eugenia hablar así de sus sentimientos, y él también la quería muchísimo y la había tratado fatal cuando ella sólo había ido a consolarlo.

—Euge, yo… Siento mucho haberte hablado así, no te lo mereces, pero me he puesto nervioso cuando me has visto aquí… Ya sabes…

—Sí, llorando, ¿no? ¿A eso te refieres?

—Es que los hombres no solemos llorar. ¿Sabes? Pero entiende que es mi padre y…

—Eso son tonterías, me parece un acto muy bonito y tremendamente sensible, me enamoré de ti por eso. ¿Sabes? Porque me tratas con mucha ternura y eso nos gusta a las mujeres, y no la brutalidad y tosquedad a la que nos acostumbran.

Entrelazaron sus manos y después Pablo abrazó a Eugenia y permanecieron así unos minutos, aunque a ellos sólo les pareció un mínimo instante.

—Euge…

—Si…, Pablo.

—Yo también te quiero.

Se separaron un momento y Pablo cogió a Eugenia con ambos brazos por sus costados, le miró fijamente a los ojos y ante la oscuridad que les embargaba, se acercó lentamente a sus labios para darle un beso lleno de ternura, se volvieron a separar un instante y entonces Pablo cogió a Eugenia con más fuerza, para volver a besarla, pero esta vez fue un beso largo, lleno de pasión y amor.

Unos pasos en la lejanía hicieron que la fogosidad de aquel momento se desvaneciera, rápidamente se apartaron el uno del otro y justo después apareció María.

—Pablo, Euge, tenéis que venir rápido.

—¿Qué pasa, María? ¿Padre está peor?

—No, Pablo, padre se encuentra exactamente igual.

Eugenia, que ante la pasión de su amado Pablo y ahora la inesperada interrupción de María no salía de su asombro, le dijo a María.

—Bueno, dinos ya qué ocurre de una vez por todas.

—Es German que también ha enfermado y el doctor ha dicho… Que tampoco va a salir de ésta.

Eugenia se lamentó en voz alta, ya no podía más, ¿cuánto iba a durar esta agonía? Ahora su primo German, el hermanastro de Pablo, si sólo tenía veintinueve años, ¿qué iba a suceder ahora?

—Dios mío, ayúdanos, no nos mandes más castigo. ¿Acaso te hemos traicionado nosotros? Dios mío, seguimos día a día tus escrituras, ¿por qué nos mandas este castigo?

Pablo miró con lástima a su amada, la cogió de la mano y le dijo:

—Vamos, Euge, basta ya de lamentaciones, vamos a ver qué pasa.

María a su vez cogió a Eugenia por el otro brazo y entre los dos consiguieron subir con ella de nuevo a la iglesia.

20

Habían pasado ya cuatro días desde aquella interminable noche que Eugenia al igual que el resto de su familia jamás olvidaría. Todos volvieron a sus tareas habituales, dado que no podían desatenderlas por mucho que les pesara. Eustaquio y German seguían muy débiles, pero su fortaleza vital luchaba contra la gripe que les había atrapado, aunque aún no había podido consumirles, al menos hasta el momento.

Al día siguiente de que enfermaran, María intercambió unas palabras con el maestro, por petición de su madre, para hacerle llegar la noticia a su hermano Federico que se encontraba realizando el servicio militar en Zaragoza. Le hubiera gustado escribirlas ella misma, de su puño y letra, pero sus breves clases con don Esteban todavía no eran suficientes y con la llegada de la gripe al pueblo las interrumpieron de inmediato, así que no tuvo más remedio que encomendarle la tarea al maestro, que tuvo que montar en burro varios kilómetros hasta llegar a un pueblo mucho más grande que Lastilla, donde salía un tren correo cada poco y poder así mandar un telegrama urgente a Federico.

Ahora María se encontraba junto a Visitación, la hija del maestro, le estaba dando la merienda en el patio externo de la casa; mientras María sostenía entre sus manos un pequeño plato con un trozo de pan y unas porciones de un apetitoso chocolate negro, la niña bebía animadamente un gran vaso de leche caliente. A María le cambió completamente la expresión de su rostro al ver llegar a su prima, daba grandes zancadas y su falda, que le cubría hasta los tobillos, se bamboleaba vigorosamente de un lado a otro. Eugenia se paró en seco al llegar y, casi sin aliento, le dijo a su amiga.

—María, tienes que venir a la iglesia, tío Eustaquio no para de repetir tu nombre… Está como delirando, creo que quiere decirte algo.

—¡Ay, Dios mío! Eso es que está peor, mi padre nunca habla conmigo.

—Venga, María, tienes que venir. ¡Ya!

María pidió permiso al maestro que incluso se volvió a ofrecer para acompañarla, pero esta vez María prefirió ir sola, pensó que la presencia allí del maestro, a lo mejor no agradaba demasiado a su padre y decidió afrontar aquello en compañía solamente de su querida prima y amiga.

Nada más llegar a la iglesia y acercarse al camastro de Eustaquio, éste pidió a Eugenia y a todos los allí presentes que le dejaran hablar a solas con su hija y una vez que todos se hubieron marchado,

Eustaquio rompió el silencio.

—María, hija mía, siéntate aquí, a mi lado, necesito decirte muchas cosas…

Eustaquio comenzó a toser y María le dio un poco de agua en un vaso que él apenas pudo tragar.

—¿Se encuentra mejor, padre? —María se había sentado junto a él en el camastro, tal como le había pedido su padre.

—Sí, María, estoy mejor. Ahora escúchame atentamente, me queda poco tiempo y no tengo la conciencia tranquila, mis errores me atormentan y quiero irme libre de pecado junto a Nuestro Señor…

—No me diga esas cosas, padre, usted no ha hecho nada malo…

—Sí, sí lo he hecho, déjame terminar.

—Está bien, le escucho.

María se quedó mirándolo atónita, nunca había hablado sinceramente de nada con su padre, ni siquiera se sentía unida a él, pero ahora, en lo más profundo de su alma empezaba a notar que quizá no era tan insensible como había pensado si en realidad en ese momento se quería arrepentir de algo, así que decidió escucharle sin interrumpirle y Eustaquio prosiguió con la conversación.

—Sé que a veces he dado más importancia a tus hermanos por el hecho de ser varones y no debiera haber obrado de tal modo contigo. Te quiero, hija, igual que a todos tus hermanos y mucho más de lo que imaginas y es por eso que he intentado hacer que olvidaras que eres mucho más inteligente que el resto de las mujeres de este pueblo. —María se sorprendió ante aquellas palabras—. Quería que fueras como tu prima Eugenia, domable y sumisa, que te casaras con cualquier hombre que te diera el sustento a ti y a tus hijos, pero me equivoqué, hija. ¡Vaya si me equivoqué! —Volvió a toser y María le volvió a dar un sorbo de agua, y Eustaquio siguió—: Tú eres diferente, eres especial, perdóname por haber intentado buscarte marido a toda costa.

—Padre, yo no tengo nada que perdonarle.

—Sí que tienes que hacerlo, lo necesito.

—Está bien, si es por eso le perdono de corazón.

—Me quitas ya un peso de encima, hija. Quiero que olvides todas las órdenes absurdas que te he dado y que te sientas libre, has nacido para eso. También sé que por medio del maestro estás aprendiendo a leer y escribir y quiero que lo consigas, te lo pido, hija, la inteligencia ganará muchas batallas a los pobres como nosotros y tú serás su testigo.

—Pero qué cosas dice, padre. ¿Cómo iba a saber usted…?

—Soy viejo y sabio y lo sé. Aplícate para ser la primera mujer de la familia alfabetizada y ten orgullo por ello. Por otro lado, cásate, hija, pero hazlo por amor y con un buen hombre que te trate como a una

señora. Don Esteban será un buen marido para ti y, aunque ahora no lo sepas, tenéis muchas cosas en común. Por lo colorada que estás estoy seguro de que te has enamorado de él y su mirada hacia ti el otro día me indicaba lo mismo de él. Huir de las habladurías, sólo son eso, rumores, y ser felices. Te pareces mucho a mí, María, cuando yo era joven era tan impetuoso y lanzado como tú ahora, aprovéchalo, el día que te cases con el maestro yo te daré mi bendición allá donde vaya…

María, con grandes lágrimas resbalando por sus mejillas, se había quedado muda, jamás habría imaginado que su padre le hablara de tal modo y, más aún, la lucidez que tenía en aquellos duros momentos.

—María, hija, nunca olvides lo que este viejo te dice, y ahora ve y llama a tu madre, también quiero estar con ella. ¡Vamos, corre!

María, llorando tristemente, fue a llamar a Josefa que se sentó junto a su marido para acompañarle en aquellos difíciles momentos, mientras que en el colchón contiguo se encontraba German con todos sus hermanos alrededor excepto Federico, de quien todavía no habían recibido noticia alguna.

Unas horas más tarde, cuando ya el ocaso penetraba por las vidrieras de la iglesia, Eustaquio comenzó a sufrir graves espasmos musculares que acabaron parándole el corazón. Los gritos de Josefa fueron inevitables, que, aun así, se mantuvo con la serenidad que le fue posible para estar junto a su hijastro German que todavía mantenía un hilo de vida cada vez más borroso, y unas dos horas después de la muerte de su padre empezó a agonizar de tal manera que pasados unos minutos nada más, sus pulmones fallaron definitivamente.

Al día siguiente la incineración de los dos cuerpos fue algo horrible, los gritos y el llanto se mezclaban entre sí, la angustia se apoderaba de todos de tal forma que a veces era difícil saber qué había ocurrido, si era un castigo divino o qué les había pasado, nunca olvidarían el nombre de aquella monstruosa enfermedad, siempre recordarían la gripe como aquélla que les había arrebatado de un plumazo a dos de sus seres queridos. Pero aun con todo la vida seguía y tendrían que salir adelante como pudieran, Eugenia sabía ahora cuánto le iban a necesitar a pesar de su propio dolor, sobre todo su Pablo y también su queridísima María la necesitaría a su lado, ella tendría que estar a la altura para ayudarles a ambos, debía de ser así. Entre aquellos angustiosos pensamientos divisó a lo lejos un hombre que vestía uniforme militar y cargaba con un pesado petate a sus espaldas, se acercaba con mucha ligereza hacia donde ellos estaban, cuando ya lo vio de cerca se dio cuenta de que era su primo Federico y sintió una gran lástima por él, había llegado tarde para poder despedirles, sin embargo, les haría bien a todos tenerlo cerca, aunque

fuera por poco tiempo, en aquellos días convulsos que por desgracia aquella primavera de 1918 les había otorgado.

21

El calor templado del verano había llegado al pequeño pueblo y con él, también volvían las coloridas flores y los hermosos frutos de los árboles, compaginándose muy bien con el armonioso canto de los pajarillos, que aunque todo ello no lograra restablecer la alegría de la gente, sí había podido mitigar algo sus penas.

Casi dos meses habían transcurrido de aquello que había supuesto para ellos una gran catástrofe en sus vidas. Aquellas pedregosas calles llenas de gente charlando, de personas yendo y viniendo de un lado a otro, inundados de las risas de los chiquillos jugando, se habían quedado ahora vacías, aquella vitalidad había desaparecido por completo del pueblo. Los bonitos tonos rojizos del adobe de las casas se habían teñido de negro, el luto era ya lo único que les quedaba para honrar la memoria de sus paisanos. Sus miradas también se habían vuelto oscuras, el horror que habían visto y vivido era demasiado cruel, el pueblo había quedado huérfano de sus niños, pocos habían sobrevivido y los que lo habían hecho, eran la mayoría de clase algo más elevada, como los hijos del maestro, ya que tenían mejores condiciones alimenticias e higiénicas. También muchos ancianos sucumbieron ante la enfermedad e incluso había afectado a la población más joven para la sorpresa del doctor, que pocos días después del fallecimiento de Eustaquio y German, anunció públicamente que había descendido el número de infectados y poco después mandó incinerar todos los colchones y sábanas de los pacientes, así como esterilizó todo su instrumental y pudo por fin guardarlo en su maletín para seguir ejerciendo en su tranquila consulta. La iglesia recobró su estado original y dejó de ser aquel improvisado hospital, y en su caso, el sacerdote volvió a dar la eucaristía todos los domingos, pero ahora elegía unos sermones mucho más conmovedores que los que habitualmente utilizaba.

Concha y Josefa se apoyaban mutuamente, pero Concha sabía muy bien que su cuñada ya no iba a ser la misma, mientras que su marido Alfredo, sólo tenía en su cabeza que su rebaño pastara y que había perdido al único hermano que le quedaba. En realidad, Concha sabía que su matrimonio había empezado a hacer aguas mucho antes de eso, desde que ella cayó de la burra meses atrás y él le impidió volver a montar, ya apenas se dirigían la palabra más que para lo estrictamente necesario.

Eugenia había pasado de su mentalidad de niña a la madurez adulta para convertirse en toda una mujer hecha y derecha. Ahora

esperaba impaciente a Pablo, como cada día, junto a la encina, en la plaza del pueblo, para reunirse con él una vez recogiera su rebaño. Ya no le importaban los reproches de su madre, había decidido vivir y disfrutar de la vida, pues nadie sabía lo corta que ésta podía llegar a ser y lo mejor que podía hacer era estar unos minutos junto a Pablo para consolar su pérdida, eso sí, comportándose siempre con total decencia.

María en cambio se sentía aturdida y confundida por todo. Sentía enormemente que su padre les hubiera dejado, ahora sentía no haberle conocido mejor, y sus palabras resonaban en su cabeza un día y otro también. Estaba confusa, por un lado guardaba el luto rigorosamente, pero a veces cuando veía a don Esteban, tenía deseos de acercarse a él de una manera que no había sentido jamás por un hombre. Había retomado sus clases con él para poder distraerse de sus pensamientos, sin embargo, ahora dudaba si había sido una idea sensata, pues cuando terminaba las clases y volvía a sus tareas, se encontraba acalorada y ruborizada. Aquella tarde estival estaba llegando a su fin y María con su uniforme, medias y cofia negros acostaba a los niños en la alcoba contigua a la del maestro. Después bajaría a la biblioteca para volver a atender las lecciones tan enriquecedoras del maestro, a pesar de que cada día se desconcentraba más cuando el maestro la miraba de una manera tan dulce.

Un pequeño repiqueteo en la puerta de la entrañable alcoba infantil, hizo que María saliera de su ensimismamiento casi asustándose.

—¿Se puede? ¡Oh! No pretendía asustarte.

—No, no me ha asustado, don Esteban —mintió—. Solo que esperaba que estuviera usted en la biblioteca como siempre.

Don Esteban le dirigió una pequeña sonrisa y se acercó a ella.

—Ya, claro. Es que hoy cambiamos de planes, María.

—Sí, don Esteban, lo que usted prefiera.

Don Esteban se acercó para dar un beso a sus hijos y salió detrás de María de la alcoba.

—Vete a tu habitación y cámbiate de ropa. ¿No quieres saber nada de nuestros planes?

—Lo que usted diga estará bien.

—¡Ay, María! Nos vamos al campo. Le he alquilado a tu hermano Eusebio un burro y una carreta.

—Pero ¿y qué vamos a hacer allí?

Don Esteban notó enseguida la inquietud de María e intentó tranquilizarla.

—María, en el campo hay muchas cosas y nos llevaremos un poco de papel y un lápiz para que puedas empezar a describirlas, así la

clase será menos aburrida. Te espero en la entrada, date prisa.

María, todavía más confundida si cabía, se cambió el uniforme sustituyéndolo por una falda negra tapándole los tobillos, a conjunto con una camisa de hilo también teñida de negro y sus viejas medias y alpargatas de cáñamo. Se trenzó el cabello para recogerlo después en un moño, se puso un pañuelo oscuro sobre la cabeza y bajó a reunirse con don Esteban.

Don Esteban la esperaba abajo, también se sentía inquieto. Desde que aquella hermosa joven entrara por primera vez en su casa, él ya no era el mismo, pensamientos contradictorios llevaban a su mente al borde del colapso, pero ahora ya era distinto, lo tenía todo claro, se había enamorado profundamente de María como nunca llegó a estarlo de su difunta esposa, la quiso muchísimo, pero ahora sabía que era cariño y no amor lo que sentía por ella. Se casó muy joven siendo maestro aprendiz al cargo de un gran profesor. Aquel profesor era el padre de su esposa, él mismo convino aquella boda, a don Esteban le pareció bien, su hija era preciosa y buena persona y eso le bastó para pensar que sería una buena esposa. Y lo fue, sin duda, pero ahora sabía que su amor verdadero lo había encontrado en su casa pero en circunstancias muy diferentes a las de un matrimonio respetado por la sociedad.

Aun así, ya todo le daba igual, amaba demasiado a María como para perder la oportunidad de volver a ser feliz junto a una mujer y además intuía que ella le correspondía.

Un buen rato después, don Esteban ayudaba a María ofreciéndole su mano para que pudiera bajar de la carreta.

Estaban ya en el campo, a las afueras de Lastilla, en medio de la nada y sin nadie a la vista, allí estarían tranquilos lejos de los chismorreos de la gente, pensó don Esteban.

María se atrevió a decirle:

—Don Esteban, yo le estoy muy agradecida, se está portando muy bien conmigo. No sólo por traerme a ver todo esto —María señaló a su alrededor—, también por sus clases y porque sé que desde lo de mi padre sus hijos me ven triste y yo debería guardar la compostura ante ellos y…

—Por Dios, María, deja de lamentarte, por favor. Mis hijos están encantados contigo, a mí me satisface enseñarte y además me apetecía salir al campo a respirar aire puro, y tu compañía es todo un honor para mí.

María se ruborizó y don Esteban prosiguió:

—Bueno, María. Tu primera lección de hoy va a ser que nos tuteemos, ahora me vas a llamar Esteban.

—Pero, don Esteban, yo…

—¿Cómo has dicho? Mira, María, tenemos ya mucha confianza y

deberíamos usarla también al hablar, olvida que soy el maestro y yo olvidaré que tú eres mi niñera, aunque sólo podamos hacerlo cuando estemos solos. ¿De acuerdo?

María, dubitativa, accedió inclinando la cabeza.

Se tutearon y María iba empezando a escribir alguna palabra, como «árbol», siempre con las correcciones de don Esteban y de manera muy divertida.

Se sentaron para ver los últimos rayos de sol en el horizonte y cuando el atardecer caía don Esteban se volvió hacia ella y le cogió una de sus delicadas manos, y al ver que María empezó a dudar si se levantaba, él la besó en sus rosados labios y ella, ante su propia sorpresa, no opuso resistencia alguna. Él le siguió besando largo rato e incluso se abalanzó sobre ella para besar su delicado cuello, pero en el momento en el que notó bajo su afeitada barbilla los imponentes senos de María, decidió reincorporarse a la vez que ella hizo lo mismo para seguir besándose entonces sentados.

Esteban se sentía vivo de nuevo, pero decidió ir paso a paso, para poco a poco descubrirle los secretos del amor a María. Ella en cambio se sentía muy feliz y muy a su pesar. ¿Qué le ocurría? ¿Cómo había dejado que pasara? No podía ser, pero es que era lo mejor que había conocido en toda su vida.

Ambos se miraron después durante largo rato, exaltados y con los sentimientos a flor de piel y luego un poco más calmados ya, decidieron volver a la carreta, estaba anocheciendo y los caminos se hacían peligrosos con el cielo tan oscuro.

22

Eugenia frotaba vigorosamente el bonito paño bordado que, un domingo tras otro, ella misma veía en la eucaristía sobre el espléndido mármol que sostenía el altar de la iglesia.

Se sentía un tanto acalorada, pues el resplandeciente sol de mediodía había anunciado ya, con creces, la llegada del calor y aquel mes de junio estaba siendo bastante tórrido.

Pero a Eugenia eso no le importaba, lo que de verdad quería era olvidar los enfermos, el cadáver ardiendo, las cenizas, el humo y, sobre todo, quería borrar de su mente, de una vez por todas, las agonizantes imágenes de su tío y su primo en el estado en el que se encontraban poco antes de fallecer. Por otro lado, Pablo, a veces, se encontraba como ausente, sin decir palabra, y no sabía muy bien cómo poder reconfortarlo. Para colmo tenían que esperar otro año más para casarse porque tenían que guardar luto todo ese tiempo.

Sin embargo, aquel día, Eugenia incluso cantaba mientras tendía la ropa, porque con la llegada del buen tiempo, sus salidas al bosque con Pablo ya eran algo habitual.

Aquella misma tarde, Pablo se reunió en su casa bajo la atenta mirada de su tía Concha, y sólo unos minutos más tarde ya se encontraban caminando juntos por el sendero del río. Pablo se encontraba mucho más alegre ese día y Eugenia no dudó en aprovechar la ocasión y cogerle su vasta y fuerte mano delante de las miradas de la gente, aunque todavía con algo de timidez.

Un rato después, ya solos, Pablo miró a Eugenia con sinceridad y le dijo:

—Euge, sabes que te quiero. Te he querido como mujer hace mucho tiempo, cuando todavía te trataba como a una niña y te protegía como a mi prima pequeña; en realidad, mi protección hacia ti ya era como a una mujer, porque hace ya mucho que te he querido como a mi futura esposa y no como a mi prima.

Eugenia se quedó atónita ante aquellas palabras, Pablo jamás había podido hablar tan abiertamente de sus propios sentimientos con ella.

—Pablo, mi amor, sabes que yo también te quiero y que siento lo mismo que tú…

—Espera, Euge, déjame terminar, no suelo hablar de estas cosas con nadie y me cuesta, así que déjame terminar.

—Está bien.

—Mira, sé la clase de hombres que son los de este pueblo. Y también sé cómo trata tu padre a tu madre, o cómo lo hizo mi padre

que en paz descanse con la mía. Pero yo no soy así, no quiero que vivas amargada, yo sólo quiero que sigas siendo alegre y transmitas esa alegría a nuestros hijos cuando nos casemos y los tengamos. Aunque tengamos que esperar un año más, no importa.

Eugenia, casi con lágrimas en los ojos, no salía de su propio asombro.

Pablo se acercó muy despacio y la besó apasionadamente, y entonces pararon un momento y Eugenia le dijo:

—Pablo, te quiero muchísimo y un día te haré un padre orgulloso de los hijos que yo te dé.

Después cogió a Pablo rodeándole con sus brazos por su cuello y le besó con ternura. Pasaron la tarde entre bonitas palabras y ardientes besos.

A su vez, María se encontraba tumbada al lado de su apuesto maestro, habían seguido frecuentando el campo cuando podían, pero siempre para seguir aprendiendo en sus clases ya que de aquel casual encuentro que tuvieron, no habían vuelto a hablar, aunque María no había hecho otra cosa en los últimos días que pensar en ello, lo que ella no sabía era que Esteban había estado recordando exactamente lo mismo. Con los últimos albores de luz del día, el cielo oscureció de repente, pasando por las tonalidades azules, luego grisáceas y finalmente se implantó un tono casi totalmente negro. Se avecinaba tormenta y debían encontrar refugio.

—Esteban, hay que volver, va a caer una buena.

—Sí, María, tienes razón, pero no nos va a dar tiempo, el paso de los burros de la carreta, no es tan veloz como el de los caballos.

Empezó a tronar estruendosamente y unos minutos más tarde, la lluvia empezó a fluir sobre los ya amarillos trigales.

María, aturdida por la situación en que se encontraban, se ató un pañuelo a la cabeza para no mojarse demasiado.

—¿Qué hacemos, Esteban? Nos estamos poniendo como una sopa.

Esteban se quedó pensativo unos segundos.

—Ya sé. ¿Ves aquel pajar allí?

—¿Dónde?

María miraba entornando los ojos, pero bajo la lluvia no lo veía.

—Justo enfrente de mí.

—¡Ah, sí! Ya lo veo y… ¿Quieres que vayamos allí? Tú y yo… Allí…

—¿Se te ocurre algo mejor? ¿O es que prefieres no resguardarte?

Esteban se mordió los labios porque pensaba que no debería haber hablado así a María.

Pero en realidad sabía que era el mejor momento, la deseaba desde hacía tiempo y allí, empapada bajo la lluvia, le parecía realmente hermosa, y desde aquel impetuoso beso, cada día la empezó a desear

todavía con más ansia y ahora, allí frente a ella, pensó que había llegado por fin el momento ideal, el momento más esperado.

María subió entonces a la carreta y, a su lado, Esteban la condujo con celeridad hacia la entrada del pajar, dio la mano a María para ayudarla a bajar y cuando ya estaban bajo el destartalado techo del pajar, el olor a paja mojada les embargó a los dos.

—Esteban, ha sido buena idea, puede que no sea un sitio confortable, pero al menos no estamos en medio del campo.

—Sí, María, ha sido una buena idea. Acércate, te ayudaré a quitarte el pañuelo.

—¡Ah, no te preocupes! No hace falta, yo sola puedo…

Esteban no se resistió más y la abrazó y besó sin poder parar sus impulsos y ella le devolvió todos sus besos. La desnudó lentamente y allí, bajo la tenue luz que les dejaba la tormenta, hicieron apasionadamente el amor. Media hora después, María casi no sabía cómo se encontraba bajo los tiernos brazos de aquel hombre, que era su señor, y del cual estaba locamente enamorada. Se sentía llena de felicidad y era la primera vez en su vida que notaba esa explosión de sentimientos dentro de su propio ser.

Algo parecido le ocurría a Esteban, nunca se sintió tan vivo con su primera mujer, claro que realmente la quiso, pero ahora sabía muy bien que su verdadero amor sólo podía ser aquella bella mujer que descansaba sobre su pecho con el cabello arremolinado.

23

Concha miraba alegremente a su hija con una dulzura en sus ojos que ni siquiera ella misma hubiera podido imaginar. Eugenia a su vez le transmitía una mirada de complicidad a su madre, ese día habían dejado a un lado sus ya tradicionales disputas para sentirse las dos, por fin, más unidas que nunca. Eugenia estaba radiante, Concha no la había visto jamás tan bella, junto con Josefa habían cosido un bonito vestido de hilo blanco que ahora lucía Eugenia y que tan solo en unos momentos le llevaría camino del altar. En el momento en que Concha observaba, asombrada y con orgullo, el resplandeciente brillo de los ojos de su hija y notaba lo enamorada que se sentía Eugenia de su sobrino, unos golpes en la pared hicieron girarse a las dos a la vez.

—¿Se puede? —dijo Josefa desde la cortina que las separaba de la estancia.

—¡Adelante! Pasad, pasad —les contestó Concha ya que María venía detrás de su madre.

—Pero ¡qué guapa está la novia! Gírate y déjame que te vea —María abrazó a su prima y le enseñó un bonito camisón con algún bordado.

Eugenia, asombrada, le dijo a su prima.

—¿Pero de dónde lo has sacado? Debe de costar una fortuna una tela tan fina como ésa.

—Euge, mi madre y yo sólo hemos podido ayudar a bordarlo, el mérito es de tu madre.

—¿Madre?

Josefa interrumpió:

—Sí, Eugenia, tu madre ha seguido montando en burra para llevar la ropa del sacerdote.

—Pero… no puede ser, mi padre se lo prohibió el año pasado cuando madre se cayó de la burra.

Por fin habló Concepción.

—Sí, hija, claro que me lo prohibió, pero no le hice caso y seguí haciendo el trabajo del cura sin que él se enterara y así hoy puedo regalarte este camisón para tu noche de bodas. Es todo un lujo para una mujer de nuestra clase, pero tú lo vas a aprovechar bien y te lo mereces, es el único ajuar que te puedo dar.

Eugenia, emocionada, abrazó a su madre y después a su tía y a su prima.

—Gracias, de verdad, gracias, madre, y a vosotras, ¡no sé qué decir!

María, muy contenta, le contestó:

—No hace falta que digas nada. ¡Además! ¡Hay que peinar a la novia! Porque si no el novio se nos va a poner nervioso de tanto esperar, ¿o no?

María cogió un peine y comenzó a desenredar el largo y fino pelo negro de su prima, futura cuñada y sobre todo gran amiga suya.

Los días precedentes habían sido lluviosos a pesar de encontrarse ya en pleno mes de junio, aunque en ese día de Corpus Cristi de 1919 los rayos de sol resplandecían a través de los tejados rojizos de Lastilla.

Mientras María cepillaba suavemente el sedoso cabello de su amiga, recordaba con gran entusiasmo lo que les había acontecido a ambas durante el largo año anterior. Recordaba ahora nítidamente sus apasionadas noches junto a Esteban, sus besos y caricias, las escandalosas palabras que éste le susurraba a sus oídos. Después de perder su virginidad con él en aquel pajar, tanto él como ella intentaron no dar rienda suelta a sus alocados impulsos, pero Esteban no pudo soportarlo más y tan sólo unas semanas después acabó entrando en la habitación de María con el corazón desbocado, y ella le recibió con gran amor porque también le estaba esperando. Desde entonces, ambos habían encontrado el amor juntos y a pesar de que los rumores ya empezaban a transitar por Lastilla ellos eran inmensamente felices. María confió plenamente en Eugenia, ya al poco tiempo se lo contó todo, para su sorpresa, Eugenia ya se lo había imaginado y sólo le alertó ante las consecuencias y que lo mejor para ella sería cortar aquella relación. María no pudo hacerlo porque estaba realmente enamorada de Esteban y Eugenia prometió guardar el secreto y estar a su lado, aunque Eugenia sabía que pronto sería un secreto a voces, no por ella, sino porque Esteban la quería de verdad y se le notaba demasiado. Por otro lado, gracias a Esteban y a su hija Visi, que con sus doce años ya había espabilado mucho, María había aprendido a leer y escribir correctamente. Se carteaba con su hermano Federico a menudo, que en el servicio militar también había aprendido las cuatro reglas. María, a sus veinte años, había madurado lo suficiente como para saber lo que ocurriría si se desataba el escándalo y no quería que su madre sufriese más todavía de lo que ya llevaba sobre sus espaldas.

Josefa vagaba como un alma en pena por las calles de Lastilla. Había perdido ya muchas personas queridas. Su hermano en la guerra de Cuba y hacía tan poco su marido Eustaquio y su hijastro German por aquella enfermedad que llamaban gripe. Su corazón estaba vacío, pero la boda de su hijo Eusebio con la moza que llevaba festejando desde que eran críos hacía tan apenas un mes y ahora la boda de Pablo y Eugenia habían devuelto un poco la sonrisa a los labios de

Josefa.

Concha se había pasado casi todo el año discutiendo con Eugenia sobre el luto. No sólo debía vestir de negro, sino que no debía dejarse ver con Pablo por ahí, eso no era decente. Pero para Eugenia ese tipo de decencias le daban ya igual, puesto que si no fuera por ese luto ya estaría casada con su Pablo y no tenía nada de malo dar un paseo juntos. Al final Concha no podía competir con su hija, a sus diecinueve años ya era toda una mujer, y en el fondo estaba orgullosa de ella. No así de Alfredo, que la distancia con él había dejado de ser un secreto.

Eugenia subía ahora hacia la iglesia cogida del brazo de su padre, él la miró y le dijo:

—Hija mía, nunca te había visto tan hermosa. Serás una buena esposa para Pablo y él es un buen hombre, muy trabajador, os irá muy bien.

—Gracias, padre, se lo agradezco. —Eugenia sabía que su padre era parco en palabras y nada sentimentalista, así que tampoco esperaba otras palabras de él.

Cuando llegaron frente a la iglesia de San Miguel, Eugenia notó cómo una punzada de dolor le atravesaba el corazón cuando recordó, tan nítidamente, los difíciles momentos allí vividos hace poco más de un año, pero se obligó a olvidarlos y a admirar ahora la portada románica, con aquellos capiteles adornados con escenas bíblicas tan bien esculpidas, y a ambos lados de aquella impresionante portada pudo ver a sus familiares llenos de asombro al verla llegar.

Una vez dentro y ya junto a Pablo, el sacerdote ofició la eucaristía y así, por fin, pudieron celebrar su esperado matrimonio. Después fueron a comer al campo y disfrutaron todos de la fiesta. Bebieron vino, cantaron y Pablo y Eugenia bailaron sin parar de reír.

Cuando oscureció todos volvieron a sus hogares. Alfredo y Concha pasaron la noche en casa de Josefa para que los novios pudieran pasar la noche de bodas en completa intimidad.

Concha había dispuesto unos días antes un colchón de lana un poco más grande que en el que dormía Eugenia, guardando éste para cuando vinieran los nietos. Como no tenían para más, Pablo y Eugenia vivirían en casa de Alfredo y Concha.

Pablo entró en la casa con Eugenia en brazos como mandaba la tradición, y estuvieron charlando largo rato por la timidez de ambos.

Eugenia sonreía agradablemente a Pablo, cuando éste le dijo:

—Amor mío, estás preciosa esta noche.

Eugenia se sonrojó un poco y le contestó:

—Tú también estás muy atractivo, Pablo.

Eugenia se le quedó mirando fijamente y pensó en el gran amor que sentía por él.

Pablo se acercó a Eugenia y le soltó suavemente las horquillas de

su pelo.

—El pelo suelto te sienta todavía mejor.

Ella a su vez le tocó con delicadeza su oscuro cabello y resbaló sus dedos por sus tersas mejillas.

Se besaron con impetuosidad y él empezó a acariciar sus caderas.

—Espera, Pablo…

—No, mi amor, no tengas miedo…

—No, no es eso. Voy a cambiarme, es sólo un momento.

Ella entró en su habitación cerrando tras de sí la zurcida cortinilla y se apresuró a quitarse el vestido, el viso y la ropa interior. Después se puso el camisón que le habían regalado para la ocasión, y después de coger el candil y bajar la tenue luz que alumbraba, le dijo a Pablo.

—Mi amor, ya puedes entrar. —Casi le temblaba la voz, Eugenia había oído en el río los chismorreos de esos temas entre las mujeres casadas y aunque intentaba hacer oído, no se enteraba de mucho porque a las solteras como ella no les contaban nada, y ahora le temblaba todo el cuerpo por no saber muy bien cómo se tenía que comportar.

Pablo entró en la estancia despacio, abrió la cortina y un fuerte deseo le invadió todo el cuerpo al ver que la tela del bonito camisón que llevaba su esposa era casi transparente, y aun con la poca luz que les ofrecía aquel candil podía vislumbrar el contorno de su silueta e incluso la forma de sus hermosos pechos.

—Dame el candil, Euge, lo dejaremos en esta mesita, no te preocupes, tú déjate llevar.

Pablo la abrazó y besó con anhelo, y siguió acariciándola quitándole a su vez la única prenda que ella llevaba puesta, él también se desnudó con ayuda de Eugenia y al poco rato estaban consumando su unión conyugal en el colchón de lana que Concha les había preparado.

Eugenia aquella noche apenas pudo dormir. Se encontraba tan excitada y entusiasmada que no podía conciliar el sueño, se sentía tan unida a Pablo como nunca lo hubiera estado de nadie, ni siquiera de él, antes, claro, y era tremendamente feliz. Pablo tampoco podía dormir, ella era la ilusión de su vida; la ilusión de volver a estar con su esposa después de un duro día en el monte con el rebaño, él también se sentía feliz. Se quedaron hablando largo rato hasta que al final el sueño les venció a los dos.

24

La época estival estaba llegando a su fin. Todavía el sol penetraba ardiente en los hogares y las encrucijadas calles del pequeño pueblo de Lastilla.

A finales de septiembre las personas que allí vivían, iban ya almacenando la leña para sus chimeneas, en el caso de los señores y terratenientes que podían optar por aquel tipo de lujos, o para las insignificantes hogueras que conseguían evitar el frío dentro de los hogares de la gente humilde.

Eugenia tejía afanosamente sentada sobre una vieja silla de madera, dando forma a lo que sería un recio jersey de lana. En ese momento entró en la estancia María, Eugenia dejó sobre su regazo sus labores para levantarse y darle un buen abrazo a su cuñada y amiga.

—María, ¡qué ganas tenía de que llegaras! Tengo algo importante que decirte.

—Euge, yo… También quiero decirte algo.

María miró a su alrededor, como esperando ver entrar en cualquier momento a su tía Concha.

—¿Qué pasa, María? ¡Ah! No te preocupes, mi madre se ha ido hace un rato con la ropa planchada a llevársela al médico, y luego también tenía que llevarle ropa al cura, además seguro que aprovecha para confesarse, ya sabes cómo es, así que no te preocupes, estaremos solas un buen rato. ¡Venga, cuéntame qué te inquieta!

Una fugaz tristeza invadió la mirada de María por unos instantes.

—Mira, Euge… Bueno, mejor dímelo tú, seguro que lo mío puede esperar.

Eugenia cogió a su cuñada por ambas manos y, acercándose a ella, le dijo:

—¡Estoy embarazada! ¿No te parece maravilloso?

María, sin demasiada sorpresa, le dirigió una gran sonrisa.

—Me parece estupendo y me alegro mucho por ti y por mi hermano. A sí que… ¿voy a ser tía?, ¿no? En realidad, Euge, casi me lo esperaba, ya lleváis unos meses casados…

María agachó un poco la cabeza y Eugenia puso su mano sobre su mejilla y, después de mirar a su cuñada a los ojos, le dijo:

—A ti te pasa algo y me vas a contar de qué se trata.

—Euge, yo… Tengo un serio problema…

—Sea lo que sea, sabes que te apoyo, dímelo sin miedo, María.

María miró a su amiga con los ojos casi llorosos.

—Yo también…

—Sí, María, tú también… ¿qué?

—Que también yo estoy embarazada, Euge.

Eugenia se quedó allí como paralizada, no sabía muy bien qué decir, aunque lo que sí sabía ya, era que tarde o temprano aquello que le acababa de contar María iba a ocurrir.

—¿De cuánto estás? ¿Cuántas faltas has tenido?

—Sólo llevo dos faltas, quizá todavía esté a tiempo.

—¿A tiempo de qué, María? ¿Qué es lo que tienes pensado?

María empezó a sentirse un poco incómoda con el asunto y comenzó a andar de un lado a otro nerviosamente.

—He pensado reunir como sea el dinero suficiente, e ir al practicante del pueblo de al lado. Ya sabes, dicen que practica abortos sin más miramientos y que nadie nunca se entera de lo que allí sucede.

Eugenia se quedó boquiabierta ante aquellas palabras y decidió quitarle aquella absurda idea de la cabeza a su cuñada.

—No, María, no se te ocurrirá hacer eso. Sabes muy bien que muchas mujeres que acuden al matasanos ese, vuelven desangradas o cosas peores, es una carnicería y tú lo sabes. Además, ¿de dónde ibas a sacar el dinero?

—Lo tengo todo pensado. Sé que Esteban guarda unos pequeños ahorros en una caja entre los libros de la biblioteca y sólo los tiene por si acaso, cuando vuelva a mirar esa caja habrá pasado ya mucho tiempo.

—¡Dios mío! Lo que hay que oír. ¿Prefieres robar el dinero a don Esteban antes que decirle que el hijo es suyo? Cuéntaselo y que se haga cargo del niño, al fin y al cabo es su padre.

—No lo entiendes, Euge. Yo quiero a Esteban y pienso que él a mí también. Pero de puertas para afuera yo sólo seré su niñera y su amante, no sé si él me reconocería como la madre de su hijo o, en cambio, me despediría con viento fresco deshaciéndose de mí y a la vez de la criatura que llevo en mis entrañas.

Eugenia miró compasivamente a María, ella se merecía mucho más que eso.

—Ya sé lo que vas a hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le vas a decir a Esteban lo mismo que me has dicho a mí. Yo sé que te quiere de verdad y te mantendrá a su lado, a ti y al niño cuando nazca. Y si no lo hace, María, es que no te merece, pero sé que le importas mucho más que su prestigio o reputación.

María abrazó a su amiga, siempre conseguía levantarle los ánimos.

—Gracias, Euge. Eres una buena amiga. Está bien, hablaré con él, pero si no atiende a razones volveré a pensar en lo que tenía planeado.

En aquel momento les interrumpieron Concha y Josefa que volvían a casa y acababan de entrar en la estancia. Josefa también vivía ahora con ellos, ese mismo verano se desató un incendio en su casa que la destruyó casi totalmente. Un despiste había sido la causa, Josefa no había apagado bien las cenizas de la hoguera después de haber estado cocinando un caldo y se había marchado a lavar la ropa al río. Cuando volvió, Concha y otros vecinos ya estaban intentando apagar el fuego con calderos de agua de la fuente, pero aun así, la casa quedó prácticamente en ruinas y totalmente inhabitable. En realidad Josefa ya vivía allí sola: sus dos hijos mayores se habían trasladado a la casa de campo de los Ordóñez por deseo expreso de éstos, para poder trabajar en los trigales más tiempo al estar más cerca del campo, ya que eran excelentes campesinos y ahora había muchos menos puesto que la gripe se llevó a muchos consigo; Eusebio y Pablo ya se habían casado; Federico seguía en Zaragoza, parecía tener dotes para el ejército y al terminar el servicio militar le habían ofrecido seguir con la carrera; y María trabajaba en casa de don Esteban, así que en realidad Josefa se sentía muy sola ya en aquella casa y después del incendio aceptó de buen grado irse a vivir con sus cuñados, su hijo y su nuera.

Concha y Josefa encontraron a sus hijas abrazadas y se miraron la una a la otra sin saber qué pasaba.

Josefa habló la primera.

—¿Qué os pasa?

Concha se sumó a la conversación.

—¿Celebrabais algo en nuestra ausencia?

María dirigió una mirada de complicidad a Eugenia y después se volvió para mirarlas a ellas, y les dijo:

—¡Eugenia está embarazada! ¡Vais a ser abuelas! ¡No es maravilloso!

Se acercaron las dos a Eugenia para felicitarla y entre besos y abrazos pasaron la tarde haciendo planes para el futuro.

Unas horas más tarde, Eugenia sujetaba las ásperas manos de su esposo entre las suyas sentada sobre las piernas de él, mientras Pablo, sentado en una silla al lado de la puerta de casa y sosteniéndola a ella en su regazo, observaba admirado el bonito reflejo de la luna llena.

—Pablo, algo muy importante te tengo que decir.

—Sí, Euge, ya supongo, si no, no me habrías hecho salir a estas horas a la calle, aunque también te diré que te sienta muy bien la luz de la noche.

—¡Qué palabras tan bonitas, Pablo! Seguramente hablas así porque vas a ser padre.

Pablo miró exaltado a su esposa.

—¿Quieres decir que…? ¿Que…?

—Sí, eso quiero decir. Estoy embarazada, llevo ya tres faltas.

—¡Dios mío! ¡Gracias, Señor! Me haces el hombre más feliz del mundo.

—Y tú a mí, Pablo, y tú a mí.

Se besaron con ternura y un rato después se fueron a dormir.

Esa misma noche, cuando Esteban visitó la habitación de María, ella no le dejó entrar, había cerrado la puerta con cerrojo porque pensaba que no estaba preparada para hablar con él todavía, y esa noche no iba a ser otra vez víctima de sus pasiones, al menos hasta que pudiera aclarar todo el asunto. Esteban apenas pudo conciliar el sueño, no sabía por qué María no quería estar con él, él la amaba y la deseaba con anhelo, ¿es que había dejado de quererle acaso? No lo podía entender y tampoco quería hacerlo porque la necesitaba como nunca ni siquiera él hubiera imaginado.

Al día siguiente, María se levantó temprano, con las primeras luces del alba, se vistió con su uniforme y su cofia y se dirigió sin dubitación alguna a la alcoba de Esteban. Llamó a la puerta y Esteban salió, todavía sin peinar y un poco ojeroso.

—Buenos días, María. ¿A qué se debe esta intromisión? ¿Has visto qué hora es? Ayer me acerqué a tu habitación… Y me impediste la entrada.

—Lo sé, Esteban, estaba muy cansada, discúlpame. Arréglate un poco y después te espero en el comedor dentro de media hora. Desayunaremos allí juntos, hasta ahora.

María apresuró el paso y bajó las escaleras tan rápido como pudo y una vez lejos del alcance de la vista de Esteban se fue a la cocina a preparar el desayuno. Esteban, totalmente sorprendido, se arregló decentemente y bajó al comedor como le había mandado María.

—Siéntate, Esteban, lo que tengo que decirte es mejor que lo oigas sentado.

Esteban se sentó y sin dejarle María mediar palabra, le dijo:

—Estoy embarazada. Si no quieres hacerte cargo necesito dinero para abortar y no te daré problemas.

Esteban, sobresaltado, le contestó:

—¿Embarazada? Pero creía que teníamos cuidado en esos días.

—Y por supuesto que hemos tenido cuidado, pero con la naturaleza nunca se sabe y deberías saberlo. Así que estoy embarazada y punto, es lo que hay.

—Bien, pensaré en esto detenidamente.

Dicho esto Esteban salió con premura de la casa y aunque María fue detrás en su busca sólo vio cómo se alejaba.

María pasó la mayor parte del día con Visitación pero pensando continuamente en Esteban y cuando por fin acostó a la niña notó el roce de un brazo sobre su hombro, era Esteban, había vuelto y sonreía

a su vez; salieron juntos de la habitación de los niños.

—María, he estado pensando en ti —tocó con suavidad su vientre y le miró fijamente a los ojos—, también he pensado en este niño que llevas dentro y que es tanto tuyo como mío.

—Esteban…

—S s… Voy a querer a esta criatura tanto o más que a su madre, que si ahora acepta va a ser mi esposa.

—Esteban, ¿me estás diciendo que…?

—Sí, te lo estoy pidiendo, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Oh, Esteban! Por supuesto que sí, pero la gente hablará y tu reputación…

—Si quieren hablar que hablen, tú y mis hijos son lo único que me importa ahora.

—¡Te quiero Esteban, te quiero! Nada me haría más feliz que ser tu mujer.

—Y a mí que lo seas, yo también te amo, sabes que siempre lo he hecho.

María besó a Esteban con lágrimas en los ojos sin darse cuenta que todo aquello complicaba demasiado la tranquila vida de Esteban.

25

María caminaba alegremente cogida del brazo de Esteban. Se dirigían a la iglesia para hablar con el sacerdote de su esperada boda. María se sentía feliz puesto que Esteban le había contado que el sacerdote les casaría, pero antes debería preparar unos papeles. María todavía era un poco inocente en ciertos temas y dos semanas antes cuando Esteban fue solo a hablar con el cura, no fue precisamente eso lo que éste le había propuesto.

Esteban se había enamorado realmente de María, era una mujer bella y hermosa y a pesar de la diferencia de edad, la sencillez de sus palabras y su vital juventud le habían devuelto la pasión por la vida. Sabía que todo aquello era una locura, pero la amaba y no iba a renunciar a ella.

Cuando supo que estaba embarazada, primero sintió que la ira se apoderaba de él, pero después decidió hacerle frente y seguir al lado de María pasara lo que pasara. Al día siguiente se fue a ver al sacerdote y le explicó toda la situación en la que se encontraba y el sacerdote le dijo amigablemente que si el hijo de María de verdad era suyo, él no podía bendecir una unión que había cometido ya semejante pecado y a lo mejor con una compensación económica por su parte, sería suficiente para mantenerlo. Esteban, asombrado, le pidió al sacerdote que recapacitara sobre el asunto. Se fue desilusionado, sabía muy bien que aquella propuesta era la más inteligente y por la que muchos señores optaban en esos casos para evitar el escándalo y seguir manteniendo su reputación. Pero Esteban no estaba dispuesto a eso, lucharía por esa mujer.

Ahora, dos semanas después, iban juntos a la iglesia, el empeño de María en acompañarle había frustrado todos sus planes puesto que no había sido capaz de transmitirle las verdaderas palabras del sacerdote y en ese momento no sabía bien cómo reaccionaría María.

Cuando entraron, se sentaron en un banco de madera después de santiguarse y saludar al sacerdote.

—Bien, don Esteban, le he mandado llamar porque usted me pidió recapacitar y así lo he hecho.

El sacerdote miró a María que le pareció verla entrar con una gran sonrisa y el rostro ahora serio le había cambiado en su totalidad.

—Padre, se lo agradezco, usted sabe que somos buenos cristianos y a María la conoce desde niña.

El sacerdote clavó en Esteban una mirada de desprecio.

—Pero ¿cómo puede usted hablarme de ese modo? No se olvide

que estamos en la casa de Nuestro Señor Jesucristo.

—Perdone, padre…

—Ustedes han cometido un grave pecado y si he recapacitado sobre mi decisión es porque el Señor me ha otorgado poner en el buen camino a ovejas descarriadas como ustedes, y sobre todo porque ese pequeño necesitará la protección de Dios cuando nazca.

Esteban sabía de sobra que en realidad el sacerdote no quería que el escándalo llegara a su parroquia y por ello habría recapacitado sobre el tema.

—Bien, lo que les voy a ofrecer es la mejor situación para los dos. Les casaré mañana mismo si quieren, pero sólo los testigos, los padrinos y yo presenciaremos el acto.

—Estamos conformes, padre. —Se atrevió a decir María que ya había olvidado la conversación que Esteban le había ocultado.

El sacerdote prosiguió:

—Pero también debo pedirles algo.

Esteban y María esperaron expectantes oír las palabras del sacerdote.

—Creo que lo mejor para su hija Visitación sería llevarla a un internado, es todavía una niña y esta nueva situación no sería fácil para ella. Y también espero gratamente que su hijo ingrese en el internado de chicos y luego más adelante curse los estudios para seminarista. Ustedes, lo más conveniente sería que pidiera usted, Esteban, la plaza de maestro en otro lugar que no les conozcan y puedan vivir como cualquier otro matrimonio.

Esteban, con el rostro enrojecido por la ira, le contestó:

—Pero ¡esto es impensable! Quiere meter a mi hijo cura. ¿Pero por qué? Él no tiene la culpa de que yo…

—Esteban —intervino María—, déjalo, quizá el sacerdote nos está ofreciendo un futuro mejor así. ¿Verdad, padre?

—Por supuesto, María, créanme que es lo mejor para ustedes y no se preocupen por el viaje, pueden esperar para después del parto y cuando usted ya se haya repuesto.

Cuando se marcharon, el sacerdote se arrodilló ante el altar para rezar ante aquellas almas pecadoras, pero en las que no veía malicia alguna.

26

Aquel día de primeros de abril de 1920, había amanecido bastante nuboso, las primeras gotas de lluvia mojaban ya los rojizos tejados de Lastilla y una pequeña brisa primaveral entraba a través de las ventanas de tosca madera de la casa de Pablo y Eugenia. Ella se encontraba sentada sobre una mecedora y rodeando a la vez con sus brazos el delicado y frágil cuerpo de su bebé.

Le miraba con gran ternura y se sentía dichosa de tener ahora consigo a su preciosa niña. La pequeña Gloria tomaba el pecho de su madre mientras ésta le miraba con dulzura. Eugenia había dado a luz a su primera hija en marzo, hacía tan solo unos días, y Pablo estaba enormemente contento de su paternidad y también de que todo hubiera ido bien.

Su hermana María estaba allí con Eugenia y cuando ésta terminó de darle el pecho, le dijo a María que cogiera un rato a su sobrina.

—Venga, María, ¡alégrate!, tendrás a tu sobrina siempre que quieras. Ahora que sabes tanto de letras, le podrás enseñar de mayor…

Eugenia no sabía ya cómo llenar el vacío que sentía María, sabía el esfuerzo que había hecho para ir a verlas, pero aun así, la seguía viendo demasiado triste.

—Sí, pero tú sabes que ya no puede ser lo mismo, Euge.

—Lo sé, lo sé, pero la vida sigue y tú con ella. Tarde o temprano tendrás que olvidar.

—Sí, pero hay cosas difíciles de olvidar.

Las dos se quedaron calladas durante mucho rato, María había sufrido demasiado. Al final cuando el cura les había propuesto aquello a ella y Esteban acabaron aceptando. Visitación y su hermano fueron enviados a distintos internados en Valladolid. Esteban y María se quedaron en Lastilla ya casados, hasta que el bebé naciera, pero en el sexto mes de embarazo, un día María empezó a sangrar, el médico hizo todo lo que pudo pero el feto nació muerto y María ya no podría tener más hijos. Ella estuvo muy débil pero finalmente se recuperó, aunque la alegría contagiosa que tenía por naturaleza se extinguió por completo. Después de aquello, Esteban y ella se fueron del pueblo a Valladolid, Esteban había conseguido allí una plaza de maestro para poder tener cerca a sus hijos y esperar un día ver borrar la tristeza del rostro de María.

Un rato después, Concha y Josefa entraron en la casa y con una mirada de complicidad entre ellas, Concha se dirigió a María.

—¿Has ido a ver a Eusebio?

Josefa a su vez le dijo:

—Tu hermano Eusebio y Palmira tuvieron un niño grandísimo que se llama Martín. ¡Si les ha salido ya criado!

Josefa hizo que se rieran con aquel comentario, todas menos María.

—Bien, madre, mañana me pasaré a verle.

Concha le dijo:

—Mira, hija, sabemos por lo que estás pasando, pero seguro que vas a ser una tía muy solicitada.

María hizo un gesto de asentimiento a su tía.

Pablo y Alfredo llegaron más tarde, ahora Alfredo sólo ayudaba a Pablo a recoger las ovejas en el cobertizo, aquel invierno las nevadas habían hecho que Alfredo lastimara sus pulmones y ya no subía al monte, y ahora Pablo era el único que llevaba el rebaño del señor Ordóñez. Cenaron todos juntos un caldo con poca sustancia y un poco de pan y después se fueron a descansar.

SEGUNDA PARTE

LASTILLA (1929—1943)

27

Los tonos dorados que habitualmente inundaban las fachadas de las casas de piedra y adobe de Lastilla, se habían convertido ahora en un bello paisaje invernal, donde el blanco predominaba siempre sobre cualquier otra tonalidad anterior.

La primera nevada de aquel frío invierno acababa de dejar a su paso un fino manto de nieve sobre los bellos caminos rojizos que delataban al pueblo.

Concha se encontraba ahora sentada en el regazo de la cama de su hija, junto a ella, la observaba con una mirada totalmente fraternal, igual que cuando era una niña también la cuidaba ahora, su cuarto parto había dejado a Eugenia muy débil y Concha se pasaba día y noche pendiente de Eugenia y de su nieta Benita.

Eugenia había dado a luz a Benita el 8 de noviembre de 1929. Habían pasado ya más de nueve años desde su primer embarazo pero éste, sin duda, había sido el peor de todos ellos. Las recomendaciones del médico de mantener el máximo reposo, no había podido cumplirlas, Eugenia tuvo que seguir lavando en el río y planchando la ropa del sacerdote y del propio médico porque Concha estaba ya mayor para encargarse de todo y Eugenia prefirió seguir haciéndolo ella y, además, no podía dejarlo dado que ahora eran muchas más bocas que alimentar y haber dejado aquellos trabajos habría sido todo un lujo que no podía permitirse.

Ahora, con su hija Benita acurrucada en su regazo, ya no recordaba el doloroso parto que había sufrido el día anterior. Rompió aguas cuando planchaba e instantáneamente la pesada plancha de metal cayó al suelo emitiendo a su vez un gran estruendo. El parto fue difícil pero finalmente todo salió bien. Benita tenía carita de ángel o eso era lo que Eugenia pensaba.

Pablo y Eugenia eran ahora padres de cuatro niñas, tres años después de Gloria había llegado la traviesa Milagros y cuatro años después había venido al mundo la encantadora Amparo y ahora la angelical Benita era otro regalo que Dios les había dado.

Se sentían dichosos de tener cuatro niñas maravillosas y haber sido padres de nuevo.

—¿Se puede?

—¡Oh, Pablo! Amor mío, no hace falta que preguntes eso.

—Bueno, ya, ¿cómo está mi pequeña?

Concha se marchó discretamente para que hablaran en intimidad.

—Está muy bien, Pablo, mira qué rica es, cógela un rato.

Pablo alzó a su hija en brazos y miró a su esposa.

—Y tú, Euge. ¿Cómo estás?

—Estoy mejor, en unos días el doctor dice que ya estaré repuesta totalmente.

—Me alegra oír eso, Eugenia.

Besó a su mujer en la frente y se quedó pensativo. Sus hijas eran su mayor alegría, aunque a decir verdad hubiera preferido niños, pero de todos modos estaba encantado con ellas. Ahora llevaba él solo el rebaño, porque Alfredo ya ni siquiera tenía fuerzas para ayudarle a meter las ovejas en el cobertizo, como aún había podido hacer hasta hacía bien poco. Aparte de eso, había aprendido a cazar perdices con la técnica del lazo mientras las ovejas pastaban y luego les vendía las perdices a los señores, ahora cualquier pequeña ayuda venía bien para asegurar el sustento de su familia. También había comenzado a coser alpargatas y confeccionar sogas para después venderlo todo al igual que hacía con las perdices.

Eugenia por su parte cada día se afanaba más en sus laboriosos trabajos, por un lado tenía las ropas del médico y el cura y por otro atender la casa y a sus niñas. Era muy feliz al lado de Pablo y de sus hijas, pero el trabajo tan duro que tenía que desempeñar un día tras otro la había convertido en una mujer con un carácter mucho más serio y menos sensible de lo que había sido ella siempre y durante los idílicos años de recién casados. Quería muchísimo a Pablo, al igual que él a ella, pero ahora las mutuas responsabilidades de la carga familiar les solían dejar agotados al final del día.

Al día siguiente, Eusebio y Palmira, con su hijo mayor Martín y el menor, Teodoro, que contaba ahora con tres años de edad, habían ido a visitarles para conocer a la nueva integrante de la familia.

Después de un rato Martín se fue a jugar con sus primas y Eusebio, Palmira y el pequeño se fueron también, Palmira debía atender las tareas y su marido debía volver al cuidado de los burros.

Eugenia echó de menos durante bastante tiempo, incluso años, a su querida amiga María; su tía Josefa e incluso Concha no pudieron sustituirla, pero Palmira de algún modo pudo llenar un poquito el vacío que le había dejado María, solían tejer juntas y hablaban de vez en cuando.

Aun así, María intentaba ver a sus sobrinas siempre que podía y Eugenia se alegraba muchísimo al volver a verla.

En Valladolid, Esteban se había convertido en un maestro de prestigio, daba clases en la Escuela Normal a futuros profesores y en sus mensajes de aprendizaje siempre incluía algún contexto referente a la libertad. Quizás Lastilla todavía vivía inmersa en los viejos tiempos, pero Valladolid era una ciudad llena de novedosas y grandes ideas.

Había conocido a grandes personas que le habían transmitido

aquellos valores por los que ahora luchaba, allí les llamaban los intelectuales.

Él tan solo era un maestro como tantos otros allí, mirando un poco por intentar mejorar algo la vida obrera y de los campesinos.

Amaba a María más incluso de lo que él creía imaginar. A su mujer le había sobrado valor para improvisar ella sola y en su propia casa una escuela para adultos, ella creía que al igual que ella tuvo aquella oportunidad de poder aprender, podía enseñar a leer y escribir a gente pobre. Al principio no iba nadie a sus clases pero ella insistió, y ahora enseñaba clandestinamente en su hogar a cinco mujeres, para María era todo un logro.

Federico y María se carteaban asiduamente, no compartían las mismas ideas, pero eran hermanos y siempre se habían llevado bien. Federico había ascendido en los últimos años a la categoría de brigada en el ejército y a Esteban no le entusiasmaba demasiado que su cuñado fuera un cargo militar.

Esteban y María llegaron aquella tarde a Lastilla para conocer a su sobrina.

María entró rápidamente en la habitación de Eugenia y le dio un fuerte abrazo.

—¿Qué nombre le has puesto? —le dijo María.

—Benita.

—Me gusta, será una buena chica.

Después de un rato de alboroto, Eugenia se quedó a solas con su cuñada.

—María, ¿aún sigues con lo de…? —bajó la voz—. ¿Tu escuela…?

—Por supuesto que sí. Otra cosa sería si mucha gente supiera contar, así los señores no se aprovecharían de su ignorancia para engañarles con los cuartos.

Eugenia frunció el ceño.

—Bueno, ni yo ni tu hermano sabemos y nunca nos han engañado.

—Sí, pero aquí en el pueblo os pagan con fanegas de trigo, pero en la ciudad es distinto, allí sí que se maneja el dinero. Si tú quisieras podría enseñarte cuando vengo.

—Por favor, María, tengo cuatro hijas y una familia que atender, no me queda tiempo para eso.

—Es verdad, Euge, lo sé, perdona.

Eugenia le dirigió una mirada penetrante.

—María, yo sólo quiero que no te metas en líos. Aquí llegan pocas noticias, pero han oído en la tasca que hablan sobre nuevos tiempos.

María cogió las manos de su cuñada.

—Eugenia, tranquila, no va a pasar nada. Dentro de poco estaré con vosotras de nuevo.

Aquel día todos se fueron a descansar y unos días más tarde

Esteban guiaba la carreta con María a su lado camino de vuelta a Valladolid.

María miró de reojo a su marido y le dijo:

—Esteban, cariño, sé que antes de venir estuviste hablando con los maestros de la universidad. ¿Qué es lo que llevas entre manos?

—Nada que debas saber.

—Pero…

—Ni pero ni nada. Es mejor que no te lo cuente, es sólo por tu bien y el de mis hijos.

—Soy tu mujer y tengo derecho a saberlo.

Esteban frenó el burro y paró la carreta de repente.

—María, os quiero mucho a los tres y prefiero manteneros al margen de algunos asuntos, sólo es eso, prudencia, es sólo prudencia. Además, debes tener sumo cuidado con hablar por ahí de tu escuela.

—Pero mi prima es de total confianza.

—Lo sé, pero por si acaso.

Esteban volvió a coger las riendas y reemprendieron su camino.

28

Esteban, inmerso totalmente en sus pensamientos, escribía un pequeño artículo para un periódico vallisoletano con el que colaboraba desde hacía algún tiempo, su fluidez de palabras y sus ideas liberales hacían que todos sus artículos llegaran a todos aquellos hogares que compartían ideología con él. El cielo de un intenso azul oscuro daba la llegada a la medianoche de aquel helador mes de febrero de 1931 en que el devastador frío de aquella ciudad calaba hasta lo más hondo de los huesos.

Esteban, absorto en sus frases, no percibió la presencia de María justo a sus espaldas.

—"Las altas clases sociales llevan durante muchos siglos ya explotando a la clase obrera. Los campesinos tienen derecho…"

Esteban se volvió de repente.

—María, ¿qué haces levantada? Acuéstate, mi amor, yo enseguida acabo y me voy a la cama.

María cogió una silla y se acercó más a Esteban para poder ver mejor su rostro, después se sentó a su lado y le habló dulcemente.

—Cariño, tengo como un pálpito, creo que se avecinan tiempos mejores y que esos artículos que tantos quebraderos de cabeza te dan, pronto serán una señal inequívoca de que se acerca nuestra ansiada libertad de expresión y la igualdad de oportunidades que nos llevará a conseguir un futuro próspero por fin para todos nosotros.

Esteban enarcó las cejas y miró a su esposa.

—Ojalá tengas razón, pero sabes que hay que ser cautelosos, también mucha gente piensa lo contrario a nosotros…

—Ya, pero quizá los burgueses no sean tantos como imaginamos.

—De todas formas, María, también hay mucha gente que tiene miedo en España.

—Bueno, es verdad, Esteban. Ahí tienes mi familia, por ejemplo, viven ajenos a todo esto y además por desgracia para ellos son analfabetos, excepto Federico, claro. Nunca te sabré agradecer lo suficiente el mundo que abriste ante mis ojos, aprender a leer y a escribir fue todo un descubrimiento para mí.

Esteban sonrió y se acercó a María cogiéndole ambas manos.

—¿Sólo te enseñé eso? ¿Una buena educación?

—¡Anda, no seas estúpido! Tú me enseñaste el amor y eso es lo mejor de mi vida.

Esteban silenció las palabras de su esposa con un apasionado beso sobre sus suaves labios.

—Bueno, ahora échate a dormir, enseguida iré yo.

María caminó descalza para tumbarse sobre el colchón y arroparse con la gruesa manta de lana que tanto les abrigaba.

—¡María!

—Dime, Esteban.

—Me gusta verte animada, cada vez que volvemos de Lastilla la tristeza te supera, pero esta vez te veo mucho más contenta.

María miró hacia el techo de la habitación como rogándole a Dios y después volvió la vista hacia Esteban.

—Ya sabes que los caminos del Señor son inescrutables y quizá el mío no era ser madre. Tengo treinta y dos años, un marido estupendo y unos niños que aunque no sean propios los quiero como si lo fueran. ¿Qué más puedo pedir? Sólo puedo dar gracias a Dios por lo que ahora tengo.

—María, cada día me sorprendes más. ¡Ven aquí, mujer!

Aquella noche les envolvió el deseo y Esteban ya no retomó sus textos.

Al día siguiente Esteban se levantó temprano para acabar el artículo y después se quedó allí sentado mirando a María que aún no había despertado. Aquella mujer excepcional le dejaba perplejo un día tras otro. Lo había pasado francamente mal, hacía ya tantos años, cuando aquel aborto que sufrió terminó con su maternidad para siempre. Sin embargo, Esteban todavía admiraba el valor de María para reponerse poco a poco, el coraje que tuvo huyendo de los chismorreos para aferrarse a él, y el duro partir de Lastilla despidiéndose de su familia a la vez que tenían las miradas inquisidoras de la gente del pueblo clavadas sobre sus espaldas. Pero cada vez que María volvía a Lastilla, el pasado volvía a su mente como un torbellino y después ya en Valladolid la melancolía volvía a adueñarse de ella. Pero esta vez había sido diferente, habían viajado a Lastilla por el nacimiento de Rogelio, Eugenia y Pablo habían sido padres ya por quinta vez, y en esta ocasión María había vuelto animada a Valladolid y Esteban la miraba ahora contento por ello.

Un rato después María se había levantado y desayunaba con Esteban. Cuando Esteban se marchó a la escuela, María se quedó esperando impaciente a sus luchadoras alumnas.

Aquel día les repartió unas hojas de papel escritas de su puño y letra con reivindicaciones parecidas a las de su esposo y de las que éste no sabía nada. Seguramente Esteban no lo habría aprobado, porque ya advertía a María que esa escuela que había montado en casa podía ser peligrosa para ella, así que decidió que no le contaría lo de aquellos papeles.

Eugenia andaba de un lado para otro poniendo las cacerolas de

barro de cocina por todas las estancias de la casa mientras Concha acunaba, ya torpemente, a su nieto Rogelio recién llegado al mundo.

En ese momento Josefa tiró al suelo el botijo de agua que llevaba después de ver las cacerolas dispuestas por toda la casa, había ido a la fuente que había junto a la majestuosa encina a coger agua para la cena, cuando el cielo se entornó gris y comenzó a llover.

—¡Señor! ¿Pero esto qué es?

Eugenia respondió a Josefa.

—Goteras, tía, son goteras por toda la casa y como siga lloviendo así, saldremos de aquí en barca por lo menos, se lo aseguro.

Para las niñas fue una diversión lo que para su madre y sus abuelas fue una actividad total, y un rato después cuando ya todos se habían acostado, Eugenia le explicaba lo ocurrido a Pablo.

—Tienes que hablar con el señor Ordóñez, nos cambiamos de casa porque éramos ya demasiados, pero le pagas por el alquiler más que antes y no consiento que hayan salido todas esas goteras.

—Euge, cariño, mira, no te pongas así. Mañana tu padre me ayuda a subir al tejado y a arreglar las tejas que estén mal y asunto zanjado.

Eugenia enfurecía por momentos.

—¿Mi padre? ¡Pero si ya casi no puede caminar! ¡Qué insensatez es esa!

—Bueno, está bien, tienes razón. Ya lo arreglaré yo solo.

—¿Tú solo? Pero es que, ¿quieres dejarme viuda con cinco niños a mi cargo?

Pablo se acercó un poco a Eugenia.

—Venga, no te pongas así, ya me ayudará Eusebio.

—Bien, que te ayude, pero lo que tendrías que hacer es pedirle más salario al señor. La familia crece y con sesenta fanegas de trigo no nos llega ni para echar algo con sustancia al puchero.

Pablo se levantó de la silla de un salto.

—¡Basta ya, Eugenia! ¡Deberías estar contenta con el nacimiento de Rogelio! ¡Y no reprendiéndome a mí! ¿Qué es lo que quieres? Hacer como mi hermana y su marido, esos no tienen más que pájaros en la cabeza y mucho me temo que en los tiempos que corren es mejor oír y callar, ojalá me equivoque y esto cambie, pero el sustento de tus hijos depende de seguir con buenos modales hacia el señor Ordóñez o de lo contrario seguro que encuentra algún otro pastor por la zona. ¿Es eso lo que quieres?

—Perdona, Pablo, claro que no, no tenía que haberte hablado de ese modo.

—Está bien, estoy cansado, me voy a la cama.

Pablo pasó por delante de Eugenia sin ni siquiera acercarse y cuando Eugenia se quedó sola, lloró desconsoladamente. Había logrado enfurecer de veras a su marido, y Pablo no solía enfadarse de

aquel modo, pero Eugenia, a sus treinta y un años, se sentía a veces agotada y anhelaba incluso el poder haber tenido algo más que no fuera la miseria y el hambre que veía y vivía cada día, por eso aquella noche habló a su marido de aquellas formas cuando en realidad tendría que alabar su dura profesión de pastor y el sacrificio que Pablo hacía por ellos todos los días.

29

Las estrechas calles de Valladolid brillaban con un esplendoroso sol que, por fin, hacía justicia. Los nubarrones de días anteriores daban paso a la resplandeciente luz que iluminaba ahora aquella bonita ciudad, con una gran historia en su camino y rebosante de cultura por todos los rincones.

En la escuela donde daba clase Esteban, se había reunido él en uno de los despachos con otros dos maestros y sus respectivas esposas. También María les acompañaba junto con otras dos mujeres y sus maridos, que trabajaban en la fábrica de telares, y ellas se sentían casi en deuda con María agradeciéndole sus clases a cambio de nada y sobre todo a poder pensar por sí mismas.

Aquel 14 de abril de 1931 aconteció algo histórico y aquel día para todos ellos significaba un logro muy importante y esperado durante mucho tiempo y con los años, ese gran día seguiría vivo en su memoria. Se acababa de proclamar la II República en España, y Esteban junto con María y todos sus camaradas allí presentes lo festejaban bebiendo vino y brindando por los nuevos tiempos. A su vez el júbilo y la alegría habían llenado de gente las calles vallisoletanas y por encima de sus cabezas cientos de banderas ondeaban con el viento; un viento que esperaban que por fin les fuera favorable.

Esteban alzó la copa de vino.

—¡Compañeros, brindemos por la República!

María a su vez levantó su copa y dijo:

—¡Viva la República, camaradas!

Los demás dijeron al unísono.

—¡Viva!

Y María junto con su esposo y mirándose mutuamente gritaron a la vez.

—¡Libertad! ¡Libertad!

Unas cuantas horas más tarde, María se encontraba recostada sobre el fornido pecho de Esteban en el viejo colchón de lana de la pequeña alcoba y, a un lado, en la mesita de noche, había una botella de vino vacía junto a dos vasos, ya desgastados por el continuo uso. Después de la celebración y demasiado contentos tanto por la esperada noticia al igual que por el buen vino, al llegar a casa, fundieron sus cuerpos para hacer el amor apasionadamente como hacía años que ya no recordaban.

María miraba a Esteban, que parecía pensativo.

—¿Qué te ocurre cariño? ¿Es que no hemos conseguido lo que queríamos? Deberías estar animado. Además, hoy me encuentro… Verdaderamente unida a ti, amor mío…

Esteban volvió la cabeza para dejar a María a un lado y quedarse frente a ella.

—María…, pues claro que estoy animado, más que nunca. Lo que hoy tenemos gracias al voto de todo el pueblo hubiera sido algo impensable en otro momento, por lo cual me siento totalmente orgulloso de que así sea. Y respecto a ti, ya sabes que me devuelves la alegría desde hace muchos años y… —dejó soltar una carcajada—, bueno, cariño, me ha sorprendido la fogosidad con la que te has entregado a mí hoy…

—Calla, hombre, que me vas a sacar los colores…

Esteban la besó y se quedó mirándola pensando en la chiquilla ingenua de la que se enamoró perdidamente en Lastilla y la gran mujer que tenía ahora ante sus ojos. Ella todavía estaba en plena juventud, mientras que él se iba haciendo mayor dada la diferencia de edad que le llevaba.

María volvió a indagar en los pensamientos de Esteban.

—Cariño, sé qué te pasa algo, te conozco muy bien y me lo vas a contar.

—Está bien, es que desde que mis hijos salieron de Valladolid me preocupa que se encuentren bien.

—Bueno, pero en las cartas nos dicen que están perfectamente…

—Sí, pero a veces pienso que están a un mundo de aquí.

Esteban denotaba una mirada melancólica.

—Por favor, Esteban, seguramente están mejor donde están. Tu hijo en el seminario con el pan asegurado y Visi en el colegio francés de señoritas. ¿Qué más quieres? Ellos están bien, ya no les vemos tanto como antes, pero también se van haciendo mayores y elegirán su propio camino al igual que hicimos nosotros.

Esteban abrazó a María.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque siempre sabes reconfortarme y a veces olvido que tú también sufres la lejanía de los tuyos.

—Es verdad, pero los hijos son la propia familia y se les añora más.

—Tienes razón, cariño, pero vamos a dejar este tema que hoy es un día de alegría y no de nostalgia.

Se besaron y abrazaron de nuevo, para después seguir haciendo planes para el esperanzador futuro que les aguardaba.

Aquella misma tarde en Lastilla, Eugenia estaba tejiendo en una de las habitaciones de su casa junto con Josefa, mientras, Concha mecía a

Rogelio en la pequeña cuna de madera.

Josefa hablaba a la vez que sacaba el hilo de la madeja de lana.

—Mi hija María seguro que está celebrando toda esta historia con su marido, a lo mejor creen que cambiarán así las cosas.

Eugenia salió a echar un vistazo a sus niñas que jugaban alrededor de la casa y volvió a entrar dentro, intentando hacer oídos sordos a lo que su tía decía.

—Aquí las cosas no cambian. Durante siglos hemos vivido para los señores y seguro que así seguirá siendo.

Eugenia no pudo aguantar más y saltó.

—Basta ya, tía. Yo no sé si los republicanos estos extinguirán la miseria con que nacimos, pero si consiguen algo más de lo que ahora tenemos, pues bienvenido sea.

Concha, sobresaltada, miró a su hija frunciendo el ceño.

—Eugenia, no te permito que hables de ese modo a tu tía, debes guardarle un respeto.

Eugenia, enfurecida, contestó:

—Tía, perdone, yo le tengo muchísimo respeto. Pero mi prima María es además una gran amiga y lucha junto a su marido para que un día nosotras vivamos mucho mejor que ahora.

Josefa volvió a decir.

—Pero, Eugenia, hija, ni tu madre ni yo veremos tiempos mejores, a lo mejor ni siquiera tú o Pablo los llegáis a ver.

—Pero, tía, yo no justifico a María, nunca he aceptado el escándalo que provocó en el pueblo cuando se casó con Esteban, ni siquiera sus opiniones liberales, pero si a partir de hoy aquello por lo que ha luchado mi prima sirve para mejorar el futuro que así sea.

Concha interrumpió entonces a su hija.

—El futuro, nuestro futuro es trabajar de sol a sol e ingeniárnoslas para llevar algo al puchero.

Eugenia dejó sobre la silla sus labores y contestó a su madre y también a su tía.

—Sigan pensando así, pero yo no quiero esta miseria para ellos. Su nieto y sus cuatro nietas quizás un día se beneficien de todo esto. Y ahora voy a ver a mis niñas.

Eugenia cogió a Rogelio de la cuna, para llevárselo consigo a ver a sus hermanas.

30

Los años iban pasando pausadamente para las humildes gentes que poblaban Lastilla. En sus tranquilas vidas no había habido grandes cambios, la cotidianidad y la rutina seguían siendo su razón de ser.

Habían pasado ya justamente cinco años desde que se impusiera el gobierno republicano en el país, sin embargo, la República que ahora gobernaba no había diferenciado la forma de vida del pueblo de Lastilla, por lo menos para Eugenia y su familia seguía todo igual que antes: la misma miseria en la que había nacido, el agotador trabajo de todos los días, el alimentar y criar a sus hijos lo mejor que sabía, el ir a oír misa todos los domingos y poco más.

Eugenia pensaba que las ideas que tenía María le valdrían a ella y a Pablo para mejorar el modo en que vivían, pero ahora se había dado cuenta de que estaba equivocada, en un pueblo tan pequeño las cosas no iban a cambiar tan rápido, quizás sí para María cambiaban al vivir ahora en una capital de provincia, pero Eugenia tenía que seguir pensando en el día a día.

Aquel día había amanecido bastante lluvioso, el sol no se dejaba ver en ese típico día del mes de abril. Pablo se encontraba en el monte con el rebaño, si la lluvia no cesaba y se intensificaba más, pondría al ganado a buen recaudo en el cobertizo. Eugenia había ido acompañada de Josefa a lavar al río, y una vez allí charlaba amigablemente con su cuñada Palmira.

—¡Eugenia, Josefa! ¡Tengo noticias de los chicos!

Palmira dejó el cesto de ropa sobre la húmeda hierba y alzó una carta con alegría.

Eugenia se acercó corriendo hacia su cuñada.

—¿Ha escrito Federico?

Palmira movió la cabeza asintiendo.

—Sí, Eugenia, una carta dirigida a Eusebio de su hermano.

Eugenia, emocionada, le dijo a Palmira.

—¿Y ya te la ha leído el sacerdote?

—Claro, ya me he acercado a que me la leyera.

—Bueno, pues no me tengas en ascuas y dime lo que dice.

Palmira cogió las manos de su cuñada con afecto.

—Bueno, en resumen, se encuentran bien. Mi hijo Martín sigue trabajando en la fábrica de zapatos y no le va mal. Y tu hija Gloria dice que se encuentra muy a gusto sirviendo en esa familia, los señores la tratan bien, y Federico sigue igual, en el ejército.

—Ay, Palmira, pues más tranquila me dejas.

Las tres mujeres siguieron con sus tareas mientras Eugenia se quedó pensando en las palabras que hacía tan solo unos instantes había hablado con Palmira. Su niña mayor, Gloria, hacía ya un año que se había ido a servir a una familia de buen nivel social en Zaragoza; su cuñado y primo Federico no tuvo demasiados problemas con su categoría de brigada para encontrarle ese puesto a su sobrina, al igual que había colocado en una fábrica a Martín. Todos pensaban que tendrían mejor futuro en la ciudad que en el pueblo. Pero a veces Eugenia se sentía nostálgica, como le ocurría en este momento, que se acordaba de ver a Gloria cuando todavía era una niña, saltando y riendo junto a sus hermanas y hermano, allí en la orilla del río. A veces también recordaba sus años de juventud allí junto a su amado Pablo y también cuando conversaba largamente con María, ahora ya no la echaba demasiado de menos, ella estaba lejos y se había acostumbrado a su ausencia, además, había encontrado en Palmira una amiga de confianza, quizá no tanto como con María, pero era una buena amistad.

Concha se había quedado en casa acompañando a su marido que llevaba unos días tosiendo y, puesto que padecía de los pulmones, no se atrevía a dejarlo solo, además así cuidaban entre los dos de los pequeños.

Alfredo, a pesar de su mala salud, corría detrás de sus nietos por toda la casa como un chiquillo y todos reían sin cesar. Milagritos tenía ya trece años y pronto se iría a servir al igual que hacía un año había hecho Gloria, Amparo contaba ya con la edad de nueve, Benita con seis años era la más alborotadora y espabilada de todas, incluso más que su hermano Rogelio que a sus cinco años ya hacía más de una travesura.

—Bueno, ya vale que el abuelo se cansa —les dijo Concha a sus nietos.

Benita vio en el rostro de Alfredo una expresión de dolor.

—Abuelo, ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

Alfredo miró a Benita intentando disimular la punzada de dolor que acababa de atenazarle el pecho y le contestó:

—No, hija, no te preocupes, es que tengo ya muchos años y no estoy ya para estos trotes, pero no me pasa nada.

Entonces Concha se dirigió a sus nietos.

—Anda, ¿por qué no os vais un rato fuera a jugar a la calle? Ha dejado de llover, así que venga, salir un poco hasta que venga vuestra madre.

Benita, junto a sus hermanos, obedeció las órdenes de su abuela, a veces era estricta con ellos, pero otras, era totalmente enternecedora.

Cuando ya hubieron salido, Concha ayudó a su marido a sentarse en la raída silla de madera y, muy preocupada, le preguntó:

—¿Dónde te duele?

—No sé, Concha, aquí como en el pecho, no sé… Es como si te clavaran una aguja.

—Espera que te traigo agua, a ver si te alivia.

Concha se acercó con el botijo y lo inclinó ayudando así a que Alfredo bebiera un pequeño sorbo.

—¿Qué tal? Te habrás agotado jugando con los niños. ¡Es que no me haces caso! Ya lo dice el médico, que tu salud está muy débil para cualquier esfuerzo.

—Sí, lo sé. Pero me siento bien alrededor de los niños.

Alfredo seguía con la mano oprimiéndose el pecho cuando empezó a toser y unas flemas sanguinolentas cayeron sobre el empedrado suelo de la estancia.

El rostro de Concha palideció justo al instante en el que Josefa y Palmira entraban con los cestos de ropa en la casa.

Concha se volvió hacia ellas al oírlas entrar y les dijo:

—Alfredo se ha puesto peor. ¡Dios mío! Id alguna a avisar al médico. ¿Dónde está mi hija?

Josefa respondió:

—Se quedó lavando un rato más —se dirigió a Palmira y le dijo—: ves tú a avisarle, Palmira, eres más joven y llegarás antes que yo.

Palmira se fue con celeridad a avisar al doctor sin saber siquiera la gravedad de lo que le ocurría a Alfredo. Mientras, Concha acostó a Alfredo en el usado colchón de lana y a su vez Josefa preparó una palangana con agua y paños para aliviar la fiebre que empezaba a tener Alfredo.

Unos instantes después, la lluvia volvió a caer, pero esta vez con más fuerza, y Eugenia recogió deprisa la ropa y al darse la vuelta se encontró con Pablo.

—¡Ah! Por Dios, Pablo, pero ¡qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí?

Pablo miró dulcemente a su esposa.

—He dejado ya el rebaño en el cobertizo, con el día que hace ya han pastado suficiente. Así que he decidido venir a ver a mi mujer y estar un rato a solas de camino a casa. ¡Que parece que haga una eternidad desde la última vez que estuvimos a solas!

A Eugenia se le dibujó entonces una sonrisa en sus finos labios.

—Tienes razón, hace ya mucho que nuestras preocupaciones no nos dejan pensar en nada más.

—Ven aquí.

Pablo tendió sus brazos a Eugenia y la estrechó fuertemente y un dulce y tierno beso llenó sus corazones de amor.

Después, cuando volvían a casa, Eugenia relató a Pablo la carta de Federico.

Pablo soltó una carcajada.

—Pero, bueno, ¿y qué te hace tanta gracia?

—Esa carta. ¿Qué iba a ser si no?

Eugenia, estupefacta, le dijo:

—¿Y qué le pasa a la carta? Dice que están todos bien. ¿Qué más quieres entonces?

Pablo miró a su esposa fijamente y le cogió de un brazo.

—Mira, Euge, si esas cartas las lee siempre el sacerdote, dirá lo que queremos oír y ya está.

—Oye no digas eso, el sacerdote es un siervo de Dios y no mentiría.

—Aunque así sea, mi hermano es militar y no va a contar todo lo que sucede cuando sabe que lo lee el cura.

Eugenia se quedó un momento pensativa.

—Ya entiendo, bueno, ¿y tú?, ¿no sabrás algo?

Pablo bajó la voz y se acercó más a Eugenia.

—Algo sé. Eusebio estuvo ayer en la tasca y algo se dice por ahí, que la cosa anda revuelta.

—¿Revuelta de qué?

—Pues no lo sé, de los gobernantes o algo de eso supongo.

Eugenia miró con cariño a su marido y le dijo:

—Pablo, mi amor, no te preocupes, en Lastilla ya sabes que las cosas no cambian demasiado.

—¿Y en Zaragoza?

—Tu hermano cuida allí de tu sobrino y de nuestra hija. Todo irá bien.

Se sonrieron mutuamente y siguieron el camino hacia casa. Una vez allí, al abrir la pesada puerta que daba entrada a la estancia, se encontraron con Josefa, muy preocupada, que les contó la gravedad de la salud de Alfredo. En ese momento, el doctor abría la gruesa cortina que separaba la estancia de Alfredo y detrás de él se acercaba Concha con el rostro totalmente triste.

Concha despidió al doctor y les dijo:

—Está muy mal, se le ha complicado todo. El doctor dice que se le han encharcado los pulmones y que no va a salir de ésta.

Entonces Concha ya no pudo aguantar y cayó llorando en los brazos de su hija. Siempre había sido una mujer fuerte de carácter, y a pesar de que no se llevaba demasiado bien con su marido, aun ahora todavía le quería desde lo más profundo de su ser y sentía su dolor como el suyo propio.

31

Las hermosas campanas de la iglesia comenzaban a repicar con fuerza; el incesante y ensordecedor sonido se entremezclaba con los tonos amarillos y naranjas que se dejaban entrever con el alba a través de las montañas. La lluvia había cesado y el día se presentaba claro en Lastilla; una claridad que había oscurecido el reciente fallecimiento de Alfredo. Aquella madrugada lluviosa se lo había llevado para siempre.

Eugenia estaba junto a Concha cuando notó que una de sus hijas le estiraba sin parar la larga falda negra que vestía.

—Pero, Amparito, ¿se puede saber qué quieres? Estate quieta y compórtate.

Amparito volvió a agarrarse a las faldas de su madre y ésta se volvió enfadada.

—¡Basta ya!

—Pero, madre, es que…

En ese instante apareció Milagros, que con sus trece inocentes años se expresaba mucho mejor que su hermana y les dijo:

—Madre, lo que Amparito quiere decirle es que Benita intenta limpiar las migas de pan del pantalón del abuelo.

—¿Cómo?

—Pues eso, madre. Benita no sabe que…

—A callar, Milagros, ahora mismo voy.

Eugenia se acercó a la estancia donde estaba el cuerpo de su padre, y efectivamente encontró allí a Benita limpiando los pantalones de su abuelo. Seguramente Concha, con la tristeza y el ajetreo que llevaban, no se había dado cuenta de la suciedad de los pantalones.

—Benita, cariño, ¿qué haces aquí con el abuelo?

—Madre, ¿está dormido el abuelo? Es que hoy no me contesta.

Eugenia inspiró un poco de aire.

—Sí, cariño, está dormido para nosotras.

—Pero yo quiero que se despierte para ponerle ropa limpia.

—Hija, ven aquí, acércate.

Benita corrió a los brazos de su madre.

—Mira, hija, el abuelo ya no va a despertar. Se ha dormido para irse a un sitio mucho mejor que éste.

—¿Mejor que éste? ¿Y qué sitio es ese, madre?

—El abuelo se ha ido al cielo, ahora no lo puedes entender, cariño, ya lo entenderás cuando seas mayor, y ahora ¡sal fuera con tus hermanos!

Eugenia besó con dulzura a Benita en una de sus mejillas y siguió

mirándola mientras corría hacia sus hermanos. Pablo se acercó a ella con sigilo.

—¿Cariño, te encuentras bien?

Eugenia se volvió hacia él.

—Sí, claro, estoy bien.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está?

—No te preocupes, ella es fuerte y lo superará. Además ya sabes que hace tiempo que mi padre no andaba muy católico y con sesenta y siete años que tenía, no ha sido nada repentino, aunque el vacío se nota igual.

—Es que te he visto con la mirada un poco perdida y…

—Sí, pero era por Benita.

—¿Por Benita?

—Pregunta demasiadas cosas para la edad que tiene. Sus hermanas cuando tenían seis años como tiene ahora Benita no querían saber tanto y ni siquiera rechistaban.

—Bueno, Eugenia, es verdad que Benita es muy espabilada, pero no exageres las cosas.

Eugenia agradeció las palabras de su marido y se fue junto a Concepción.

Un rato después, cuando se dirigían a la iglesia, Benita no paraba de mirar hacia arriba y Eugenia que la estaba viendo se cansó y le preguntó:

—Benita, hija, ¿qué miras ahora ahí arriba?

Benita volvió la blanca y delicada carita hacia su madre.

—Madre, usted me ha dicho que el abuelo está en el cielo y miro allí a ver si le encuentro.

—Sí, hija, sí, mira a ver si le ves.

Eugenia cogió la pequeña mano de la niña para sujetarla con la suya y siguió caminando hacia la iglesia sin saber qué responder ante las palabras de su hija Benita.

Concha miraba al sacerdote dando el responso a su marido, pero ella no podía escucharle, al lado de Josefa y rodeada por todos los suyos, sólo podía pensar en Alfredo. Nunca pudo borrar de su memoria su primer amor, Mateo, si él no hubiera vuelto enfermo de la guerra de Cuba o se hubiera repuesto, jamás se habría casado con Alfredo. Sin embargo, aunque los últimos años su amor se hubiera enfriado, se casó realmente enamorada de Alfredo y él le había dado además un gran regalo, su hija Eugenia, de la que se sentía plenamente orgullosa, pero aún con todo, la amargura que le había hecho vivir Alfredo, superaba con creces a la felicidad y no sabía muy bien cómo podía entender a su propio corazón que ahora le hacía sentir un profundo dolor por la muerte de su marido.

Eugenia tampoco escuchaba demasiado el sermón, por alguna

razón en aquellos difíciles momentos notaba la ausencia de su gran amiga María, que con tan poco tiempo no pudo acudir al entierro al igual que su primo Federico.

32

María observaba, desde su ventana, a las señoras con sus deslumbrantes vestidos y a los caballeros de elegantes trajes que paseaban por las calles de la ciudad, mientras intentaba vislumbrar la figura de Esteban entre aquel gentío.

Habían pasado ya tres meses desde la muerte de su tío Alfredo y todavía estaba apenada por no haber podido acompañar a su familia en aquellos momentos. Aparte de la distancia con que se habían excusado, un viaje así podría haber levantado sospechas y, por precaución, Esteban insistió en no ir a Lastilla.

Ahora María esperaba inquieta el regreso de Esteban, que había ido a ultimar los detalles del viaje que iban a emprender juntos, unidos a otros compañeros republicanos.

En ese día caluroso del mes de julio, María se sentía nostálgica y se acordaba de tantos veranos de confidencias junto a su mejor amiga Eugenia, recordaba con anhelo Lastilla y pensaba que a lo mejor ya no volvería nunca allí, a su pueblo natal, y que incluso volver a verlos a ellos sería una meta difícilmente alcanzable. Pero intentó sobreponerse ante aquellos trágicos pensamientos intentando mirar al futuro con esperanza, con la ilusión de tener una vida mejor, allí donde el destino los llevara a ella y a Esteban.

Empezó a llenar de ropa los sacos de áspera tela que ella misma había cosido, cuando Esteban entró en la casa.

María se abalanzó hacia él y le abrazó.

—Cariño, me tenías preocupada. Llevas ya mucho rato fuera y…

Esteban acarició suavemente el rostro de María con ambas manos.

—Amor mío, tranquilízate. Ya está todo arreglado, salimos mañana antes de que amanezca.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? Yo pensaba que…

Esteban cogió dulcemente las manos de su esposa.

—S s…, María, todo va a salir bien, está perfectamente planeado.

María levantó la vista y miró a Esteban a los ojos.

—Sí, lo sé. Está muy bien organizado y saldrá bien, al menos eso esperamos.

—No, María, no. No lo esperamos porque saldrá bien de veras. Te lo aseguro. ¿Me crees, verdad?

—Sí, claro que te creo.

—Bien, termina de meter esa ropa.

—Sólo faltaban estas camisas, ahora ya está todo.

—Vale, entonces vamos a repasar los planes.

Se quedaron un rato preparando el viaje y después se fueron a dormir, pero María no pudo apenas conciliar el sueño porque no paraba de pensar en el largo camino que al día siguiente tendrían que comenzar.

Después del ambiente revuelto que empezaba a reinar, Esteban junto con otros maestros, boticarios y médicos habían ideado un plan para salir del país con sus esposas e hijos, saldrían por los campos vallisoletanos y de allí hacia el sur, para embarcar en el puerto de Almería hacia América, probablemente a México. Pensaban que las represalias iban a ser demasiado duras e iba a ser mejor para todos ellos intentar salir de España hasta que las cosas se calmaran.

María seguía inquieta y sin poder dormir, ella sabía que Esteban se había significado mucho con aquel periódico al que escribía artículos asiduamente y que incluso ella lo había hecho creando esa escuela clandestina de la que todavía se sentía orgullosa y todo había merecido la pena, su lucha común con Esteban nunca sería en vano porque la libertad de expresión era para ella la causa más justa de todas por las que luchar.

33

Aquella mañana del 2 de julio de 1936 los primeros rayos de un sol radiante anunciaban ya el alba. Se esperaba un día cálido como era lo natural en cualquier mes estival, pero a aquellas horas matinales todavía la humedad y el frescor se podía notar en los esperanzadores verdes de los campos vallisoletanos.

María y Esteban llevaban ya horas caminando por aquellas infinitas praderas junto al grupo de compañeros con los que ese mismo día, todavía iluminados por la resplandeciente luz de la luna, habían comenzado su viaje a Almería.

El cansancio empezaba ya a fatigarles demasiado y decidieron descansar un rato.

Esteban miró a María y le dijo:

—Creo que llevamos demasiado peso y así no vamos a poder seguir el camino a este ritmo.

María miró sorprendida a su esposo y le contestó:

—¿Y qué quieres que hagamos?

Esteban se puso de pie para contestar a María y dar además otras indicaciones a los compañeros y compañeras que los acompañaban.

—Por favor, atendedme un momento. Llevamos todos demasiada carga y por mucho que nos cueste deshacernos de nuestras cosas, vamos a tener que dejar aquí lo que no sea necesario para cargar sólo con lo que nos sea totalmente imprescindible.

Calixto, el boticario, también se puso en pie.

—El maestro tiene razón, así la marcha va a ser mucho más lenta. Debemos dejar lo que no nos vaya a hacer falta.

Se apresuraron todos a dejar lo innecesario y llevarse sólo los víveres y alguna ropa para poder cambiarse y María, tristemente, junto a Esteban, enterraba allí sus libros más queridos.

Siguieron caminando todo el día y durmieron al raso en un bosque de encinas que les protegían con sus grandes ramas de la brisa nocturna.

Al día siguiente comenzaron la marcha temprano y al poco de haber salido les pareció escuchar unos pasos detrás de ellos. El silencio reinó en aquel valle por unos instantes y mientras todos se quedaron allí parados, Esteban y Calixto se acercaron sigilosamente y vieron en la distancia unos hombres uniformados que corrían hacia ellos y sujetaban fusiles entre sus brazos.

Esteban y el boticario corrieron hacia el grupo gritando.

—¡Corred! ¡Corred tan deprisa como podáis!

Se oyeron disparos que todos creyeron que lanzaban al aire y cuando les llevaron suficiente ventaja, aquellos hombres uniformados desistieron en la persecución y por fin, Esteban, María y todos los demás pudieron respirar tranquilos.

María empezó a sollozar y cuando Esteban se acercó vio sus manos manchadas de sangre.

—Cariño, ¡oh, Dios mío! ¿Qué te ocurre? ¿Te han herido?

María, con el dolor reflejado en su rostro, le dijo:

—Creo que me han dado en la pierna. ¡Ay, Dios, cómo duele!

—Tranquila, mi amor, te pondrás bien, te lo prometo. Espérame aquí un momento.

Esteban fue a decírselo al médico que viajaba con ellos que ya se acercaba al ver sangrar a María y también Calixto se aproximaba para ver que podían hacer por su esposa.

El médico se acercó a María e inspeccionó la herida.

—María, es una herida abierta y la bala está dentro todavía. Hay que sacarla para evitar infecciones.

María le miró con la cara retorcida por el sufrimiento.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor.

—Bien, pero tenga en cuenta que aquí no tengo el instrumental necesario y el dolor puede ser insoportable.

—No importa, usted haga su trabajo.

—Está bien, María. Tenga y muerda este pañuelo, voy a empezar.

Calixto ayudó al doctor con todo lo que éste necesitó y consiguieron sacar la bala y cerrar la herida.

Al día siguiente María no podía apenas andar y Esteban reunió al grupo y les dijo que marcharan sin ellos, pues ya no podía comprometerles de ese modo. Todos salieron menos Calixto y Águeda, su esposa, que prefirieron ayudar a María y Esteban.

Encontraron un viejo pajar, seguramente abandonado, y decidieron quedarse allí para que María descansara.

María se quejaba mucho y a Calixto se le habían acabado ya las plantas medicinales que había traído consigo, así que Esteban decidió acompañarle por el bosque a ver si podían encontrar alguna planta que aliviara algo los fuertes dolores de María.

Antes de que Esteban saliera, María le pidió que se acercara.

—Amor mío, coge mi bolsa y saca lo que hay dentro.

Esteban, sorprendido, le preguntó:

—¿Y para qué quieres que vacíe tu bolsa?

—Tú sólo hazlo.

Esteban vació la bolsa de María, tal y como ella le había pedido, y se quedó atónito ante lo que encontró en ella.

—María, es…

—Sí, Esteban, guardé un libro de Quevedo. No te enfades, sé que

era un peso inútil pero sabía que te gustaría tenerlo. ¿Te has enfadado, mi amor?

—Como me voy a enfadar contigo, cariño.

—Ya sabía yo que no lo harías. Y ahora, ábrelo por la mitad.

—¿Qué?

—Pues eso, que lo abras.

Esteban hizo caso a María y lo abrió.

—¡Pero si hay aquí unos poemas de Machado!

—Arranqué unas hojas ya que me dijiste lo peligroso que era llevarse el libro, y las introduje en éste de Quevedo.

—¡Madre mía, María! ¡Qué cabecita la tuya!

—Bueno, anda, mira a ver si encuentras alguna planta de esas que dice Calixto.

—Está bien, si escucháis cualquier cosa, gritarnos muy fuerte.

—Sí, lo haremos, no te preocupes. Esteban, te quiero.

—Yo también a ti. Enseguida venimos.

Esteban y Calixto se marcharon al bosque, mientras María y Águeda les aguardaban en el húmedo pajar.

34

La cálida tarde estival que reinaba en Lastilla, comenzó a desvanecerse, dando paso a una suave brisa que daba un respiro del sofocante calor a su gente.

El cielo que durante todo el día había lucido un azul intenso, cambiaba ahora por un tono grisáceo que auguraba sin duda una buena tormenta veraniega.

La gente se apresuraba para volver a sus hogares antes de que la tormenta desatara toda su furia.

Eugenia cerraba, tras de sí, la pesada puerta de su casa, dejando en un lado el cesto vacío de la ropa que acababa de repartir. Josefa y Concha le ayudaban en la casa y con los niños todo lo que podían y ahora ella se encargaba de lavar, planchar y repartir la ropa al médico, al sacerdote y también al maestro, ya que aquellas tareas que un día hizo conjuntamente con su madre y su suegra, ahora eran oficio suyo, y así Josefa y Concha podían dedicarse ya a labores más sencillas. Le solían dar pan, sebo o harina, con la que hacía gachas, y de vez en cuando también azúcar, no era demasiado, pero entre eso, lo que le daba a Pablo el señor Ordóñez por las ovejas y las perdices que cazaba o las alpargatas que cosía él mientras las ovejas pastaban, les iba sacando día a día de los apuros, y aunque eran muchas bocas que alimentar y la comida consistente les escaseaba, hasta ahora no les había faltado un plato en la mesa.

Benita y sus hermanos jugaban alrededor de su abuela Josefa alegremente, mientras Concha se fue a ayudar a Eugenia a preparar la cena.

Eugenia se ponía el delantal con la mirada fija en la cacerola de barro que colgaba sobre la ardiente leña. Concha se acercó a su hija viendo en su rostro la tristeza.

—¿Qué te pasa, Eugenia? Tienes la mirada como perdida, te conozco muy bien y sé que te pasa algo.

Eugenia volvió la cabeza para dirigirse a su madre.

—No se preocupe madre —le regaló una tímida sonrisa—, estoy bien.

—No me lo creo, algo te preocupa y quiero que me lo cuentes, a lo mejor puedo ayudarte.

Eugenia puso un gesto bastante serio.

—Está bien. Es por la niña.

Concha sonrió.

—Bueno, ¿y de cuál de ellas se trata?

—Es Gloria, estoy muy preocupada por ella.

—¿Gloria? Pero si está en Zaragoza con esa familia de señoritos. ¿Qué le puede pasar?

Eugenia miraba sin cesar el caldo del puchero a la vez que lo removía.

—No lo sé madre, a lo mejor son cosas mías y me preocupo más de lo que debería, pero es que hace ya dos meses que volvió Martín…

Concha se apresuró a decirle:

—Eugenia, hija, Martín volvió porque empezó a escasear el trabajo en aquella fábrica y tu primo Federico no le pudo encontrar otra cosa y, además, aquí de campesino no le va mal. A ver, hija mía, ¿qué tiene que ver eso con Gloria?

—¿No lo entiende? Hace dos meses que vino Martín y desde entonces ya no hemos tenido noticias de Gloria ni tampoco de Federico.

—Bueno, hija, ten paciencia, ya sabes que a veces el correo va con retraso.

—Sí, pero ¿y si les ha pasado algo? Pablo ha oído por ahí que el ambiente está revuelto y ellos al fin y al cabo viven en una ciudad y luego, por otra parte, María tampoco da señales de vida. ¿No cree que son demasiadas coincidencias, madre?

—Bueno, hija, tranquilízate, ya verás como pronto nos llegan noticias.

Un fuerte estruendo las asustó de repente y muchos truenos siguieron a aquel que empezó a desatar la tormenta.

Los lloros de los niños empezaron a resonar por toda la estancia y Concha se acercó a Josefa para intentar calmar a sus nietos con ella, mientras tanto, Eugenia siguió pendiente del fuego.

Pablo, junto a su perra, conducía a las ovejas camino del cobertizo, llevaba ya un rato lloviendo fuertemente y tenía que poner el rebaño a cubierto. Un ruido repentino hizo que se volviera y en lontananza vio a alguien que montaba un burro y que avanzaba a paso lento y pausado.

Se acercó un poco más y su sorpresa junto a su alegría le hicieron correr hacia allí.

—¡Dios mío! ¡Gloria! ¡Gracias a Dios!

Llegó hasta su hija y le ayudó a bajar del burro.

—Hija mía, ¡estás aquí! Tu madre y yo estábamos muy preocupados. ¡Dame un abrazo!

Gloria abrazó fuertemente a Pablo y éste notó que estaba empapada.

—Padre, por fin he llegado.

Pablo acompañó a su hija a un pequeño pajar que estaba tan solo a unos metros de distancia de ellos.

—Gloria, espérame aquí unos instantes, tengo que resguardar el rebaño.

Pablo volvió a buscar a Gloria después de dejar las ovejas y volvieron hablando hasta el pueblo.

—Gloria, no teníamos noticias tuyas y estábamos muy preocupados.

—Lo sé, padre, pero es que las cosas andan muy revueltas y la familia a la que sirvo se ha ido a una casa que tienen en los Pirineos y allí ya no necesitaban a toda su servidumbre, supongo que tío Federico debería de haberles mandado alguna noticia, pero me dijo que era mejor salir ya de viaje sin más demora.

—Ya entiendo, por eso has vuelto al pueblo y… ¿tío Federico no…?

—No, padre, ya sé lo que va a decir y no, no ha encontrado otra casa para mí, me dijo que aquí con ustedes estaría mejor.

Pablo miró a su hija y le sonrió con afecto.

—Pues claro que estarás mejor. ¿Con quién ibas a estar mejor que con tu familia? ¿Eh?

—Me alegro mucho de haber vuelto, padre. ¿Cómo están todos? ¿Y mis hermanos? Seguro que las niñas siguen igual de traviesas que cuando salí del pueblo.

A Pablo le resplandeció el rostro al pensar en todos sus hijos.

—¡Uy, Gloria! Ya conoces las travesuras que se llevan entre manos tus hermanas, pero sobre todo Benita, no sabes bien lo que ha espabilado estos últimos meses, y tu hermano Rogelio cada día está más grande, ya has de ver la alegría que les das en cuanto entres en casa.

—Y ellos a mí, padre. No sabe las ganas que tengo de abrazarles y de darles un beso muy grande a madre y a las abuelas.

—Bueno, pues apretemos el paso para llegar cuanto antes, que ya vas como una sopa, hija.

Pablo montó en el burro y Gloria subió detrás de él para seguir el camino hasta llegar al pueblo.

Al llegar todo fueron besos y abrazos, y después Eugenia les sirvió la cena que con tanto cariño había preparado y aunque todavía era temprano, Gloria llegaba hambrienta después de un viaje tan largo y decidieron no esperar más rato.

Eugenia se dio cuenta de que Gloria tiritaba y temblaba demasiado y cuando se acercó a ponerle una de sus manos en la frente, notó que estaba muy caliente por lo que debía de tener fiebre.

Se asustaron y avisaron al doctor.

Cuando llegó, después de auscultar a Gloria, les dijo:

—Pablo, Eugenia, la humedad de la tormenta ha penetrado en los pulmones de Gloria, lo que podía haberle causado un pasmo y

complicarse en una grave pulmonía, pero…

Eugenia interrumpió al doctor bruscamente porque aquellas palabras todavía resonaban en su cabeza de tiempos pasados y no podría volver a soportar todo aquello y, menos aún, tratándose de uno de sus hijos.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me diga usted eso, doctor! ¡Dígame que se pondrá bien, se lo suplico!

—Tranquilícese, Eugenia, no me ha dejado terminar, si les decía que podía haber sido grave, es precisamente porque no lo es. Gloria es una chica muy fuerte y en vez de causarle una pulmonía, el frío de la tormenta sólo le ha provocado un simple catarro que con unos días de reposo estará totalmente repuesta.

—Muchas gracias, doctor, así ya me deja usted tranquila.

Tan solo un rato después, cuando todos ya se habían ido a descansar, Pablo y Eugenia también se iban a acostar, era mucho antes de la hora habitual puesto que el día anterior a esas horas los últimos rayos de sol todavía penetraban por las ventanas, pero la tormenta había conseguido aquel día precipitar su ocaso. Los dos se encontraban muy contentos de tener a Gloria de vuelta en casa y que la lluvia sólo le hubiera ocasionado un pequeño resfriado que curaría en pocos días.

Hacía ya un tiempo que Pablo no se fijaba en las marcadas curvas de su esposa cuando llevaba puesto el fino camisón blanco. Ahora, tumbado sobre el viejo colchón de lana, no podía mirar otra cosa y después de la preocupación que ambos habían pasado esos días, Pablo sólo pensaba en el momento de poder quitarle a su esposa aquella prenda.

Eugenia comenzaba a abotonarse el camisón.

—Acércate, Euge, hoy estás preciosa.

Eugenia le miró atónita, adivinando en el rostro de Pablo las intenciones que llevaba.

Eugenia se acercó y Pablo la besó apasionadamente desabrochando a su vez los botones y quitándole precipitadamente el camisón, y entre besos y caricias hicieron el amor con una pasión frenética de la que Eugenia no recordaba hacía ya demasiado tiempo.

35

En se mismo día, la luz de la luna comenzaba ya a iluminar los largos campos de Castilla, en los alrededores de Valladolid. Esteban y Calixto volvían ya por el bosque con algunas plantas que habían recogido para aliviar algo los fuertes dolores de María.

Esteban se paró en seco.

—Estamos andando en círculos. Creo que hemos pasado antes por aquí.

Calixto miró a su alrededor.

—Pero si estamos en el camino, no puede ser.

—Quizá al anochecer hayamos elegido el camino equivocado al no poder ver con total claridad.

Siguieron caminando y por fin pudieron vislumbrar a lo lejos, en el horizonte, el extenso trigal, detrás del cual se encontraba el pajar donde habían dejado a sus esposas. Ahora sólo tenían que atravesarlo y llegarían junto a ellas, pero unos pasos que se acercaban rápidamente, les sorprendieron de inmediato dándoles el alto.

Esteban y Calixto se quedaron allí paralizados, sabían que si salían huyendo su vida terminaría allí mismo al instante.

—¡A ver, vosotros, daros la vuelta, con las manos arriba!

Cuando se volvieron con los brazos levantados, Esteban apenas pudo ver el rostro de aquellos hombres que les apuntaban con unos fusiles, pero por lo poco que pudo ver con la tenue luz que había, supo que eran los mismos hombres uniformados que habían herido a María el día anterior, como también supo que quizá no iba a salir vivo de todo aquello.

Uno de los hombres hablaba con el otro.

—¡Pero mira, si son los bastardos de ayer!

Su compañero le respondió:

—Tienes razón, son esos cerdos cabrones.

Esteban y Calixto comenzaron a caminar delante de ellos, con los fusiles de éstos apuntándoles en la nuca.

Pasaron por una zona del bosque en la que se alzaban elegantes encinas y a pesar del miedo que sentía, Esteban empezó a recordar la majestuosa encina de la plaza de Lastilla, aquel árbol siempre le había hecho pensar en el inevitable paso del tiempo y le hacía imaginar ahora, el paso de su propia vida, todo ese bosque que atravesaban seguiría allí mucho más tiempo del que a él le quedaba y entonces pensó en María, en lo feliz que se había sentido todos aquellos años a su lado y lo dichoso que había sido junto a ella, seguramente aquellos

hombres que estaban a punto de acabar bruscamente con su vida, jamás gozarían de la felicidad que el amor puede dar a una persona, porque claro estaba que el corazón de esos hombres estaba totalmente vacío y su alma carecía de sentimientos.

Cuando llegaron a un claro que había en el bosque les mandaron parar y girar en torno a ellos.

Les apuntaron en la frente con sus fusiles y el temor que aterraba a Calixto le hizo orinarse en aquel momento, mientras que Esteban no dejaba de pensar en María y en sus hijos, se preguntaba qué sería de todos ellos y aun así, sacó todo el valor y el coraje que pudo de sus entrañas para decir sus últimas palabras.

—¡Por la República! ¡Por la libertad!

Acto seguido dos disparos al unísono hicieron que el silencio reinara en aquel bosque y Esteban y Calixto se desplomaron al suelo muriendo en el acto.

36

María y Águeda se encontraban en el pajar, en el cual unas horas antes les habían dejado sus maridos. Su impaciencia era notable porque ellas pensaban que deberían haber vuelto ya con las plantas medicinales.

María miraba nerviosa a Águeda y se preguntaba si debería armarse de valor por los dolores que le acechaban y aventurarse con Águeda por aquel oscuro bosque en busca de sus esposos.

—Águeda, creo que ya ha pasado demasiado tiempo desde que se han ido y a lo mejor les ha podido ocurrir algo.

Águeda, atónita, miró fijamente a María.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Qué crees que les ha podido pasar?

—No lo sé, pero tardan mucho y no es normal, hace horas que debían estar de vuelta.

—Claro, ¿y qué sugieres que hagamos? Que vayamos en plena noche vagando por ahí, solas, y tú con la pierna herida que apenas puedes andar… ¿A ver si les encontramos?

María hizo un gesto de sufrimiento tocándose la pierna.

—Mira, no sé qué debemos hacer. Lo que sí sé es que quedarnos aquí esperando es cosa de locos cuando no sabemos qué les ha podido ocurrir.

—¡Ah, ya! E irse en su busca no es una locura.

—Quizá tengas razón.

—Pues claro que la tengo.

María se quedó un momento pensativa.

—Está bien, esperaremos a que pase la noche y saldremos con el alba hacia el bosque.

Aquella noche se hizo eterna para María que no paraba de pensar en el paradero de Esteban, además, le dolía mucho la herida y no sabía cuánto tiempo podría caminar con la pierna en aquel estado.

Por fin amaneció y las dos mujeres emprendieron la marcha. Cruzaron los dorados campos de trigo con mucho esfuerzo, pero deteniéndose de vez en cuando, María consiguió seguir adelante con la ayuda de Águeda. Cuando llegaron al encinar, las huellas de unas pisadas en la tierra las llevaron justamente al claro del bosque, fue entonces cuando vieron unos cuerpos inertes que yacían en la tierra.

María olvidó todos sus dolores físicos y corrió sin parar junto a Águeda hasta llegar a los pies de aquellos cuerpos sin vida que eran ahora sus esposos.

María cayó como un peso muerto sobre el cuerpo de Esteban y sólo

pudo gritar y llorar y maldecir a la vez a aquellos que le habían arrebatado lo que más quería en todo el mundo.

—¡Malnacidos! ¿Qué habéis hecho? ¡Os juro que un día pagareis por esto! ¡Os lo juro! ¡Os pudriréis en el infierno! ¿Por qué? ¡Mi marido era un hombre bueno! ¿Por qué?

María después de gritar aquello se derrumbó y las lágrimas brotaban por sus mejillas cada vez con más intensidad, su herida en la pierna había cesado para abrir una herida que jamás podría ya sanar, la brecha de su corazón se había abierto irremediablemente para siempre.

Durante mucho tiempo, el llanto de María y Águeda hizo el silencio de todos los pájaros que rondaban a su alrededor y cuando María se había ahogado ya en sus propias lágrimas, decidió que debían cavarles una tumba y rezar unas oraciones por sus almas.

Después, con una tremenda angustia y una pena todavía más grande, las dos mujeres unidas tuvieron que sacar su fuerza de lucha y toda la entereza que les fue posible y seguir camino de Almería.

37

María caminaba junto a su compañera de viaje, Águeda, intentando seguir su ritmo pese a los fuertes dolores que padecía. Se encontraba sumida en una profunda pena, sus pensamientos eran cada vez más angustiosos y no sabía muy bien el rumbo que debería tomar ahora su vida, pensaba lo desdichada que iba a ser a partir de ahora sin su amado Esteban. Él la había amado y respetado como se merecía una mujer, había sabido valorar su inteligencia y gracias a él había conseguido ser una mujer culta, pero lo que de verdad la enamoró, fue su forma de ser, su carácter sensible y el gran corazón que tenía que había llenado completamente el suyo.

En este momento María se sentía agotada, apenas podía caminar y Águeda tenía que ayudarla sujetándola por la cintura. Llevaban toda la mañana sin parar, la fatiga se apoderaba poco a poco de María y el ardiente sol estival empeoraba aún más la situación, justo entonces María tropezó y cayó al suelo.

—María, ¿estás bien?

—Sí, Águeda, ayúdame a levantarme.

Águeda le tendió los brazos para que María pudiera incorporarse.

—Deberíamos descansar, tú ya no puedes seguir así con la pierna en ese estado.

—Tienes razón, descansaremos y aprovecharemos a comer un poco de pan, ya sólo nos queda eso.

—Me parece bien.

Águeda sacó de su bolsa una pequeña cantimplora y ayudó a María para que bebiera un poco de agua.

—Voy a hacer una pequeña hoguera para hervir estas hierbas que te calmaran los dolores un poco.

María contestó a su amiga con gesto de sufrimiento.

—No creo que esas hierbas me vayan a calmar ya ningún dolor.

—Bueno, mujer, al menos lo intentaremos, menos es nada, ¿no?

—Está bien, Águeda, haz lo que creas conveniente.

—Luego te limpiaré la herida con esta botella de aguardiente.

María miró la botella que sacaba Águeda, incrédula.

—¿Aguardiente? ¿Y de dónde lo has sacado?

—Mi marido era muy prevenido. Decía que cuando había que viajar, nunca debía de olvidarse una botella de aguardiente.

—¿Y para qué?

—Pues porque decía que calentaba el cuerpo en una noche fría y que podía ser un buen desinfectante en caso de necesitarlo.

—Era un hombre sabio tu marido.

Águeda se entristeció al recordarlo.

—Águeda, perdona, yo no quería…

—No te preocupes, estoy bien. ¿Sabes? Nunca pensé que le añoraría tanto.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, María, Calixto siempre fue muy bueno conmigo y yo le quería, pero no pasábamos demasiado tiempo juntos, él nunca estaba en casa, con la botica y las reuniones esas que iba, ya tenía bastante, y yo siempre estaba sola, por eso digo que nunca pensé que notaría tanto su falta, porque en realidad no pasaba mucho tiempo junto a él.

—Bueno, supongo que ahora es mejor no torturarse con el pasado, Águeda.

—Quizá sea como dices, pero por curiosidad, a ti, ¿te ocurrió lo mismo?

—¿A qué te refieres?

—No sé…, si te sentías unida a tu marido.

María esbozó una gran sonrisa.

—Me enamoré de Esteban hace ya muchos años y siempre estuvimos muy unidos. Yo sólo era una sirvienta en su casa y él lo dejó todo por mí y nos casamos y nos vinimos a Valladolid, para Esteban siempre fui lo primero antes que todo lo demás.

Águeda se quedó atónita.

—¡Madre mía! ¡Vaya historia la tuya! Al menos tú sí que has tenido suerte.

—Sí que la he tenido, sí. Pero bueno, Águeda, tienes que pensar en lo que nos espera detrás del ancho mar, aunque nos cueste poder olvidar esto. Y ahora cúrame esa herida, venga.

María le había dicho esas palabras esperanzadoras a su compañera, cuando en realidad ella misma no podía creerlas. Aquel pesar que sentía tan profundamente incrustado en lo más hondo de su alma, sabía muy bien que ya nunca le abandonaría y que allí donde el destino le llevara siempre le acompañaría.

Unos cuantos días después, cuando el ocaso de aquel reflectante sol del sur estaba ya por llegar, María miraba sin cesar a ambos lados las largas hileras de girasoles que hacían de aquel, un paisaje espectacular y nuevo para ella.

Águeda dormía a su lado, mientras sentadas entre la paja, viajaban en la parte de atrás de la carreta de un granjero que se dirigía a Almería y había tenido la gentileza de llevarlas.

Los dolores de la pierna habían ido en aumento a pesar de seguir bebiéndose aquellas infusiones de hierbas y de las curas que le proporcionaba Águeda. Ahora ya casi no podía andar y llevaban ya muchos días viajando en carros o carretas como en la que lo hacían

ahora, gracias a la amabilidad de gentes del campo que se iban encontrando.

María se acercó un poco a preguntarle al granjero.

—¿Falta mucho para Almería?

—No, si ya estamos, mire al fondo, allí es.

María despertó a Águeda.

—Perdonen, señoras, pero yo les voy a dejar aquí, no se lo tomen a mal, pero yo no sé quiénes son ustedes ni de dónde vienen y no quiero problemas, supongo que lo entienden.

María respondió:

—Sí, claro que lo entendemos, ya nos las apañaremos. Oiga, ¿y queda mucho hasta la ciudad? Yo no voy a poder caminar demasiado.

El granjero les indicó el camino a la entrada de la ciudad y después al puerto, María y Águeda bajaron lentamente de la carreta y el hombre arreó al burro y se alejó.

Con mucha dificultad, llegaron ya de noche al puerto y aguardaron allí, al raso, hasta el alba del día siguiente.

María no tenía palabras para explicar lo que veían sus ojos, lo había imaginado muchas veces, pero aquello era real, tan real como sus punzantes dolores, nunca olvidaría aquel amanecer en el que por primera vez pudo admirar el intenso azul del mar Mediterráneo, lo había visto esa noche al llegar, pero ahora, a la luz del día con toda claridad le pareció un gran espectáculo de la naturaleza.

Ese mismo día tomaron un barco rumbo a México y la tristeza que asoló a María al partir de aquel puerto, fue un momento tan intenso que anuló totalmente los agudos dolores de su pierna. Las lágrimas comenzaron a brotar por sus mejillas al igual que las ramas de un árbol brotan saliendo de su tronco, como también los árboles echan sus raíces sobre la tierra y allí se perpetúan con el paso del tiempo, y realmente así se sentía María, siempre le unirían sus raíces con Lastilla, jamás olvidaría a su familia, quería demasiado a Eugenia para ponerla en peligro y no pudo siquiera darle una señal, su amistad siempre tendría para ella un valor incalculable y con Esteban había construido un amor que había crecido con el paso de los años al igual que las ramas de un árbol.

Ahora al ver toda esa tierra que era su país alejarse lentamente para adentrarse en el mar, sintió una profunda emoción que la dejó sin aliento.

Les instalaron en un camarote repleto de gente, literas y colchones de lana tirados por el suelo, no había espacio, pero no les importaba, todas las mujeres que allí estaban tenían un pensamiento común y era el rumbo hacia la libertad; hacia un futuro mejor que en aquella tierra que era la suya y tanto amaban hubiera sido difícil encontrar.

Una de aquellas mujeres era enfermera y Águeda le pidió que se

ocupara de la herida de María. Cuando la enfermera le quitó la tela que hacía las veces de venda, su gesto no fue consolador.

María, estupefacta, le preguntó:

—¿Qué pasa? Dígamelo, por favor, tengo derecho a saberlo.

—Esta herida no tiene buena pinta.

—Hable con franqueza.

La enfermera hizo acopio de valor y le contestó:

—Está infectada.

—Bueno, pues desinféctela.

—No sólo está infectada…

—Hable ya, por favor, diga lo que usted tenga que decirme.

—Esta herida ha estado ya bastante tiempo infectada y la gangrena ha penetrado en ella.

María, asombrada, le dijo:

—Eso…, es muy malo, ¿no?

—Sí, María, siento decírselo pero la gangrena ha podido afectar a sus órganos… Yo no puedo hacer nada más que buscar algún calmante en el barco y cuando lleguemos a México le atenderán bien en un hospital.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿soportaré el viaje? ¿No?

La enfermera dudó un instante.

—Sí, claro, se pondrá bien, ya lo verá.

Al día siguiente, María comenzó a tener fiebre y se quedó en el camarote con la compañía de Águeda y la enfermera.

Así fueron pasando los días, María fue empeorando cada vez más y una noche comenzó a delirar, Águeda le cogía la mano intentando calmarla, pero María estaba agitada y seguía con la fiebre ya muy elevada.

—Esteban, te quiero… Euge, ¿dónde estás…? Ay…

La enfermera le puso unos paños fríos sobre la frente y le dijo a Águeda.

—Está muy mal. No creo que pase de esta noche.

—Pero si llegaremos en dos días. ¿No cree que vaya a aguantar?

La enfermera miró a Águeda con tristeza.

—No, no lo creo, he visto muchos casos así y no pasan de unas horas. Lo siento, pero está demasiado débil y con esa fiebre sería un caso rarísimo que pudiera sobrevivir. ¡Ojalá! Pero no lo creo.

Se quedaron velando a María hasta que ya muy entrada la madrugada, dejó un momento de delirar, y sintiéndose ella misma, en estado de lucidez empezó a recordar sus tiempos vividos con Eugenia en Lastilla, para acordarse después de su amor junto a su marido y en ese mismo instante los estertores de la muerte se abrieron paso ante la septicemia que había penetrado ya por todo su cuerpo. María falleció aquella madrugada del 17 de julio de 1936 a un paso de poder tocar

la libertad.

38

Tres días después y a un paso del atardecer, los abrasadores rayos solares de aquella tarde estival, hacían todavía un colorido más vivo del contraste que surgía de las tierras rojizas con los dorados campos de trigo que hacían de Lastilla un paisaje único por su belleza.

Benita observaba con total admiración aquella belleza que la naturaleza le brindaba, era una niña muy despierta para su corta edad, y cualquier cosa por insignificante que pudiera ser para los demás, a ella ya le producía un sentido especial, y aquel día cuando volvió del bosque con sus hermanos quiso acompañar a su madre y ayudarla a llevar la ropa limpia al sacerdote y, ante la insistencia de la niña, Eugenia no se pudo negar y dejó que su hija la acompañara.

Dos días antes se habían producido levantamientos militares en contra del actual gobierno por diferentes puntos del país y Eugenia se encaminaba ahora hacia la iglesia para poder escuchar alguna noticia a través de la radio de la que disponía el sacerdote.

Cuando llegaron, ya estaba allí Palmira y algunas otras mujeres del pueblo a la espera de que transmitieran alguna noticia.

El sacerdote miró asombrado a Eugenia.

—Pero, hija mía, ¿cómo es que viene con la niña?

—No se preocupe, padre, es muy pequeña todavía y no se va a enterar de nada.

—Está bien, está bien.

Un rato después, oían la devastadora noticia: los sublevados habían tomado La Granja. El día anterior Segovia se había declarado en estado de guerra y a partir de ahora el futuro sería una total incertidumbre para todos ellos.

Eugenia y Benita volvieron a casa por las empedradas calles del pueblo y mientras Benita corría y saltaba ajena a todo aquello que acontecía, Eugenia empezó a sentir un miedo terrible que no lograba ella misma comprender y entonces notó como si el pánico se apoderara de ella, y el porvenir de sus hijos, fue lo único que su mente le dejó vislumbrar.

Unas horas después, Eugenia comentaba la situación con su esposo, Concha y Josefa, cuando los niños ya se habían acostado y mientras cenaban un poco de pan untado con sebo; decidieron juntos que ante las adversidades que pudieran llegar, deberían sacar sus fuerzas de flaqueza y estar siempre unidos para poder superar lo que el destino les tuviera reservado, al igual que lo habían hecho siempre.

Eugenia aquella noche no podía dormir y a Pablo le ocurría lo

mismo, el temor a lo inesperado les mantenía en vela y sin saber cómo ni por qué, en aquel mismo momento comenzaron a besarse y a acariciarse cada vez con más fuerza hasta terminar haciendo el amor de una manera casi salvaje.

Eugenia volvió a sentirse en armonía con ella misma, había dejado de sentir aquel horrible miedo porque sabía que su amor por Pablo estaba por encima de cualquier guerra, quizás mañana volviera el pánico a adueñarse de ella, pero ahora se sentía totalmente protegida junto a su esposo Pablo.

Los fuertes brazos de Pablo rodeaban con anhelo el cuerpo desnudo de Eugenia, su espalda rozaba con el moreno vello del pecho de Pablo y poco a poco y así unidos, el sueño se fue apoderando de ellos.

Un sobresalto despertó violentamente a Pablo.

—¡Euge, mi amor! ¡Despierta!

Eugenia estaba completamente agitada, se movía de un lado a otro de la cama sin parar.

—¡María! ¿Dónde estás? ¡María…!

Pablo, asustado, le dio unas palmadas en la cara para que despertara y por fin lo hizo.

—¿Cariño? ¿Estás bien?

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

—Tranquila, mi amor, estás conmigo, en casa. Sólo ha sido una pesadilla, ya ha pasado.

—¡Oh, Dios! Estoy sudando. Espera, recuerdo que soñaba con María…

—Sí, la has nombrado, estabas hablando en sueños. Pero sólo ha sido eso, un sueño, olvídalo.

Eugenia se quedó un instante pensativa.

—Tienes razón, pero aun así, estoy preocupada, Pablo. Hace mucho que no sabemos de ellos, ¿y si les ha pasado algo? Y ahora la guerra…Oh, Dios mío… ¿Tú crees que estarán bien? ¿Y por qué no dan señales de vida?

—S s… Cálmate, mi amor. Seguro que con todo lo que está pasando, el correo se habrá retrasado o no podrán escribir ahora, no sé, pero ya verás como están bien.

Pablo calmó a Eugenia todo lo que pudo hasta que al final se durmió. Él también pensaba que quizá algo les hubiera ocurrido, ya había pasado bastante tiempo sin saber de su paradero, pero prefería mantener a Eugenia con esperanzas porque sabía lo unida que ella se había sentido siempre a su hermana y él mismo prefería pensar que todo seguía igual, así era más fácil seguir adelante.

39

Llevaba varios días nevando sin cesar por las deslizantes calles de Lastilla. Los tejados de las casas lucían ahora un blanco invernal que caracterizaban muy bien el paisaje del pueblo en aquella época del año. El frío penetraba intensamente en el cuerpo hasta llegar a calar en los huesos y la gente prefería salir solamente a lo que fuera indispensable, y así las empedradas calles del pueblo parecían desoladas.

Más de medio año había pasado ya desde el término de la guerra, sin embargo la gente del pueblo seguía todavía sin levantar cabeza. Habían vivido tres largos y duros años en los que una violenta y extremadamente sangrienta guerra civil, se había llevado para siempre a multitud de personas inocentes y había dejado que la mayoría de los supervivientes de aquel horror, optaran ahora por albergar frialdad en su interior, desechando así a su vez la calidez y alegría que en otro tiempo supieron aprovechar.

La desolación en las calles del pueblo de aquella heladora Nochebuena de 1939 era sin duda el fiel espejo del interior de la gente. Vagaban por ahí como si les hubieran robado el alma, porque quien más y quien menos había perdido a alguien.

Las batallas no llegaron a Lastilla y ningún frente tuvo lugar allí, con lo cual ni siquiera escucharon los ensordecedores estruendos de las letales bombas, pero aun así, muchos hombres del pueblo y los alrededores se unieron a la lucha y también muchos de esos paisanos murieron en aquellos frentes como si de animales se tratase. Muchas esposas se quedaron viudas y algunas madres huérfanas de sus propios hijos, algunos de aquellos hombres volvieron a casa pero ya nunca serían los mismos, muchos de ellos tuvieron que luchar o incluso matar a amigos, conocidos y hasta hermanos que luchaban en el bando contrario, sangre de su propia sangre, estaba muy claro que era una carga muy pesada que deberían soportar hasta el resto de sus días.

Cuando la guerra terminó, se impuso una dictadura en el país y aunque el fin de la lucha suponía cierto respiro para la gente de Lastilla, no se dieron cuenta entonces que los nuevos tiempos no iban a ser mejores, ahora sabían muy bien que el hambre había penetrado ya incluso en los hogares que antes de la guerra no tenían esa necesidad.

Aquella Nochebuena, Eugenia y Pablo junto a toda la familia habían degustado una escasa cena navideña que aún lo habría sido más si no hubiera sido gracias a las habilidades de Eugenia.

Los niños ya se habían acostado como también sus abuelas, y Palmira y Eusebio se habían retirado con los chicos hacía ya un rato. Pablo miraba enternecedoramente a Eugenia, a la vez que ambos se calentaban las manos con el crepitar del fuego.

—Oye, cariño, ¿y de dónde has sacado las raciones de pan? En la cartilla sólo nos corresponde…

Eugenia le devolvió la mirada dulcemente.

—Pues una que sabe apañárselas.

Le dijo Eugenia con picardía.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me cuentas el secretillo ese?

—Bueno…, está bien. Te lo diré. Es de lo que saco de vender tu ración de tabaco de la cartilla. Lo he ido guardando y he podido comprar algo más de pan junto con la cartilla de tu madre y la mía.

—¡Madre mía! No sabía yo que eras tan buena comerciante.

—¿Ah, no? A lo mejor no lo sabes todo sobre mí.

—¿Cómo qué no?

Rieron a gusto los dos y Eugenia se acercó para darle un gran beso a su marido, siempre le había querido mucho y lo seguía haciendo, él era distinto a los demás y ella siempre lo supo, por eso sabía que sólo él la comprendía de verdad, quizá su vida era muy normal o muy tranquila, pero para ellos era más que suficiente, el respeto mutuo que se daban les hacía ser muy fuertes incluso en aquellos momentos de grandes penurias.

Recién comenzado el año nuevo, en aquella fría mañana de enero, Eugenia ya muy temprano comenzaba a lavar la ropa en las heladas aguas del río.

Mientras veía el reflejo de su pálida cara blanca y su aspecto ya algo canoso en las cristalinas aguas, pensaba en todo lo acontecido hasta el momento.

Sin darse ni siquiera ni cuenta, las lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas cuando recordaba a su mejor amiga María. Después de la guerra, Pablo intentó indagar sobre listas de bajas y papeles por el estilo pero jamás hubo respuesta, ni el nombre de Esteban ni el de ella aparecieron por ningún sitio, así que quedaron desaparecidos, aunque Eugenia tuvo la intuición de que nunca volverían a saber que fue de ellos, pero el recuerdo era algo que nadie podría quitarle y eso era lo que ahora hacía, recordar a María.

También estaba muy preocupada por Federico, tampoco tenían noticias suyas, aunque pensaba que estaba vivo, sólo que no querían desvelar su situación, a Pablo le habían dado más esperanzas sobre él.

Al mediodía, mientras Eugenia, Josefa y Concha terminaban de preparar la comida, Rogelio ya había vuelto de la escuela y esperaba impaciente que sus hermanas Benita y Amparo regresaran de la escuela de niñas. Las mayores trabajaban de sirvientas en el pueblo de

al lado, al terminar la guerra todo salario fue poco para combatir el hambre que se hacía todavía mayor con la escasez de alimentos que tenían.

Benita y Amparo entraban apresuradamente por la raída puerta de la entrada y Benita se dirigió rápido hacia su madre con una carta que llevaba en la mano.

—¡Madre, madre! Nos ha dado el cartero esta carta para usted. El remite es del tío Federico.

Eugenia dejó de inmediato a Josefa y Concha con el puchero y se acercó a su hija.

—Benita, ¡corre! Abre la carta. ¿A ver qué dice?

La educación era algo que llegó tarde para Eugenia, pero se sentía muy orgullosa de que sus hijos hubieran podido aprender, aunque sólo fuera las cuatro reglas, y Benita era, sin duda, una alumna sobresaliente en la escuela. Con sólo diez años dominaba todas las materias que le habían enseñado y su maestra le había dicho en alguna ocasión a Eugenia que Benita era una alumna ejemplar.

—"Querido hermano y cuñada:

No he podido escribiros antes, pues con la contienda no he podido hacerlo. Sé que habéis estado muy preocupados y os pido perdón por ello, pero lo importante es que ya no os causaré más disgustos, porque estoy perfectamente y ya podéis localizarme de brigada en la dirección de antes."

Eugenia interrumpió a su hija.

—¡Gracias a Dios! ¡Está sano y salvo!

—Pone más cosas, madre. ¿Continúo?

—¡Ah! Sí, claro, hija, sigue leyendo, que lo haces muy bien, cariño.

Benita terminó de leer la carta en la que además explicaba que podría volver a colocar a los chicos y las chicas mayores en Zaragoza y que tenía muchas ganas de verlos.

Federico no quiso preocupar a su familia y sólo les explicó eso, pero en realidad lo había pasado francamente mal, durante la contienda tuvo que luchar junto a los suyos sin tregua, pero en el momento más inoportuno fue sorprendido y apresado en el campo por anarquistas que le obligaron a luchar con ellos, y después cuando su propio ejército lo liberó, ellos mismos lo encarcelaron y le quitaron su categoría de brigada hasta que, al terminar la guerra, ya por fin lo soltaron y le devolvieron su puesto.

Federico también había sufrido un gran calvario al igual que María, pero él tuvo la suerte de salir con vida de todo aquel infierno que tuvo que soportar, por ello decidió que su familia ya había sufrido más que suficiente y decidió así ocultarles la verdad para evitar que tuvieran que cargar con más sufrimiento todavía sobre sus espaldas.

Aquel día, con la alegría de las buenas noticias de Federico, toda la

familia se sintió feliz, aunque el estómago siguiera medio vacío.

40

Un mes después, el viento soplaba fuertemente sobre los verdes campos de trigo y por fin el sol asomaba, dejándose ver en un cielo coloreado intensamente de un azul muy claro.

Benita miraba a sus abuelas aquella tarde totalmente entusiasmada, sospechaba que algo tramaban las dos que intentaban ocultarles a ella y sus hermanos.

Josefa se colgó alrededor del cuello un crucifijo y cogió una cesta de mimbre vacía, bajo el brazo, después se disponía a marcharse cuando se acercó Benita.

—Abuela, ¿a dónde va con ese crucifijo?

—A la iglesia, a rezar, hija, luego vendré.

—¿Y la cesta? ¿No lleva nada en la cesta?

—No…, es que es del sacerdote y se la voy a devolver.

Eugenia se apresuró a decir.

—Sí, Benita, me la quedé por despiste con la ropa y tu abuela se la va a devolver.

Benita no se quedó muy tranquila con aquella explicación, estaba claro que algo no cuadraba y, menos aún, cuando salió a la calle a jugar y vio a su abuela Concha que montaba en una burra y se alejaba por el camino. Algo extraño había, jamás había visto a su abuela Concha acercarse siquiera a una burra, así que decidió preguntar por todo ello a su madre.

Eugenia sujetaba la pesada plancha de metal mientras iba alisando con ella las impecables batas blancas del doctor cuando vio aparecer a Benita por la puerta.

—¿Qué quieres, hija? No me entretengas que tengo que terminar esta ropa y subírsela al doctor. ¿Por qué no vas a jugar fuera con tus hermanos o tus primos?

—Es que… No entiendo…

—¡Ay, niña, habla de una vez!

—¿Por qué las abuelas hacen cosas tan raras?

Eugenia observó sorprendida a su niña.

—¿Raras? ¿A qué te refieres?

—Pues que la abuela Josefa se ha llevado una cesta vacía…

—Pero eso ya te lo he explicado antes, Benita.

—No sé, es que me parece raro.

Eugenia esbozó una pequeña sonrisa, sabía lo lista que era su niña y decidió contarle la verdad.

—Mira, Benita, ya sabes bien la necesidad que tenemos en casa.

Hacemos todo lo que podemos, pero en estos tiempos no es suficiente. Tus abuelas sólo intentan ayudarnos para que tú y tus hermanos podáis comer algo y tu abuela Josefa se ha ido a pedir para ello.

—¿A pedir? ¿Y el crucifijo? ¿Y la cesta? ¿Para qué se lleva todo eso, madre?

Eugenia dejó la plancha y se acercó a Benita y, agachándose, cogió su delicada carita con ambas manos.

—Cariño, el crucifijo es para pedir caridad cristiana, y la cesta para que le den un poco de pan para nosotros.

Benita miró tristemente a su madre.

—Y entonces si le dan pan a la abuela. ¿Qué comerán ellos?

Eugenia vio entonces la inocencia en los ojos de su hija.

—No te preocupes por eso, a mucha gente a la que va a ir tu abuela a pedir, le sobra mucho pan para darnos, por desgracia nosotros estamos más necesitados que mucha otra gente que ni siquiera sabe lo que es.

Benita se quedó sorprendida ante las palabras de su madre.

—Mira, Benita, ahora quizá no lo comprendas, pero nosotras venimos de la más mísera pobreza y hay gente que vive en otro mundo porque jamás sabrá lo que es, ojalá no tuvierais que pasar una pizca de hambre, pero desgraciadamente es algo que ni tu padre ni yo, ni tampoco tus abuelas, estamos en manos de decidir.

Benita se quedó estupefacta.

—Madre, aunque usted piense que soy todavía pequeña para comprender esto, sé que lo que hacen las abuelas es algo que está bien.

Eugenia miró fijamente a su hija.

—¿Las abuelas?

—Sí.

—¿Dónde ha ido la abuela Concha?

—No sé, madre, yo sólo la vi salir con la burra por el camino, nunca la había visto montar en burra.

Eugenia comprendió al instante que su madre había ido a mendigar pan por los pueblos de al lado al igual que Josefa por Lastilla, entre las dos habían debido llegar a tal acuerdo ya que Concha en el pasado sabía montar. Sin embargo, Eugenia sabía que su madre estaba ya muy mayor y que sus anteriores altercados montando en burra no eran un buen principio, aun así tuvo que quedarse allí esperando impaciente su regreso.

Pablo también llegó tarde aquel día y al hacerlo vino junto a Eusebio, traían ambos en una carreta que le habían dejado a Eusebio a Concha llena de arañazos y medio inconsciente. Ya estaban todos en casa cuando ocurrió aquella fatalidad, Concha se había caído bruscamente de la burra y la había encontrado Pablo medio aturdida.

Salieron con premura para avisar al doctor que llegó rápidamente.

Eugenia, muy nerviosa, le preguntó:

—¿Es grave, doctor?

—Eugenia, cálmese. No tengo un buen pronóstico para ustedes.

—Diga, ¿qué le ha pasado a mi madre?

—Ha sufrido una parálisis interna desde la cintura hasta los pies.

—¿Parálisis?

—Sí, quiero decir que no hay remedio. Se ha quedado paralítica. Ya no volverá a andar.

—¡Oh, Dios mío!

—No puedo hacer nada más por ella, lo siento de veras.

Eugenia abrazó a Pablo y después le ayudó a acostar a Concha, los demás se fueron tristemente y ellos se acostaron también, Eugenia sabía que sería difícil dormir aquella noche pero al día siguiente Pablo volvería al monte con sus ovejas y ella a sus tareas habituales, porque por mucho que les pesara la vida tenía que continuar.

41

El letargo de un durísimo invierno despertaba ahora a un florecer de vivos coloridos que traía la alegría de la primavera de 1940. Los bellos paisajes se iluminaban ahora con un sol radiante que incitaba a abrir todos los sentidos, también invitaba en todo su conjunto a sentir la esperanza, aquella que tantos habían perdido y la misma que debía acabar con la angustia de tanta gente que aquellos estremecedores momentos estaban otorgando.

El hambre y la miseria habían poblado los hogares de Lastilla, llevándose casi siempre a los pequeños más desafortunados. La desnutrición había hecho aumentar la mortalidad de tal manera que era mayor incluso que antes de la guerra y los alimentos escaseaban cada vez más.

Hacía ya unos dos meses que Concha se había quedado postrada en una silla para el resto de sus días. Su vida transcurría sentada un día tras otro en una de las viejas sillas de madera de la estancia que todos compartían, y cambiando aquella astillada silla que le dejaba la espalda más tiesa que una tabla por el apelmazado colchón de lana en el que por la noche dormía. Su fuerte carácter del que alguna vez había hecho uso con su mal genio en el pasado, sobre todo con aquellas impertinencias que solía tener Alfredo o incluso las veces que siendo Eugenia una chiquilla había sido arisca con ella o le había echado alguna que otra reprimenda, volvía ahora a Concha convirtiéndose en un mal humor hacia los demás y reprochándose también así su propia desgracia. Siempre había sido una mujer activa y ahora con su invalidez se sentía totalmente una inútil, incapaz de hacer nada por sí misma, incluso sus nietas tenían que levantarla del suelo cuando se caía de la silla, para Concha la ilusión por las cosas se había desvanecido, ya sólo formaba parte de pequeños momentos de su pasado.

Todos sufrían del mal humor que tenía ahora Concha, pero lo aceptaban porque entendían lo mal que ella se tenía que sentir, aun así, Josefa le hacía mucha compañía, ya que Pablo y Eugenia se pasaban el día fuera rascando por aquí y por allá un poco de pan para poner en su mesa.

Benita acompañaba ese soleado día primaveral a su madre a comprar un cerdo a una de las granjas del señor Ordóñez. Benita miraba atónita, además de entusiasmada, a Eugenia, sus padres nunca habían tenido un cerdo y no se explicaba qué habría hecho su madre para poder pagarlo, así que mientras subían por las estrechas y

empedradas calles del pueblo, Benita comenzó a preguntarle.

—¿Madre?

—Dime, hija.

—El señor Ordóñez es el señor para el que trabaja padre. ¿No?

—Claro, hija, a tu padre le paga sesenta fanegas de trigo por llevarle el rebaño de ovejas a pastar todos los días.

—¡Ah, ya! ¿Y ese cerdo que nos vamos a llevar también se lo da el señor Ordóñez a padre?

Eugenia sonrió tristemente a su hija.

—No, cariño, claro que no, se lo tenemos que pagar nosotros.

—Ya lo imaginaba, pero es que el señor tiene muchos animales y también tiene campos de trigo. ¿Verdad, madre? ¿Qué más le dará un cerdo menos?

Eugenia miró a su hija y vio en ella un alentador futuro, veía a una niña muy lista y deseaba que su porvenir fuera mejor que el suyo propio.

—Benita, mi amor, por supuesto que le da igual un cerdo menos, pero los ricos son así y de momento no podemos hacer nada para cambiar eso.

Benita asintió y siguieron caminando, pero un momento después volvió a preguntar a su madre.

—Madre, entiendo lo que me ha dicho usted.

—Me alegro, hija, me alegro de que lo entiendas.

—Pero…

—Pero ¿qué?

Benita miró a su madre a los ojos.

—Entonces, ¿de dónde han sacado el dinero?

—¡Ay, hija mía! Pues de todo un poco, de las tareas que hace tu padre mientras pastan sus ovejas, de la ropa que yo lavo, pero en realidad, si te refieres al dinero con el que voy a pagar el cochino, es del tabaco.

—¿Del tabaco? Pero si padre no fuma.

—Por eso mismo, hija, como tu padre no fuma, yo compro igualmente el tabaco con la cartilla de racionamiento…

—¿Y para qué?

Eugenia posó una mano sobre el hombro de Benita.

—Pues porque luego lo vendo por un poco más de lo que lo he comprado a los señores del pueblo que sí que fuman y que no tienen suficiente con la ración que pueden comprar de sus cartillas.

—Vaya, madre, me enseña usted muchas más cosas de las que aprendo en la escuela con la maestra.

—No sabes lo que me gusta que me hables así.

Benita sorprendió a su madre rodeándola con sus brazos y dándole un gran beso en su mejilla.

Compraron el cerdito y de vuelta a casa, mientras Eugenia lo llevaba en su regazo tan contenta como una niña, Benita la miraba a la vez que la escuchaba con admiración.

—Sabes qué vamos a hacer con este cerdito, Benita.

—Supongo que criarlo.

—Claro, y engordarlo, y así cuando llegue noviembre haremos la matanza el día de San Martín.

—Y… ¿dará comida para mucho tiempo, madre?

Eugenia soltó una carcajada a la que su hija le hizo eco.

—Por lo menos, hija mía, nos dará comida para el próximo invierno.

—¿Tanto da un cerdo, madre? Como nunca hemos tenido uno…

—Sí, hija, da para mucho. Mira, podemos sacar morcillas, lomo, chorizo, jamón… Para muchos meses de frío.

—Pues sí que ha acertado usted con la compra del cochino.

—Claro que sí, hija, ya verás como el próximo invierno no vais a comer sólo caldo y pan.

Se sonrieron mutuamente y siguieron caminando hasta llegar a casa con la nueva adquisición.

Eugenia estaba orgullosa de todos sus hijos, la bondad era una virtud que tenían todos ellos, sin embargo, Benita era todavía más generosa que sus hermanas y hermano, ninguno se había ofrecido a acompañarla aquella mañana de sábado excepto Benita, que prefirió dejar sus juegos junto al río e irse con ella, Eugenia sabía muy bien la curiosidad que tenía la niña por todas las cosas, sabía lo inteligente que iba a ser y era para ella especial.

Aquella tarde mientras todos jugaban y correteaban por las calles, o se acercaban a tirar piedras al río, Benita hacía de niñera del nieto del médico, llevaba ya cuidando de aquel niño más o menos el mismo tiempo que llevaba su abuela Concha inválida y lo poco que le daban por ello a Eugenia, contribuía igualmente a que la necesidad que sufrían en casa fuera un poco menos de lo que ya era. Benita hacía aquel trabajo de buen gusto, porque aparte del beneficio que sacara su madre, ella sabía muy bien lo malo que era el dolor de estómago cuando estaba vacío y así, a los habituales pucheros que solía hacer el niño cuando Benita le daba la sopa, decidió un día que si él no la quería a ella le hacía más falta y desde ese día, Benita, ahora, todos los sábados cenaba caliente.

42

A l día siguiente un resplandeciente sol hacía penetrar sus imponentes rayos a través de los grandes ventanales de la iglesia románica del pueblo.

Era mediodía y todo el pueblo se congregaba allí el domingo para escuchar el sermón del sacerdote. Mientras todos escuchaban silenciosos, Benita se aburría eternamente con aquellos sermones y sólo esperaba que la eucaristía terminara; mientras, se entretenía observando aquel edificio de tan vieja construcción, y del que las astutas cigüeñas habían hecho allí su hogar.

Después de la misa, Eugenia volvía a casa a preparar la comida y a ver a su madre y a Josefa que se había quedado a su cuidado, a la vez que conversaba amigablemente con Palmira que se disponía a hacer lo mismo. Las niñas y los niños se habían acercado al río a jugar un rato, pero Benita prefirió unos momentos de tranquilidad y se sentó bajo la frondosa encina de la plaza que le proporcionaba una buena sombra en un día tan soleado como era aquél. Comenzó a leer un libro de aventuras que le había prestado la maestra y se encontraba tan ensimismada en él, que no se percató de que alguien la observaba detrás.

Su primo Teodoro, que tenía ahora trece años, tres más que Benita, se hacía mayor y se empezaba a aburrir con aquellos juegos de niños, así que, como conocía muy bien a su prima, sabía que con ella no tendría tiempo para el aburrimiento y decidió buscarla allí donde suponía que la iba a encontrar.

Benita estaba tan absorta que se dio un gran susto cuando Teodoro puso sus manos sobre los ojos de Benita a modo de venda.

—¡Ah!

Benita se volvió de inmediato.

—Teo, me has asustado. ¿Sabes?

Teodoro se rio alegremente.

—Sólo era una broma, Benita, no te enfades.

—Ya, pues la próxima vez vienes como las personas normales, que me has pegado un susto de muerte.

Los dos primos se miraron tiernamente.

—Está bien, Benita, te haré caso. ¿Qué es eso que lees?

—Me lo ha prestado la maestra, toma pero trátalo bien que se lo tengo que devolver.

—A ver, «Viaje al centro de la tierra».

—¿Te gusta? Es de aventuras.

—¿Qué aventuras? ¿Como las del oeste?

Benita se quedó un momento pensativa.

—Bueno… No exactamente, si quieres te cuento de qué va la historia…

—Sí cuéntamelo, parece entretenido, por el título digo.

Benita se alegró enormemente de que su primo quisiera escucharla, ya que a nadie en su casa le interesaban aquellas historias, más bien les interesaba meterle en la cabeza que en poco tiempo saldría de la escuela para trabajar al igual que un día hicieron sus hermanas y Benita sentía una enorme pena al pensarlo porque después de todo, le encantaban los libros. Relató aquella historia a su primo Teodoro con gran ilusión y él escuchó atentamente casi sin parpadear de lo interesante que le parecía, tanto fue así que terminaron leyendo juntos aquel libro de aventuras.

Cuando volvían a casa sobre la hora de la comida charlando y riendo sin parar, Teodoro se detuvo de repente y Benita al verlo hizo lo mismo.

—¿Pasa algo, Teo?

—Yo quería decirte algo, Benita.

—Bien, dime lo que sea.

Teodoro miró un momento hacia el suelo y luego levantó la mirada hacia ella.

—Mi padre me ha dicho esta mañana que cuando termine este año la escuela, ya no volveré a ir más.

—¿Y por qué no, Teo?

—Bueno, ya sabes que este verano cumpliré catorce años y entonces me pondrán a trabajar.

—¿Qué vas a ser campesino como los tíos o burrero como tu padre?

—No, nada de eso.

—Entonces ayudarás a mi padre con el rebaño. ¿No? ¿Es eso?

Teodoro miró a su prima con tristeza.

—Me van a mandar lejos de aquí, a Zaragoza con el tío Federico.

—Bueno, mis hermanas Gloria y Milagros trabajan allí sirviendo, no puede ser tan malo. ¿No? Además tu hermano Martín también está allí.

—Sí, precisamente voy a trabajar en la misma fábrica de zapatos que lo hace Martín. Pero es que a mí me gusta esto y además me asusta vivir en una ciudad tan grande comparado con nuestro pequeño pueblo.

Benita rozó dulcemente con su mano derecha la mejilla de su primo Teo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo iba a echar de menos.

—Teo, tú eres un chico listo y te adaptarás fácilmente allí, lo que sí

que de verdad creo es que te echaré mucho en falta.

—Yo también a ti, Benita, yo también.

Teodoro se acercó a Benita y le dio un tierno beso en una de sus sonrosadas mejillas y siguieron caminando hasta llegar cada uno a sus respectivas casas.

Benita pensaba que Teodoro se quedaría a trabajar allí en el pueblo, con sus tíos en el campo quizás, pero en Lastilla el cultivo del trigo había disminuido bastante después de la guerra, y los mozos jóvenes debían aventurarse y salir a trabajar fuera, a las ciudades. Benita tenía una mentalidad muy abierta para su edad, y ya los juegos de niños le empezaban a parecer poca cosa, aunque en realidad pensaba que una travesura de vez en cuando no estaba mal, pero de todos modos con quien realmente se divertía a la vez que podía contarle lo que quisiera era con su primo Teodoro, él era su compañero de juegos de verdad y a partir de ahora se iba a sentir demasiado sola quizá.

Aquella tarde de domingo, Benita había cogido a su hermana Amparito de la mano y le había invitado a dar un paseo con ella. Amparito, a pesar de tener doce años, y ser dos mayor que Benita, siempre acababa haciéndole caso a todo lo que le pedía. Las dos vestían viejos vestidos usados ya por sus hermanas mayores y Benita llevaba unas trenzas muy graciosas en el oscuro cabello que tenía, seguramente heredado de su padre. Amparito tenía el cabello un poco más claro que su hermana pero lo que sí tenían en común era su baja estatura. Benita seguramente ya no crecería mucho más y su hermana casi había completado la etapa de mayor crecimiento en los niños, así que la mínima altura que adquirirían las iba a acompañar para el resto de sus vidas. A los niños ricos no les ocurría lo mismo ya que tomaban leche y azúcar diariamente, excepto en tiempos de guerra que sólo se podían beneficiar de aquellos lujosos alimentos los que se encontraban enfermos.

Benita pensaba muchas veces cómo sería el sabor de la leche, había pasado ya varios años sin probarla y ansiaba tomarla de nuevo alguna vez, si pudiera.

Ahora con Amparito de la mano se habían detenido frente a una tapia que separaba el huerto del que se beneficiaba un día sí y otro también el sacerdote que aquella misma mañana les había sermoneado en misa.

Amparito miró incrédula a su hermana.

—¿No estarás pensando lo que yo creo, Benita?

—¿Y qué crees que pienso?

—No, esto es propiedad privada del cura, no irás a...

Benita miró pícaramente a Amparito.

—Estoy harta de oír replicar a mi barriga y al cura le sobra de todo

eso.

—No podemos hacerlo, Benita. ¡Estaríamos robando! Y, además, ¿cómo piensas pasar la tapia?

—Pues saltando, cómo quieres que lo haga si no. ¿Se te ocurre algo mejor? Además esto no es robar, sólo cogeremos las frutas que haya esparcidas por el suelo, esas las tiran, así que… ¿qué más le da al cura?

—Di lo que quieras, pero al fin y al cabo es robar.

—Ay, hermanita, parece mentira que pases hambre. ¿No vamos con madre a rebuscar las patatas podridas que dejan tiradas por el campo?

—Pero eso es distinto, no hay una pared de por medio.

—Bobadas, anda, ayúdame.

Benita se arremangó el vestido hasta las rodillas y trepó la tapia como una serpiente, hasta llegar arriba.

—Amparito y de esto a madre ni palabra.

—Que sí, que sí, pero ves rápido, Benita.

Benita saltó la tapia y al caer se hizo un buen escorchón en una rodilla, pero no había tiempo que perder para lamentaciones y comenzó a llenarse el bolsillo del delantal que llevaba sobre su vestido de peras, manzanas y ciruelas, todo lo que iba encontrando por la tierra mojada del huerto que había caído de los árboles. Cuando creyó que tenía suficiente volvió a pasar la tapia, pero esta vez con el delantal lleno de fruta y, al otro lado, su hermana que la esperaba con impaciencia, la ayudó apresuradamente y salieron de allí lo más deprisa que fueron capaces de correr. Un rato después, las dos escondidas en el bosque, charlaban y reían a la vez que degustaban después de mucho tiempo, aquellas exquisitas frutas.

43

Un nuevo día había despertado en Lastilla, el tímido sol primaveral sobresalía apareciendo con sus finos destellos sobre los tejados de las casas y hacía brillar fugazmente los tonos amarillos de alguna de sus fachadas. La gente volvía a emprender sus tareas un día más, el molino harinero ya estaba en marcha al igual que los campesinos hacía horas que trabajaban los verdosos trigales y Pablo a su vez se encontraba cosiendo alpargatas mientras el rebaño pastaba, pero lo que ya conocían como habitual eran las largas colas en la panadería, allí estaba Eugenia esperando su turno con la cartilla de racionamiento, deseando tener pronto su ración de pan para poder seguir con sus labores cotidianas, siempre había pasado hambre pero ahora era algo extremo y ya sólo le quedaba la esperanza de que aquel cerdo que había comprado, les diera suficiente carne el próximo invierno.

Benita y Amparito caminaban juntas hacia la escuela de niñas que se encontraba al lado de la plaza, un poco detrás de la gran encina, no era un edificio demasiado grande pero sí lo suficiente para poder albergar al otro extremo la escuela de niños donde acababan de dejar a su hermano Rogelio.

Entraron las dos por la gran puerta del edificio y vieron a la maestra allí como si estuviera esperándolas a ellas.

—Buenos días, señorita —dijeron las dos al unísono.

—Buenos días, niñas, pasen a clase.

Benita y su hermana entraron en la clase sin rechistar pero sabiendo por el rostro de la maestra que algo no demasiado bueno ocurría.

La maestra entró detrás de ellas.

—Quédense ahí mismo, junto a la pizarra.

Benita, que no salía de su asombro, le preguntó:

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Por qué no nos deja ir a nuestro pupitre? Todavía no es la hora, hemos llegado puntuales.

—¡Silencio, Benita! Vamos a esperar a que lleguen las demás unos instantes.

El pánico aterrorizó de repente a Benita; la mirada inquisidora de la maestra no le había gustado nada a pesar de que ella fuera su mejor alumna, así que Benita empezó a sentir miedo de verdad al pensar que alguien podía haberles visto el día anterior en el huerto del cura.

La maestra se dirigió al resto de compañeras, señalándola a ella y a Amparito con aquella vara que había sobre su mesa y que cogía

siempre que algo no le gustaba.

—Niñas, ahora me van a prestar atención. Sus compañeras, ayer por la tarde, estuvieron robando fruta del huerto del sacerdote, quizá al ser niñas no sea un delito tan grave, pero sí para un merecedor castigo y también para aprender la lección de que no se debe coger lo que no es tuyo. Así que por mucha hambre que tengan ustedes, jamás, y digo jamás, se les ocurrirá hacer lo mismo que a sus compañeras y a ellas no se les ocurrirá repetirlo en toda su vida. ¿Verdad?

—Sí, señorita —dijeron Benita y Amparito.

—No lo he oído bien. ¿Me lo pueden repetir?

—¡Sí, señorita! ¡No volveremos a hacerlo! —dijeron las dos a la vez.

—Está bien, niñas. Ahora las dos de rodillas contra la pared.

—¿Qué?

—Lo ha oído muy bien, Benita. De rodillas mirando la pared.

Benita pensó que en esos momentos lo mejor sería obedecer a la maestra sin rechistar siquiera y se arrodilló.

—Bueno, pues ahora pongan las dos los brazos en forma de cruz para arrepentirse del pecado que cometieron.

Hicieron caso las dos hermanas.

Acto seguido la maestra les puso varios libros a cada una en ambos brazos y les hizo quedarse así durante largo tiempo.

Cuando aquella misma mañana Eugenia llegaba a la sacristía de la iglesia para recoger la ropa, el sacerdote aguardaba su llegada con impaciencia.

Miró a Eugenia con el ceño fruncido.

—Eugenia, siéntese en esa silla, tengo que hablar seriamente con usted.

—Sí, por supuesto, dígame, ¿qué ocurre?

El sacerdote decidió hablarle sin más miramientos.

—Sus hijas Benita y Amparo estuvieron ayer por la tarde cogiendo fruta de mi huerto.

Eugenia se quedó boquiabierta y totalmente sorprendida.

—¡Oh! No puede ser verdad, mis niñas son muy honradas, al igual que sus padres, no harían algo así, lo sé.

El sacerdote era una persona con una rectitud implacable y podía haberles denunciado a la guardia civil incluso, pero muy en el fondo sabía apreciar la bondad de la gente, y la familia de las Heras había demostrado con creces su confianza, honradez y sacrificio por encima de muchas otras en Lastilla; por todo ello decidió que con un pequeño castigo que dejó en manos de la maestra sería suficiente para unas niñas, al fin y al cabo la comida no sobraba en casa de sus padres y el instinto de supervivencia es algo que todos llevamos en nuestro interior.

Sin embargo, debía contárselo a Eugenia; su madre debía saber todo lo que había ocurrido.

—Eugenia, sus hijas entraron en mi huerto, saltaron la tapia y salieron corriendo. Mi sirvienta vio cómo se alejaban y no las pudo coger, pero eran sus hijas, Eugenia, sin duda eran ellas.

—¡Oh, Dios mío, padre! ¡Yo no sé qué decir! ¡Jamás habría imaginado…!

Por unos momentos el sacerdote cambió su dura mirada por una más serena y apacible. Eugenia y su madre Concha llevaban encargándose de su ropa desde siempre, además lo hacían fabulosamente bien, por no decir que para él eran una familia ejemplar en el pueblo y ellas de las mejores feligresas que tenía, así que decidió que no debía ser demasiado severo con ella.

—Bueno, Eugenia, no se preocupe. Tampoco lo hicieron con malicia, son unas niñas al fin y al cabo.

Eugenia agachó la cabeza.

—Supongo que ya no querrá que lave sus ropas.

—No, Eugenia, quiero que lo siga haciendo, no hay que darle tanta importancia, yo sólo quería que lo supiera para que no lo vuelvan a repetir, pero la maestra ya les ha dado un buen castigo, usted puede seguir lavándome la ropa como lo ha hecho siempre.

Eugenia se arrodilló ante el cura.

—Gracias, padre, muchas gracias.

—Ande, levántese. ¡Por Dios! Vaya a coger el cesto y vaya, vaya con Dios.

Eugenia se apresuró a coger el cesto de ropa y salió de la sacristía, no sin entrar antes unos instantes en la iglesia para arrodillarse en el primer banco frente a la talla de la crucifixión de Jesucristo y rezar allí unas oraciones dando gracias al Señor por la benevolencia que ese día había tenido el sacerdote con ellos.

Por la tarde cuando Pablo volvió a casa decidió contárselo y aunque él no le dio tanta importancia puesto que las niñas pasaban un hambre tremenda a pesar de todos sus esfuerzos, prometió a Eugenia que hablaría con ellas.

Benita y Amparo escuchaban con atención a su padre, se habían pasado el día de rodillas y sosteniendo unas pesadas enciclopedias en los brazos que ahora ya ni sentían, pero aun así, escucharon atentamente a su padre y por fin cuando terminó, pudieron irse a descansar en su abultado colchón de lana. Una vez allí, tumbada, Benita no paraba de pensar en la vergüenza que le había hecho pasar la maestra delante de todas sus compañeras, porque recoger la fruta del suelo para poder comer no era nada malo, pensaba ella, poco a poco le invadió el sueño y se quedó dormida.

44

En Castilla, las fuertes nevadas todavía estaban por venir, por aquellas fechas era demasiado pronto, sin embargo estaba siendo un otoño bastante lluvioso y el agua bajaba por las calles haciéndolas resbaladizas a su paso.

Benita miraba con lástima a su madre aquella tarde lluviosa de octubre, mientras se calentaba las manos en el fuego frotándolas entre sí.

Josefa tejía al lado de Concha que le sujetaba el ovillo de lana y Eugenia, a su vez, hacía unos calcetines de lana gruesa para Pablo para que le abrigaran el próximo invierno; este año habían recogido más lana que el anterior puesto que Pablo llevaba alguna oveja más pero por el mismo pago de fanegas de trigo que antes. Cuando esquilaban las ovejas en primavera, toda la lana se la llevaba el señor Ordóñez para venderla a buen precio, pero la lana que era de mala calidad no se vendía, se tiraba, y Pablo la recogía y así las mujeres de la familia podían hacer mantas, algún que otro chal, jerséis o calcetines entre otras muchas cosas.

Eugenia estaba tejiendo esos calcetines muy apenada y notaba cómo Benita la miraba sin cesar con carita de preocupación.

Aquella mañana cuando las dos se acercaron al corral, vieron que el cerdo que esperaban que fuera su sustento durante los largos meses de invierno parecía muy débil, como si hubiera enfermado, y Eugenia se esperaba lo peor.

Un rato después, cuando Pablo entró en la casa, el rugido que dio la puerta al abrirse, hizo que todas levantaran la vista y Eugenia se levantó de un salto, dejó las agujas de coser sobre la silla y se acercó a su esposo.

—Hola, Pablo. ¿Cómo te ha ido el día?

Pablo levantó su brazo enseñándole tres perdices que había cazado.

—Bueno, pues no me ha ido mal. ¿No te parece? Se las llevaré al doctor mañana, a ver si saco un buen precio con ellas.

—¡No! Dale aviso y que venga él a buscarlas, como otras veces.

Pablo miró asombrado a su esposa.

—Bueno y… ¿por qué quieres que venga el médico? ¿Es que tiene tu madre algún dolor?

—No, qué va. Es el cerdo, parece que ha enfermado.

Pablo puso los ojos en blanco.

—¡Por favor, Eugenia! ¡Por un simple cerdo!

—Sí, por un simple cerdo que nos dará carne para todo el invierno.

—Está bien, daré aviso para que venga mañana, y ahora, vamos a cenar, Eugenia.

Al día siguiente Benita acompañó a su madre a echar de comer al cochino, pero cuando abrieron la portezuela del corral encontraron al animal tumbado, de lado y con los ojos cerrados.

Eugenia se acercó al animal apresuradamente.

—No puede ser… ¡No!

Eugenia vio cómo su hija la miraba expectante.

—Benita, se nos ha muerto, el cerdo se nos ha muerto.

Eugenia rompió a llorar desconsoladamente, no podía creerlo, había gastado sus ahorros y puesto demasiada esperanza en los alimentos que obtendría de aquel cerdo y ahora ya no tendría nada de eso, se le había muerto el cerdo y con él, todas sus esperanzas de dejar atrás el hambre durante el frío invierno.

Benita nunca había visto llorar a su madre, ni siquiera cuando sus hermanas partieron a Zaragoza, y no sabía muy bien cómo reaccionar, así que decidió acercarse a ella y consolarla.

—Madre, no se preocupe, el invierno pasado tampoco comimos cerdo y aquí estamos. ¿No?

Eugenia le dijo entre sollozos.

—Lo sé, hija, pero este invierno iba a ser diferente, yo no quiero que paséis más penurias.

Benita miró dulcemente a su madre.

—Ya lo sé, madre, pero no podemos hacer ya nada. Oiga, madre. ¿A lo mejor puede aprovecharlo usted igual?

—Benita, hija, no es lo mismo cuando se hace la matanza, el animal está sano y se aprovecha todo de él, pero así puede tener algo que nos haga enfermar a nosotros. ¿Sabes?

—Ya. Bueno, madre, no se preocupe más.

Aquella tarde cuando Pablo le vendió las perdices al doctor, Eugenia le puso al corriente de lo acontecido por si podían aprovecharse de alguna parte del animal, pero el doctor les dijo con insistencia que no lo hicieran porque ellos mismos podían contagiarse de alguna enfermedad que pudiera transmitirles al comer su carne.

Un rato después, Benita observaba cómo su padre prendía al cerdo en una pequeña hoguera haciendo caso a las advertencias del doctor. Benita miraba a su madre que a su vez observaba la escena tristemente y pensaba que la marcha de su hermana Amparo hacía tan solo un mes a Zaragoza, les había dejado a sus padres una boca menos que alimentar y a lo mejor se notaría.

Benita se encontraba ahora demasiado sola, con la partida de su primo Teodoro y la reciente marcha de Amparo, los días se le hacían más largos. Durante el buen tiempo siguió cogiendo fruta con su

hermana pero en vez de ir al huerto del cura, lo hacían en el del médico, sabían que no estaba bien y que si les pillaban otra vez el castigo sería más severo, pero el ronroneo constante de sus estómagos vacíos, hacía que fuera algo que no pudieran evitar, así que siguieron cogiendo fruta en huertos ajenos pero con mayor cautela que la primera vez. Echaba de menos la compañía de Amparo, se encontraba muy unida a ella y también añoraba sus charlas con Teodoro, así que prefería pensar que dentro de nada sería ya otra vez Navidad y volvería a verlos, además en ese momento, era más importante el consuelo que le debía a su madre.

45

Benita calentaba sus menudas manos del color de la leche junto al ardiente fuego, que alimentaba el puchero que su madre tenía allí cociendo para la esperada cena de Nochebuena. Vestía una falda color gris claro y un jersey de lana rojo que conjuntaba con unos calcetines blancos también de lana gruesa y unas alpargatas bastante desgastadas ya por el uso. Compartía con Amparo una manta de lana color crema que el verano anterior había confeccionado Eugenia y ahora que el frío apremiaba, les venía muy bien usarla.

Las dos habían arrimado las viejas sillas al fuego y se miraban contentas de estar juntas de nuevo. Benita estaba entusiasmada con la vuelta de Amparo, que le habían dado unos días libres por Navidad en la casa que servía, por el contrario a sus hermanas Milagros y Gloria no les habían dado permiso, porque tenían que encargarse igual de servir a los señores y a sus invitados en aquellas fechas y Benita sabía muy bien que notaría su ausencia. Sin embargo, estaba encantada de que Amparo hubiera vuelto, la había echado mucho de menos esos meses al igual que a Teodoro, que también había vuelto; en unos meses su primo había pegado un estirón enorme y también había madurado bastante, Benita suponía que la ciudad debía de ser la causa de tal cambio. Su tío Federico también se encontraba con ellos esa Navidad, Benita hacía ya muchos años que no le veía y prácticamente no lo recordaba, pero al verlo ahora tal como hablaba, le pareció un buen hombre, alegre y divertido sin duda.

Benita no paraba de hacerle preguntas a Amparo, le fascinaba saber cosas de la ciudad, ella nunca había salido del pueblo y todo aquello le parecía algo fabuloso.

—Amparo, ¿y cómo son las casas allí?

—Pues muy grandes, Benita.

—¿Más que la del médico o la del señor Ordóñez?

Amparo se quedó unos instantes pensativa.

—No sé cómo decirte, aquí las de los señores son muy grandes también, pero allí…, son más altas quizás.

—Y… ¿hay muchos coches?

—Sí, de caballos, bueno hay alguno de motor como el del médico, pero no muchos, esos sólo los tienen los ricos muy ricos, tú ya me entiendes. Pero bueno, ya tendremos tiempo de hablar de todo eso, que yo quiero que me cuentes eso de la función de esta tarde hermanita.

Benita se sonrojó un poco sus mejillas ya coloreadas.

—Pues es sólo que me eligió la maestra para recitar unos versos muy bonitos.

—¿Y te parece poco? Tendrías que estar muy contenta, Benita.

—Y lo estoy.

Amparo miró a su hermana de arriba abajo.

—A ver, Benita. ¿Qué te vas a poner? Porque con esa facha que llevas no pensarás salir delante de todo el pueblo. ¿No?

—¡Ah! No, no. La maestra se ha encargado de hacerme unas alas preciosas de ángel que me colgará a la espalda, y madre le ha pedido un vestido a la esposa del doctor.

—Anda, ¿y te lo ha dejado?

—Sí, claro, siempre que se lo devolvamos en buen estado y limpio, por supuesto.

—¿Y cómo es el vestido? ¿Ya lo has visto?

—Sí, sí, está en casa ya preparado. Es de una tela finísima, de un color rosa pálido precioso, bueno, hermanita, vamos a la habitación y te lo enseño.

Entre unas risas y otras Benita y Amparo se fueron a la habitación a ver el vestido, aunque en realidad lo más importante de todo era lo bien que se sentían las dos ahora, unidas otra vez, como los añorados tiempos pasados.

Para Eugenia había sido un día muy ajetreado, no había dejado de cumplir con sus labores cotidianas y además había preparado ya una escasa cena, pero suficiente para llenar todos los platos de los que aquella Nochebuena de 1940 se congregarían alrededor de su mesa. Desde primera hora de la mañana se había ido andando entre la nieve a lavar la ropa al helado río que le dejaba los dedos de las manos totalmente entumecidos, luego había vuelto a casa para ocuparse de las tareas del hogar, de los niños y también de Concha, ahora se ocupaba ella de asearla y vestirla, Josefa estaba ya muy mayor para esas tareas, y todavía después, había planchado la ropa, preparado la comida y luego por la tarde la cena, que ingeniándoselas de la mejor manera que sabía había encontrado suficientes patatas para todos, que había hervido después y que aún podría acompañar con un trozo de pan con sebo. Ahora se encontraba ya en la escuela y, junto a la maestra, colocaba a Benita sus alas de ángel. Todavía se preguntaba cómo habría conseguido hacer cena para toda la familia, le parecía imposible haberlo hecho y aun así seguía lastimándose todavía ahora por las buenas intenciones que tuvo con aquel cochino que se le murió. Aquel día lloró como una niña delante de su hija Benita y ahora sentía una gran vergüenza al recordarlo, pero de todos modos se seguía culpando por ello, pensaba que si lo hubiera alimentado algo mejor dentro de sus posibilidades, a lo mejor ahora podían haber cenado como señoritos y no unas desustanciadas patatas hervidas que

no les quitarían el hambre.

En ese momento se fijó en Benita y decidió dejar de torturarse por aquello, su hija estaba preciosa y era para ella todo un honor que la maestra la hubiera elegido.

Benita recitó aquellos versos con una entonación única y ante un silencio sepulcral que dejó al público expectante, los clamorosos aplausos que vinieron después hicieron ruborizar a Benita.

Un rato después, todos cenaban alegres y a ninguno de todos ellos les importó comerse unas pequeñas patatas hervidas acompañadas de un chusco de pan, porque lo verdaderamente importante era que estaban juntos allí un año más, aun con las inevitables ausencias de Gloria y Milagros, se encontraban muy a gusto y felices aquella Nochebuena.

Benita era el centro de atención aquella noche y Pablo no paraba de preguntarle.

—¿Y cómo te has aprendido todo eso de carrerilla?

—Ha sido fácil, padre. La maestra me explicó lo que significaban los versos y así, al entenderlo, no me ha costado estudiarlo.

—Has visto, Federico. ¿Quién me lo iba a decir? La niña recitando en la escuela.

—Bueno eso es todo un mérito —dijo entonces Federico.

—Gracias, tío. —Benita miraba con curiosidad a su tío, le parecía que era listo y eso le gustaba.

Concha fue la única que sintió no poder ver la función de su nieta, pero la alegría que le transmitieron todos en la cena, fue suficiente para compensarlo. Después de largo rato hablando del pueblo y de la ciudad se fueron a escuchar la misa del gallo y pensando que había sido un día beneficioso pero a la vez agotador se fueron a dormir; esa noche ninguno de ellos recordó la miseria en la que estaban sumidos día tras día, porque el cariño y el afecto que unos a otros se transmitieron, colmó de amor sus corazones olvidando así, aunque sólo pudiera ser por una noche, todas sus grandes penurias que los inundaba de amargura el resto de los días.

46

Benita estaba ensimismada leyendo atentamente las últimas páginas de otro de los libros que habitualmente le prestaba la maestra, Doña Gerarda. No tenía demasiado tiempo para esos menesteres, porque ahora que sólo quedaban en casa Rogelio y ella, tenía que ayudar mucho más a su madre en sus tareas, aun así, siempre encontraba alguna excusa para poder leer aquellos libros en los que tanto interés ponía. Ahora se encontraba a la sombra de la vieja encina apoyando la espalda junto a su robusto tronco y sentada sobre sus raíces, resguardándose así de los cálidos rayos del sol que lucían sobre Lastilla en ese espléndido día del mes de mayo.

Benita hizo una pausa sobre su lectura y dejó el libro apoyado sobre su regazo, había pasado ya un buen rato desde que su madre saliera a reunirse en la escuela con la maestra y ella empezaba ya a impacientarse. Hacía ya mucho tiempo que era una alumna aventajada para Doña Gerarda, Benita sabía bien que aquella maestra había olvidado aquellas travesuras de chiquilla y le había enseñado bien las letras y los números y por eso ahora intentaba convencer a Eugenia para que no dejara los estudios. Habían pasado casi dos años y medio desde que Benita recitara aquellos versos en Nochebuena y todavía recordaba aquel día con mucho cariño. El invierno que siguió después fue demasiado crudo para todos, jamás olvidaría el hambre que pasaron; su abuela Josefa siguió mendigando pan y el frío que le calaba los huesos se le metió tan profundamente en las entrañas que una mañana ya no despertó. A partir de entonces Eugenia se culpó enormemente por ello, sin darse cuenta siquiera de que Concha también había enfermado, sus pulmones estaban consumiéndola día tras día, Concha lo sabía, pero no quiso dar más disgustos a su hija y tan solo dos meses después de que les dejara Josefa, mientras Benita le leía un pasaje de la Biblia, Concha le dijo:

—Hija mía, usa siempre esa sabiduría que tú tienes.

Le tocó sus sonrosadas mejillas con una gran dulzura.

—Serás una gran mujer, Benita, lo serás.

Benita se quedó atónita, no entendía nada de lo que le decía su abuela y la miró desconcertada.

—Abuela, ¿se encuentra bien? Le noto muy rara. ¿Quiere que siga con el pasaje de…? ¡Dios mío, abuela! —le cogió una mano—. Está usted helada.

Eugenia entró en la estancia justo cuando el último aliento de Concha tocó a su fin.

Benita recordaba ahora todo con gran nitidez, también se acordaba de cómo el dolor se apoderó de su madre, dejó de ser la misma durante bastante tiempo, la casa era un silencio total que sólo rompía ella y Rogelio o la perra de su padre con sus ladridos cuando volvían los dos del monte. Benita rememoraba todo aquello con una gran pena y lástima, pero ahora ya todo había ido quedando atrás en el tiempo y aunque Eugenia ya no volviera a ser la misma había recuperado cierta alegría y esa gran fuerza vital que ella tenía para seguir adelante, siempre a pesar de los grandes pesares que su vida había tenido que soportar, y para Benita todo el valor que tenía su madre era una gran virtud.

Eugenia se encontraba en una pequeña habitación del gran edificio que albergaba la escuela de niñas, esperando expectante las palabras de Doña Gerarda, que la miraba sin cesar sentada frente a ella.

—Bien, Eugenia, le he dado aviso de que venga porque debo hablar con usted sobre el futuro de Benita.

Eugenia le miró con gesto serio.

—Usted dirá, Doña Gerarda.

—Tengo entendido por la niña que la van a mandar el mes que viene a servir a la ciudad, como sus hermanas. ¿No es así?

—Por supuesto que sí. Ya tiene trece años y también es ya hora de que se gane el pan por sí misma, al igual que hicieron sus hermanas, como usted bien dice.

Doña Gerarda se quedó un momento pensativa.

—Mire, Eugenia, yo les voy a proponer algo a usted y a su marido.

Eugenia le interrumpió.

—Sé que dio aviso para que viniera con Pablo, pero usted ya sabe que vuelve tarde del monte y más ahora que hace buen tiempo.

—Sí, sí, lo entiendo, imaginé que vendría usted sola, Eugenia, no importa, yo se lo propongo, ustedes hablan en casa y en unos días me dan su respuesta.

—Bien, ¿de qué se trata entonces?

—Mire, Eugenia, su hija Benita tiene talento y aprende rápido y si siguiera con los estudios podría tener un gran futuro, mejor que el que le espera sirviendo.

Eugenia frunció el ceño.

—¿Y cree que no lo sé? Pero dígame, ¿cómo pretende usted que su padre y yo podamos pagarle unos estudios, si casi no nos llega para echar unas tristes patatas al puchero?

—Sí, lo sé, yo también estoy al tanto de su situación, pero me he permitido hablar con unas monjas de un convento de Segovia y podrían llegar a algún acuerdo con ustedes y después Benita podría estudiar para maestra.

Eugenia empezaba a enfadarse porque sabía muy bien que no

tenían posibles para todo aquello.

—¿Maestra? Sus hermanas se fueron a servir y es lo mismo que hará Benita.

—Pero, Eugenia, recapacite, háblelo con su marido, sus otras hijas no tenían el mismo talento que Benita, ella aprovecharía muy bien sus estudios, sé que es una situación muy difícil y comprometedora para ustedes, pero dígame, Eugenia, ¿de verdad no querría una vida mejor que la suya para Benita?

Eugenia se quedó sorprendida.

—Pues claro que sí, Doña Gerarda. Pero yo no tengo nada con que pagar sus estudios…

—Quizás se lo podrían prestar y con el tiempo…

—Olvídelo, Doña Gerarda, lo que no puede ser no puede ser.

—Está bien, Eugenia, no insistiré más, pero dígame sólo que lo pensará junto a su marido, sólo eso les pido, piénsenlo ustedes con calma.

—Lo comentaré con mi marido, pero sepa que la decisión ya está tomada, buenas tardes, Doña Gerarda.

—Buenas tardes, Eugenia.

Eugenia se pasó el resto de la tarde pensando en ello mientras a la vez hacía las tareas de la casa. Le hubiera gustado poder pagarle aquellos estudios a Benita, pues ella también sabía que talento no le iba a faltar para sacarlos adelante, pero en su casa, el dinero hacía falta para comer no para estudiar. Cuando llegó Pablo, Eugenia le comentó todo, pero él fue tajante.

—Benita se irá a servir a la casa donde lo hace Milagros.

—Sí, pero… Y no habría alguna manera… No sé, alguna otra solución…

Pablo miró sorprendido a Eugenia.

—Pero ¿qué manera ni qué ocho cuartos? Justo nos va para llevarnos un chusco de pan a la boca y vamos a tener para pagar a las monjitas, dime, Eugenia. ¿Con qué? ¿Es que te has vuelto loca?

—No… Yo…

—Mira está ya todo acordado, la niña se irá a servir y punto. No sé qué te pasa, hace tan solo unos meses que has dejado de andar como un alma en pena por la casa y ahora se te ocurre que la niña estudie, pues no tengo yo otras preocupaciones…

Pablo había alzado la voz en exceso y ella le miró asustada.

—Pablo no sé por qué he podido pensar que…

Las palabras de Eugenia comenzaron a ser inaudibles y las lágrimas empezaron a resbalarle precipitadamente por sus mejillas.

—Eugenia lo siento, no quería gritarte. Ven aquí.

Eugenia lloraba desconsoladamente, antes intentaba disimularlo delante de Pablo, pero en ese momento estaba demasiado sensible

para ello.

—Sé que has sufrido mucho últimamente, pero sabes que yo siempre estaré a tu lado, Euge, siempre.

Pablo abrazaba fuertemente a su esposa y sus lágrimas resbalaban ahora por su camisa blanca de algodón llena de zurcidos.

—Yo también estaré a tu lado siempre, Pablo. Es sólo que Benita podía tener una vida diferente a todos nosotros —hizo una pausa para restregarse los ojos—; Pablo, es que me recuerda tanto a…

—¡S s…! Lo sé, Euge, lo sé. Llevas a María en tu corazón y la ves a través de Benita. ¿No es así?

Eugenia levantó la cabeza para mirar con cariño los brillantes ojos de Pablo.

—Sí, pero ¿cómo lo has sabido?

—Porque a mí me ocurre lo mismo y quizás para Benita sea mejor servir que saber demasiado en estos tiempos que corren.

Eugenia dedicó una gran sonrisa a su esposo.

—Puede que tengas razón, nunca sabremos del destino de María, pero seguro que no fue bueno. Además no tenemos nada con que pagar los estudios de Benita y también tienes razón con eso de que he andado un poco perdida, al fin y al cabo las desgracias seguirán estando ahí, pero tú y yo seguiremos unidos viendo salir el sol un día más.

Pablo secó con sus grandes manos las lágrimas de Eugenia y se acercó hasta rozar sus cálidos labios con los suaves de ella, después la besó con dulzura y se levantó cogiéndola de las manos, para entrar después en su estancia echando la cortina de la entrada tras ellos, con el menor ruido posible para no despertar a los niños que dormían en la estancia contigua separados por una cortina y otra también entre las dos viejas camas. Pablo comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Eugenia lentamente al igual que ella a él, hacía ya mucho tiempo que no se sentían tan cerca el uno del otro y cuando por fin se desnudaron, un torbellino de pasión les recorrió a ambos todo el cuerpo e hicieron el amor de una manera salvaje y alocada, como hacía ya tanto tiempo que habían dejado de sentir. Un rato después, Eugenia pensaba en todo ello en la oscuridad de la noche, los brazos de Pablo la rodeaban con anhelo y ella misma no entendía cómo hacía ya más de un año se habían prohibido aquellos placeres de la vida; siempre había pensado que la pasión sólo surgía de las personas que verdaderamente se amaban y sabía muy bien que Pablo y ella eran una de esas pocas parejas, en aquellos tiempos de penurias siempre les quedaría el amor que se daban el uno al otro. Con aquellos pensamientos y una sonrisa en los labios, Eugenia poco a poco comenzó a conciliar el sueño.

47

La gran luminosidad que invadía toda la casa penetrando por las altilladas ventanas de madera, anunciaba sin lugar a dudas que la estación estival había dado comienzo en el pueblo. El buen tiempo siempre auguraba esperanza en la gente, hacía que se sintieran un poco mejor, esperando incluso que un día todo llegaría ser diferente a lo que habían vivido hasta esos momentos. Sin embargo, para Benita sí iba a ser todo muy diferente a lo que había conocido hasta ahora.

Hacía unas tres semanas que su madre tuvo aquella conversación con Doña Gerarda, la maestra, pero tanto Eugenia como Pablo le habían dejado bien claro a Benita que los estudios no eran para ella. Eugenia insistía una y otra vez que no tenían nada para poder pagarle un porvenir así, le había dicho de corazón que les hubiera gustado hacerlo pero no podía ser, así que su única alternativa era servir en alguna casa de gente de bien, al igual que sus hermanas.

Ese día, Eugenia miraba a Benita mientras colocaba dos faldas, dos camisas blancas de algodón y alguna muda, medias y combinaciones en su pequeña maleta de cartón. Un tiempo antes también tuvo que ver marchar a sus otras tres hijas, como algún día también vería partir a Rogelio, pero esta vez notaba algo distinto en su interior que las veces anteriores, de un modo u otro Benita era como un fiel reflejo de su querida y gran amiga María. Eugenia seguía echándola de menos, habían pasado ya varios años desde la última vez que dio señales de vida y más aún desde que la vio por última vez, prácticamente daba por hecho de que ni ella ni Esteban permanecían con vida, aun con todo todavía le inquietaba ignorar qué les había podido suceder a ambos, aunque sabía muy bien que eso sería siempre una incógnita en su vida. Había hablado de ello con Pablo en numerosas ocasiones, era difícil encajar la muerte de los seres queridos y ya les había tocado enterrar a unos pocos, pero era peor todavía no saber el paradero de alguien a quien tanto querías, por ello, la desaparición de María aún era un duro golpe para Eugenia imposible de olvidar.

—¿Madre? Pero ¿qué hace? ¿Está deshaciendo otra vez la maleta?

Benita miraba estupefacta a su madre y asombrada a la vez.

—¡Ay, hija! ¡Si no me he dado cuenta! Es que estaba pensando en otra cosa y…

Benita sonrió a su madre.

—¡Qué guapa estás, Benita! Tu tía Palmira te ha dejado un pelo precioso, así corto te favorece mucho, te será mucho más cómodo para peinarlo.

—¡Pues a mí me gustaba más largo, ya me lo habría recogido en un moño!

Benita se tocaba el cabello con ambas manos notando como si le faltara algo.

—Hija, el moño es para las mayores como yo o tu tía, para vosotras, las mozas, os sienta mejor así y a ti te queda estupendo. ¡Si estás guapísima!

A Benita no le quedaba eso tan claro, sin embargo le seguía intrigando qué era aquello que pensaba su madre que la dejaba como si estuviera embobada.

—Madre, ya sé que no debería preguntarle, pero… ¿qué le preocupaba antes?

Eugenia se agachó para coger las manos de Benita y colocarlas entre las suyas.

—Nada, hija, son cosas de mayores, no lo entenderías.

Benita miró con gran afecto a su madre.

—Ya no soy una niña, madre. Usted me lo dejó bien claro cuando me dijo que no podía estudiar y que tenía que ganarme el pan sirviendo, y yo acaté la decisión de usted y padre sin rechistar siquiera. Por eso mismo creo que podría probar usted a contarme eso que tanto la inquieta.

Eugenia jamás pesó que llegaría el día que oiría hablar con esa madurez a su hija Benita, sólo tenía trece años y medio pero la sensatez de una persona adulta y pensó que quizás era el momento de hablarle como una mujer y no como una niña, aunque para ella todavía lo fuera.

—Está bien, Benita. Tienes un gran corazón que me recuerda mucho al de una tía tuya, una hermana de tu padre que se llamaba María.

—Esa tía que murió en la guerra. ¿Es ésa?

—Sí, Benita —Eugenia evitó explicarle toda la verdad—, tu tía María fue una mujer muy buena y se parecía mucho a ti.

—¿A mí? ¿En qué se parecía?

—Pues en muchas cosas, Benita, en muchas. Era inteligente y tenía mucho talento al igual que tú y también luchaba por hacer lo que creía mejor, como tú, hija mía, querías seguir estudiando. ¿Entiendes? Siempre estuve muy unida a ella y estoy muy orgullosa de las cualidades que tú tienes, pero…

—¿Pero qué?

—Pues hija, que tu tía María no fue siempre demasiado sensata y yo quiero que tú sí lo seas.

—Madre, pero si usted me ha educado muy bien, no tema por eso.

—Benita, sabes que me habría gustado verte de maestra algún día, pero también sabes que tu padre y yo no nos podemos permitir…

Benita se acercó más a su madre.

—Madre no se torture más por ello, sé muy bien que venimos de gente muy humilde y debemos conformarnos con lo que nos toca, usted siempre nos lo ha dicho a mis hermanas y a mí, no sólo por eso sino también por lo de ser mujer, no se preocupe más, me sé la lección de maravilla.

Benita intentaba tranquilizar su madre con aquellas palabras y, sin embargo, a ella le hubiera gustado estudiar y llegar un día a dar clases a otros niños y no tener que servir a algún señor de la ciudad, pero también había aprendido muy bien la distinción entre las clases sociales, y ella, ni mucho menos era de las más favorecidas.

Eugenia se secó con ambas manos las lágrimas que empezaban a brotar por sus ojos ya enrojecidos.

—Hija, me encanta verte así de animada, y recuerda que lo de servir es temporal, un día te enamorarás y ya sólo tendrás que servir a tu marido y cuidar de tus hijos y eso será lo mejor que te pase en esta vida, ya lo verás, pero bueno ahora falta mucho para que eso ocurra, tú obedece a los señores y ayuda a tu hermana Milagros en todo lo que te mande.

—Sí, madre, no se preocupe más y deje de llorar que tampoco es para tanto.

Eugenia y Benita se fundieron en un inmenso abrazo durante un buen rato, después se despidieron con grandes besos y unos momentos más tarde, Eugenia alzaba uno de sus brazos dando así el último adiós a su hija Benita que marchaba por el camino montada en una burra y sujetándose a su vez a la cintura de su padre que montaba delante de ella.

Eugenia, cogida de la mano de Rogelio, se quedó allí en el camino, paralizada, observando el horizonte, hacía ya unos momentos que había dejado de divisarles, pero sus pensamientos estaban ya muy lejos de allí, ahora se centraban en Benita, ella había sido la alegría de la casa y ahora se había marchado y ni siquiera podía saber cuándo volverían a verse. Ensimismada con aquellos pensamientos se dio la vuelta para volver a casa junto a su hijo Rogelio.

A mediodía, con un sol tórrido sobre sus espaldas, Pablo decidió hacer un alto en el camino para comer con Benita un poco de pan con sebo que llevaba en el zurrón, tenían que recorrer unos veinticinco kilómetros y tanto ellos como la burra debían descansar, comer algo y reponer fuerzas para poder proseguir el camino.

La parada fue breve y siguieron adelante, era un viaje largo y duro, pero Benita apenas lo notaba, miraba sin cesar a su alrededor; pasaron por una alameda que estaba preciosa en esa época del año, los colores de las flores silvestres daban un sinfín de tonalidades diferentes y los campos dorados de trigo conferían un brillo espectacular a un paisaje

singular y único, Benita se quedó entusiasmada con aquellos campos de trigo de la vieja Castilla, cuya fama les precedía, y aquella bella estampa que siempre guardaría en su memoria.

A lomos de la burra, llegaron por fin a la estación de tren de Langa de Duero, el tren correo llegaría de un momento a otro y Pablo se apresuró a atar a la burra y coger de sus alforjas la pequeña maleta de cartón de Benita. Se acercaron al andén y Pablo abrazó a su hija tan fuerte como jamás había sido capaz de hacerlo.

—Hija mía, ahora cuando venga el tren te tienes que subir tú sola, pero no te preocupes, en cuanto llegue a Zaragoza, tus hermanas te esperan allí.

Pablo advirtió lo asustada que estaba Benita.

—No te preocupes, cariño, en un ratito ya estás allí con ellas.

Benita miró con tristeza a su padre.

—Padre, es que…

—¿Qué ocurre, hija? Dímelo.

—No sé…, no me perderé. ¿Verdad? Es que como nunca he salido del pueblo…

—No, hija, el tren va directo y tus hermanas estarán esperándote, no te preocupes, ya verás cómo te gusta la ciudad, dicen que Zaragoza es muy bonita y tiene un río muy grande, mucho más que el del pueblo.

Notaron el retumbar del suelo bajo sus pies y al momento vieron de lejos cómo el tren se iba acercando, Benita dio un paso atrás, totalmente asustada.

—Benita, hija, no pasa nada, es el tren que ya viene, mira allí. ¿Lo ves?

Benita se quedó atónita, era la primera vez que salía de Lastilla y nunca había imaginado cómo sería un tren en realidad. Ella sólo había visto burros, caballos o carros como medios de transporte, también había visto un coche, el del médico, pero aquella extraña máquina, tan grande y tan rápida, le daba un miedo horrible; comenzó a notar cómo le empezaba a temblar todo el cuerpo a medida que ese trasto se iba acercando y el pánico se apoderó de ella por unos instantes.

—Padre, yo no me monto en ese cacharro.

—Pero, hija, si no pasa nada, todo el mundo viaja en tren.

—Pero va demasiado deprisa… Y si se sale de las vías…

Pablo miraba a su hija desconcertado, era normal que la niña sintiera miedo, pero tenía que hacerla subir fuera como fuera.

—Benita, no va a descarrilar, ya verás como es mucho más cómodo que la burra, es sólo que no estás acostumbrada, nada más.

—No sé, padre, yo no estoy tan segura.

—A ver, Benita, tus hermanas han viajado en ese mismo tren y no ha pasado nada. ¿No?

Benita recordó que a Amparo incluso le gustaba viajar en aquella máquina y así pensó que quizá no fuera tan horrible como le parecía, además si sus hermanas habían sido capaces de subirse, ella también tendría que hacerlo.

—Está bien, padre, subiré al tren.

—Hija, haz todo lo que te manden, haz caso a todo lo que te digan los señores. ¿Lo harás?

—Claro que sí, padre, haré lo que me manden y ya está.

—Muy bien, hija, ésta es mi Benita.

Al sonido de la campana, se dieron un gran abrazo fraternal y con un beso en la mejilla de Benita, Pablo se despidió de ella, viendo su blanca carita alejarse a través de la ventanilla.

Benita se sentó con su maleta de cartón sobre sus piernas y estuvo quieta todo el trayecto mirando a un lado y otro y pensando sólo en llegar por fin a su destino.

TERCERA PARTE

ZARAGOZA (1946—1960)

48

Benita miraba con atención su rostro ante el pequeño espejo que colgaba de la pared de la habitación que compartía con su hermana Milagros. Se había maquillado discretamente con colores muy suaves pero que resaltaban así la blancura de su finísima piel. Hacía ya poco más de dos años y medio que partiera de su pueblo natal y viajara en aquel rápido tren, rumbo a un destino desconocido para ella hasta entonces. Ahora, a sus dieciséis años, se había convertido ya en toda una mujer madura, la sensatez reinaba en su vida tal como le pidió su madre cuando se marchó y aunque no tenía una belleza deslumbrante, su figura delgada aunque bajita, sus suaves facciones, sus penetrantes ojos castaños y su cabello oscuro le hacían tener un atractivo muy particular.

Benita se peinaba con insistencia sus cortos mechones, recordaba con anhelo cuando su madre le había obligado a cortarse el pelo, antes de salir de Lastilla; empezó a sonreír ante el espejo sin darse ni siquiera cuenta de ello, era algo que le pasaba a menudo, le gustaba recordar viejos tiempos, sólo era eso. De repente, alguien entró en la habitación.

—Pero, Benita, ¿aún estás así? A ver si vas a llegar tarde.

Era su hermana Milagros que, como de costumbre, venía a echarle un rapapolvo.

—¿Qué tal estoy? —se apresuró a decir Benita.

—A ver, date la vuelta.

Benita giró sobre sí misma.

—Estás estupenda, Benita, y... Venga, no llegues con retraso que ya sabes que a los señores les gusta mucho la puntualidad.

—Sí, lo sé. Bueno, entonces me voy ya Milagros.

Benita cogió su abrigo y su bolso y bajó las escaleras con celeridad. Se había puesto una falda color gris que le cubría las rodillas junto con una camisa blanca de algodón que había conjuntado con unos zapatos negros de tacón alto, era el único conjunto decente que poseía y así les daría buena impresión a los nuevos señores. Al abrir la pesada puerta del portal, el intenso frío le entumeció la cara, miró la calle y vio cómo la niebla comenzaba de nuevo a asentarse aquella tarde en la ciudad. Comenzó a caminar sin demora y los recuerdos ya vividos en esa bonita ciudad empezaron a agolparse en su cabeza. Observaba a ambos lados de la calle y ahora le parecía todo muy distinto al día que llegó a Zaragoza. Un mundo se abría ante ella en aquel momento, todo le fascinaba, las altas farolas que se encendían al

llegar la noche, los cafés tan diferentes a la tasca del pueblo, las casas eran también de más altura que en Lastilla, los coches de caballos aquí y allá, el bullicio de corrillos de gente hablando por las plazas, aquí había gente por todas partes y todo era como algo enorme comparado con Lastilla y algunas cosas, Benita, incluso nunca las había visto. Poco a poco, sus hermanas le fueron enseñando la ciudad y a Benita cada cosa nueva, por insignificante que pareciera, la dejaba impresionada, aunque sin lugar a dudas el día que descubrió la Basílica del Pilar se quedó totalmente sorprendida, nunca había visto un edificio tan magnífico como aquel y además ahora lo visitaba con gran frecuencia, pues era devota de la Virgen del Pilar a la que allí veneraban.

También recordaba otras cosas no tan estimulantes desde su llegada a Zaragoza, había estado sirviendo todo ese tiempo junto a su hermana Milagros en casa de unos señores de alta clase social, pero ahora los hijos se les iban haciendo mayores y ya no necesitaban tanto servicio, así que Benita se apresuraba a llegar a ver si era aceptada en la nueva casa. No le importaba cambiar, pues allí no había hecho más que fregar el suelo y limpiar pescado, labores que por supuesto no quería hacer su hermana, así que le tocaba a ella y ya estaba bastante harta de todo aquello, con lo que no le vendría mal cambiar de aires.

Una oleada de frío sacó a Benita de su ensimismamiento y se preguntó cómo estaría la niebla en las riberas del río Ebro, siempre que había niebla no se veía nada de un lado a otro del río y aquel enero de 1946, no parecía ser distinto a los anteriores en los que la humedad había sido protagonista.

Por fin llegó a casa de los señores, llamó a la puerta y una sirvienta le dijo con mucha cortesía que enseguida hablaría con la señora, después la llevó a una pequeña salita y le dijo que aguardara allí unos instantes.

Al momento, una señora elegantemente vestida entró en la salita.

—Buenas tardes, señorita, soy la señora Villalba.

Benita se levantó con rapidez y le dio la mano.

—Buenas tardes, señora Villalba. Yo soy Benita de las Heras.

—Bien, me han dado buenas referencias de la casa donde sirve actualmente. Aquí es algo distinto, porque supongo que le habrán informado que mi marido es médico.

—Sí, me lo han dicho.

—Tiene que aprenderse los horarios de consulta para no interrumpirle en ningún momento, y además aquí estará usted sola, mi sirvienta se va porque se va a casar. Bueno, ahora dígame todo lo que sabe hacer.

—Sé hacer de todo, señora. Sé cocinar todo tipo de platos, lavar ropas delicadas, planchar, fregar suelos, sacar brillo a la plata, atender

cortésmente las visitas…

La señora Villalba le interrumpió.

—Está bien, Benita, por sus buenas referencias además de las recomendaciones de su tío Federico, no creo que me equivoque con usted, puede empezar ya mismo. Y… Otra cosa, a partir de ahora me puede llamar doña Engracia.

—Muchas gracias, doña Engracia.

Benita volvió ese día a recoger sus cosas para empezar al día siguiente una nueva vida en casa del doctor.

49

Benita se apresuraba a abrir la ventana de su habitación esperando que el buen tiempo siguiera acompañando, y en efecto, la suave pero calurosa brisa matinal anunciaba el comienzo de una cálida estación estival.

Aseada ya y dispuesta con su uniforme negro con el delantal blanco, ventilaba su habitación mientras hacía su cama, para poder comenzar después todas sus tareas en aquella gran casa.

Llevaba ya varios meses sirviendo en casa de los señores Villalba y aunque se encontraba mucho más a gusto que en la casa anterior, pensaba a menudo lo diferente que podría haber sido su vida. Ahora, en esos momentos en los que el ligero viento rozaba sus mejillas, cerraba los ojos y se imaginaba a ella misma en una escuela, escribiendo en la pizarra para enseñar a leer y hacer cuentas a las niñas. Llevaba ya tres años en la ciudad, pero todavía recordaba con nitidez el empeño que había puesto Doña Gerarda, su maestra, para que ella pudiera optar también a elegir esa misma profesión. Sin embargo, Benita a estas alturas sabía muy bien que la gente humilde como ella no contaba con tales opciones, sabía amargamente que ella jamás podría elegir, la vida que le tocaba vivir sólo la dejaría conformarse y obedecer, su voluntad estaría siempre a merced de otros. Aun así, Benita era una soñadora, quizás tanto como su tía María a la que apenas llegó a conocer, pero su madre le había enseñado muy bien que en aquellos tiempos, los sueños no podían existir para una mujer y además de baja clase social, más bien había que olvidarse de ellos y resignarse a cumplir la obligación en cada momento. En realidad, Benita sabía muy bien de dónde venía y cumplía con sus obligaciones en esa casa con un rigor absoluto.

Dejó que sus pensamientos volaran al igual que aquel viento cálido y se fue a la cocina a comenzar sus tareas.

Empezó a limpiar el hollín de la caldera, rezando para que pudiera subir el carbón en el montacargas y no tuviera que cargar con los sacos por las escaleras, como tantos otros días. Después de servir el desayuno a los señores, se dispuso a limpiar las habitaciones que le tocaban ese día. La casa era inmensa, contaba con una cocina enorme al igual que el aseo y unas doce habitaciones aparte de la consulta. Benita, sentada de rodillas y restregando con fuerza las baldosas del suelo, admiraba todavía los muebles que la rodeaban, debían de ser de una calidad excelente, no dudaba que Doña Engracia tenía un gusto exquisito. Siguió fregando el suelo con insistencia, aunque lo hacía

más alegre que otros días, era jueves y esa tarde saldría a pasear junto a sus hermanas, pensar en ello le hizo sonreír a la vez que seguía trabajando, la tarde del jueves era la única que las sirvientas tenían libre en toda la semana y Benita la aprovechaba siempre como la que más.

Por fin llegó la hora y Benita se acercó al salón para avisar a la señora de que se marchaba.

La encontró allí, ojeando una revista de moda, doña Engracia levantó la vista al verla a ella.

—Si, Benita.

—Perdone, doña Engracia, si no desea otra cosa, yo me marcho a pasear con mis hermanas.

—Está bien, Benita, puedes salir.

—Con permiso.

Benita se fue apresuradamente para encontrarse con sus hermanas y cuando salió del portal vio acercarse solamente a Amparo, en realidad ya se lo imaginaba, sus hermanas mayores hacía ya un tiempo que festejaban y habrían decidido irse mejor a pasear con sus novios si éstos libraban.

Se dieron un gran abrazo y pasaron el rato charlando a gusto mientras andaban, después se sentaron en un banco a descansar un poco y entonces Benita se sobresaltó al ver a Teodoro acercarse con otro chico, últimamente cada vez que se encontraba con su primo se sorprendía demasiado al verle, era cierto que en el pueblo eran unos niños y ahora habían madurado los dos, pero sin embargo no entendía bien por qué le ocurría aquello.

Teodoro se acercó a ellas.

—¡Mira por dónde, Anselmo! ¡Si están aquí mis queridas primas!

Se saludaron mutuamente.

—Anselmo, ven, acércate. Mira ella es Amparo y ella Benita, mi prima pequeña.

Anselmo les dio cortésmente la mano.

—Anselmo es un compañero de la fábrica de zapatos y un buen amigo. Bueno, ¿qué os parece si damos un paseo los cuatro?

Anselmo se apresuró a decirles.

—Por mí estupendo, vayamos a dar una vuelta.

Benita y Amparo también asintieron y pasaron juntos una divertida tarde hasta la hora que ellas tuvieron que volver a las respectivas casas.

Cuando Benita se echó a dormir, pensó en lo bien que lo había pasado aquella tarde y rezó para que días como aquél se volvieran a repetir.

Benita bajaba lo más aprisa que podía los altos escalones de la casa

de los señores Villalba para reunirse, otro jueves más, con su adorado primo Teodoro. Llevaba una chaqueta de lana color rosa pálido en uno de sus brazos por si acaso refrescaba, era finales de septiembre y el paisaje otoñal daba comienzo en la ciudad.

Desde el día que su hermana y ella se encontraron a su primo y a Anselmo, habían estado saliendo a pasear con ellos todas las semanas, en su tarde libre, pero hacia mitad del verano lo que había sido hasta entonces una simple amistad entre Amparo y Anselmo se había convertido en algo más que eso y Teodoro y Benita decidieron abrirles un poco el camino. Desde aquel momento, Benita solía quedar con su primo Teodoro si éste no tenía que trabajar y para ella fue como una revelación. Su primo siempre le había parecido atractivo, era alto, delgado, tenía una buena mata de pelo color castaño y sus ojos del color de la miel resplandecían porque había algo en su mirada que parecía hipnotizar a Benita. Sin embargo, lo que más le gustaba de él era su bondad y su ternura, tenía un carácter muy alegre y raro era el día que no la hiciera sonreír, además la trataba con mucho cariño y siempre la hacía sentir bien con sus palabras y de la manera en que actuaba. Pero Benita se había dado cuenta de que todo eso que sentía por Teodoro, no era un amor fraternal como el que se da a un primo, era un amor de verdad como el de una pareja, sabía que se había enamorado perdidamente de Teodoro, pero lo que no sabía era si él la correspondería algún día, deseaba con todo su corazón que así fuera, al fin y al cabo, sus padres también eran primos y seguían ahora muy unidos, pensaba que la historia se podría repetir con ella y Teodoro, aunque por el momento sólo era una esperanza.

Teodoro recibió a Benita como siempre, dándole dos respetuosos besos en ambas mejillas, y después salieron del portal. Por el camino, Teodoro obsequió a Benita comprándole un cucurucho de almendras y mientras iban hablando se acercaron a la ribera del río Ebro.

—¡Mira, Teodoro! ¿No es bonito este paisaje? Lo peor de todo es que sólo puedo venir un día a la semana, claro, como a la compra sale la señora, yo estoy todos los días encerrada en la casa.

—Bueno, Benita, no te quejes tanto.

Benita se volvió hacia él para recriminarle y en vez de eso, un beso se fundió entre los labios de ambos. Benita se quedó totalmente sorprendida, lo llevaba deseando casi todo el verano, pero nunca estuvo segura de que Teodoro sintiese algo por ella; no llegó a articular palabra y Teodoro la cogió suavemente de la mano y la llevó detrás de un árbol para después volver a besarla esta vez con mucha más pasión.

—Teodoro, nos pueden ver, puede venir la guardia civil.

—No te preocupes, aquí detrás no se fijarán.

Teodoro volvió a besarla una vez más y Benita pensó estar en la

gloria, creyó que iba a desmayarse allí mismo.

Después siguieron caminando, ya tan solo cogidos de la mano, y entonces Teodoro miró dulcemente a Benita.

—Benita, lo que siento por ti es mucho más que el amor de un primo, es un amor de verdad, el de un hombre.

Benita, totalmente emocionada, le contestó:

—Teodoro, yo también siento por ti esa clase de amor.

Benita se había dado cuenta de que había pasado ya mucho rato y aunque se había enamorado de su primo con locura y deseaba estar con él siempre, sabía que tenía que volver a casa, así que juntos emprendieron el camino de vuelta con miradas y gestos que sólo ellos entendían y que no habían usado hasta entonces. Cuando llegaron se despidieron con un fugaz beso en los labios por si alguien los veía y cuando Benita comenzaba a subir las escaleras, se volvió para mirarle por última vez y pensó, en esos instantes, que el próximo jueves llegara cuanto antes.

50

La ciudad de Zaragoza amanecía de nuevo con un día radiante que invitaba a sus gentes a salir de casa y a pasear tranquilamente por sus anchas avenidas. Los edificios se levantaban en el centro de la ciudad elegantes y junto con su majestuosa basílica y sus innumerables iglesias hacían un bello recorrido muy grato para una mañana de domingo como aquélla, algunos incluso se permitían desayunar en los céntricos cafés de la ciudad antes de ir a misa, o tomarse algún aperitivo al salir, pero en realidad sólo la gente pudiente podía darse aquellos caprichos, el resto darían un paseo y después irían a escuchar misa otro día más.

Benita se estaba colocando la toquilla negra para asistir a la eucaristía, se la había comprado con sus primeros ahorros al llegar a la ciudad y ahora la usaba todos los domingos cuando iba a misa. Era todavía muy temprano, pero doña Engracia le daba solamente un ratito libre el domingo a primera hora para ir a la iglesia, los señores solían ir a misa de doce, pero ella a esas horas tenía que prepararles la comida.

Unos instantes después, Benita caminaba hacia la iglesia, soplaba un fuerte viento aquel día de final del mes de marzo, el cielo estaba despejado y la primavera estaba ya a la vuelta de la esquina, pero aquel viento que le hacía sujetarse con fuerza la toquilla, era una de las pocas cosas que a Benita no le gustaban de Zaragoza.

Mientras caminaba, pensaba en su amado Teodoro, hacía ya año y medio que festejaba con él y todavía recordaba con total claridad aquel primer beso de amor a orillas del río Ebro; cuando lo recordaba, notaba todavía sus cálidos labios posarse sobre los suyos y el estremecimiento que sentía por todo su cuerpo cada vez que Teodoro la volvía a besar. Estaba totalmente enamorada de Teodoro, era un hombre bueno y respetuoso con ella y con todo el mundo, la trataba con una ternura y una dulzura que ella había visto en muy pocos hombres, podía hablar con él de cualquier cosa sin temor a que él le reprochara nada, pues nunca lo hacía, simplemente la escuchaba atentamente y luego juntos opinaban cuál era la mejor solución. Confiaba plenamente en Teodoro, al principio le costó un poco, ella pensaba que había cosas que sólo podía hablarlas con sus hermanas, pero con el tiempo se dio cuenta de que con Teodoro podía opinar sobre muchos temas obteniendo siempre su comprensión. A veces soñaba con el futuro, cuando pudieran casarse y formar su propia familia, serían felices porque para Benita no había otra persona mejor

que Teodoro para poder compartir su vida, le amaba de verdad y nada ni nadie podría impedir que un día dejara de servir para dedicarse plenamente a ser su esposa y la madre de sus hijos y deseaba con todo su corazón que ese día llegara pronto.

Benita llegó a la iglesia, entró y, después de santiguarse, se sentó en un banco de los que había dispuestos al fondo y se quedó esperando. Por fin cuando el sacerdote comenzó el sermón, sintió un cálido y largo brazo rozar el suyo, era Teodoro que momentos después cogió su mano con fuerza y discretamente, cuando todas las miradas estaban puestas en el altar de la iglesia, salieron a la calle intentando hacer el menor ruido posible.

Benita y Teodoro sólo se podían ver los jueves por la tarde y cuando Teodoro tenía turno de mañana en la fábrica de zapatos. Los domingos él libraba y se veían en misa, pero obligados a escuchar el sermón y no poder ni siquiera hablar de nada, así que hacía ya más de medio año que no soportaban esa situación y Teodoro convenció a Benita para salir un rato y volver a la iglesia en el momento de recibir la comunión, así podían estar unos instantes a solas y aprovechar los pocos momentos de intimidad que tenían. A Benita al principio no le pareció una buena idea, porque decía que faltar a la mitad de la eucaristía y encima luego tomar la comunión no era cristiano y, además, la comunión había que tomarla libre de pecado, pero con el tiempo comprendió que aunque se pasara el resto de la semana rezando en casa el rosario por lo que había hecho, se sentía mucho mejor consigo misma rodeada de los brazos de Teodoro que arrodillada en un banco de la iglesia. Aun con todo, a veces tenía miedo de que al estar la gente congregada en la iglesia y ellos con un poco más de intimidad en alguna estrecha calle poco transitada por la guardia civil, Teodoro se propasara con ella, sin embargo, se dio cuenta muy pronto de que Teodoro era todo un caballero, nunca había intentado nada más allá de un abrazo o de un gran beso en sus suaves labios y eso hacía que fuera todavía mucho más especial para ella, a veces Benita soñaba con el momento en el que se casaran y pudiera ser totalmente suya en su noche de bodas, pero también sabía que para que ese momento llegara todavía tenían que ahorrar mucho y Teodoro tendría que haber cumplido ya el servicio militar, así que de momento se conformaban con aquellos pequeños detalles.

Por fin los dos solos, Teodoro dio un largo beso a Benita en los labios aprovechando que no había nadie por los alrededores.

Benita le miró cariñosamente a los ojos, ese día le pareció que tenía la mirada un poco triste.

—Teo, cariño. ¿Qué te pasa? Te veo triste, como si estuvieras en otra parte y no aquí.

Teodoro fijó su mirada en Benita y se dio cuenta de lo hermosa que

estaba.

—Benita, yo… Tengo algo que decirte.

—Bien, pues ¿de qué se trata?

Teodoro cogió una bocanada de aire y después entrelazó sus manos con las de Benita.

—Ya sabes que tengo que hacer el servicio militar y que me toca incorporarme el mes que viene en el próximo reemplazo.

—Sí, claro, lo hemos hablado muchas veces.

—Benita, ya me han dicho el destino.

—Dios mío, Teodoro. ¡Qué cara has puesto! Ni que te fueran a mandar al fin del mundo.

Teodoro se puso serio de repente.

—No, es peor que eso.

Benita pensó que no podía ser tan terrible.

—Bueno, eso es que te mandan a algún cuartel un poco alejado de la ciudad. ¿No?

Teodoro bajó la mirada.

—No, Benita, tío Federico ha intentado que me quedara en Zaragoza, por lo menos en la provincia, pero no ha podido ser.

—¿Qué? ¿Y a dónde te mandan?

—A Cáceres, Benita, a Cáceres, me han destinado allí.

De repente Benita no supo ni qué decir, no podía creer que aquello fuera cierto.

—No puede ser, seguro que es alguna de tus bromas, dime que no es cierto.

—Benita, es cierto, voy a tener que cumplir allí el servicio militar.

—¡Oh, Dios mío! Pero Cáceres está… Muy lejos, no nos podremos ver durante mucho tiempo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero, escúchame, el tiempo pasará y volveré, y cuando vuelva nos casaremos.

—Y me escribirás siempre que puedas.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Benita y no pudo reprimirlas.

—No llores mi amor —. Teodoro secó las lágrimas de Benita con sus dedos—. Mira, Benita, ahora todo esto nos parece una catástrofe, pero nos veremos siempre que tenga varios días de permiso, y pasará el tiempo y volveremos a estar juntos como ahora.

Benita, todavía con su rostro humedecido, tocó con suavidad el de Teodoro.

—No sabes cuánto te voy a echar de menos, Teo.

—Y yo a ti, Benita, más que nunca.

Se fundieron los dos en un largo y tierno beso que les hizo sentirse más unidos que nunca, pero con sus corazones doloridos por la larga distancia que pronto les iba a separar; momentos después tuvieron que

volver a entrar en la iglesia para que ninguno de los allí presentes sospechara de su ausencia y terminaron de oír la misa con el alma llena de amargura.

Unas horas después, Benita pelaba una naranja en la cocina. Había preparado para los señores Villalba y sus invitados un delicioso conejo con almendras; tan exquisito le había salido, que doña Engracia se había acercado con disimulo a Benita y le había dicho que tan bueno estaba el conejo que sus invitados habían repetido y no había sobrado nada para ella. Benita estaba ya acostumbrada a eso, sobre todo cuando los señores tenían huéspedes para comer, así que se hizo un huevo frito y después se comió una naranja. Poco importaba ese día comer una cosa u otra, su conversación con Teodoro la había dejado sin apetito, sin embargo, al pelar la naranja y desechar la peladura, un desagradable recuerdo le hizo viajar mentalmente a su infancia de inmediato.

Se quedó mirando ensimismada la dura piel naranja y se acordó del hambre que había pasado su familia y de la suya propia. Recordaba con nitidez el llanto de su madre cuando murió aquel cerdo que había comprado para alimentarles en invierno y también del castigo que recibió junto a su hermana Amparo cuando cogían frutas de huertos ajenos, pero lo que todavía la avergonzaba hoy y que jamás olvidaría era cuando en alguna ocasión, llegó a comerse las peladuras de naranja y otras frutas que el cura y más gente con posibles de Lastilla tiraban junto con otros desperdicios al suelo.

No se acordaba muy bien de los años que tenía cuando el hambre le obligó a hacer aquello, ahora, mirando los restos de naranja en el plato, pensó en todo lo que debió de ser eso, ella era muy pequeña y sólo le guiaba el hambre y ahora pensaba en lo horrible que debía de haber sido todo eso, comer del suelo como los animales, qué clase de personas podían permitir algo así, era inhumano, pensó. De repente, se dio cuenta de que quizá todo aquello le hacía entender ahora las palabras de Teodoro, el tiempo pasaría y volverían a estar juntos, no podía ser tan terrible, había sobrevivido a la miseria y a las penurias con las que nació, esperaría pacientemente la vuelta de Teodoro y entonces, por fin, podrían unirse en matrimonio.

51

Aquella fresca noche de marzo, Teodoro apenas podía conciliar el sueño. Se encontraba tumbado en la pequeña cama de la habitación de la pensión en la que vivía junto a su amigo Anselmo, que en esos momentos dormía plácidamente. La habitación era estrecha y carecía de espacio, pero a Teodoro no le importaba, sólo residiría allí temporalmente, ahora tenía que cumplir el servicio militar, pero después volvería y formaría un verdadero hogar junto a Benita. Sin embargo, lo que realmente le impedía dormir aquella noche era la distancia que a punto estaba de separarle de su adorada Benita. Poco a poco y casi sin darse siquiera cuenta, Teodoro fue alejando los lazos familiares que tan fuertemente había arraigado con su prima Benita, para dejar que el amor verdadero que sentía por ella anidara para siempre en lo más hondo de su corazón y un día, mirándola, de repente se dio cuenta de que tenía ante sus ojos a una mujer excepcional, aquélla con la que estaba decidido a pasar el resto de su vida, desde entonces no podía dejar de pensar en Benita ni un sólo momento y por eso ahora la amargura le embargaba al pensar el tiempo que tendría que pasar sin poder tenerla cerca. Poco a poco, el sueño se fue adueñando de Teodoro hasta que al fin, consiguió dormirse.

Un mes después, Benita y Teodoro se despedían en el andén de la estación de tren, antes de que éste saliera con destino a Cáceres llevándose consigo a Teodoro.

Benita miró unos instantes las vías y luego volvió su rostro hacia Teodoro dirigiéndole una gran sonrisa.

—Teo, mi amor. ¿Sabes? La primera vez que vi un tren tuve un miedo terrible, jamás había visto una máquina tan grande y tan rápida.

Benita consiguió arrancar una pequeña sonrisa de los labios de Teodoro.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿cuándo fue? Claro, supongo que cuando viniste del pueblo a Zaragoza. ¿No?

—Sí, claro, antes yo no había viajado nunca. Pero fíjate, aquellos temores infantiles se fueron hace mucho tiempo y ahora tengo otros temores diferentes…

—¿Cuáles son?

Benita bajó la mirada y entrelazó los finos dedos de sus manos con las grandes manos de Teodoro.

—Cariño, tengo miedo a no poder estar junto a ti durante tanto

tiempo…

—Benita, mi amor, no pienses en eso ahora, casi sin darnos cuenta estaremos juntos de nuevo aquí mismo.

Dieron el aviso para que los pasajeros subieran al tren y Teodoro fundió sus labios con los de Benita y le dio un largo y amargo beso de despedida, después subió al tren; mientras, Benita se había quedado allí, paralizada, viéndole ya a través de la ventanilla, a lo lejos. Un segundo después, un súbito impulso hizo que Benita saliera corriendo acercándose todo lo que pudo a la ventanilla del tren.

—Teodoro, ¡te quiero! —le gritó Benita desde el andén.

—Yo también te quiero, Benita.

El chirriar de las vías hizo que el tren comenzara a desplazarse lentamente primero para avanzar más deprisa después, Benita alzó su mano para dar el último adiós a Teodoro, y al ver su triste rostro alejarse poco a poco, sintió una punzada de dolor en el pecho que le hizo romper a llorar sin importarle siquiera las miradas ajenas.

Benita se abanicaba sin cesar con un trozo de papel, por mucho que lo intentara no lograba acostumbrarse al sofocante calor del mes de agosto en Zaragoza y la cocina era el lugar más caluroso de toda la casa. Ya había realizado todas las tareas a aquella hora de la tarde y se había preparado un café, hecho a base de reutilizar los posos del que hacía ya un rato les había servido a los señores, y se disponía entonces a contestar la carta que había recibido el día anterior de Teodoro. Hacía ya cuatro meses que se había marchado y que no lo había visto, al principio fue bastante doloroso para Benita, había dejado de salir sus tardes libres y el resto de los días iba por la casa con una mirada realmente triste, pero a estas alturas se había resignado a vivir así y a esperar con anhelo las noticias de su querido Teodoro, ahora sus cartas eran lo que mantenía viva la esperanza de Benita.

Al día siguiente, Benita tenía la tarde libre y aunque ahora muchos días se quedaba cosiendo en la casa, había decidido salir con su hermana Amparo dada la insistencia de ésta. Amparo había estado muy enamorada de Anselmo, le quería de verdad y era correspondida por él, sin embargo, las continuas discusiones entre ellos hicieron que su relación se enfriara tanto que terminaron rompiendo su compromiso el invierno anterior y Anselmo hacía ya un mes que había vuelto a su pueblo natal a trabajar en el campo junto a su familia. A Amparo le había costado bastante seguir adelante, pero Benita la había visto ese verano de mejor humor y suponía que algo le tenía que contar.

Un cielo de un intenso color azul junto con los destellantes rayos solares cubrían aquella tórrida tarde estival las hermosas calles de la ciudad. Amparo parecía más contenta de lo habitual y Benita la

miraba expectante.

—Vamos, hermanita. ¿A qué viene tanta alegría?

—Tengo algo que decirte.

Benita puso los ojos en blanco.

—Sí, eso ya me lo imagino por la cara que pones, bueno, pues dilo ya.

—He conocido a un hombre…

Benita, totalmente sorprendida, le dijo:

—¿Qué? No puede ser cierto.

—Sí, lo es, y además tú también lo conoces, es que me ha pedido una relación formal.

—¡Ay, Dios mío! Bueno, Amparo, ¿me vas a decir quién es de una vez?

—Sí, claro, es Tobías, el hermano del novio de Milagros.

—Pero, Amparo, no hace ni un año de tu ruptura con Anselmo. ¿Tú estás segura de que quieres volver a festejar con alguien tan pronto?

—Mira, Benita; Gloria y Milagros pronto se casarán y tú tienes a Teodoro. Yo no quiero estar toda la vida sirviendo a señoritos, quiero tener mi propia familia algún día, quizás Anselmo y yo no estuviéramos hechos el uno para el otro, pero Tobías parece un buen hombre y con eso me basta.

Benita y Amparo siguieron hablando toda la tarde hasta que tuvieron que volver a las respectivas casas donde servían y aquella noche Benita se quedó un rato pensativa, pensaba en Amparo, al fin y al cabo, su madre les había dicho muchas veces que un día dejarían de servir y encontrarían un buen hombre con el que casarse, pero Benita también pensaba que un matrimonio sin amor sería mucho peor que una eterna servidumbre.

52

El bonito paisaje estival de las riberas del Ebro junto con el agotador sol de aquel asfixiante verano fueron, poco a poco, dando paso a la suave brisa otoñal que inundaba las calles de la ciudad con las tostadas hojas caídas de los árboles y esparcidas a su vez por las estrechas aceras, y un poco después un año más, muchos árboles de diferentes parques de la ciudad volvieron a quedar desnudos de sus hermosas hojas, dejando penetrar el frío invierno en la capital aragonesa, donde la mayoría de sus ciudadanos celebraba también por esas fechas las emotivas fiestas navideñas.

Para Benita aquellas Navidades fueron algo formidable, los señores Villalba habían viajado fuera de Zaragoza para ver a unos familiares y Benita, al tener unos días libres, había pasado las Navidades en Lastilla y había podido reencontrarse así con toda su familia y aunque aquello ya fue un gran motivo de alegría, todavía se emocionaba más al pensar en Teodoro, después de muchos meses en los que su único aliento habían sido las cartas de amor que él le escribía y que ella correspondía, al verle de nuevo entonces, sintió una emoción tan grande que no conseguía siquiera entender, muy diferente a la emoción que sintió con la despedida, que más bien fue como una angustia que le oprimía el pecho, pero, sin embargo, durante mucho tiempo después, recordaría con gran anhelo aquellos pequeños momentos que con tanto amor había vivido esas entrañables fechas junto a su amado Teodoro.

El tiempo había ido pasando lentamente para Benita y ahora, casi un año después de aquellas fiestas navideñas, esperaba con gran ansia volver a ver a Teodoro.

Dentro de poco llegaría la Nochebuena y después el nuevo año 1950 traería renovadas esperanzas para Benita, porque Teodoro terminaría el servicio militar y volvería junto a ella y pronto, en cuanto Teodoro encontrara trabajo y reunieran un poco de dinero, por fin podrían casarse y seguir unidos el camino hacia una vida llena de esperanza y felicidad a la vez.

Benita lo había pasado verdaderamente mal todo ese tiempo, se sentía completamente sola en todo momento y sólo las cartas que recibía de Teodoro la hacían sentir mejor y la consolaban tras la amarga soledad que vivía lejos de él. Muchas veces se paraba a pensar en lo afortunada que era teniéndole a él, había crecido a su lado, le gustaba su forma de ser porque lo conocía demasiado bien y estaba enamorada de él porque le quería de verdad; no podía ni siquiera

imaginar qué sería de su vida si él no estuviera presente en ella, sólo su ausencia la estaba llevando a la total amargura, pero Benita seguía luchando porque sabía que un día dentro ya de poco tiempo, volverían a encontrarse para no volverse a separar más.

Amparo seguía festejando con Tobías y tenían pensado casarse al verano siguiente junto con Milagros y su novio y, a su vez, Gloria ya hacía unos meses que había contraído matrimonio con su novio de siempre, Benita se alegraba mucho por sus hermanas y soñaba poder hacer ella misma aquello dentro de muy poco.

Benita restregaba fervientemente la mantelería bordada en la cocina a la vez que sonreía alegremente, esa misma tarde llegaba Teodoro a Zaragoza y sólo pensar en verle la ponía muy contenta, a pesar de estar frotando unas manchas de vino que no salían con nada y que tendría que tener a punto para el día siguiente que ya era Nochebuena. De repente vio a doña Engracia en el umbral de la puerta de la cocina; se le borró de inmediato la sonrisa puesto que la señora no tenía costumbre de ir allí a comunicarle nada, así que Benita se acercó a ella con temor.

—¿Desea algo, doña Engracia?

Doña Engracia llevaba unas cartas en la mano.

—Benita, ¿es que no has escuchado el timbre? He tenido que abrir yo misma al cartero y recoger el correo.

Benita se dio cuenta entonces de lo abstraída que había debido de estar pensando en Teodoro que ni siquiera había estado atenta a la puerta.

—Perdone, doña Engracia, estaba tan distraída con la mantelería que yo no he oído que llamaran a la puerta.

—Está bien, Benita, pero espero que no vuelva a ocurrir.

—Desde luego, doña Engracia, estaré más atenta a partir de ahora.

Doña Engracia sacó una de las cartas que llevaba en aquel montón.

—Benita, esta es para ti. A ver, Teodoro de las Heras, es de ese chico con el que festejas. ¿No?

—Sí, señora, me escribe desde Cáceres, es que está realizando allí el servicio militar.

—¿Ah, sí? ¿Y pronto lo terminará?

—Sí, claro, doña Engracia, sólo le quedan unos meses.

—Ah…, entiendo, Benita, y… dime, este apellido…, tú también te apellidas de las Heras.

—Sí, doña Engracia, coincidimos en el apellido porque también somos primos. ¿Sabe usted?

—¡Ah! Claro, Benita, es por eso, así que sois primos y por ello coinciden vuestros apellidos.

Benita empezó a preguntarse el porqué de aquel interrogatorio, pero sabía muy bien que tenía que contestar a la señora, aunque no le

gustara demasiado aquella conversación.

—Sí, doña Engracia, mi padre y el suyo son hermanos y Teodoro y yo siempre nos hemos llevado muy bien y, además, es un buen chico y muy trabajador.

—No lo dudo, bueno, dejémonos de tanta charla y sigue trabajando, toma la carta de tu novio, Benita.

—Muchas gracias, doña Engracia.

Cuando doña Engracia se marchó, Benita se quedó pensativa, no entendía muy bien por qué ahora la señora le preguntaba por su noviazgo, nunca lo había hecho y sabía de sobra que festejaba con un chico, de todos modos no le dio mayor importancia y siguió lavando la mantelería, aunque esta vez más atenta por si llamaban otra vez a la puerta.

Benita tuvo que servir la cena de Nochebuena aquellas Navidades y no pudo pasarla con Teodoro y el resto de su familia, pero como Teodoro tuvo varios días de permiso, Benita pasó junto a él momentos inolvidables en sus tardes libres y la del jueves antes de fin de año la vivió junto a él con una gran ilusión.

Teodoro la miraba a los ojos sin cesar, y Benita hacía lo mismo penetrándole con su intensa mirada.

—Teo, te he echado muchísimo de menos, contaba las horas, que digo las horas, los minutos para volverte a ver.

—Y yo a ti Benita y yo a ti.

Teodoro se acercó lentamente y se abalanzó sobre ella en el banco que estaban sentados y la besó con una pasión frenética. Benita no se resistió a aquel beso y empezó a notar como su corazón se aceleraba precipitadamente. Cuando después separaron sus labios, se dieron cuenta de que la gente que paseaba por allí los miraba y cuchicheaban a su alrededor.

—Vámonos de aquí, Benita.

—¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Todo el mundo nos está mirando!

Teodoro comenzó a enfadarse, no habían hecho nada malo, se besaban porque se amaban. ¿Qué tenía de malo?

—¿Qué les pasa? ¿Nunca han visto besarse a ninguna pareja? ¡Dejen ya de mirar!

—Teodoro, vámonos o conseguirás que avisen a la guardia civil.

Benita cogió del brazo a Teodoro y se fueron alejando poco a poco.

Teodoro miró con cariño a Benita.

—Tenía muchas ganas de verte, Benita, y más aún de besarte.

—Y yo a ti mi amor, pero sabes que no se puede en lugares públicos…

—Y qué me importará a mí eso.

—Pues debería importarte. ¿O no querrás que nos multen? ¿No?

—Claro que no.

—No te preocupes, dentro de poco, cuando nos casemos, tendremos toda esa intimidad que necesitamos, pero hasta entonces debemos comportarnos formalmente, nos podrían haber denunciado por escándalo público.

—¡Anda! ¡A ver!

—¿Qué pasa ahora, Teodoro?

—Acércate, llevas algo ahí, en el pelo.

—¿En el pelo? Pero…

Teodoro volvió a besar a Benita en los labios pero esta vez fugazmente.

—Pero, Teo. ¿Es que no vas a aprender nunca?

—Sí, sí, ya me comporto, pero… ¿A qué te ha gustado?

—Pues claro que sí, tonto.

Siguieron paseando alegremente toda la tarde y cuando Benita se acostó aquella noche, no podía dejar de pensar en la felicidad que sentía en aquellos momentos y soñó, todavía despierta, con el futuro esperanzador que tendría junto a aquel gran hombre.

Benita servía el café como todas las tardes en el amplio salón de la casa a los señores Villalba. Acababan de celebrar el Año Nuevo y Benita había comenzado el año 1950 con mucha tristeza porque su querido Teodoro ya estaba otra vez en tierras extremeñas.

Había estado más feliz que nunca aquellos días, pero ahora, ese frío día de enero le estaba congelando hasta los huesos al igual que la tristeza y la soledad habían vuelto adueñarse de su alma, iba de aquí para allá ensimismada en sus pensamientos, incluso ahora, mientras les servía el café a los señores Villalba. Doña Engracia, sentada en el ancho sofá del salón junto a su marido, se dirigió a Benita.

—Benita, deja la bandeja sobre la mesa, pero no te retires todavía.

—¿Qué desea la señora?

—El señor quiere decirte unas palabras, Benita.

Benita se temió lo peor, el señor Villalba era un médico de gran prestigio en la ciudad, venía de una familia en la que su padre y otros miembros también habían ejercido la misma profesión y Benita sintió un miedo terrible, el señor nunca le comunicaba nada personalmente porque lo hacía la señora, si iba a decirle algo ahora seguro que le reprendería por haber hecho algo mal, aunque no recordaba el qué, pero en cualquier caso en esos instantes pensaba que la iban a despedir.

—Sí, señor, dígame —dijo Benita con voz temblorosa.

—A ver, Benita, la señora me ha contado que festejas con un primo tuyo.

—Sí, señor, un primo muy trabajador y muy honesto.

Se apresuró a decir Benita.

—Bien, bien, seguro que lo es. Y supongo que lleváis alguna intención, quiero decir de casaros.

—Sí, señor, por supuesto. Mi primo está realizando el servicio militar y en cuanto termine y podamos, nos casaremos, pero no se preocupe usted, yo se lo comunicaré en cuanto sepa una fecha segura para que ustedes puedan buscar mi sustituta con mucho tiempo.

—Lo sé, Benita, pero la señora y yo hemos estado hablando y no me parece bien que te vayas a casar con un primo tuyo.

—Mi primo es muy buena persona, se lo aseguro, señor.

El doctor se quedó pensativo.

—No me refiero a eso, sino a las dificultades que podrían surgir en torno a vuestros futuros hijos.

—No entiendo lo que usted me quiere decir, señor.

—Mira, Benita, es muy probable que en parejas que llevan la misma sangre como vosotros, que sois primos, pues resulta que esas circunstancias pueden llegar a acarrear que vuestros hijos nazcan con algún tipo de malformación.

—Perdone, señor, eso quiere decir que podrían no ser… normales o… faltarles algo al nacer.

—Sí, algo así, Benita. Hay ciertas probabilidades de que así sea.

Benita se quedó estupefacta.

—Perdone que le pregunte, señor, pero… Es que mis padres también son primos hermanos al igual que yo y mi novio y nosotros somos cinco hermanos y… Bueno, que estamos todos sanos, entonces lo que usted me dice no puede ser seguro que fuera a ocurrir. ¿Verdad?

—Siento decirte, Benita, que lo de tus padres tiene que ser una excepción, pero actualmente ha avanzado mucho la medicina y hay estudios que demuestran la probabilidad que existe de que entre primos como vosotros los hijos no salgan totalmente sanos.

En este momento, Doña Engracia entró en la conversación.

—Benita, sabes que mi marido es un buen médico y sabe lo que se dice, nosotros sólo te estamos alertando de qué podría sucederle a tus futuros hijos si te casaras y los tuvieras con ese primo tuyo, pero la decisión final es sólo tuya, sólo tú deberás sopesar lo que te une a tu primo, aun con la certeza de saber que vuestros hijos no pudieran crecer sanos como cualquier otro niño o pensar en esperar a algún otro mozo que te pudiera rondar más adelante, tú sólo piensa lo que te hemos dicho, Benita.

—Está bien, doña Engracia, pensaré en ello con calma.

—Bien, Benita, piénsalo, ahora puedes retirarte.

—Con permiso.

Benita salió del salón con dirección a la cocina y nada más entrar por la puerta, se quedó quieta mirando fijamente la caldera de carbón,

cogió un pequeño taburete de madera y se sentó junto al calor de la caldera y comenzó a sollozar a la vez que las lágrimas brotaban de sus brillantes ojos castaños y resbalaban sin cesar por sus lechosas mejillas.

Los señores Villalba siguieron tomando tranquilamente su café en el salón, decorado exquisitamente y con unos muebles de excelente madera de roble, incluida la pequeña mesa que tenían junto al sofá y en la que el doctor depositaba ahora sobre la bandeja de plata su taza de café de fina porcelana china.

El doctor miró a doña Engracia frunciendo el entrecejo.

—Engracia, ¡por Dios! Sólo se trataba de alertarla un poco, no de asustarla de la manera que lo has hecho.

Doña Engracia miró con una sonrisa triunfante a su marido.

—Con el talento que tienes a veces no sabes usarlo. Imagínate si se casa con su primo, es nuestra sirvienta, estaríamos en boca de todos y eso no nos conviene para tu prestigio en la medicina, ya te lo dije cuando vi los apellidos en aquella carta.

—Pobre chica, parecía tan enamorada.

—Va, bobadas, ya se olvidará y conocerá a alguien que no nos haga dar que hablar a la gente.

El doctor sentía lástima por Benita, él venía ya de buena familia, sin embargo, siempre se había preocupado por los menos favorecidos y sus donativos anónimos a la caridad cristiana eran habituales, por eso estaba ahora preocupado por Benita, era la mejor sirvienta que habían tenido y siempre hacía caso a todo sin rechistar siquiera, pero esta vez le dolía haberle comunicado aquello.

Dos semanas después, Benita se peinaba su corto y rizado cabello oscuro y se ponía después su delantal blanco sobre el uniforme negro mirándose al espejo para comenzar un día más sus tareas cotidianas. La ausencia de Teodoro la había sumido en la tristeza, pero lo que sentía en esos momentos era mucho peor que eso. Se miraba ahora ante el espejo y se preguntaba quién era ella en realidad, su rostro estaba más pálido que antes y denotaba claros signos de haber adelgazado en esas últimas dos semanas, apenas tenía apetito y le costaba mucho conciliar el sueño por las noches; se miraba muchos días al pequeño espejo que tenía en su habitación como lo estaba haciendo ahora y se preguntaba una y otra vez qué debía hacer con su vida, pensaba en cuál sería el camino correcto, cuál escoger, amaba perdidamente a su primo Teodoro, pero a su vez le atemorizaba fuertemente que los hijos que tuviera con él pudieran nacer con alguna enfermedad y eso era algo que quizás no pudiera perdonarse jamás; de pronto, el sonido del reloj carrillón del salón le hizo dejar sus pensamientos atrás para comenzar el día a día, tenía que subir el carbón del sótano y si no se apresuraba le vendría justo para preparar

el desayuno, así que se fue con celeridad a bajar las escaleras y empezar de nuevo un día más, Benita tenía veinte años y toda la vida por delante, ahora sólo debía decidir si pasarla junto a su amor verdadero sería lo más aconsejable para los dos.

53

Benita, arrodillada sobre el suelo del amplio salón de la casa, lo fregaba con esmero para que quedara muy brillante, tal y como le gustaba encontrarlo todos los días a doña Engracia. Benita siempre lo hacía lo mejor que sabía y hasta el momento no había recibido queja alguna de la señora, sin embargo, aquella fría mañana de febrero en la que la niebla apenas dejaba traspasar la luz por las altas ventanas de las habitaciones, Benita restregaba las baldosas con mucha rabia, como si así pudiera sacarse de su interior toda la ira contenida. Había pasado ya más de un mes desde la advertencia que le habían hecho los señores Villalba y además Doña Engracia se lo había recordado de una manera mucho más convincente en posteriores ocasiones, pero Benita se sentía igual o más confundida que el día que los escuchó por primera vez. Siguió haciendo eficazmente todas sus tareas en la casa, pero a su vez, su mente se encontraba muy lejana a todo ello pensando sólo en qué era lo que debía de hacer con su vida a partir de entonces. La amargura daba paso a los fuertes dolores de cabeza que comenzaba a padecer y no sabía por qué recordaba ahora sin cesar las palabras de su madre cuando partió de Lastilla, le había hablado de su tía María, de la que ella parecía haber heredado su inteligencia, pero no su impetuosidad que parecía ser que no le había dado un buen final a su pobre tía, quizás debía pensar con sensatez y con la inteligencia suficiente para saber con certeza qué futuro debía elegir ella.

Esa noche de madrugada, Benita se despertó empapada en sudor, había tenido unas pesadillas horribles en las que daba a luz a niños deformes, Benita pensó que sólo había sido un mal sueño, sin embargo, aquello le conmocionó tanto que durante las tres semanas siguientes volvió a tener pesadillas similares, todo ello le hizo decidir precipitadamente, el miedo a tener hijos enfermos se había instalado en Benita para no dejarla pensar con calma y obligarla a romper su compromiso con Teodoro pese a lo mucho que seguía amándole.

Benita intentó escribir a Teodoro y contarle todo lo ocurrido en varias ocasiones, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo y ahora ya sólo recibía sus cartas sin darles respuesta alguna.

La tarde que libraba en la casa, decidió salir a dar un paseo, su hermana Amparo ya había insistido otros días, pero Benita no tenía ganas ni de salir a la calle y se quedaba cosiendo encerrada en su habitación. Aquella tarde se vistió con una falda azul marino y una camisa color crema, se pintó los labios de un color rosa pálido muy discreto y cogió su bolso y una chaqueta gruesa, pues aunque ya era

finales de marzo todavía seguía refrescando cuando el ocaso llegaba, después bajó al portal donde le estaba esperando Amparo.

Después de saludarse alegremente, Benita se quedó mirando a su hermana.

—A ver, Amparo, te veo hoy muy sonriente. ¿No estarás tramando algo?

—He quedado con Tobías para dar un paseo.

Benita se quedó mirándola sin saber qué decir.

—¡Amparo! ¡Pero habérmelo dicho! Bueno, no te preocupes, me vuelvo a casa y ya está.

Amparo sujetó a Benita por un brazo y le hizo salir del portal.

—Benita, tú no vas a ninguna parte, te dije que saldríamos de paseo juntas para que se te pase un poco esa amargura que tienes y es lo que vamos a hacer.

—Mira, Amparo, yo sé que lo haces para animarme, pero entiendo que quieras ver a Tobías y yo no pinto nada, ya sabes que tres son multitud…

—Vale, vale, mira, Benita, quería que fuera una sorpresa pero te lo diré y ya está.

Benita se sorprendió de inmediato.

—¿Decirme? ¿El qué?

—Pues… bueno… Benita, con todo lo que te han dicho tus señores y la angustia que tienes por Teodoro, yo pienso que deberías cambiar de aires, hermanita.

Benita no sabía muy bien a qué se estaba refiriendo su hermana y le dijo:

—Amparo, ¿y a qué te refieres con eso de cambiar de aires? No te entiendo.

—Te voy a ser sincera. A lo mejor tienen razón tus señores y deberías conocer a… otras personas.

—¡Oh, Dios mío! No me lo puedo creer. ¿He oído bien eso que me acabas de decir?

—Sí, Benita, tú misma estás pensando en romper tu relación con Teodoro por ese miedo que tienes a que vuestros hijos no salgan sanos. ¿No?

Benita miró enfadada a su hermana.

—Amparo, el señor Villalba es una eminencia como médico y sabe muy bien de lo que habla…

A Benita se le empezaron a empañar sus ojos castaños de lágrimas.

—Benita, perdona, yo no quería entristecerte, sé lo mucho que quieres a Teodoro y si has decidido romper es por el bien común de vuestra futura familia, pero aun así, un día u otro tendrás que conocer a alguien con quien acabes casándote, Benita.

—Aún no estoy preparada para conocer a nadie y además ni

siquiera me he atrevido todavía a escribir a Teodoro y decírselo. ¿Cómo se lo voy a contar?

—Yo no te puedo ayudar en eso, pero seguro que tú encontrarás la manera, de todas formas lo que yo te quería decir es que Tobías nos está esperando con un amigo y compañero de trabajo.

—¿Qué…?

—Benita, necesitas animarte un poco y olvidar todo lo que te está sucediendo, si ya no quieres venir otro día lo entenderé, pero hoy no me dejes mal, por favor, hermanita.

—Está bien, iré, pero sólo lo hago por ti.

—Gracias, hermanita.

Un rato después de pasar y admirar desde los cristales los elegantes cafés musicales de las céntricas calles de la ciudad, se encontraron por fin con Tobías y su amigo.

Después de saludarse, Tobías hizo las presentaciones.

—Zacarías trabaja conmigo en los tranvías. ¡Ah! Y ella es Amparo, mi prometida, y ella es su hermana pequeña, Benita.

Benita se acercó cortésmente a Zacarías y le dio la mano.

—Encantada de conocerle, Zacarías.

—Lo mismo digo, Benita.

Un rato después mientras Tobías y Amparo hablaban de su próxima boda, Benita siguió paseando al lado de Zacarías y conversando con él, aunque en realidad le parecía que era mucho más sencillo hablar con Teodoro que con aquel hombre al que acababa de conocer que parecía no tener demasiados temas de conversación.

—Así que trabaja en tranvías.

—Sí, conduzco el tranvía que pasa por donde usted trabaja, según me ha contado Tobías.

—¡Ah! ¡Ya! Pues supongo que le habrá contado también que sirvo en casa de un doctor. Él es un médico de prestigio y yo sola me ocupo de toda la casa, llevo ya varios años allí, aunque cuando vine serví en otra casa con otra de mis hermanas.

—¿No es usted de aquí?

—No, qué va, soy de un pequeño pueblo de Segovia, y usted, ¿nació aquí?

—Ah, no, también soy de un pueblo, del pirineo, en Huesca.

—Supongo que llevará ya bastante tiempo aquí en Zaragoza. ¿No?

Zacarías miró a Benita con sus penetrantes ojos azules.

—No, no se crea, llevaré aquí sólo un par de años, desde que volví de realizar el servicio militar, allí es donde conocí a Tobías, bueno, supongo que ya se lo habrá contado su hermana Amparo.

—No, no lo sabía, pensaba que se conocieron ustedes en el trabajo.

—Pues ya ve, nuestra amistad viene de antes, pero bueno, cuénteme cómo llegó usted a la ciudad, hay mucho trecho desde

Segovia hasta aquí.

Benita sonrió a Zacarías.

—Sí, la verdad es que ha sido un camino bastante largo. Mi tío Federico es brigada y ha estado desde siempre destinado en Zaragoza, él fue encontrándonos trabajo a toda la familia, me refiero a los jóvenes. Después de la guerra, en el pueblo, ya no había suficiente para todos, así que primero vinieron mis primos, luego mis hermanas mayores y al final llegué yo, supongo que esa es mi historia.

—Una bonita historia, Benita.

Benita empezó a sentir curiosidad por la vida de Zacarías y decidió seguir preguntándole.

—Perdone, Zacarías, y usted está aquí solo o también tiene familia en Zaragoza.

Zacarías miró a Benita con aire orgulloso, le gustaba que le preguntaran acerca de su familia, pues para él era lo más importante que tenía y los suyos siempre estaban por encima de todo.

—Tengo aquí a todos, mi padre que está ya muy mayor, mi hermano y mis dos hermanas, yo soy el pequeño de la familia, en eso coincidimos, Benita.

—¡Ah, no! Yo soy la pequeña de las chicas pero tengo un hermano de menos edad que yo que vive en Lastilla, mi pueblo, junto con mis padres.

—Tiene suerte de tener a su madre todavía, Benita, mucha suerte.

Benita se quedó seria por un instante.

—Perdone, yo no me había dado cuenta de que, claro, no la ha nombrado, lo siento, Zacarías, no era mi intención…

—No se preocupe, yo no conocí a mi madre, murió al poco de darme a luz a mí y mis hermanas se encargaron de criarme y aquí estoy hecho y derecho, bueno, y sus padres es que tienen tierras en el pueblo o algo…

Benita soltó una pequeña carcajada.

—¡Mis padres! ¡Madre mía! Ya quisieran ellos, pero si somos todos más pobres que las ratas, qué va, mi padre es pastor y aún sigue con las ovejas, pero el rebaño no es suyo, él trabaja para un terrateniente del pueblo. ¿Sabe?

—¡Ah! Ya entiendo.

Benita siguió conversando con Zacarías y se fueron conociendo, la tarde fue pasando tranquila y acabaron tuteándose y cuando Benita volvió a la casa de los señores y por fin, ya por la noche, pudo acostarse en la pequeña cama de su habitación, se quedó durante largo rato pensando en Zacarías. Era un hombre bastante alto y corpulento, una buena mata de pelo oscuro contrastaba muy bien con sus ojos azules, sin embargo, había algo en su mirada que no le gustaba a Benita, algo oculto que no llegaba a vislumbrar, y jamás

había conocido a un hombre tan serio como aquel. Su amado Teodoro era totalmente distinto, era muy alegre y siempre tenía ganas de hablar, sin embargo, Benita sabía muy bien que aquello ya no podía ser por el bien de sus hijos, aunque todavía no había reunido el valor suficiente para contárselo.

Las siguientes semanas Benita volvió a ver a Zacarías y, aunque no le agradara lo suficiente, decidió por fin escribir a Teodoro diciéndole que rompía su compromiso porque había conocido a Zacarías.

Teodoro no aceptó la ruptura de Benita y cuando terminó el servicio militar y volvió de Cáceres a finales de abril, fue varias veces a buscar a Benita en su tarde libre, pero allí siempre se encontraba a Zacarías esperándola también a ella y al final Teodoro se dio por vencido resignándose a volver a ser solamente el primo de Benita.

Benita por su parte, hizo grandes esfuerzos por no correr a echarse a los brazos de Teodoro cada vez que la iba a esperar y, con el corazón en un puño, cogía el brazo de Zacarías después de saludar formalmente a su primo, Zacarías no era tan listo como su adorado primo y nunca sospechó de que lo que había habido entre ellos pudiera ser algo más que amor fraternal.

Ahora estaba acabando ya el verano y durante ya varios meses Benita festejaba con Zacarías, sin embargo, habían acabado para ella sus ilusiones en la vida, Teodoro había sido su amor verdadero, pero imposible por las circunstancias que los unían, en realidad Zacarías sólo era para ella el posible marido que la sacaría un día de la servidumbre y que le daría una descendencia sana, quizás sólo fuera eso, aunque en el fondo de su corazón ansiaba poder conocerle mejor y llegar a quererle casi como había querido a Teodoro y todavía lo hacía, aunque esperaba con todas sus fuerzas poder olvidarlo y que sólo el recuerdo lo guardara en su memoria.

54

Benita apresuraba sus pasos por las céntricas y empedradas calles de la ciudad, quería llegar cuanto antes a casa de Zacarías, puesto que el fuerte viento que soplaba aquel día otoñal de noviembre era frío como el hielo y le estaba dejando sus delicadas facciones blancas más pálidas de lo normal y sus mejillas casi entumecidas. Aquella fría brisa que precedía ya el invierno, le hizo pensar en el largo invierno en que había convertido a su frágil corazón, pensó que podría olvidar a Teodoro, pero aún ahora lo que sentía por él era algo mucho más fuerte que lo que intentaba sentir por Zacarías y, sin embargo, había intentado con toda su energía enterrar su amor por Teodoro en algún rincón de su mente y quizás lo había conseguido, pero aun así, en lo más hondo de su alma siempre tendría escondido a Teodoro. Sentía por Zacarías un cariño especial, a veces se comportaba de manera tosca y era un poco bruto al hablar, pero otras veces la trataba bien y parecía atento con ella, por lo que aunque Benita no había llegado todavía a enamorarse de él, pensaba que era buena persona y si todo seguía adelante quizás algún día fuera un buen marido con ella.

Zacarías vivía en una vieja y destartalada casa junto a su familia, su padre era un hombre ya muy mayor y estaba enfermo, seguramente sus continuos chatos de vino en la tasca de abajo de casa no le habían proporcionado un buen estado de salud, y ahora era Emilia, una de las hermanas de Zacarías, quien tenía que cuidar de su padre día y noche, por no decir que también cuidaba de él y de su hermano todas las veces que tenía que meterlos en la cama después de alguna que otra borrachera.

Benita conocía ya a toda su familia, también su hermana mayor, aunque ésta vivía con su marido y sus hijos de manera independiente. Hacía tan solo un mes que Zacarías le había presentado a su familia y Benita se dio cuenta desde el primer momento que Emilia era diferente a todos ellos, tenía genio al igual que Zacarías pero su mirada era bondadosa y se notaba; Benita todavía no descifraba muy bien ciertas miradas que a veces le otorgaba Zacarías.

Benita llegó por fin a casa de Zacarías y encontró allí a Emilia, muy servicial como siempre. Emilia abrió la puerta y la invitó a entrar.

—Benita, pasa, pasa, siéntate aquí.

Benita se sentó en una de las sillas de madera que había alrededor de una pequeña mesa de color oscuro que, en conjunto, componían el estrecho comedor de la casa.

—¿Y Zacarías? ¿Todavía no ha llegado?

—No, pero estará al caer, ya sabes que en el tranvía nunca llevan un horario fijo, pero bueno, así me haces compañía.

—¿No está tu hermano en casa?

—¡Ah, no! Hace un rato que se ha ido y mi padre está acostado en la habitación, así que podemos charlar tranquilamente. Yo aquí me encuentro muy sola a veces. ¿Sabes? Todo el día rodeada de hombres y tú sabes que cuando beben se ponen insoportables.

—Sí, ya lo sé.

—Zacarías supongo… bueno quiero decir que… cuando sale contigo no irá con ningún vino de más…

—No, bueno… algún día ha venido un poco… chispado pero nada más.

—Eso imaginaba, sin embargo —Emilia se acercó a Benita bajando el tono de voz—, mi padre a veces se ha pasado un poco de más y ya ves como está, yo creo que nunca superó lo del pueblo y lo de mi madre… Y ahora ni siquiera puede levantarse ya de la cama.

Benita, extrañada, le preguntó:

—¿Y qué pasó en el pueblo?

—Perdimos las tierras poco a poco en los años siguientes a la muerte de mi madre.

Emilia pensó en aquel momento que había hablado más de la cuenta.

—Pero Zacarías… ¿no te ha contado nada?

—Pues no, sólo sé que tú le criaste porque vuestra madre murió al poco de nacer él.

—Sí, pues eso, vinieron después tiempos peores y tuvimos que vender alguna tierra.

—Así que teníais tierras…

—Subsistíamos con todo ello, oye, Benita, pero no le digas nada de esto a Zacarías, a él no le gusta hablar del pueblo y aunque es un buen hombre se pone un poco burro con estos temas, así que creo que será mejor que no se lo saques a relucir.

Benita miró a Emilia, incrédula.

—No entiendo por qué no puedo hablar con Zacarías de vuestro pasado, pero respeto tu decisión Emilia, no te apures, no le diré nada.

Benita no entendía muy bien por qué no podía preguntarle a su novio sobre todo aquello, pero aun así, Emilia le parecía una buena mujer y si ése era su deseo lo respetaría.

—Gracias, Benita, te aprecio de veras y sabía que podía confiar en ti.

Al poco rato llegó Zacarías y Benita salió con él cogida de su brazo para dar un paseo y, mientras se alejaban, Emilia los observaba marchar a través del cristal de la ventana del comedor y comenzó a pensar en su futura cuñada Benita, si al final llegaba a serlo. Apenas la

conocía, pero había visto en sus deslumbrantes ojos castaños una gran bondad que llegaría a frenar el dominante carácter de Zacarías y así él formaría su propia familia junto a ella. Para Emilia la vida no había sido nada fácil, su madre había fallecido cuando ella todavía era una chiquilla y aunque hasta entonces no habían sufrido apuros económicos, desde aquel momento Emilia se convirtió en toda una mujer llevando las riendas de la familia y criando a su hermano Zacarías lo mejor que podía, a la vez que su padre y su hermano mayor derrochaban todo lo que tenían en bebida, llevando así a toda la familia a tener que soportar ver cómo bajaban un escalón en la clase social. En realidad para Emilia todo aquello había pasado ya hacía mucho tiempo y ella sentía su propia catástrofe, el cuidado hacia los demás la había dejado a ella sin opciones de casarse, todavía rebosaba belleza, pero la edad ya no la acompañaba y se debía al cuidado de su anciano padre, y ahora con lágrimas en los ojos al mirar cómo se alejaban Zacarías y Benita, pensaba que jamás tendría una vida propia.

Poco a poco, el tiempo fue transcurriendo y un lluvioso día de abril de 1951, Benita se retocaba su rizado y corto cabello frente al espejo en casa de su hermana Gloria. Amparo y Milagros se casaban ese día y sus hermanas estaban con ellas para ayudarlas a vestirse y peinarse con sus sencillos trajes de novia. Benita, unos instantes después, estaba peinando a su hermana Amparo y en un momento que se quedaron las dos solas, Amparo miró tristemente a Benita.

—¿Qué te sucede, Amparo?

—No lo sé, es que tengo dudas.

—¿Dudas? ¿No estás segura de querer casarte con Tobías?

Amparo bajó la mirada.

—No lo tengo claro, Benita, todavía me acuerdo de Anselmo.

—¡Madre mía! Pero, Amparo, si eso ya era agua pasada, discutíais mucho, ¿o no lo recuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero yo le quería de verdad.

—Y me vas a decir… ¿qué no quieres a Tobías?

—Yo le quiero pero…

—Pero no se hable más, has tenido mucho tiempo para pensártelo, Amparo—. Benita cogió a su hermana por ambas manos—. Mira, tú también sabes que yo no he olvidado a Teodoro, pero ahora estoy con Zacarías, la vida es así, a veces no podemos elegir…

—No te reconozco, Benita, tú no pensabas así, ese médico te metió unas ideas muy raras en la cabeza y ni siquiera todavía conoces lo suficiente a Zacarías… O me equivoco, hermanita.

—Basta ya, Amparo, no voy a consentir que me digas eso, sabes muy bien mis razones y no son ideas raras como tú dices, así que mira, haz lo que creas mejor, desde luego si hay un momento de

arrepentimiento es éste, después ya no habrá marcha atrás, así que tú verás.

Amparo se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Tienes razón, Benita, este es el momento.

Un rato después, Benita, junto a Zacarías, esperaba la llegada de las novias también con el resto de invitados y, por un instante, pensó que Amparo se echaría atrás, pero no fue así, Amparo y Milagros llegaron juntas; sin embargo, durante toda la ceremonia Benita se encontró muy nerviosa, le había dado un vuelco el corazón al ver aparecer a Teodoro y las palabras de Amparo comenzaron a agolparse en su cabeza. Quizás tenía razón, no conocía lo suficiente a Zacarías, ni siquiera le había hablado de su infancia y juventud en el pueblo y ella lo había hecho ya miles de veces y tampoco le había contado nada de lo ocurrido en su familia, sin embargo, ella ya sabía todo sobre aquello, Emilia le había contado ya con pelos y señales lo que les había ocurrido después del fallecimiento de su madre, confiaba en Emilia y ella en Benita, pero no entendía por qué no lo hacía Zacarías, si un día iba a ser su marido por qué no confiaba en ella, no podía entenderlo así que prefirió apartar aquellos pensamientos de su cabeza y concentrarse en celebrar la boda de sus queridas hermanas.

55

El ocaso del día estaba por llegar aquella tarde del frío mes de febrero, pronto, las esbeltas y hermosas farolas de las principales calles de la ciudad comenzarían a encenderse al unísono para darle esa luz tenue que hacía tener a Zaragoza un aspecto nocturno e inquietante a su vez. La gente volvía entonces a sus hogares, la mayoría agotados después de haber pasado un duro día de trabajo, a diferencia de una minoría de burgueses que también volvían a sus casas, pero a éstos en cambio, se les notaba con un aire despreocupado hacia todo aquello que les rodeaba. Vivían bajo una dictadura militar, un régimen que ejercía sobre todos ellos un poder que limitaba injustamente sus propias libertades y con el que se habían acostumbrado a callar. Hacía ya mucho tiempo que se había acabado la guerra, pero todavía la diferencia entre las clases sociales era algo evidente. Las mujeres que pertenecían a un rango social más alto vivían con las mayores comodidades posibles, pero aun así, la mayoría de ellas sufría de una gran soledad y un mayor descontento porque su opinión nunca contaba en ningún círculo social, de ese tipo de cosas, ya se encargaban los hombres. Entre la pobreza la situación era mísera, los hombres trabajaban hasta perder el aliento para muchos terratenientes, mientras que las mujeres no tenían elección alguna, pasaban día y noche sirviendo en la casa de algún señor, cumpliendo con rigurosa obediencia todas las órdenes de éstos y sin rechistar siquiera, como si se hubiera vuelto a implantar la sociedad feudal de siglos atrás, y esperando algún día encontrar un buen marido para poder librarse de aquel calvario al que se veían sometidas un día tras otro.

Benita era una de esas sirvientas, su madre le había enseñado muy bien desde niña que jamás tendría alternativa, debía obedecer a todo aquello que le pidieran los señores e intentar hacer siempre lo correcto sin miramientos de ningún tipo, y así lo había hecho ella durante toda su vida.

Habían pasado casi cinco años desde que sus hermanas Amparo y Milagros se habían casado y ahora lo iba a hacer ella, tan solo dentro de un mes y con Zacarías. Benita se encontraba ahora sentada en una silla en su habitación tejiendo un jersey de lana, aprovechando ya los últimos rayos de sol del día, era su tarde libre pero no había salido porque hacía pocos días que el padre de Zacarías había fallecido y ahora tenía que guardar luto, la boda se celebraría igual, pero había que guardar las formas de todas maneras. Mientras sostenía las agujas

de coser con ambas manos comenzó a pensar en su futuro. Seguía sin conocer suficiente a Zacarías a pesar de todo el tiempo transcurrido, alguna vez habían estado a solas en algún café y Benita acercaba su silla con disimulo a la de Zacarías y le hablaba cariñosamente, pero él parecía estar más interesado en la vocalista del escenario que en Benita, pero, claro, Benita pensaba después que eran lugares públicos y Zacarías estaba actuando con total sensatez, de todas maneras no iban habitualmente a esos sitios ya que su pequeña economía no se lo permitía y siempre acababan en casa de Amparo o haciendo compañía a Emilia, con lo cual en tanto tiempo que llevaban festejando no habían tenido intimidad para prácticamente nada y menos aún para conocerse realmente, Zacarías no había pasado de un simple beso en la mejilla de Benita y eso era algo que ni siquiera ella podía todavía entender y, a pesar de todo ello, acataba su destino con resignación y humildad.

Benita se acostó aquella noche sumida en todos esos pensamientos que iban revoloteando por su cabeza y al levantarse al día siguiente, le siguieron rondando por la mente durante toda la mañana. Se disponía a entrar en el amplio salón de la casa cuando el campano del tranvía hizo que saliera de su ensimismamiento, era Zacarías, estaba segura, la línea que él conducía de tranvía pasaba por la casa de los señores Villalba, Zacarías siempre tocaba el campano y Benita salía a la ventana a saludarle si sus tareas en la casa se lo permitían en ese momento, pero ese día Benita no se asomó a la alta ventana que había en el salón, hubiera podido hacerlo en esos instantes, pero aquel sonido provocó en Benita una gran angustia que la hizo llorar desconsoladamente. Unos instantes después, ya más calmada, observaba con curiosidad al periquito que tenían los señores Villalba, estaba muy tranquilo mirándola a ella fijamente, hacía unos años que Benita se encargaba de tener su jaula limpia y reponerle comida y agua, doña Engracia lo había adquirido más como si formara parte de la decoración de su salón, estaba de moda ahora tener aves exóticas por sus vivos colores, sin embargo, para Benita aquel pajarillo azul cielo contrastado con su pequeña carita blanca, era mucho más que lo que le representaba a su señora, durante mucho tiempo había significado para ella una gran compañía, el animal se había acostumbrado a su presencia y a veces acompañaba más a Benita que el propio Zacarías.

Benita observaba la vitalidad del pajarillo y pensó que quizá echaría de menos su compañía, pasaba tanto tiempo sola en aquella casa, que comenzó a pensar cómo sería su vida a partir de ahora, no quería seguir viviendo con aquella soledad, pero suponía que Zacarías no sería de gran ayuda para combatirla; se preguntó qué estaba a punto de hacer, se iba a casar con un hombre al que no amaba en

realidad, ni siquiera el paso del tiempo había conseguido cerrar aquellas viejas heridas y ahora ya era demasiado tarde para arrepentirse, Teodoro se había casado ya con otra mujer, sin embargo, los pensamientos de Benita eran mucho más profundos aún. A veces cerraba fuertemente los ojos y se preguntaba quién era, toda su vida le habían ordenado unos y otros lo que debía hacer y ella había aceptado todas las órdenes, pero no entendía por qué no había tenido derecho a estudiar; por qué había nacido en la pura miseria y por qué una mujer humilde como ella no había podido tener la capacidad de elegir su destino, ése que le había hecho así, servicial a todos menos a sí misma.

Aquella misma tarde, Tobías entró en la tasca de debajo de la casa de Zacarías, Emilia le había pedido que lo buscara y Tobías sabía muy bien que lo encontraría allí, no era la primera vez que lo sacaba de allí con una gran borrachera a sus espaldas, aunque esperaba que su inminente matrimonio con Benita le hiciera sentar la cabeza.

—Zacarías, venga, nos vamos a casa.

—¡Hombre, Tobías! ¡Oye tú! Ponle algo fuerte a mi amigo.

Tobías se puso serio.

—No, no me pongas nada, me lo llevo a su casa.

—Venga, Tobías, no seas tú también aguafiestas… —Zacarías cogió a su amigo rodeándole los hombros con un brazo—. Venga, que te invito. Y alegra esa cara. Ya sé lo que vamos a hacer, Tobías, vamos a ponernos a cantar, eso vamos a hacer.

Zacarías se puso en medio de la tasca con los brazos en jarra y comenzó a cantar una jota con cierta desentonación.

—Ya está bien, Zacarías, cuánto se debe aquí.

Tobías pagó al tabernero y sacó a Zacarías medio arrastras ayudado por la gente que allí se encontraba.

Tobías le miró fijamente.

—Mírate, Zacarías, qué pintas tienes. No puedes seguir así, cuando te cases con Benita no tienes derecho a darle disgustos así. ¿Me oyes, Zacarías? Benita es una buena muchacha y no se merecerá esto de ti.

—Ya lo sé, Tobías, pero ahora no me está viendo. ¿No? Pues ya está, vamos a cantar…

Tobías acompañó a Zacarías al portal donde lo esperaba Emilia, ya muy inquieta. Al día siguiente, Zacarías sufría un gran dolor de cabeza, pero le daba igual, esa misma tarde se le habría pasado y podría volverse a tomar en la tasca algún que otro vino, en realidad, los consejos de Tobías podían tener mucho fundamento, pero él no les hacía demasiado caso, Benita iba a ser su mujer y formaría con ella una familia, que era lo que un hombre debía hacer, pensaba, sin embargo, para Zacarías aparte de eso no existían otro tipo de deberes conyugales.

Zacarías y Benita se casaron en la iglesia de San Pablo, fue un acto sumamente sencillo para guardar los respetos en memoria al padre de Zacarías. Benita vestía un traje de chaqueta y falda negras y una toquilla sobre su cabello del mismo color que el resto, aunque estaba hermosa, era una belleza exterior, porque la seriedad de su rostro no dejaba ver una gran felicidad en su interior. Después de la eucaristía, Benita pensaba invitar a toda la familia a un aperitivo, pero Zacarías se mostró rotundo ante el tema.

—No, Benita, nos vamos a casa y punto.

Benita miró estupefacta a su marido.

—Zacarías, pero si ya lo habíamos hablado, los llevamos a un café a tomar algo y ya está.

—He dicho que no y es que no.

Benita estaba totalmente asombrada ante aquella reacción.

—Pero, Zacarías, entra en razón, sólo será un rato, no te cuesta nada, mis padres han venido desde Segovia, han dejado sus trabajos en el pueblo para venir a nuestra boda, no puedo decirles eso.

Zacarías miró a Benita por encima del hombro.

—Pues claro que se lo dirás, ahora soy tu marido y debes hacerme caso.

Benita no podía creerlo, sus padres habían hecho un viaje muy largo y con mucha ilusión para ver la boda de la pequeña de sus hijas y ahora ella tenía que hacerles ese desplante por culpa de su marido, no podía entenderlo, pero al final hizo lo que Zacarías le había pedido.

Cuando estuvieron a solas, Zacarías la miró tiernamente y le dijo:

—Ahora vamos a tomar algo nosotros para celebrarlo.

—Mira, Zacarías, no me parece bien lo que me has hecho hacer, mis padres se han ido muy disgustados y lo sabes.

—Tranquila, Benita, se les pasará —llegaron a un famoso café de la ciudad—, entremos aquí.

Benita se quedó boquiabierta al entrar, no era posible, allí estaba Emilia con el resto de la familia de Zacarías.

—¿Pero qué es esto, Zacarías? Poco menos que has echado a mis padres y me encuentro aquí con todos tus hermanos. ¿Qué es lo que pretendes?

Zacarías ni siquiera respondió a aquello y Emilia se acercó alegremente a Benita.

—¡Pero qué guapa está la novia! —Dirigiéndose también a Zacarías les dijo—: hemos cogido mesas para tu familia, Benita, pero... —miró a su alrededor— ¿dónde están? Pensábamos que venían con vosotros, supongo que saben dónde está este sitio. ¿No?

Benita hacía rato que se había quedado muda, Zacarías se apresuró a contestar.

—¡Ah! No te preocupes, Emilia, sus padres estaban muy cansados, han hecho un viaje muy largo y han preferido irse a descansar.

Emilia se quedó pensativa y le contestó:

—Sí, supongo que ya son algo mayores para estar todo el día por ahí. Bueno, pues nada, vayamos a sentarnos.

Benita jamás habría imaginado que su boda iba a ser así de triste y ahora eso era lo que reflejaban sus bonitos ojos castaños, una mirada realmente triste, quizá su futuro no iba a ser ni siquiera tal como se había imaginado, podía ser peor todavía.

Aquella noche, la oscuridad cubrió el corazón de Benita, ella sintió con dolor cómo la brusquedad de Zacarías la despojaba de toda inocencia, él arrancó su virginidad sin ningún tacto, con torpes caricias y sin apenas cariño, hicieron el amor, pero lo que sintió Benita fue en realidad un gran dolor en sus entrañas.

56

La mañana siguiente amaneció soleada, la primavera estaba ya próxima y la ciudad entera notaba ya su presencia, las desnudas ramas de muchos árboles que durante el invierno habían perdido todo su color, iban vistiéndose ahora de un hermoso verde esperanza, así como el canto de las diferentes especies de pájaros que anidaban ya en esa época del año en las riberas del río Ebro, componían una gran orquesta para todos aquellos ciudadanos que paseaban a orillas del río.

Benita caminaba con celeridad, se dirigía a la estación para despedir a sus padres que volvían de regreso a Lastilla y ni siquiera aquel día radiante hizo que la tristeza se alejara de su corazón. Debería sentirse muy feliz, se acababa de casar, hubiera sido lo propio, sin embargo, algo hacía que estuviera realmente triste, se sentía muy mal por haber tenido que obedecer a Zacarías y haber dejado a su propia familia de lado en un día tan señalado para ella y ahora, mientras iba andando, lo recomponía en su mente como si fueran las piezas de un rompecabezas: su noche de bodas con Zacarías, jamás pensó que su primera vez sería de aquella manera, Zacarías debería haber mostrado un poco más de ternura con ella, Benita siempre intentaba ser cariñosa con él, no entendía por qué él no podía serlo con ella.

Al poco rato, Benita llegó a la estación y vio a sus padres allí de pie esperándola, Benita se apresuró a ir a su encuentro, pero conforme se iba acercando más y más le pareció ver una seriedad en sus respectivos rostros muy impropia de ellos, Benita siempre recordaba a sus padres alegres a pesar de la durísima vida que les había tocado vivir, ellos siempre habían sabido encontrar el lado bueno de las pequeñas cosas, sin embargo, ahora parecían disgustados por alguna razón.

Benita llegó a su lado y les saludó abrazándoles.

—No llevarán mucho rato esperando, como me dijeron que el tren no salía hasta mitad de mañana, no he venido antes porque pensaba que ustedes no habrían llegado todavía.

Eugenia miró a su hija con sincero cariño.

—Hija, no estuvo nada bien lo que hiciste ayer a tu familia, podíamos haberte acompañado también y tu marido y tú os fuisteis a celebrarlo sólo con su familia, y a tu padre y a mí nos gustaría saber por qué nos dejaste al margen.

Pablo se unió a la conversación.

—Mira, hija, si era mucho gasto para tantos, tenías que habérnoslo dicho y en la medida de lo posible tu madre y yo…

Benita interrumpió a su padre.

—No, padre, no es eso, es que Zacarías…

Benita estaba pálida por completo y en esos momentos sus mejillas empezaron a tomar un aspecto sonrosado, seguramente por la vergüenza que comenzaba a sentir.

Eugenia miró enfadada a su hija.

—Benita, ya nos hemos dado cuenta de que la gente aquí en la ciudad es diferente, viste más elegante y habla de otra manera que en el pueblo, pero creo yo que nosotros siempre intentamos comportarnos correctamente.

—Madre, ustedes son muy educados con todo el mundo aunque no tengan estudios, pero no sé por qué dicen que fuimos a celebrarlo con la familia de Zacarías, ya les dije que nos fuimos a casa y… ya está.

Pablo la miró con ira.

—Benita, no sé dónde habrás aprendido tú a mentir porque eso nosotros no te lo hemos enseñado. Sabemos muy bien que entrasteis en ese café musical con Emilia y el resto, porque pasamos por allí y os vimos dentro a través de la ventana del local, pero decidimos pasar de largo para tener la fiesta en paz que creo que es lo mejor que pudimos hacer, pero tú tienes que saber que nos vamos muy disgustados por ello.

Benita no tenía palabras, ellos siempre habían sido buenos con ella y le habían ofrecido siempre todo lo que habían podido a pesar de su miseria y ella se lo había recompensado de aquella manera, jamás se lo perdonaría a Zacarías y tampoco quizás a ella misma, decidió contarles toda la verdad para mitigar un poco el remordimiento de conciencia que ya tenía.

—Créanme, no lo hice con esa intención, Zacarías me obligó, me dio a entender que ahora al estar ya casados, una buena esposa debe obedecer a su marido y yo sólo hice lo que él me pidió.

Eugenia sintió en aquel momento una gran angustia en su pecho.

—Pero, hija mía —acarició con sus dedos una de las mejillas de Benita—, Zacarías es tu marido, nunca será tu señor, es cierto que debes hacerle caso como debe hacer una esposa pero no hasta esos límites, Benita, en un matrimonio si no estás de acuerdo en algo hay que hablarlo y llegar a una solución común entre los dos, tienes que hablar con él, no puedes empezar así tu matrimonio, hazme caso, ya sabes que nosotros sólo queremos lo mejor para ti y para tus hermanos.

—Lo sé, madre, perdónenme, por favor, no era mi intención que todo esto ocurriera.

Pablo miró a Benita con seriedad y ternura al mismo tiempo.

—No sé qué es lo que habrás visto en ese hombre, hija, porque lo único que veo yo es su altura. Yo sólo quiero que te trate como tú te mereces, Benita, sólo espero que cosas así no vuelvan a ocurrirte, sabes que me preocupo por ti.

—Lo sé, padre, y lo siento de veras.

Escucharon a lo lejos un tintineo campanil y justo después, la llamada de viajeros al tren con destino Valladolid al que tenían que subir Pablo y Eugenia, para hacer luego el último trayecto de su viaje todavía en burra.

Eugenia y Pablo se despidieron de Benita ya sin ningún rencor y con una gran tristeza por ella y subieron al tren de vuelta a Lastilla.

Cuando el tren comenzó a coger más velocidad, Eugenia se llevó ambas manos a su rostro sin poder evitar que las lágrimas emborronaran su visión para dar lugar a un doloroso llanto. Pablo observó con sorpresa a su mujer, quizás no demasiada, porque sabía bien lo que había provocado su llanto, se acercó más a ella y la rodeó con sus fuertes brazos y colocó la cabeza de Eugenia junto a su pecho mientras ella seguía desahogándose. Se quedaron allí, inmóviles, habían pasado ya casi una vida entera juntos y todavía su amor era sincero, la pasión enloquecida que tuvieron en otro tiempo, quizás ya no estuviera ahora, pero seguían queriéndose mucho, más incluso que entonces. Las arrugas habían cubierto el rostro de Pablo y su cabello moreno de otro tiempo era ahora totalmente blanco, Eugenia por el contrario, seguía teniendo esa suavidad en sus facciones blancas que le daban un aspecto muy juvenil a pesar de sus cincuenta y seis años, sin embargo, las canas habían aparecido hacía mucho en su repeinado moño que le hacía ver tantas veces que los años iban pasando. Ahora Eugenia se calmaba poco a poco en los brazos de Pablo, esta vez sufría por su hija Benita, sólo pensaba en todas las adversidades que Benita podría pasar al lado de un hombre como Zacarías.

Pablo miró con ternura a su esposa.

—¿Estás mejor, cariño?

—Sí, Pablo, lo siento, es que no podía contenerme, tenía unas ganas de llorar horribles. ¡Oh, Dios mío! ¿Pero qué tipo de persona es nuestro… yerno?

Pablo observó a su alrededor con preocupación.

—No lo sé, Eugenia, ojalá lo supiera. A lo mejor nos equivocamos y solamente ha sido un malentendido, pero no sé, de todas maneras las pocas palabras que he podido intercambiar con Zacarías, no estoy seguro, pero algo me dicen que no es trigo limpio.

Eugenia se sentía realmente preocupada.

—Bueno, Pablo, Tobías lo conoce desde hace mucho, si supiera que no fuera trigo limpio como tú dices ni siquiera se lo habría presentado a Benita.

—Puede que tengas razón, sin embargo, a lo mejor Tobías no conoce del todo a Zacarías. De todos modos, no creo que le vaya a ir demasiado bien a Benita con él y ojalá y deseo que me equivoque.

Eugenia observó tristemente a Pablo.

—Yo también deseo que te equivoques, pero también presiento lo mismo que tú y me atemoriza el sufrimiento que puede pasar nuestra hija.

—Sí, lo sé, a mí también me da miedo, pero nosotros ya no podemos hacer nada.

—Ahora Benita está en sus manos y espero que también en las de Dios, Nuestro Señor.

Pasaron el resto del viaje abrazados pero en silencio, Eugenia pensaba en el sufrimiento de la gente, en el de ambos y en el suyo propio, había pasado hambre, miseria, penurias, enfermedades, todavía recordaba ahora cuando la devastadora gripe española se había llevado a tanta gente y entre ellos a su tío y su primo, aquello le marcó para siempre y a pesar del dolor, le hizo más fuerte todavía para soportar después la guerra y aún peor la posguerra sin apenas nada y con cinco hijos que alimentar, además fue muy duro soportar la desaparición de María, todavía hoy no sabían que fue de ella y aun así, logró salir adelante, sobrevivió a todo ello junto a Pablo, ahora seguían trabajando tan duro como antes pero al encontrarse ya solos, compartían una paz y tranquilidad, de la que mutuamente se enriquecían. Fue entonces cuando Eugenia se dio cuenta de aquello que la había hecho tan fuerte ante todo el sufrimiento por las adversidades que le habían ocurrido en la vida, era Pablo, su continuo amor por ella había hecho que soportaran juntos tantas penurias vividas; su amor era mucho más fuerte ahora y también les había hecho más fuertes a ellos, Pablo siempre era su gran aliado, le había apoyado en todo durante toda la vida y ella había hecho lo mismo con él, Eugenia se sentía ahora dichosa y feliz incluso a pesar del hecho de haber nacido pobre y mujer en unos tiempos de oportunidades nulas para esas clases sociales, sin embargo, su felicidad junto a Pablo era lo que verdaderamente le había hecho sentirse bien y por eso pensaba que lo que compartían Pablo y ella a lo mejor nunca lo compartirían Zacarías y Benita, y sintió una gran lástima y plena impotencia por no poder ayudar de modo alguno a su hija Benita.

Un rato más tarde, Benita sacaba de su bolso la pesada llave medio oxidada y abría la oscura puerta de madera de su parcela compartida. Amparo y Tobías vivían allí y habían subarrendado una parte de la vieja parcela a Zacarías y Benita. Benita entró en la casa que se encontraba vacía, como era domingo, seguramente Amparo se habría ido con el niño a misa y Tobías estaría trabajando, al igual que Zacarías que se había ido ya muy temprano. Todas sus hermanas ya

tenían hijos y Benita suponía que pronto se quedaría embarazada como era lo habitual, su hermano, por su parte, seguía soltero, era normal dado que era el pequeño de todos.

Entró en la cocina, cogió un vaso y lo llenó de agua del grifo que también hacía las funciones del lavadero, tomó un pequeño sorbo y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, no entendía por qué el comienzo de su matrimonio se había convertido para ella en un gran valle de lágrimas. De pronto, oyó unos golpecitos en la puerta y Benita se secó rápidamente las lágrimas, restregándose los ojos con ambas manos.

—¿Quién es?

—Soy yo, Emilia.

Benita abrió la puerta disimulando estar contenta, pero Emilia supo enseguida que no era así.

—¿Qué te pasa, cuñada? ¿Has estado llorando?

—No, yo… Mis padres nos vieron ayer con vosotros.

Benita le explicó con detalles lo ocurrido, incluyendo su conversación con Zacarías puesto que éste también había engañado a su hermana.

—No te des mal, Benita, a lo mejor mi hermano había bebido algo antes de la boda y se le subió un poco, no se lo tengas en cuenta.

—Ya, pero además mis padres se han disgustado mucho.

—Bueno, ya se les pasará.

—No sé, Emilia, a mi padre no le ha caído muy bien tu hermano y tampoco quiero ponerme a mal con ellos.

Emilia miró a Benita un poco enfadada.

—¿Y qué sabrán tus padres de cómo es Zacarías, si ellos son analfabetos? ¿Qué van a saber ellos?

A Benita le cambió el rostro.

—Mis padres no sabrán leer ni escribir pero educación no les falta y Zacarías se ha comportado mal con ellos y punto.

Emilia habló un poco más pausada.

—Lo siento, Benita, tienes razón, yo no quería meterme con tus padres, pero tú no te disgustes y ten un poco de paciencia con Zacarías, ya sabes que a veces dice esas cosas y luego se le pasa.

—Eso espero, Emilia, eso espero.

Benita no dio demasiada importancia al comentario de Emilia porque sabía que no había sido su intención herirla y charlaron un rato más, y después Emilia se fue y Benita se dispuso a preparar la comida en un viejo hornillo.

57

Benita se abanicaba frenéticamente con un buen trozo de papel de periódico con el que solía envolver el almuerzo de Zacarías, en esas fechas, a finales del mes de julio, el calor era abrasador incluso con el frescor de la noche, como aquel día. Benita no conseguía conciliar el sueño y decidió esperar a Zacarías junto a la penumbra de una vela para no desvelar con la luz a Amparo, Tobías y el niño y así de paso, podría hablar a solas con su marido y darle por fin la noticia, claro que, por la hora que era, quizá Zacarías volviera a aparecer en estado de embriaguez, como era lo habitual, y un día más, no tuviera la suficiente valentía para decírselo.

De repente, la puerta de la cocina, donde estaba Benita, se abrió de par en par y bajo la tenue luz de la vela, Benita distinguió la figura alta y corpulenta de su marido que avanzó a grandes zancadas hacia ella y con la mirada fija en su silueta, Benita vestía un simple camisón muy fino y Zacarías venía ya demasiado acalorado por lo que había bebido y al ver el contorno de su mujer transparentarse débilmente a través del fino camisón, no pudo contenerse.

—Benita, ya veo que me estabas esperando. No te preocupes, sabré recompensar tu espera.

Benita se levantó de la silla de un salto, no quería hacer nada esa noche, estaba borracho y sería brusco con ella, además sólo quería darle la noticia y echarse a dormir, nada más, sin embargo, sabía muy bien lo que iba a ocurrir, él nunca aceptaba un no por respuesta y Benita había visto en su mirada el deseo, sucedería de todos modos.

—Zacarías, es que hoy no me encuentro demasiado bien y además has bebido demasiado, creo que no es muy conveniente…

La mirada de Zacarías se volvió sombría.

—¿Conveniente? Pero si me estabas esperando, si no ¿qué haces aquí levantada todavía?

—Es que tenía que decirte algo, Zacarías.

—Lo que tengas que decirme puede esperar a otro momento, ahora yo decidiré lo que es conveniente, para eso soy tu esposo.

Zacarías le quitó el camisón a Benita y le hizo el amor de una manera un tanto brusca y Benita se dejó hacer, resignada una vez más por las necesidades fisiológicas de su marido, hasta que al fin terminó.

Hacia mitad de la noche, Benita se despertó de un sobresalto por las fuertes náuseas que oprimían su estómago, se volvió a poner el camisón y salió corriendo hacia el lavadero de la cocina para poder vomitar, cuando volvió a la cama, Zacarías dormía profundamente, ni

siquiera se había enterado, al hacer el amor hacía tan solo unas horas estaba bastante borracho y ahora dormía sin enterarse de nada, hacía ya tiempo que Benita tenía aquellos malestares, pero Zacarías volvía tantos días ebrio que no se había dado ni cuenta de ello.

Al día siguiente, Benita aprovechó el momento de la comida para hablar con su marido.

—Zacarías, ¿te acuerdas que anoche te dije que tenía que decirte algo?

—No, no sé de qué me hablas, lo que sí sé es que no has puesto pan en la mesa.

—Tienes razón, qué despiste, ahora lo pongo.

Benita cortó unos pedazos de pan a la vez que sabía que Zacarías olvidaba siempre lo que le decía cuando volvía en aquel estado.

—Lo que yo quería decirte…

Zacarías le interrumpió.

—Oye, dónde has dejado el vino, rellénamelo el vaso anda, que se me queda la garganta seca con estas judías.

Benita fue a por la garrafa de vino y en ese momento vino Tobías, estaba claro que tampoco era el momento para contárselo, así que esperaría a la hora de la cena y a estar solos de nuevo.

Por la tarde, Benita tejía una chaqueta en compañía de Emilia, ella era diferente a su hermano, era bondadosa y sensible y se preocupaba de veras por Benita, algo que podía haber aprendido mejor Zacarías de su hermana mayor, ya que prácticamente Emilia le había criado. Para Emilia tampoco habían sido las cosas demasiado fáciles, quizás fuera por eso por lo que se llevaran tan bien, incluso ahora Benita tenía más confianza con Emilia que con su propia hermana Amparo, con la que durante tanto tiempo habían sido como uña y carne, sin embargo, tanta convivencia había llevado al roce y de ahí, a un pequeño distanciamiento entre ellas.

Emilia dejó a un lado de la mesa las agujas de coser y miró con cariño a Benita.

—Benita, estás un poco callada, cuéntame qué te ocurre.

Benita levantó la vista de la lana que cosía y Emilia adivinó lo que le ocurría.

—Todavía no has podido decírselo, pero Benita, dentro de muy poco se va a notar, no puedes esperar más.

—Emilia, tú ya le conoces, viene muchas noches un poco más que contento y por el día mi hermana anda merodeando por la casa, es que no encuentro el momento apropiado.

—Bueno, Benita, encontrarás el momento idóneo.

Un rato después, Emilia se marchó y Benita se dispuso a pelar patatas para la cena, con sólo veintiséis años, se sentía ya desgraciadamente sola, estaba embarazada de casi tres meses y ni

siquiera era capaz de comunicárselo a su marido. Comenzó a llorar silenciosamente a la vez que cortaba en varios pedazos las patatas peladas, se había casado con Zacarías sin amarle pero lo peor de todo es que no le conocía en absoluto, hacía poco más de cuatro meses desde su boda y su matrimonio ya era como un infierno, Zacarías llegaba a casa con unos tragos de más la mayoría de los días y siempre que le apetecía consumar su matrimonio, era los días que más bebía, y Benita no sentía esa ternura que un marido debía de dar a su mujer, ni siquiera cuando estaba sobrio era demasiado afectuoso con ella, sabía de sobras que Zacarías era de un carácter un poco serio ya cuando eran novios, pero jamás imaginó que su vida de casada se convertiría en aquel calvario que ahora sufría, sólo esperaba que la llegada de aquel bebé hiciera de Zacarías un hombre más sensato y responsable de lo que ahora parecía ser.

Aquella noche Benita no se atrevió a ponerse siquiera el camisón y le esperó vestida, puesto que no había venido a cenar como tantos otros días. Le oyó a través de la ventana cómo venía canturreando algo, pero Benita estaba esta vez concienciada para contárselo quisiera oírlo o no.

—Entra, Zacarías, y deja de dar voces por ahí, que te va a oír todo el vecindario.

—Si sólo canto un poco, así les alegro la noche, ven, Benita, vamos a bailar.

Zacarías zarandeó a Benita de un lado a otro.

—¡Basta ya, Zacarías! Deja tus tonterías para otro momento.

—Si no son tonterías, te estoy alegrando el día. ¿O no?

—Pues no, vale ya. Te lo voy a decir ya y me da igual si te quieres enterar o no. ¡Compórtate, Zacarías, que vas a ser padre!

—¿Padre…? ¿Estás…?

—Sí, estoy embarazada de casi tres meses, ahora si quieres cenar sírvete tú mismo, yo me voy a la cama, buenas noches.

Benita se fue decidida al dormitorio y cerró la puerta tras de sí con un fuerte portazo, se puso el camisón y consiguió dormir la noche entera sin náuseas ni vómitos esta vez.

A la mañana siguiente, al despertar al alba, Zacarías se disponía a tomar los mandos del tranvía. El día había amanecido lluvioso a pesar de estar en tan caluroso mes estival, seguro que en poco rato volverían a brillar los rayos del sol con fuerza, sin embargo, de momento habría que tomar precauciones al frenar el tranvía, pues su freno tenía un largo recorrido que en días lluviosos se acentuaba todavía más dando lugar a los consiguientes accidentes. Zacarías sufría un fuerte dolor de cabeza y también había necesitado una buena taza de café para despejarse, pero aun así, se sentía satisfecho y orgulloso de sí mismo, iba a tener un hijo que tendría el padre perfecto, ahora pensaba que

había hecho bien su elección con Benita, había conseguido que acatara sus órdenes al igual que lo hacía él cuando le mandaba algún jefe, limpiaba y cocinaba como la mejor de las sirvientas y además le iba a dar descendencia, Zacarías se había sentido siempre superior a ella, primero por el hecho de ser su marido y creer tener el poder sobre su esposa y luego con respecto a su familia, Benita era hija de un pastor y no tenía donde caerse muerta, sin embargo, él venía de una familia mucho más pudiente, con tierras para subsistir y sin tener que rendir cuentas a nadie, claro que, en cierto momento, se quedaron como la familia de Benita, pobres, y eso era algo que no le gustaba pensar porque hería su propio orgullo, así que nunca contaba lo que había ocurrido en realidad y Zacarías se las seguía dando de persona importante aunque no lo fuera.

58

Los penetrantes rayos de sol que cubrían las calles de la ciudad con un suave colorido azul cielo, invitaban a los ciudadanos a salir a pasear por las hermosas riberas del río al igual que atravesaban los cristales de las ventanas de la parcela donde vivía Benita e iluminaban la habitación donde se encontraba.

Benita sostenía en brazos a su niña, ésta se había quedado dormida y ella, sentada en una silla justo enfrente de la cama, observaba a su pequeña con gran entusiasmo.

Hacía un año aproximadamente que le había anunciado a Zacarías su próxima paternidad, teniendo la esperanza de que tal hecho quizás le haría cambiar su comportamiento con ella y empezaría a darle la comprensión y confianza que una mujer necesitaba sentir de su marido, sin embargo, nada había cambiado para Benita, Zacarías seguía siendo el mismo hombre tosco y de pocos sentimientos en que se había convertido para Benita desde su matrimonio. Benita vivía bajo una dictadura militar desde que era una niña, lo que nunca llegó a suponer fue que aquel régimen autoritario se pudiera imponer también dentro de su propia casa y bajo las órdenes de su arisco marido. No sabía muy bien por qué razón, en ciertas circunstancias, Zacarías sí hacía caso de los consejos que su hermana Emilia solía darle, por ello mismo la propia Benita tenía que recurrir a Emilia para que ella pudiera convencer a Zacarías de algunas cuestiones y, en muchas ocasiones, ni siquiera así conseguía hacer entrar en razón a Zacarías. Durante todo su embarazo, Benita sólo llegó a contar con la ayuda de Emilia, con quien había creado ya unos grandes lazos de amistad, a diferencia de su hermana Amparo con quien discutía cada vez mucho más, sin embargo, ahora volvía a sentirse sola, Emilia se había casado en edad ya un poco avanzada y con un hombre bastante mayor que ella, con lo cual, ya no se veían tan a menudo como antes. Benita sufrió un parto muy duro, con muchas complicaciones porque la criatura era muy grande y Benita siempre había sido menuda, pero al final todo salió bien y dio a luz a una niña sana y fuerte.

Ahora Benita miraba con dulzura a su hija, la habían llamado Isabel y con sólo seis meses de vida ya se criaba con hermosura, y a Benita aquella pequeña personita le había devuelto la vida, volvía a sentir alegría y ganas de cualquier cosa, aquello que poco a poco le había arrebatado Zacarías con su mal carácter, pero su niña le estaba devolviendo la esperanza de poder llegar a ser feliz, aunque solo fuera a través de su pequeña sonrisa; la sonrisa de Isabel.

Un rato después, Benita acababa de preparar una papilla para Isabel, pero la niña no tenía demasiado apetito aquel día, últimamente comía con menos gana que los meses anteriores y Benita había descubierto un pequeño truco que entretenía a la niña y así, mientras tanto, ella podía darle unas cuantas cucharadas de papilla.

Benita se fue a abrir un poco el grifo del lavadero, así, con el ruido del agua, la niña se distraía y ella podía darle de comer.

De repente, Amparo penetró furiosa en su cocina, pues Amparo y su familia disponían de su propia cocina en la otra parte de la parcela, aunque ésta la tenían mucho mejor amueblada y con mejor lavadero que la de Benita.

—¿Qué haces, Benita? ¿No sabes que mi niño está ya en la cama?

Benita le dijo sorprendida.

—Pero si yo sólo trataba de darle la papilla a Isabel, ya sabes que me come muy mal últimamente.

Amparo frunció el ceño.

—No sé qué tendrá que ver eso con que tengas que dejar el grifo abierto. ¿No ves que se va a despertar mi hijo?

—Por favor, Amparo, si sólo va a ser un momento y además casi no se oye correr el agua.

Amparo miró enfadada a su hermana.

—Cierra el grifo, Benita, y entretienes a la niña con otra cosa.

—Espera que le termine de dar la papilla y ya después lo cerraré.

Benita seguía manteniendo a su hija en brazos cuando se dio cuenta de la ira incontrolable que sentía Amparo hacia ella. Amparo le soltó un buen bofetón en la cara seguido de otros dos con más fuerza, sin percatarse siquiera de que Benita sostenía en brazos a su sobrina, Benita se quedó atónita y sin palabras y cuando Amparo se disponía a volver a su habitación, Benita fue detrás de ella todavía con Isabel en su regazo.

—¡Amparo! ¡Vuelve aquí! ¿Pero te das cuenta de lo que has hecho?

Amparo se apresuró a entrar en su habitación y cerrar la puerta de un portazo dejando fuera a Benita.

Benita dio unos golpes en la puerta de su hermana sin obtener respuesta alguna.

—¡Amparo, te vas a arrepentir de esto! Se lo pienso contar a Zacarías cuando vuelva, ya lo has de ver.

Un rato después, Benita acostó a la niña y esperó impaciente la llegada de Zacarías, cuando éste llegó, se lo contó todo con mucho detalle.

Zacarías fue a hablar con Amparo y ésta salió de la habitación con Tobías e intentó aparentar total inocencia.

Zacarías comenzó a hablar.

—¿Es verdad lo que me ha contado Benita? ¿Cómo te atreves a

levantarle la mano a mi mujer y con mi hija en sus brazos? ¿Es que no te da ninguna vergüenza?

Amparo llevaba un crucifijo entre sus manos.

—Zacarías, juro ante este crucifijo y ante el Altísimo que lo que dice Benita se lo ha inventado ella.

Benita no salía de su propio asombro y dijo:

—¿Cómo te atreves a llamarme mentirosa?

—Será porque lo eres.

Benita no podía creerlo.

—Eres una bruja, Amparo.

Zacarías y Tobías intentaron que aquella discusión no fuera a más y volvieron a sus respectivas habitaciones con sus esposas.

Zacarías y Benita se fueron a dormir disgustados y cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

Zacarías por su parte sabía muy bien que su esposa decía la verdad, no tenía demasiada confianza con ella, pero si algo conocía de Benita era su bondad que le impedía mentir y para él era un privilegio y una gran comodidad para campar a sus anchas sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera a ella. Sin embargo, sabía muy bien que su cuñada no era tan sumisa con Tobías como Benita lo era con él y por ello sabía que Amparo le habría de verdad propinado aquellas bofetadas a Benita, pero como pensaba que no podía hacer nada más, al día siguiente le diría a Benita que buscarían otra casa donde vivir los tres tranquilos.

Zacarías llevaba un tiempo desilusionado, a él le hubiera gustado tener un varón para poder hacerle un hombre en el futuro, con lo cual, al principio no le entusiasmó demasiado el nacimiento de Isabel, la cosa cambió un poco cuando se dio cuenta de que ella iba a ser su única descendencia, las posteriores hemorragias que sufrió Benita tras el parto le conllevaron a no poder tener más hijos en el futuro y eso supuso una fuerte frustración para Zacarías, tanto, que llevaba ya un par de meses que había preferido pasar los buenos ratos en las casas de alterne que con su propia mujer.

Benita se sentía muy indignada aquella noche, su hermana le había pegado y su marido sólo le había defendido débilmente. Comenzó a preguntarse si Teodoro le habría defendido mejor, en realidad sabía que sí lo habría hecho, durante bastante tiempo había intentado guardarlo sólo en su memoria, como un recuerdo borroso de unos tiempos felices que quizás nunca volverían, a menudo intentaba no pensar en él, pero en ese momento de impotencia ante todos y todo lo que le rodeaba, su corazón se abrió y ella sintió cómo una gran espina se le clavaba en lo más hondo y pensó en cómo había dejado escapar su camino hacia la felicidad.

Teodoro había aprobado unos exámenes para guardia de tráfico al

poco de casarse y estaba destinado en Barcelona, para Benita casi fue una ventaja porque así al no verlo a menudo había intentado olvidarlo más fácilmente, ni siquiera se carteaba con él por miedo a las reprimendas de Zacarías, pero sus hermanas sí lo hacían y Benita solía preguntarles por su primo a menudo, ahora sabía que su esposa estaba enferma, lo cual le apenaba porque lo poco que la conocía, se veía que era una buena mujer merecedora sin duda del cariño de Teodoro; al contrario que Zacarías, que incluso ella pensaba que no era merecedor de los sacrificios que ella tenía que hacer continuamente en su serpenteante vida junto a él.

59

Las nubes volvían a cubrir el azulado cielo de la ciudad, dándole ahora un aspecto un poco más grisáceo, contrastando un poco con los días totalmente soleados que habían tenido durante todo el verano.

Aquella nublada tarde de finales de septiembre de 1957, Benita miraba a través de la ventana aquellos nubarrones que comenzaban a formarse, le recordaban aquel cálido verano que para ella más bien había sido un poco oscurecido al igual que el color del cielo que ahora observaba. Después de su discusión con Amparo, Zacarías se precipitó para buscar otro sitio donde vivir, pronto encontró una casa para ellos tres, pero con su mísero sueldo no podían pagar el alquiler y prácticamente obligó a Benita a pedirles un préstamo a sus antiguos señores, por supuesto, doña Engracia accedió a ello, pero a cambio debía ir a fregarles el suelo varios días a la semana, dado que la sirvienta con la que contaban entonces no lo debía de dejar tan bien como solía hacerlo Benita.

Ahora Benita volvía a servir a sus señores como lo seguía haciendo sin rechistar a su posesivo marido. Por otro lado, su relación con Amparo se había destruido ya casi totalmente, cuando le comunicó que se iban a cambiar de casa, Amparo no esperó a que lo hicieran y les cortó el suministro de luz de inmediato, por supuesto, al ser verano, no necesitaron estar demasiado tiempo a la luz de las velas. Benita ahora se lastimaba por todo aquello, todavía recordaba con claridad sus travesuras con Amparo en Lastilla y sus conversaciones con ella antes de casarse, sin embargo, a su hermana ya no debían de conmoverle demasiado aquellos lejanos recuerdos. Por otra parte, la tristeza había vuelto a embargar el corazón de Benita, la esposa de Teodoro había fallecido hacía casi dos meses, Benita apenas la conocía, pero sabía que Teodoro la adoraba y su dolor por él era tan fuerte como el propio sufrimiento de Teodoro, él lo había pasado realmente mal hasta tal punto que pidió el traslado a Zaragoza para estar cerca de los suyos, en Barcelona no tenía a nadie y se encontraba demasiado solo para seguir viviendo allí sin nadie que pudiera consolarle en un momento tan duro de su vida.

Ahora Benita se encontraba quizá un poco más alegre de lo que era habitual, abrió la vieja ventana de madera de la casa donde se habían trasladado y notó cómo la pequeña brisa que acompañaba a las nubes le rozaba las mejillas, y se sintió verdaderamente bien, desde que se habían trasladado los dolores de cabeza se habían sucedido, sin embargo, aquel día se encontraba totalmente despejada, en sí, suponía

a qué se debía, Teodoro había vuelto y el día anterior había conocido a la pequeña Isabel en casa de su hermana Milagros y a Benita le había dado un gran vuelco el corazón al volver a verle después de tantos años, sabía bien que por desgracia todo lo que había sucedido en otro tiempo, era ya agua pasada para ellos por mucho que les pesara, pero tan solo el poder volver a verle, a saber que seguía siendo el mismo de siempre, produjo en Benita un gran impacto que todavía sentía ahora. Teodoro se había acomodado en una de esas pensiones descuidadas y sucias y Benita no pudo resistir la tentación de invitarle a cenar el día siguiente a su casa, al menos esa noche cenaría caliente, y a Zacarías lo convenció como pudo y con algo de ayuda de su cuñada Emilia.

Un rato después, llamaron a la puerta y Benita fue a abrir muy ilusionada aunque un poco extrañada, porque Teodoro llegaba antes de lo previsto.

—Teodoro, ¡hombre pasa! Me coges aún con el puchero en el fuego.

Teodoro la miró con esa mirada tan tierna que Benita no había olvidado.

—Sí, ya lo sé, es que me he adelantado un poco, espero no haber sido inoportuno al llegar tan temprano.

—No qué va, tú siempre serás bien recibido, además así me vigilas a la niña mientras le doy la vuelta a la cena.

—Sí, claro, lo haré encantado.

Un rato después, Benita acostó a Isabel en su cuna y se fue al comedor con Teodoro para hacer tiempo a que Zacarías volviera a casa.

Benita miró profundamente a Teodoro.

—¿Cómo estás, Teo? Ya sé que intentas sobrellevarlo, pero también sé que ha sido un duro golpe para ti.

—La verdad es que lo he pasado bastante mal, pero ya sabes que soy fuerte y hay que irse reponiendo, sin embargo, en Barcelona me encontraba rodeado de soledad y por eso decidí venir otra vez a Zaragoza.

Benita pasó su mano por el hombro de él a modo de consuelo.

—Lo superarás, yo te ayudaré en lo que necesites.

—Gracias, Benita, bueno, y a ti, ¿qué tal te han ido estos años? Debes de ser muy feliz con tu familia y con una niña tan preciosa.

—Sí, es una niña muy buena y me da muchas alegrías.

Teodoro intuyó en ese momento por la expresión del rostro de Benita que quizás la relación con su marido no era tal y como él había imaginado, justo entonces, oyeron cómo la pesada puerta de tosca madera de la pequeña parcela se abría y, al momento, vieron cómo Zacarías la cruzaba haciendo eses todo el pasillo hasta llegar al

comedor donde le estaban esperando.

Benita miró atónita a su marido.

—Zacarías, tenemos visita. ¿O es que ya no te acuerdas?

Zacarías se aproximó a Teodoro dando una gran zancada.

—¡Hombre, claro…! Pero si es tu querido primo, Benita, encantado de verte y… ahora vuelvo.

Benita no podía creerlo, también ese día Zacarías había pasado por la tasca después de dejar el tranvía.

—Teodoro, lo siento, a veces Zacarías se bebe algún que otro chato de vino en la tasca y vuelve en este estado…, yo no pensaba que hoy…

Teodoro rozó con su mano el brazo de Benita.

—No te preocupes, no pasa nada, tú no tienes ninguna culpa.

Zacarías volvió en ese instante con dos vasos en una mano y en la otra una garrafa de vino.

—Teodoro, te voy a invitar —le dijo entre risas— a un vinico de éste. ¿Qué te parece? Para que no vayas diciendo por ahí que tu primo no es generoso contigo.

—Te lo agradezco, Zacarías, pero a lo mejor deberíamos dejarlo para otra ocasión.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa? ¿Es que crees que estoy borracho? Pues no lo estoy.

—Ya, ya lo sé, pero no me apetece ahora, no sé, a lo mejor deberíamos cenar primero. ¿Verdad, Benita?

Los azulados ojos de Zacarías comenzaron a chispear de ira.

—Pero ¡cómo te atreves! ¿Piensas decidir tú lo que vamos a hacer en mi propia casa?

—Tranquilízate, Zacarías, yo no estoy decidiendo nada.

Zacarías levantó su enorme brazo y le señaló la puerta de la entrada.

—¡Fuera!

—¿Qué?

—¡Fuera he dicho! ¡Aquí mando yo y punto!

—Pero, Zacarías, seamos razonables, yo no he querido decir…

—¡Te he dicho que te marches de mi casa! ¡Largo de aquí!

Benita intervino en la conversación.

—Vete, Teodoro, será lo mejor, yo estaré bien, te lo aseguro.

—Bueno, está bien, si es lo que queréis, me iré.

Nada más salir Teodoro, Benita se temió lo peor, notó cómo le comenzaban a temblar las piernas y sintió un miedo terrible hacia su marido por el estado de embriaguez que llevaba.

—¡Benita!

—Dime, Zacarías…

—Ponme la cena que ahora sí que me ha entrado apetito.

Benita se quedó allí petrificada sin saber si debía seguir temiendo o era alivio ya lo que sentía.

—¡Pero! ¿Es que estás sorda? ¿Qué haces ahí plantada?

—Ya voy, Zacarías, ya voy.

Benita volvía a soportar las órdenes de su marido un día más, al igual que se resignaba a aguantar su borrachera otra noche más.

Al día siguiente, Benita fregaba el suelo, arrodillada y frotando más que nunca, a veces era así como conseguía sacar su ira de dentro ya que el pánico que le infundía Zacarías no le dejaba tener el valor suficiente para enfrentarse a él, sin embargo, ni siquiera aquello conseguía tranquilizarla aquel día, decidió que debía hablar con Teodoro y fue a buscarle allí donde sabía que podría estar regulando el tráfico. Le pareció casi como una visión, verle allí todo uniformado, con el casco blanco y haciendo señales a los coches a uno y otro lado, Teodoro se llevó una gran sorpresa al verla, además su turno estaba acabando ya y después se fueron a tomar algo a un café musical.

Benita ya estaba harta de seguir viviendo aquella mentira que era su matrimonio y no pudo contenerlo más tiempo dentro, así que decidió contarle la verdad a Teodoro, necesitaba desahogarse por fin y seguramente Teodoro seguía siendo, incluso ahora, la persona en la que más confiaba, tampoco pudo contener el llanto ante él, porque durante mucho tiempo sentía un dolor profundo y ahora intentaba sacarlo de su propio ser, la sinceridad de Benita llegó a tal punto que le llegó a contar que su historia con él no había sido posible por las complicaciones que sus señores le habían advertido al ser primos. A Teodoro le costó largo rato poder asumir todo aquello que su querida Benita le estaba diciendo y aun así, se dio cuenta de cómo el poder de la gente adinerada había destruido toda una vida de felicidad entre ellos.

Sin embargo, a partir de aquel día, Teodoro decidió que su amistad con Benita les llevaría a tener una confianza mutua que alguien les había arrebatado hacía tiempo. Quizás su oportunidad se fue entonces, pero nadie podía negarles ahora una bella amistad.

El invierno fue penetrando en la ciudad con un frío terrible, en cambio, Benita no sentía ese frío aquel invierno, para ella había nacido el verano en su corazón, sabía que su vida estaría ligada a la de Zacarías para siempre, pero la herida que tanto tiempo sentía en lo más profundo, poco a poco, iba sanando con la confianza y la amistad renovada de Teodoro. Sólo hacía tres meses de su llegada y para Benita ya era una gran esperanza como una bocanada de aire fresco, se había vuelto a enamorar, en realidad nunca dejó de estarlo, su vida volvía a transcurrir alrededor de Teodoro, ahora él la visitaba muy a menudo cuando libraba y sabía que Zacarías estaba trabajando y

también, cuando Zacarías no estaba, salían a veces a pasear al parque con Isabel. Teodoro estaba encantado con su sobrina, al haber fallecido su mujer y no haber tenido hijos, mimaba y cuidaba a Isabel como si se tratara de su propia hija, y Benita por su parte, se volvía a sentir feliz y alegre, quizás no tanto como en otra época de su vida, pero sí lo suficiente como para olvidar la amargura y la angustia que la sumía algún que otro día.

60

Aquel espléndido día primaveral de primeros de abril de 1960, Benita caminaba apresuradamente hacia la estación de tren del Portillo, llevando a Isabel de una mano y una pequeña maleta de la otra. Más de tres años y medio después de sincerarse con Teodoro, su vida había dado un vuelco rotundo.

Durante mucho tiempo su amistad con Teodoro había ido creciendo a pasos agigantados y al final, el amor siempre superaba todo lo demás.

Benita ya no podía más y Teodoro le había propuesto marcharse con él a Francia, allí necesitaban gente trabajadora como ellos y le habían ofrecido un buen puesto con mejor salario, y él quería que Benita e Isabel se fueran con él y empezaran juntos una nueva vida en otros horizontes donde pudieran disfrutar de lo que allí les habían negado: la libertad para poder vivir felices. Benita lo había pensado demasiado, deseaba irse con él y vivir el amor que un día otros les negaron y poder por fin tener esperanza de nuevo, por eso había decidido acompañarle, aunque todavía le preocupaba Zacarías aun con todo el dolor que le había causado.

Benita llegó a la estación decidida a hacer su sueño realidad y conforme comenzó a caminar hacia Teodoro que la esperaba allí, se paralizó de repente, se quedó allí en medio plantada sin saber qué hacer, algo la retenía, comenzó a pensar en Zacarías, a la vez que Isabel había ido creciendo él comenzó a tener más ternura con ella, le empezó a dar un cariño que jamás había visto en Zacarías y entonces le vino de repente a la memoria el día anterior cuando él y la niña reían juntos jugando, se quedó pensando unos instantes. ¿Iba a ser capaz de arrebatarle a su hija? ¿Qué clase de madre sería entonces? No podía hacerlo, ella misma se había condenado a toda una vida al lado de ese hombre al casarse con él, quizás su felicidad tenía que seguir siendo aquel sueño inalcanzable que nunca tendría.

Se acercó a Teodoro, le dio un largo beso y, con lágrimas resbalando por sus mejillas, le dijo:

—Lo siento, Teo, no puedo hacerlo, siempre serás el amor de mi vida, pero estoy condenada a aceptar mi destino aunque no me guste, Isabel necesita a su padre aunque sea como es. Sé que ahora no lo entiendes, pero sólo espero que algún día llegues a perdonarme.

—Pero, Benita…

Benita puso su mano en los labios de Teodoro.

—S s… Sube a ese tren y aprovecha tu libertad.

Benita se volvió y comenzó a caminar, no pudo dejar de llorar a la vez que pensaba que aunque hubiera sido una de las decisiones más dolorosas que había tenido que tomar, quizá también había sido la más sensata, ella se condenaba ya para el resto de sus días a una tristeza con una profunda angustia y amargura al lado de Zacarías, pero a lo mejor Isabel sí podría tener una vida dichosa y Benita la intentaría educar para que no cometiera sus propios errores y, luego, así lo haría Isabel con sus propios hijos y con todo ello, la felicidad de la que siempre carecería Benita, la transmitiría y la viviría a través de sus hijos y de sus nietos.

«Libertad» pensó Benita, volvió un momento la vista atrás y miró aquella locomotora de hierro y, sin darse cuenta, se acordó de la primera vez que había visto un tren siendo tan solo una niña, entonces le pareció una máquina infernal y aquel estruendoso sonido le dio un miedo terrible, ahora en realidad también sentía miedo, pero en este caso era justo al contrario por dejar escapar ese tren, aquella máquina podía llevarla a esa felicidad que tanto ansiaba encontrar, pero, sin embargo, Benita iba a dejar escapar el tren de su vida, su camino hacia la libertad.

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS

El germen de esta novela, la que fue mi ópera prima, brotó de las historias familiares narradas oralmente por mi abuela; por tanto, se basa en hechos reales combinados con otros surgidos de la creatividad e invención de esta autora. Todos los nombres utilizados son ficticios para evitar posibles identificaciones personales. *Las raíces de la encina* enmarcan al detalle y con rigor histórico la realidad social de aquella época sumida en la miseria y la desigualdad, tanto de clase como de género, sin embargo, existen ínfimos momentos cronológicos que adapté en función de las necesidades de la trama que atraviesan mis personajes; todo en aras de alcanzar la fluidez de esta historia para mis lectoras y lectores, y poder convertirla en un mundo de ficción imaginado e imaginable. Expongo estos datos a continuación y aporto algún otro poco conocido por si pudiera dar lugar a confusión.

La gripe «española», tal como se nombró y la conocemos hoy, no era como la mencionaban en España en 1918; ellos pensaban que su origen probablemente provenía del extranjero, por ello, en los periódicos, la denominación aludía simplemente a gripe. Es por esta razón que, en mi novela, María les informa de la prensa, pero llamando a la enfermedad sencillamente gripe. El término posterior fue porque, al ser España neutral en el transcurso de la Gran Guerra, la prensa española no censuró las noticias que llegaban, no así en el resto de Europa que temían que el pánico colapsara a las tropas. La enfermedad se produjo y propagó en tres oleadas: primavera de 1918, otoño de 1918 e invierno de 1919, extendiéndose en algunos países hasta 1920. Aunque hay muchas fuentes que apuntan a una oleada ya existente en el otoño de 1917. Como he dicho anteriormente, y por circunstancias requeridas en la trama, los contagios se adelantan mínimamente en mi novela a esa primavera de 1918, en la cual, tenemos que dar por ciertos los primeros datos en España, eso sí, en caso de que ineludiblemente no surgieran antes esos focos en nuestro país, como parece que pudo anticiparse en otros, y quizá sean nuevas aportaciones científicas las que desentrañen, en el futuro, mayor luz sobre esta peste (mi abuela le atribuía esta designación, ya que en su infancia todavía la recordaban). En cambio, todo lo demás: escenarios, estragos o fallecimientos son absolutamente fidedignos a esta enfermedad, cuyas cifras son escalofriantes: alrededor de 50 millones de víctimas en el mundo. España fue uno de los países más afectados. Sólo en Segovia, una provincia que rondaría entonces

aproximadamente los 160000 habitantes, en torno a un 3% de la población falleció, sobre todo, en la ola más virulenta.

Desde la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, se va urdiendo la conspiración militar que desembocará en el Golpe de Estado de julio de ese año. También desde entonces se produjeron enfrentamientos sangrientos entre militantes de ideología de izquierda y de derecha, aunque el móvil a veces eran las represalias, en la mayoría de los casos se cometían aisladamente y de forma espontánea, y en muchas ocasiones con resultado de muertes. Este es un periodo de convulsión y agitaciones, tanto en las ciudades como en la zona rural, que precedió a la guerra civil española y quizá sea más desconocido por ello. Quise retratar en *Las raíces de la encina* este momento clave de nuestra historia en los personajes de María y Esteban; por ello, todo ocurre anteriormente a la contienda bélica durante esa primavera que algunas y algunos investigadores han calificado de sangrienta y, aunque no se visibilice abiertamente, el personaje de Federico es una pieza crucial en estos capítulos, ya que su posición como brigada del ejército y el cartearse con su hermana María, puede hacer entrever que sabía algo sobre la conspiración y les hubiera alertado, razón por la que igualmente manda de regreso a sus sobrinos al pueblo. Por otro lado, el que intenten huir a México no fue fruto de la casualidad, sino que pretendí hacer un guiño a tantas y tantos intelectuales que huirían allí más tarde, tras la Guerra Civil, aunque cronológicamente me tomara una ínfima libertad como creadora de historias. El no querer atravesar en esta novela el periodo de la guerra civil española, que aparece como un salto en el tiempo, fue precisamente porque mi próximo proyecto ya estaba en mi mente: *La posada del pozo*, cuyo escenario principal es la Guerra Civil.

En *Las raíces de la encina* Amparo y Benita no prueban la leche. En el párrafo al que hago alusión en mi novela hay un dato en el que no me extendí más ni especifiqué, pero me parece de interés añadirlo aquí: alimentos básicos como la leche, el azúcar, los huevos, el pescado o la carne necesitaron prescripción médica al final de la guerra y los primeros años de posguerra. Pero, en la guerra, solamente fue en zona republicana. Más tarde, ya durante la dictadura, todas las familias tuvieron que ceñirse a la cartilla de racionamiento, que se extendió de mayo de 1939 hasta abril de 1952.

Asimismo, podría parecer algo chocante la manera de mandar un telegrama, nada más lejos de la realidad. Cuando llega la pandemia al pueblo, Esteban se va con presteza a transmitir las noticias y para ello realiza un viaje en burro al pueblo de al lado, más grande, ahí entrega

el telegrama y, a su vez, lo envían a través de un tren correo. A principios del siglo XX, las torres de la red de telegrafía situadas en la provincia de Segovia se encontraban en poblaciones importantes y a estos pequeños pueblos de la España profunda no llegaban, siendo las comunicaciones tan pésimas que tenían que ingeniárselas y llevar a cabo toda esta odisea de transbordos para que el telegrama llegara de la forma más urgente posible; así, las cartas se enviaban conjuntamente con los telegramas, que separaban su recorrido al llegar a la primera población que dispusiera de telégrafo.

Por último, querría manifestar que esta novela tiene un gran significado para mí, no solo porque representa la vida de las mujeres de mi familia y, en concreto, de mi inspiradora, mi amada y añorada abuela; también porque, desde que se publicó en 2013 y hasta hoy, reeditada en 2022, ha supuesto que, tras sus letras, hayan surgido innumerables páginas después dando voz a tantas mujeres que no la tuvieron en nuestro pasado reciente. Su voz, sometida al silencio, la alzó por primera vez mi pluma en *Las raíces de la encina*; desde entonces y en adelante continúo rescatando a las mujeres del olvido.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Raquel Victoria (Zaragoza, 1978) comenzó su andadura literaria a través de los relatos que su abuela le contaba, lo que le inspiró la creación y posterior publicación de esta novela *Las raíces de la encina* (Certeza, 2013; reedición, 2022). Tras su ópera prima, vio la luz su novela *La posada del pozo* (2018), cuyo estremecedor escenario se sitúa entre los años veinte del siglo pasado, la guerra civil española y la inmediata posguerra, y rescata del olvido a aquellas mujeres fuertes y valientes que lucharon por sus derechos y libertades, aun con los hondos pesares desencadenados por los sucesos que se darán lugar; esta segunda obra es su novela más subjetiva, intimista y poética hasta la fecha. La escritora aragonesa ha intervenido como ponente en diversos actos culturales y literarios, en algunos de los cuales ha tratado temas de concienciación sobre la desigualdad de género, comprometida con el empoderamiento y visibilidad real de las mujeres; ha participado como jurado en certámenes literarios locales, de reconocida y larga trayectoria en su ciudad; así como escribe también artículos de toda índole (aunque mayormente especializados en temática femenina y/o histórica, o relacionados con la naturaleza y el medio ambiente), reseñas literarias (bajo su particular punto de vista crítico) y género lírico (donde explora las bellas vertientes del íntimo ejercicio de la poesía); facetas que desarrolla ampliamente y publica, con asiduidad, en las redes sociales y en distintos medios virtuales.

Actualmente, su pluma continúa escribiendo historias protagonizadas por mujeres. En su próxima novela, los personajes femeninos volverán a llevar las riendas de la trama, siempre bregando contra viento y marea en ese pasado contemporáneo nuestro. Habiendo dejado atrás su labor como Técnico Sanitario Especialista en Laboratorio, la escritora se dedica a aquello que más le apasiona: crear

sus obras impregnando su singular mirada; aquella que enfoca hacia la perspectiva de género y los trágicos acontecimientos de otro tiempo, y lo hace ahondando en la complejidad intrínseca de los sentimientos.

Puedes seguir a la autora en sus redes sociales:

Facebook

Página de Facebook donde reseña y recomienda libros, Reseñas literarias bajo el prisma de Raquel Victoria

Página de Facebook dedicada a su segunda novela, La posada del pozo, una novela de Raquel Victoria

Twitter

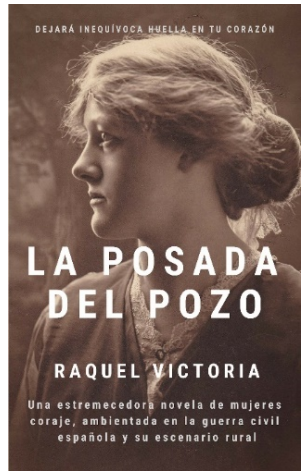
Instagram

YouTube

Blog, La tinta derramada de la escritora Raquel Victoria

Goodreads

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS



Enlace de venta de La posada del pozo: tapa dura, tapa blanda, e-book y KindleUnlimited

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
PRIMERA PARTE
LASTILLA (1917—1920)
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
SEGUNDA PARTE
LASTILLA (1929—1943)
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
TERCERA PARTE
ZARAGOZA (1946—1960)
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA
OTRAS NOVELAS PUBLICADAS